



Mita Marco

EL ROCE

DE TU PIEL

Mita romántica histórica

EL ROCE DE TU PIEL

MITA MARCO

EL ROCE DE TU PIEL

©2019 Mita Marco

Portada: Shutterstock

Diseño portada: Mita Marco

Maquetación: Mita Marco

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A todas esas personas que nunca han dejado de creer en el amor. Porque no hay nada más hermoso que amar a alguien por encima de todas las cosas.

PRÓLOGO

El amor es esa corta distancia que existe entre el no querer arriesgarte y la más pura y absoluta redención ante el ser amado. Muchas veces el miedo nos paraliza y ciega de tal forma, ante la posibilidad maravillosa de querer y ser querido, que la oportunidad se desvanece. Es un quiero y no puedo.

Otras veces nos dejamos llevar por las confusiones, los equívocos y las peleas absurdas dejando de lado lo más básico y esencial. Eso que sientes al mirarle a los ojos, ese latido a mil por hora cuando lo ves llegar, el cosquilleo en la piel con un simple roce... pero, en ocasiones, las historias de amor empiezan a raíz de un malentendido, una situación extraña que no llegamos a comprender del todo. Y de esos malos entendidos surge esa chispa, ese deseo que hace que uno caiga rendido ante el otro, ante el amor verdadero.

Gracias Mita por pedirme escribir el prólogo de esta historia llena de pasión y de sentimientos. Ha sido un verdadero placer aportar mi granito de arena a esta novela con la que seguro te va a ir genial. Sabes que te deseo lo mejor con “El roce de tu piel”, eres una escritora muy especial para mí, mi primera compañera en este mundo de la romántica. Para lo que necesites, siempre estaré por aquí. ¡A por todas, chula!

Scarlett Butler

CAPÍTULO 1

Isla de Mull, Escocia, año 1328.

Logan MacLean se levantó de su cama. Al poner los pies sobre el suelo, sintió frío. Se acercaba el invierno y las temperaturas en las Tierras Altas empezaban a bajar de forma considerable. Sin embargo, y a pesar del gélido ambiente, el buen ánimo se había instaurado en el castillo Duart. Hacía algo menos de dos semanas que su buen rey, Roberto I, firmó el Tratado de Edimburgo, por el cual la guerra entre Inglaterra y Escocia había acabado.

Su pueblo estaba cansado. Las batallas por la independencia del territorio escocés se habían estado dando a lo largo de treinta y dos años. De hecho, Logan no había conocido la paz entre esas dos naciones, pues, cuando comenzó el conflicto, apenas era un infante de dos años.

Caminó hacia la chimenea y avivó el fuego, casi apagado después de toda una noche sin que nadie le prestase atención.

Se colocó el tartán, echó el manto sobre su hombro y miró hacia el lecho, donde dormía Maisie, la mujer que calentaba su cama desde los últimos meses.

Era una joven muy apetecible. Su cabellera era castaña, sus ojos marrones y sus labios carnosos. Poseía un cuerpo seductor, senos abundantes y un carácter jovial, al contrario que el de Logan, que era conocido por su seriedad y su talante osco.

Supo de ella dos años atrás, cuando Maisie se desposó con un pariente del clan y se trasladó a vivir a sus tierras. En un principio, no le interesó demasiado, pues a Logan jamás le faltaban mujeres que quisiesen compartir su cama, y ella, a pesar de su buen ver, nunca le llamó la atención especialmente. Pero al enviudar Maisie, las cosas cambiaron, pues le dejó claro que lo deseaba. Y él no era de los que perdía una ocasión de ese tipo. Le encantaban las mujeres y el placer que estas le proporcionaban. Le parecían criaturas frágiles y dóciles, a las que podía manejar a su antojo.

Miró hacia la ventana y comprobó que el sol estaba a punto de aparecer en el horizonte. Se puso las botas y se encaminó hacia la puerta.

—Logan —lo llamó Maisie desde la cama, con los ojos entrecerrados por el sueño—. ¿Adónde vais tan pronto?

Dejó de caminar y la observó con detenimiento.

Solo la cubrían las pieles que había sobre el lecho. Estaba muy sensual con el pelo alborotado y con algunos de sus mechones rozándole los senos. A Logan le dieron ganas de regresar con ella y pasar el resto del día en la cama. Pero no podía hacer eso.

—Tengo que reunirme con el laird en el salón —contestó con sequedad.

—¿Con vuestro padre? —Maisie se incorporó un poco, quedando sentada, y apartó el cabello hacia atrás, dejando a la vista la totalidad de su busto. Alzó una mano y se acarició un seno, tentándolo—. ¿Acaso esa reunión no puede esperar un rato más? Me encantaría un poco de vuestra atención antes de que os marchéis.

En la boca de Logan apareció una lenta sonrisa. Cruzó los brazos sobre el pecho y la miró con fijeza.

—Mujer, no me tientes o verás de lo que soy capaz.

—Ya sé de lo que sois capaz —continuó ella, con voz melosa—. Me lo habéis demostrado en más de una ocasión.

Volvió a dirigirse hacia ella y la agarró por el cabello, aproximándola a su boca. Devoró sus labios y se apartó, a sabiendas de que si continuaba no iba a querer detenerse.

—Cuando acabe, iré a buscarte.

—¿Lachlan no puede esperar un poco? —insistió Maisie haciendo una mueca con las boca.

—Mi padre no espera. Cuando ordena algo, ha de hacerse.

Ella suspiró, a sabiendas de que era imposible convencerlo. Se acomodó de nuevo en la cama y se tapó con las pieles, pues sentía frío.

—No me apetece levantarme tan pronto de aquí —se quejó cual niña. Le gustaba la comodidad del castillo. La casa en la que habitaba no era tan grande, ni tenía tantos lujos.

—Quédate cuanto quieras. Aquí nadie podrá molestarte.

Tras decir aquello, salió de la alcoba.

Caminó por los pasillos del castillo, majestuosos y fríos, y se dirigió hacia la enorme escalera de piedra que conducía a la planta baja, donde se encontraba el gran salón en el que debía de reunirse con su padre.

Nunca, en sus treinta y cuatro años de vida, había visto aquella estancia vacía. Siempre había por allí miembros del clan, comiendo o hablando con el laird. Era un lugar tanto de celebración como de reunión, para acordar las estrategias de defensa contra el ejército inglés. Aunque, ahora que la guerra

había acabado, las reuniones en aquella sala eran de carácter distendido.

Lachlan MacLean, su padre, era el jefe de uno de los clanes más poderosos de todas las Tierras Altas. Era un gobernante justo con sus gentes y feroz en las batallas. Logan aprendió, desde niño, que lo más importante para un hombre era su orgullo, su fiereza y su valentía. Esas eran las tres cosas que diferenciaban a un buen líder, y las que hacían que sus enemigos les temiesen y respetasen. Y como futuro laird nunca se permitió olvidarlo. Las palabras suaves y las demostraciones de cariño eran para los niños y las mujeres. Él era un guerrero, y los guerreros nunca perdían el tiempo en esas cosas.

Al llegar al salón, encontró a su padre sentado junto a Aloys MacLean, uno de sus primos. Lachlan, a pesar de sus cincuenta y nueve años, y cientos de batallas en su espalda, poseía una juventud envidiable. Muchos de sus parientes repetían que Logan era la viva imagen del laird cuando era joven.

Ambos con el cabello moreno y largo, ojos verdes, serios y amenazantes, nariz recta y boca de labios finos y despiadados. Los dos eran altos, con un cuerpo fuerte y curtido por las horas de entrenamiento, luchas y cacerías, y un temperamento de lo más volátil, al cual ninguno de sus parientes quería enfrentarse. El único rasgo que poseía de su madre, era su preciosa sonrisa, la que mostraba en muy pocas ocasiones.

Alcanzó la mesa donde se reunían los hombres, los saludó con un movimiento de cabeza y se sentó junto a ellos.

—Ahora que estáis los dos, puedo comunicaros el motivo de esta reunión —comenzó a decir el laird mirando a su hijo y a su sobrino—. Quiero que llevéis una misiva al clan Murray.

—¿Por qué nosotros, tío? Tenemos mensajeros que pueden ocuparse de ello —preguntó Aloys, extrañado de que les encargase semejante misión.

—Porque en esta misiva se encuentra una petición de matrimonio —dijo Lachlan con una débil y fría sonrisa—. Quiero una alianza con ese clan, y la voy a conseguir con esas nupcias. Estoy seguro de que el viejo Murray no va a rechazar semejante alianza.

—¿El matrimonio de quién? —lo interrogó Logan, con interés.

—He decidido casar a tu hermana menor con el hijo de Murray.

—¿A Seelie? —rio él, recordando el carácter de su hermana—. Cuando se entere va a quemar el castillo.

—No lo hará —aseguró su padre, convencido—. Ella sabe lo que nos jugamos con esto. No se atreverá a desobedecerme.

—¿Pretendes desposarla con Kendrick, su primogénito?

—Así es. Es un hombre fuerte y el heredero de su título y posesiones.

Aloys miró a su tío con atención, asintiendo al escuchar sus palabras. Al igual que los otros dos, era enérgico y corpulento, sin embargo, su carácter era más jovial y despreocupado que el de su primo.

—Corren rumores acerca de la muerte de su primera esposa —dijo este—. Hay quien asegura que la mató él mismo.

—Estoy al tanto de ellos. Pero es un hombre inteligente. No se atreverá a tocar a mi hija, por el bien de su clan.

Logan apretó los labios y entrecerró los ojos mientras escuchaba hablar a su padre.

—Si ese malnacido hace daño a Seelie, arrasaremos sus tierras y masacraremos a sus gentes —continuó Logan—. Cogemos por la fuerza lo que esperamos lograr con esta unión.

—Bien dicho —lo alabó el laird, orgulloso de su único vástago varón—. Partiréis la próxima jornada, al alba, y seréis los encargados de lograr que el viejo Murray acepte lo que le proponemos.

—No podrá rechazar la oferta —añadió Logan con convencimiento—. ¿Quién sería el mentecato que rehusase a una unión con el clan MacLean?

Bosque de Mull, isla de Mull, Escocia.

Rodeada de robles y coníferas, había una pequeña edificación hecha de piedra y madera. Era una casa bastante pintoresca pero algo deteriorada por el paso del tiempo. Nadie sabía de su existencia, pues estaba en medio del bosque, y aquel era un lugar salvaje, lleno de vegetación y empinados riscos. Los brezos y helechos cubrían gran parte del camino que llevaba hacia ella y eran pocos los intrépidos que decidían aventurarse en aquel tramo de las montañas.

La vieja puerta chirrió al abrirse y por ella aparecieron dos jóvenes que reían y conversaban, ajenas al resto del mundo, separado por varios kilómetros de bosque, arroyos y acantilados pedregosos.

Ambas poseían el cabello negro, piel nívea y facciones hermosas.

Llevaban un par de cestas, en las cuales recolectaban bayas; y un cántaro vacío preparado para recoger agua del arroyo más cercano.

Una de ellas, paró de caminar y se arrodilló para coger unos cuantos

frutos rojos que encontró en un matorral. Se llevó una baya a la boca y cerró los ojos con satisfacción.

—Están deliciosas —comentó Ginebra mirando a su melliza, que la esperaba a varios metros de distancia, sonriendo—. Este año promete ser muy bueno.

—Las lluvias de los últimos meses han propiciado a los frutos silvestres.

—Me alegro. No es nada agradable pasar todo el invierno comiendo liebre —comentó con una mueca de desagrado. Alzó una ceja y miró a su hermana—. Christen, ¿crees que habrá caído algún animal en la trampa que colocamos ayer?

—Vayamos a ver.

Las dos jóvenes se dirigieron hacia el cepo, con la esperanza de que en él hubiese un urogallo, algún tipo de roedor o cualquier otro pequeño mamífero. Al llegar, Ginebra apartó el matorral que lo tapaba y pegó un pequeño grito de euforia.

—¡Hay algo!

Levantó la pequeña jaula de madera y descubrieron de qué se trataba.

—Otra liebre.

—Mejor eso que nada. Gracias a ellas podemos alimentarnos —comentó Ginebra contenta.

Christen se sentó en una piedra que se encontraba al lado de su hermana. Apoyó la barbilla en una mano e hizo una mueca de fastidio.

—Ojalá no hubiese caído ese animal en la trampa.

—¿Por qué dices eso?

—Porque de esa forma podríamos ir a algún poblado a por algo de comida —dijo Christen con anhelo en los ojos.

Ginebra se incorporó, con la jaula en la mano, y frunció el ceño al escuchar las palabras de su hermana.

—Ya sabes que eso no es seguro —le recordó—. Padre siempre decía que los escoceses son unos bárbaros, que no debíamos tener contacto con ellos.

—¡Pero mamá era escocesa! Y no era ninguna asesina.

—Mamá era mujer. —Se sentó junto a su hermana—. ¿Acaso no recuerdas por qué estamos aquí? Ellos tuvieron que escapar para poder estar juntos. Esos escoceses salvajes no aprobaron su unión. ¡Oodian a los ingleses! Y jamás entendieron por qué una mujer de su clan se enamoró de uno de sus enemigos.

—¡Eso ocurrió hace muchos años, Ginebra!

—¿Y crees que habrá cambiado algo en este tiempo? —inquirió, negando con la cabeza.

—Nunca lo sabremos si nos quedamos toda nuestra vida aquí, escondidas del mundo. —Christen se levantó de la piedra y la miró desde arriba—. ¿Es que no te gustaría conocer a más personas? ¿Unir tu vida a la de un buen hombre y tener niños?

—Por supuesto que me gustaría. Pero no quiero que nos arriesguemos a que nos ocurra nada. —Ginebra se incorporó y rodeó la cintura de su hermana, con amor—. Nuestra madre tuvo que huir de su clan. Nuestro propio abuelo la amenazó de muerte si osaba casarse con padre. Decía que la sangre de los Ferguson no debía mezclarse con la de los ingleses. Imagina qué podrían hacernos si alguien descubriese nuestra procedencia.

—¡No tienen por qué saberlo!

—¿Serías capaz de renegar de padre? ¿De ese hombre maravilloso que te dio la vida? —la interrogó Ginebra con seriedad.

Christen se quedó en silencio y finalmente agitó la cabeza en señal de negación.

—Jamás.

—Nuestros padres lucharon por su amor. Arriesgaron sus vidas por estar juntos. Nos enseñaron a valernos por nosotras mismas, a no necesitar de nadie para subsistir y a ser cuidadosas en cuanto a las demás personas.

Christen se quedó en silencio, pensando en sus palabras.

—¿Y si intentamos abandonar Escocia? —Abrió los ojos asombrada por su idea y sonrió—. ¡Podríamos ir a Inglaterra!

Ginebra suspiró y ladeó la cabeza.

—¿Crees que los ingleses aceptarían a dos muchachas con sangre escocesa?

—No —respondió Christen comprendiendo la postura de su hermana—. Seríamos rechazadas, al igual que pasaría aquí.

—Por nuestra seguridad, lo mejor es seguir en el bosque —indicó Ginebra, con pesar.

—Quizás tengas razón. —Se abrazó a ella—. Al menos nos tenemos la una a la otra.

—Y doy gracias a los santos por ello. —Apoyó la cabeza en el hombro de Christen y sonrió.

CAPÍTULO 2

Logan y Aloys cabalgaban a lomos de sus caballos. Junto a ellos montaba el joven Kenneth, uno de los cinco hermanos de Aloys, que apenas contaba con diecisiete años. A pesar de su corta edad, era un muchacho fuerte y fornido, que lucía varias heridas de guerra, sufridas en las batallas contra el rey inglés.

Llevaban dos horas de viaje, sin descansar, concedores de que todavía les quedaban otras dos más para llegar al castillo de Loch na Keal, propiedad del viejo Murray. Su clan tenía bastante dominio en todo el territorio y, por esa razón, Logan comprendía que su padre quisiese una alianza con ellos. Los MacLean eran poderosos y temidos, pero con la unión de los Murray, serían invencibles.

Dejaron atrás el terreno montañoso y se adentraron en la espesura del bosque de Mull. Nada más penetrar en él, la luz disminuyó de forma considerable debido a las coníferas y robles. Los hombres miraron hacia los lados mientras cabalgaban a través, recreándose con la visión de aquella naturaleza salvaje. Tenían que reconocer que era un lugar digno de leyenda. Las setas y el musgo crecían en torno a los árboles, todo allí era verde, pero de un verde tan vivo que parecía incluso irreal.

—Sigamos por este sendero. Al final del mismo hay un lago —informó Logan, sin dejar de cabalgar—. Pararemos en su orilla, para que los caballos puedan descansar y beber agua.

Aloys y Kennet asintieron y aceleraron la marcha, cansados y deseosos de bajar al suelo para estirar las piernas.

—Necesito comer algo, mis tripas se quejan —comentó el mayor de sus primos, pasándose una mano por el estómago.

—¿Tenemos bastante comida en las alforjas? Mi hermano, con hambre, es capaz de comerse a un buey —se burló Kenneth.

—Es una pena que no llevemos los haggis que prepara Eara. Esa mujer hace las mejores vísceras de cordero del mundo.

Kenneth soltó una carcajada y miró a su hermano con sorna.

—Lo que ocurre, es que estás deseoso de meterte bajo sus faldas. Si cocinase faisán con mugre de jabalí también te parecería un manjar.

—¿Y a ti no? —lo retó, alzando una ceja.

—¡Infierno y condenación, pues claro que sí! —se carcajeó asintiendo con la cabeza—. ¿Quién es capaz de resistirse a los encantos de Eara?

Logan sonrió con brevedad mientras escuchaba la conversación de sus primos. Eara, la más joven de las cocineras, llevaba en el castillo apenas unos meses y su exuberancia traía de cabeza a la mayoría de hombres de su clan.

—¿Qué opinas Logan? —le preguntó Aloys—. ¿Es Eara la mejor cocinera del castillo, o no?

—Prefiero a Bonnie.

—¿A la vieja Bonnie? —rio—. No sabía que te gustase fornicar con ancianas.

—Yo hablo de comida. Si tu cabeza es igual de lujuriosa que la de una liebre, es asunto tuyo.

—Tiene suerte de que no esté aquí Coira —se carcajeó Kenneth—. Mi cuñada le patearía los testículos si lo escuchase hablar así sobre la cocinera.

Aloys rio.

—Mi mujer sería capaz de dejarme tullido. O arañarme la cara con esas uñas de...

—Shh... —Logan lo mandó callar y frenó a su caballo, pues un crujido lo hizo ponerse alerta. Les hizo una señal a Aloys y a Kenneth con la mano para que dejaran de cabalgar.

—He escuchado algo.

Los hombres se quedaron en silencio, atentos a cualquier sonido que no fuese el de las hojas de los árboles al ser movidas por el viento.

Otro crujido los hizo mirar al frente. Había sonado como si alguien hubiese pisado una rama y la hubiera partido.

—No estamos solos, Logan —susurró Aloys.

Tras otro sonido similar, delante de ellos apareció un hombre. Era alto, moreno y vestía con ropa vieja. Por lo que pudieron observar, parecía no pertenecer a ningún clan, pues no llevaba tartán que lo identificase.

Logan se adelantó un poco con el caballo, acercándose a él, seguido por sus primos.

—¿Os habéis perdido? —le preguntó al desconocido, con cortesía—. Nosotros vamos hacia las tierras de los Murray.

—No me he perdido —contestó él, con una voz ronca. Se aproximó y les sonrió, mostrando una dentadura sucia y descuidada—. Pero, parece ser que vosotros sí. ¿Qué hacen tres hombres, tan bien vestidos y con tan buenos

caballos por aquí?

Aloys llevó una mano a su claymore.

—Ya os lo hemos dicho. Estamos viajando al castillo de Loch na Keal.

El desconocido se cruzó de brazos y los miró con detenimiento.

—Me gustan vuestros caballos. ¿Por qué no me los dais?

—¿Queréis también nuestro morral? —rio Logan, negando con la cabeza.

Aquel hombre debía de ser un pobre loco solitario. Nadie en su sano juicio molestaría a tres guerreros armados.

—El morral también.

Logan, cansado de su fanfarronería, hizo avanzar a su caballo.

—Ya es suficiente. Apartaos de nuestro camino si no queréis que os pasemos por encima.

Pero el vagabundo no se movió, sino que continuó mirándolos con fijeza y chulería.

—Dadme los caballos —les ordenó.

Aloys apretó la mandíbula y bajó de su corcel. Se llevó una mano a la espada y amenazó al hombre.

—Como no os apartéis del camino, lo único que vais a conseguir de nosotros es la muerte.

—¡Los caballos! —ordenó el desconocido, con la mirada fría.

Logan bajó al suelo y se unió a Aloys, que acababa de desenfundar la espada. Sin embargo, antes de que Aloys pudiese blandir su claymore contra aquel desgraciado, notaron una presencia a su espalda.

—¡Detrás de vosotros! —les avisó Kenneth con un grito.

Sin tener tiempo para reaccionar, sintieron un fuerte golpe en la cabeza y cayeron al suelo, inconscientes.

Dos hombres más se unieron al vagabundo. Eran fuertes, altos y vestían los mismos harapos que el primero. En las manos, llevaban sendos garrotes, con los que les habían golpeado a traición, de la forma más cobarde posible.

Kenneth se apeó del caballo de un saltó, desenfundó su espada y les apuntó con ella, dispuesto a defender a sus parientes. Sin embargo, un tercer hombre lo hirió por sorpresa. Al igual que Logan y Aloys, el joven se desplomó en el suelo.

—Coged los caballos. Nos darán un buen dinero por ellos. Son fuertes y están bien alimentados.

Los otros obedecieron las órdenes del cabecilla y se dirigieron hacia los animales. Cogieron los de Aloys y Kenneth, pero el corcel de Logan se asustó

y echó a galopar sin que pudiesen amarrarlo.

—¡Estúpidos! —les gritó el primero—. ¡Hemos perdido un gran botín por vuestra culpa!

Los ojos de Kenneth se abrieron cuando se recuperó del golpe. Se llevó una mano al costado, buscando su claymore. Le habían robado la espada. Sin hacer el mínimo ruido, observó a los rufianes que acababan de dejarlos fuera de combate, y a su hermano tendido en el suelo junto a Logan, inconscientes todavía. Pensó en la mejor forma de vencerlos, sin embargo, estaba en desventaja, pues eran cuatro, llevaban armas y podrían matarlo sin esfuerzo. Se arrastró, sin ser visto, detrás de un árbol, e intentó levantarse para volver a cargar contra ellos. No obstante, con el esfuerzo, el dolor de cabeza le nubló la vista y se desvaneció por segunda vez.

El cabecilla del grupo amarró los caballos de Aloys y Kenneth, se llevó una mano a los labios y silbó. De entre los matorrales que se encontraban a su espalda, apareció una mujer. Vestía en sintonía con ellos. Era joven y tenía el cabello enmarañado. Señaló hacia los hombres que yacían en el suelo.

—¿Siguen vivos?

—No lo sé, pero el golpe en la cabeza ha sido muy fuerte.

—¿Dónde está el que falta? —preguntó uno de ellos, señalando el lugar donde antes estuvo Kenneth.

—¡Ha debido escapar, el muy cobarde! —Río otro de los asaltantes.

—Lo encontraré —aseguró el primero, dando un par de zancadas en su dirección.

—No. —El cabecilla del grupo alzó una mano para que se detuviese—. No lo necesitamos, sus caballos serán suficientes. No debemos perder demasiado tiempo a la vista. Alguien podría descubrirnos.

Escuchando la charla de sus compinches, la mujer se acercó a Aloys. Se puso de rodillas y colocó una mano en su cuello.

—Este de aquí está muerto.

—Pues mejor, así podrás desplumarlo sin que se entere.

Ella rio a carcajadas y comenzó a buscar joyas y dinero por su ropa. Le quitó el morral, el chaleco y las botas. Al acabar, miró a Logan.

—Este es guapo. —Río y le dio un beso en la mejilla. Puso un par de dedos sobre su cuello—. Sigue vivo.

—Con el golpe en la cabeza, morirá en unas horas —dijo el bandido que lo golpeó—. Quítale todas sus pertenencias de valor y vayámonos.

La mujer continuó riendo mientras desplumaba a Logan. Le encantaba

atracar a los pobres desgraciados que se adentraban en el bosque. Era dinero fácil.

Tal y como ocurrió con Aloys, le quitó su morral, el chaleco y las botas.

—¿Quieres que les quite también el kilt? —preguntó ella mirando al líder.

—No. Es un tartán del clan MacLean. Si alguien nos ve con él podríamos tener problemas.

Logan peleaba por abrir los ojos, pero el golpe en la cabeza no se lo permitía. El dolor era insoportable, sentía frío y sed, mucha sed.

No dejaba de oír las voces de los hombres que los habían herido. Aunque lo que más escuchaba era una risa de mujer. Era escandalosa, chirriante, como la de una bruja. Por su forma de reír, se notaba que le gustaba lo que hacía, el sufrimiento que habían causado. Unas risotadas que le provocaban todavía más dolor, de alguien sin sentimientos, como enviada por el mismísimo Satán.

La cabeza parecía a punto de estallarle, era infernal. ¡Que parase, que dejase ya de reír esa maldita mujer!

Sentía cómo lo registraba, sus manos exploraban sus prendas, vaciando todo lo que había dentro. Lo zarandeaba y movía a su antojo, para poder acceder a todos los recovecos.

Su risa era incesante y lo mareaba todavía más.

Cuando no pudo soportar el dolor, perdió el conocimiento por segunda vez, quedando de nuevo a merced de aquellos asaltantes.

Ginebra salió de casa con ropa limpia colgada del brazo. Estaba entrada la tarde y el tiempo era más agradable que al amanecer. Era la mejor hora para darse un baño y quería aprovechar para poder asearse en el lago, antes de que las temperaturas gélidas del invierno le impidiesen hacerlo.

Caminó por un angosto sendero que conducía hacia allí. Jamás se acercaba al camino ancho, pues de vez en cuando pasaban hombres a caballo que se dirigían hacia un pequeño manantial para calmar su sed. Y no quería ser descubierta. Sin embargo, el lago al que Christen y ella iban a menudo estaba mucho más apartado del camino y nadie conocía de su existencia, al menos nunca encontraron a nadie más en él.

Se arrodilló y, con la ayuda de una daga, cortó un cardo. Estaban buenísimos y eran muy nutritivos. De hecho, jamás les faltaba de esa hortaliza, pues Escocia era rica en ella.

Cogió varios más, los envolvió entre su ropa con cuidado de no pincharse con sus espinas, y tomó de nuevo el camino que la llevaría a su codiciado baño.

Sin embargo, algo brillante a lo lejos llamó su atención.

Intentó ver con claridad qué era aquello que relucía, pero estaba bastante alejado y le era imposible distinguirlo. Siguiendo un impulso, caminó hacia allí. No hubiese debido hacerlo, pues sabía que el camino principal del bosque andaba cerca; a pesar de ello su curiosidad fue más grande que el miedo.

Al llegar, vio que aquello que brillaba era un peltre. Más concretamente la insignia que se colocaba sobre los kilts de los clanes escoceses. Era dorado, y en él había grabada una torre; sobre ella las palabras virtud, fortaleza y honor.

Era la primera vez que encontraba algo parecido y sintió miedo, pues podía haber alguien en las inmediaciones.

Alzó la cabeza, para mirar a su alrededor, y a varios metros vislumbró dos cuerpos tirados en el suelo. Se llevó una mano a la boca, para impedir que el grito de terror saliese de entre sus labios.

Había dos hombres. Inconscientes.

Corrió hacia ellos.

A pesar de que su sentido común le aconsejaba no hacerlo, era incapaz de dejar a un ser humano en esas condiciones. La habían educado para ser una persona noble y de buen corazón y, si dejaba a esas pobres personas en medio del bosque, sin prestarles ayuda, sería presa de remordimientos.

El primer hombre era de pelo castaño y constitución fuerte. Una espesa barba le cubría las mejillas y su piel estaba blanquecina. Al apoyar una mano sobre su pulso, comprobó que estaba muerto. Se apartó de su lado con tanta rapidez que cayó al suelo. Cerró los ojos, aguantando las ganas de echarse a llorar. Aquella visión, le recordó la trágica muerte de sus padres. Christen y ella apenas tenían trece años cuando ocurrió. Rememoró el terror y la desesperación que sintieron al ver la vida de sus padres apagarse al comer un fruto que encontraron en el bosque, esa última tarde que salieron a recolectar comida.

Con un nudo enorme en la garganta y ganas de vomitar, se levantó del

suelo. Caminó hacia el otro cuerpo tirado a escasos metros del primero.

Al mirarlo, la primera reacción que tuvo fue de sorpresa. Era un hombre moreno, con una larga melena ondulada. Sus facciones eran viriles y atractivas, y su cuerpo era robusto. Ginebra tragó saliva y colocó el oído sobre su boca.

Respiraba.

—Estáis vivo —susurró. Inspeccionó su cuerpo en busca de alguna herida y al llegar a la parte trasera del cráneo contuvo una exclamación—. ¡Mi buen Dios misericordioso!

Cogió al hombre por las manos y realizando un esfuerzo sobrehumano lo arrastró hasta apartarlo del camino. Se secó el sudor de su frente y pensó en que le sería imposible transportarlo a ella sola hacia la cabaña. Necesitaba cuidados, o moriría.

Y solo podría hacerlo si contaba con la ayuda de Christen.

Corrió hacia la casa y empujó a su hermana hasta donde se encontraban los hombres. Al verlos, se llevó una mano al pecho.

—¿Quiénes son?

—No lo sé, los he encontrado así.

—¿Están muertos? —preguntó asustada.

—Solamente el que sigue en el camino. Este de aquí respira. —Miró de nuevo a Logan y se mordió el labio, pensativa—. Tenemos que llevarlo a casa.

—¿A un hombre? —preguntó Christen, escandalizada.

—¡No podemos dejarlo aquí! ¡Morirá si lo hacemos!

Su hermana alzó la cabeza, sin saber qué hacer al respecto, y fijó la vista en Aloys.

—¿Y el otro?

—Lo enterraremos. Nadie merece que sus restos acaben de esta forma.

CAPÍTULO 3

Ginebra y Christen llevaron a Logan a su cabaña. Lo hicieron a rastras, pues, aun siendo dos, les fue imposible levantarlo en peso.

Colocaron varias pieles en el suelo del salón y lo tumbaron encima.

Sin perder tiempo, Ginebra le limpió la herida y le vendó la cabeza.

—Christen, calienta agua con grosello negro y diente de león. Tengo que conseguir que beba un poco. Su dolor tiene que ser insoportable.

Corrió a hacer lo que se le había ordenado.

—¿Tú crees que sobrevivirá? He visto el golpe y no pinta nada bien.

—Al menos debemos intentarlo.

Cuando su hermana le llevó el brebaje, Ginebra incorporó a Logan un poco e intentó que abriese la boca.

—Vamos, tenéis que beber —le susurró.

Apenas consiguió que en su garganta entrase nada de líquido, pero siguió intentándolo hasta que estuvo segura de que en su organismo había algo de aquella mezcla.

Volvió a dejarlo descansar y se sentó a su lado, contemplándolo en silencio.

—Es apuesto, ¿verdad? —comentó Christen, colocándose junto a ella.

Ginebra le dio la razón. No había visto a demasiados hombres a lo largo de su vida. De hecho, a los pocos que había logrado ver, aparte de su padre, eran a los que cabalgaban por el bosque, y solo había sido desde la lejanía. Pero había algo él que le impedía apartar la mirada. Desprendía fuerza y autoridad, aun estando inconsciente. Su rostro era cuadrado y sus facciones hermosas. Tenía una nariz recta y patricia que conseguía una armonía perfecta en su cara, y unos labios finos y tenaces que complementaban a la perfección con el resto de su fisonomía.

Recorrió el cuerpo de Logan con la mirada, apreciando lo musculoso que era, pero la apartó enseguida, con nerviosismo.

—¿Qué estarían haciendo por esta parte del bosque? —comentó Christen, rompiendo el silencio.

—No lo sé.

—¿Por qué les habrán hecho esto?

Ginebra negó con la cabeza, pues tampoco sabía la respuesta. Suspiró y tras mirarlo de nuevo con rapidez, se levantó de su asiento. Podía haber tantas razones por las que alguien quisiera matar a ese hombre... Pero si no llegaba a despertar, nunca lo sabrían.

—¿Todavía recuerdas lo que les ocurrió a padre y a madre?

—No hay día que sus caras no vengan a mi mente —comentó Christen, con tristeza.

—Siento una gran pena cada vez que recuerdo que tuvieron que huir para poder estar juntos. Madre se entristecía cuando recordaba a su familia.

Christen apretó los labios.

—¡Odio a los Ferguson, Ginebra! ¡Aborrezco al hombre que le dio la vida a madre y a todo su condenado clan! ¡Ojalá se quemaran todos ellos en los fuegos del infierno! Por su culpa nuestra vida es solitaria. Nuestros padres jamás pudieron disfrutar de su amor y tuvieron abandonar su hogar y viajar a esta isla, donde nadie vendría a buscarlos.

Ginebra suspiró y apretó el hombro de su hermana. Miles de veces había maldecido al laird de los Ferguson. Conocían la historia sobre la guerra de Escocia contra Inglaterra y su rey, sin embargo, su padre era inglés y estaba segura de que no existiría nunca un hombre tan bueno y gentil como él. La ira de su abuelo estuvo injustificada.

Pasaron dos días y Logan continuaba inconsciente. Apenas se había movido de la postura en la que lo dejaron cuando lo trasladaron a su casa.

A pesar de ello, Ginebra lo vigilaba muy de cerca. Se ocupaba de cambiarle la venda con asiduidad, de limpiarle la herida y de darle agua con un poco de hierbas.

No podía evitar pasar bastante tiempo mirándolo. Se sentaba a su lado y lo contemplaba.

Después de cuatro días, y mientras volvía a incorporarlo para darle agua, el hombre abrió los ojos. En ellos se podía vislumbrar la bruma del dolor. Apretó los labios, aguantando un quejido, y fijó sus ojos verdes en Ginebra.

—No te rías, mujer —susurró, casi sin voz—. No te rías de mi sufrimiento.

Ella se quedó en silencio, sin saber qué decir, y lo achacó a los dolores

de la cabeza, pues en ningún momento había reído a su lado.

—Mi señor, creo que os equivocáis.

No obstante, Logan recordaba con claridad la risa de aquella bruja del bosque que se carcajeaba mientras lo despojaba de sus pertenencias. Esa mujer era el mismísimo diablo.

Miró a Ginebra.

—No te rías.

Acto seguido, perdió de nuevo el conocimiento y quedó inconsciente.

Lachlan MacLean, cabalgaba junto con diez de sus mejores hombres por los terrenos escarpados de la montaña Munro. Hacía casi seis días que su hijo y sus sobrinos no daban señales de vida, cuando Kenneth llegó al castillo a lomos del caballo de Logan. El muchacho estaba malherido. Les relató la historia de los atacadores. Al recuperar el conocimiento, los cuerpos de sus parientes ya no estaban en el suelo, habían desaparecido. Sin embargo, dio gracias a los santos de que el caballo de su primo hubiese vuelto al lugar donde los atacaron.

Lachlan movilizó a su clan para encontrarlos bajo las instrucciones de Kenneth, que les indicó la ubicación donde ocurrió el altercado.

No quería ser pesimista, pero en lo más profundo de su ser, tenía la corazonada de que no seguían con vida. Conocía cuán diestro era su hijo en el arte de la guerra y sabía que algo muy malo debía de haber ocurrido para que Logan no hubiese sido capaz de regresar a sus tierras.

A pesar de todo, no pensaba rendirse hasta encontrarlos, vivos o muertos.

De camino hacia las tierras de los Murray, y por indicación expresa de Kenneth, se adentraron en el bosque de Mull y buscaron el camino que llevaba al pequeño manantial al que se dirigieron para descansar antes de ser atacados.

Cabalaron sin descanso, rastrearon cada rincón a su paso. Hasta que un miembro del clan, llamó su atención.

—Mi laird, aquí en el suelo hay algo.

Lachlan se acercó al hombre y tomó lo que le mostraba. Era un broche de su clan, más concretamente el peltre que regaló a su hijo el día que nació. Al reconocerlo, apretó la mandíbula.

—Es de Logan —anunció—. Rastreamos esta parte del bosque a

conciencia. No pienso marcharme de aquí sin mi hijo y mi sobrino.

Los otros hombres asintieron con determinación. Bajaron de sus monturas y peinaron a pie la zona. No fue sino una hora más tarde que uno de ellos volvió a llamarlo.

—Mi laird, a diez minutos a pie, muy cerca de un risco, hay una pequeña cabaña escondida en la espesura de la vegetación.

—¿La habéis registrado? —lo interrogó.

—Todavía no.

Lachlan miró hacia el horizonte y alzó la cabeza.

—Vayamos.

Christen llegó a casa corriendo. En su cara podía adivinarse la angustia que sentía en esos momentos. Se acercó a Ginebra, que se encontraba junto a Logan, el cual seguía inconsciente. Desde el pasado día no había vuelto a despertar. Sin embargo, no podía sacarse de la cabeza las palabras que salieron de sus labios. Eran palabras de angustia. ¿Por qué le pedía que dejase de reír? ¿Estaría sumido en una horrible pesadilla que le hacía tener alucinaciones?

Christen zarandeó a su hermana y la cogió de la mano, tirando de ella.

—¡Tenemos que marcharnos!

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—¡Hombres! ¡Hay hombres acercándose! —comentó muerta de miedo—. Tenemos que escondernos en el bosque.

Ginebra tragó saliva y miró a Logan, tumbado sobre las pieles.

—¿Y él? ¿Qué pasará con él?

—Tendremos que dejarlo aquí, Ginebra.

—Pero...

—¡No tenemos tiempo de llevarlo con nosotras! Pesa demasiado y los hombres están muy cerca.

—¿Has visto quiénes son?

—Escoces. Llevan su mismo tartán.

—Deben de haber venido a buscarlo.

—¡Pues vamos, él va a estar bien! Las que peligramos somos nosotras.

Tras mirarlo por última vez, Ginebra acompañó a su hermana fuera de la casa y dejaron al herido a solas.

Se escondieron detrás de un roble y observaron cómo aquellos desconocidos irrumpían en su morada y tiraban la puerta al suelo.

Pocos minutos después, sacaron al hombre en brazos, entre dos de ellos, y se lo llevaron dirección al camino principal.

Ginebra no dejó de mirar hasta que desaparecieron de su vista. Había algo que le hacía sentir culpable por haberlo dejado solo. No estaba curado, podía hacerse daño durante el viaje.

Se quedaron en silencio, sin moverse de aquel lugar. Cuando creyeron que el peligro había pasado, regresaron a la casa, volvieron a atrancar la puerta, y se quedaron en el salón, vigilantes, por si escuchaban de nuevo pisadas acercarse.

Logan se removió en la cama y apretó los dientes. El dolor de cabeza era insoportable y solo había conseguido abrir los ojos unos instantes desde que lo trajeron de vuelta, tres días atrás.

Pasaba las horas en la cama, con una gruesa tela tapando las ventanas, para que la luz no se colase por ellas, y bajo los cuidados de su madre.

A pesar de haber sido herido en más de una decena de ocasiones, no recordaba que una herida le hubiese proporcionado tal malestar. No podía hablar, pues cuando lo hacía el dolor se intensificaba, no podía incorporarse, porque se mareaba, y no podía escuchar sonidos a su lado.

Con el paso de los días consiguió mantenerse consciente durante más tiempo, aunque apenas pudiese moverse o abrir los ojos.

No fue hasta un par de tardes después, que logró sentarse en la cama. La cabeza se le iba hacia los lados, pero se sintió contento de poder cambiar de postura.

El chirrido de la puerta al abrirse, lo hizo llevarse la mano a la frente y apretar la mandíbula. Alzó la cabeza para ver quién era la persona que estaba haciendo ese infernal ruido, cuando vio a su madre.

Ellora MacLean, a pesar de su edad, todavía conservaba la belleza con la que desde niña se la había caracterizado. De rostro fino, piel clara y ojos de gata, su madre siempre llamó la atención de todos los jóvenes de su alrededor. Hija del laird de un clan amigo, no ocultó su asombro cuando Lachlan, el jefe de los MacLean, pidió su mano. Su esposo siempre fue un hombre apuesto, pero el mal carácter de este y varias desavenencias conyugales, consiguieron

que jamás llegase a amarlo. A pesar de ello, le estaba agradecida. Le había dado tres hijos preciosos en los que volcaba todo su amor. La primogénita, Leslie, estaba casada y era madre a su vez. Logan, su único hijo varón, todavía no había encontrado una compañera con la que hacerlo. Y no era porque las mujeres lo encontrasen repulsivo u odioso, todo lo contrario, las féminas se desvivían por parecer deseables ante sus ojos. Sin embargo, ninguna había llamado su atención como para decidirse a hacerlo. Ellora, sufría por ello, pues sabía que si no elegía pronto, sería su padre el encargado de acordar su matrimonio a su conveniencia, al igual que lo había hecho con Seelie, su hija menor. Lachlan había decidido su destino concertando una unión matrimonial con el primogénito del laird del clan Murray.

Dejando sus pensamientos a un lado, se acercó a la cama de Logan, con un cuenco repleto de caldo de ave caliente. Se sentó a su lado y le sonrió.

—Parece que tu mejoría es notable.

—Al menos puedo estar sentado.

—¿Todavía te duele la herida de la cabeza? —se preocupó acariciando la venda que le cubría desde la frente hasta el cogote.

—Duele como si tuviese mil cuchillos hurgando en ella.

Ellora sonrió ante aquella comparativa y le tocó la mejilla.

—Todavía no sabemos dónde está Aloys.

—Aloys está muerto, madre —contestó él, con amargura.

La mujer se llevó las manos a los labios.

—No quiero ni imaginar la angustia que va a sentir mi pobre hermana —se lamentó—. ¿Qué os ocurrió? Kenneth apenas balbucea sobre lo acontecido, no hace más que repetir que la culpa fue suya por no haber sido capaz de avisaros antes de que los malhechores os golpeasen por la espalda.

—Él no tuvo la culpa. Eran asaltantes de caminos. Lo más probable es que lo tuviesen todo planeado desde el principio —dijo, recordando lo sucedido a través de la bruma de su cabeza—. Nos robaron los caballos, la mayor parte de la ropa y nos dejaron allí.

—¿Y el cuerpo de tu primo? ¡No logro entenderlo!

—No lo sé. No pude ver nada.

Había tantas cosas sin aclarar...

—Tu padre te encontró en una casa en el bosque.

Al escuchar sobre la casa, la mandíbula de Logan se tensó. A su cabeza le vino el recuerdo de aquella bruja que reía mientras les robaba. Aquella mujer que se divertía con el sufrimiento de otro ser humano.

La imagen de ella apareció en su cabeza. Era hermosa, joven y con unos ojos grandes y expresivos. La había visto un par de veces en aquella casa, cuando su dolor de cabeza se lo permitió. ¿Cómo era posible que una mujer tan bella fuese tan cruel? ¿Por qué se jactaba de su dolor?

Logan fijó los ojos en su madre y apretó los labios.

—En esa casa habita una de las personas culpables de que yo esté así. Una bruja de risa malvada que disfrutó viendo cómo sufría. —Ellora asintió, escuchando todas y cada una de las palabras de su hijo y notando que la rabia la poseía. Logan apretó los puños y continuó—. Pero esto no se va a quedar así. Quiero venganza, y la conseguiré cuando me recupere.

—Estás en tu derecho, y te apoyaré siempre. Los culpables deben de pagar por lo que os hicieron a ti, a Kenneth y a Aloys.

El miedo de que volviesen aquellos bárbaros a casa tuvo a Ginebra y a Christen en constante tensión durante los siguientes quince días. Ninguna de las dos podía dormir en profundidad y despertaban con el menor ruido. No se sentían seguras ni en su propio hogar.

Por su parte, Ginebra no podía dejar de recordar al herido. ¿Estaría bien? ¿Se habría recuperado de su golpe? ¿O aquellos salvajes que se lo llevaron no habrían tenido cuidado con el mal de su cabeza? Sentía lástima por él, no merecía morir. Era un hombre muy apuesto y estaba segura de que tendría una mujer que estaría esperándolo a que regresase sano y salvo.

Rememoró su cara fuerte y varonil, y su cuerpo fornido y musculoso. Sonrió para sí. Su recuerdo regresaba tantas veces... No podía evitar fantasear con que todavía seguía allí. Aquella había sido la experiencia más interesante que había tenido en años.

Un ruido en el salón le hizo girar la cabeza y olvidar al hombre herido.

Christen buscaba algo y resoplaba sin cesar.

—¿Qué ocurre?

—¿Sabes dónde puse mi cepillo? Voy a ir al lago a darme un baño y no lo encuentro.

Ginebra rio y señaló hacia la cesta en la que recogían frutos.

—¿Has mirado dentro?

—¿Y para qué iba a ponerlo yo ahí? —la interrogó, pero de todas formas fue a mirar. Al hacerlo, sus cejas se alzaron y sacó el cepillo—. ¿Qué hace

aquí?

—No lo sé. Esta mañana lo vi cuando fui a sacar los cardos.

Christen rio y se cruzó de brazos.

—Cualquier día olvidaré mi cabeza en la cesta. —Caminó hacia la puerta y le guiñó un ojo a su hermana—. Regresaré pronto.

—Sé cuidadosa.

Cuando salió de la cabaña, Christen se encaminó hacia el lago, que se encontraba a quince minutos a pie.

Dejó el peine y su ropa limpia encima de una piedra, desató su vestido y se metió en el agua.

Al hacerlo, contuvo el aliento. Estaba helada.

Normalmente se bañaba en casa, llenando un barreño con agua que traían del lago. Pero ese día no le apetecía estar yendo y viniendo con agua a cuestas.

Cuando su cuerpo se acostumbró al frío, se zambulló por completo. Le encantaba la tranquilidad que se respiraba en aquel lugar. El único sonido que se podía percibir era el de los pequeños roedores cuando corrían de un lado al otro, o el del viento moviendo las hojas de los árboles.

Tras diez minutos en el lago, y notando que las piernas comenzaban a entumecerse, salió del agua. Se secó al sol, se puso el vestido y peinó su cabello en una trenza.

Sin embargo, antes de que comenzase a caminar para volver a casa, escuchó el sonido de una rama al partirse. Al mirar en esa dirección, descubrió a un hombre observándola.

Era alto y fuerte. Tenía el cabello castaño, barba, ojos negros como la noche y una boca fina pero bonita.

El corazón de Christen se aceleró al verlo. El desconocido se acercó un poco.

Ella dio un paso hacia atrás, muerta de miedo. ¡La habían descubierto! ¡Había estado toda su vida escondida y, ahora, uno de esos salvajes escoceses la había sorprendido!

Se fijó en la vestimenta de él. No llevaba tartán, sino unos sencillos pantalones de color marrón, una camisa blanca y un chaleco oscuro.

Miró hacia un lado y echó a correr, intentando esconderse de él.

—¡Eh, esperad! —gritó el hombre al verla marcharse. La siguió todo lo rápido que pudo—. ¡No huyáis, esperad!

Apretó la marcha todavía más. Estaba tan asustada que se puso a llorar. El

desconocido le estaba pisando los talones.

Tan nerviosa se encontraba, que no se percató de que estaba llegando a un lugar en el que las piedras no la dejaban avanzar. Cuando se dio cuenta ya fue demasiado tarde.

Se dio la vuelta, para enfrentar a su perseguidor, y lo apuntó con el cepillo, a modo de arma.

—¡No os acerquéis más! —lo amenazó.

—¿Vais a atacarme con un peine?

En sus ojos se podía ver la burla y eso enfadó a Christen.

—Os atacaré con lo que me sea posible. Es mejor que os vayáis por donde habéis venido.

El desconocido, en vez de obedecer, se llevó una mano al mentón y la observó, pensativo.

—¿Quién sois?

—Eso a vos no os importa.

—¿Qué hacéis aquí sola?

—No os voy a contestar. ¡Idos, por favor!

—Este bosque no es lugar para una mujer —continuó él, con el ceño fruncido—. ¿Os habéis perdido? Puedo llevaros de vuelta con vuestra familia.

Christen tragó saliva y vislumbró un hueco por el que escapar.

—No me he perdido.

—¿Vivís cerca de aquí? —Dio un paso en su dirección—. ¿A qué clan pertenecéis?

—A ninguno —declaró con una bola de nervios en la garganta—. Por favor, no me hagáis daño y dejad que me vaya.

Él enarcó las cejas y se cruzó de brazos.

—No os voy a hacer daño, mujer, solo quiero saber quién sois y por qué estáis aquí sola. ¿Os habéis escapado de vuestras tierras?

—¡No, ya os he dicho que no pertenezco a ninguno de vuestros clanes!

—¿Nuestros clanes?

—¡Sí! Y ahora, ¿me dejáis marcharme?

—Podéis iros, pero solo si me decís vuestro nombre —dijo, poniendo una única condición.

Ella se humedeció los labios y lo miró a los ojos. ¿Sería prudente decirle cómo se llamaba? Si lo pensaba con detenimiento, su nombre era solo eso, un simple nombre, y le había dado su palabra de que, cuando lo hiciera, la dejaría marcharse.

—Me llamo Christen.

—Precioso, como vos. —Sonrió.

—¿Os podéis quitar de mi camino ahora?

Iver soltó una carcajada ante su desesperación. Dio un par de pasos hacia un lado y despejó el lugar para que ella pudiese pasar.

Al verse libre, Christen echó a correr sin mirar hacia atrás, algo que lo hizo reír todavía más.

—¡Christen! —la llamó con una gran sonrisa en los labios—. No me habéis preguntado cómo me llamo yo. —Ella frenó en seco y abrió mucho los ojos ante sus palabras. En sus labios se acumularon cientos de comentarios mordaces que le hubiese dicho si hubiera sido más valiente. En vez de hacerlo, se encogió de hombros y esperó a que el desconocido continuase—. Me llamo Iver.

Ella volvió a darse la vuelta. Quería marcharse de allí, llegar a casa y encerrarse en ella hasta que se le olvidase el miedo que había pasado. Corrió entre los árboles, sin rumbo fijo, pues no se fiaba. Podría estar observándola y seguirla hasta la cabaña.

Media hora después, y con la seguridad de que no la había estado vigilando. Regresó junto a su hermana.

CAPÍTULO 4

Todo el salón del castillo Duart quedó en silencio al ver aparecer a Logar por él.

Después de casi cinco semanas guardando reposo, su herida había sanado y volvía a ser el mismo hombre de siempre. Enérgico y con la salud de un roble.

Saludó con un movimiento de cabeza a sus parientes, los cuales se encontraban sentados en unas mesas junto a la gran chimenea, y a su padre, que sonrió al verlo. Cruzó aquella estancia sin detenerse. Se notaba la determinación en su rostro. Tenía algo muy importante que hacer.

Cuando puso un pie en el exterior, cerró los ojos. Había echado de menos el olor a hierba y a tierra mojada que caracterizaban a la isla de Mull.

A lo lejos, vislumbró la cuadra. Qué gran noticia le dieron cuando le informaron de que Rhyddid, su caballo, había vuelto a casa montado por Kenneth.

Acarició su lomo y le dio un par de palmadas, a modo de saludo.

—¿Ni siquiera comes algo antes de marcharte?

Logan dio la vuelta y se encontró cara a cara con el laird.

—No pienso perder ni un minuto de mi tiempo. Quiero llegar cuanto antes.

—¿Estás seguro de que no quieres que te acompañe ningún hombre del clan? —preguntó su padre, con algo de preocupación en la voz.

—Quiero hacer esto yo solo.

—No sabes lo que vas a encontrarte en el camino, Logan.

—No me importa —comentó, terminando de ensillar a Rhyddid—. Es mi orgullo el que está en juego. Nadie puede hacer algo así a un MacLean y salir airoso.

Lachlan lo contempló con satisfacción. Su hijo tenía esa determinación propia de los grandes jefes, y estaba seguro de que, el día que él faltase, iba a dirigir el clan de forma sabia y recta.

—Suerte en tu viaje —dijo Lachlan, colocando una mano sobre su hombro—. Si en cuatro días no has vuelto, iremos en tu busca.

—Volveré —contestó de inmediato—, y lo haré con las cabezas de los culpables arrastrando tras de mí.

Todavía recordaba con claridad aquel camino en medio del bosque de Mull. Lo tenía grabado en su mente a fuego.

Después de recorrer casi la totalidad del bosque, y al no encontrar a nadie por allí, eligió hacer noche bajo un roble. Soltó las pieles que llevaba atadas al caballo y se cubrió con ellas. Hacía frío, pero no le importaba. La sed de venganza era más poderosa que las bajas temperaturas. Estaba decidido a no volver hasta que no matase, uno a uno, a esos bandidos.

La primera noche fue infructuosa. Lo único que lo acompañó en su soledad fueron los ululatos de los búhos y el crujir de las ramas cuando algún roedor se acercaba a merodear en busca de comida. Pasó dos jornadas enteras en aquel mismo lugar. En las alforjas tenía bastante comida y agua para poder subsistir sin problemas, sin embargo, sabía que no muy lejos había un lago, para rellenar su pequeño barril si en algún momento lo necesitaba.

Estaba al corriente de lo complicado que sería volver a encontrar a aquellos bandidos. El bosque era inmenso y la probabilidad de que regresaran al mismo lugar era mínima. Sin embargo, su empeño seguía intacto y sus ansias de venganza le dieron la paciencia suficiente como para no desesperarse. Había pasado las cuatro últimas semanas rezándoles a los santos y tenía la corazonada de que iban a ayudarlo en su resarcimiento. Aun así, en su camino no se cruzó ni un jabalí.

Comenzó a perder la paciencia y pensó en montar a Rhyddid e ir él mismo en su búsqueda, por la espesura del bosque. Pero el tercer día, su suerte cambió.

A lo lejos escuchó voces.

Se escondió detrás del árbol y aguardó a que aquellos que hablaban se acercasen, mientras le rogaba a Dios que fuesen las personas que esperaba.

Una sonrisa fría atravesó su cara al descubrir al hombre culpable de la emboscada, junto con los otros tres. No daba crédito a su suerte, sus plegarias habían sido escuchadas.

Al tenerlos cerca, salió de su escondite y desenfundó su claymore. Los cuatro bandidos dejaron de caminar y dieron un respingo, pues no se esperaban a nadie entre la maleza. Lo reconocieron al instante y sonrieron.

Logan era un hombre fornido, alto y curtido en el arte de la guerra, sin embargo, los ladrones estaban seguros de que al estar en mayoría, su suerte sería la misma que la última vez que sus caminos se cruzaron.

—Vaya, vaya, ¿has regresado a nuestro bosque por más? —preguntó el cabecilla, adelantándose a los otros.

—He venido a mataros —los amenazó con la voz muy calmada y fría, dando un paso hacia ellos.

—¿Solo?

—No necesito a nadie más para acabar con vuestras miserables vidas.

Uno de los vagabundos sacó una espada y se lanzó a por él. Logan esquivó el golpe y, de un solo ataque le cortó la cabeza. Los otros tres se pusieron serios y retrocedieron.

—¿Dónde está el cuerpo del hombre que venía conmigo? —les preguntó con voz serena, pero amenazante.

—No lo sabemos, os dejamos en este mismo lugar —dijo uno de ellos, tragando saliva convulsivamente.

—Quizás mi espada pueda refrescaros la memoria.

Tras decir aquello, se lanzó hacia ellos y, en menos de un segundo, dos más acabaron sin cabeza, como el primero.

—Tranquilo, amigo —intentó apaciguarlo el último ladrón. Miró los cuerpos de sus secuaces y aguantó una arcada.

—Te lo preguntaré por segunda vez, ¿dónde está mi primo?

—¡No lo sé! —lloriqueó, viendo cómo se aproximaba a él blandiendo la espada.

—¿Lloras? —rio Logan—. ¡Compórtate como un hombre! Creo que has aprendido muy tarde que nadie juega con los MacLean.

—No me hagáis daño, por favor. Yo solo seguía órdenes —gimió, juntando las manos en forma de oración.

—¿Dónde está? —rugió.

—No lo sé. —Rompió a llorar y se arrodilló—. Tened piedad de mí, ¡creedme!

Logan apretó los dientes y se lanzó contra él.

Cogió las cuatro cabezas, las echó en un bolso hecho de pieles y lo ató a Rhyddid. Guardó la espada y se limpió la mejilla, manchada por la sangre de aquellos ladrones. A pesar de haber acabado con sus vidas, todavía se sentía incompleto. No había conseguido que hablasen, y el cuerpo de Aloys seguía desaparecido.

La noche pasó relativamente rápida. Cuando el sol salió por el horizonte, Logan ya estaba preparado para regresar. Se acomodó en su caballo y cabalgó de vuelta. Pero en vez de seguir el camino, lo hizo campo a través, pues escuchaba el sonido del agua. Necesitaba rellenar su barril y dar de beber al animal.

Dejó que el caballo saciara su sed mientras él se limpiaba la sangre seca de su ropa en aquel lago.

De un salto, se montó en Rhyddid y continuaron su viaje. Sin embargo, mientras regresaban al camino principal, vio algo que no esperaba. Cerca de un risco, y escondida entre la maleza, había una casa de piedra y madera. Estaba tan escondida que parecía confundirse con el follaje y las rocas de una pequeña montaña. Estaba seguro de que aquella vieja edificación pasaría inadvertida por la mayoría de los viajeros que se adentraban en el bosque de Mull. No obstante, para un cazador experimentado como él, no fue demasiado complicado distinguirla entre las rocas en las que se camuflaba.

Logan fue hasta allí. Ató el caballo a un árbol y se acercó a la construcción. Encontró la puerta por la parte de atrás y, cuando fue a poner la mano en el pomo, para intentar abrirla, alguien se le adelantó desde el interior.

Delante de él aparecieron dos jóvenes que reían entre sí. Su intención fue saludarlas con cortesía, cuando la reconoció. ¡Era ella!

Ginebra abrió la boca, presa del asombro.

—¡Vos! —exclamó con los ojos muy abiertos por la sorpresa. El hombre al que había cuidado durante varios días estaba allí. Ese mismo al que no había podido sacarse de la cabeza. ¿Habría venido a agradecerle sus cuidados?—. ¡Estáis recuperado!

Logan apretó la mandíbula y dio un paso en su dirección.

—Bruja —la insultó, apretando los puños.

—¿Qué? ¿Bruja? —Ginebra se quedó sin saber qué decir.

—¡Sí, bruja! —gritó él, fuera de sí. Las dos jóvenes echaron a correr hacia dentro de la cabaña, muertas de miedo, intentando cerrarle la puerta, pero Logan la arrancó y la tiró al suelo. ¡Había encontrado a la mujer que se rio de su sufrimiento! La misma que, cuando estaba medio moribundo, le robó y no le prestó ayuda—. ¿Ahora no te ríes?

Christen miró a su hermana, sin comprender lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué dice este hombre, Ginebra? ¿Por qué te insulta?

En vez de contestarle, continuó mirándolo. No entendía nada de lo que estaba pasando. Lo único que quiso fue ayudarlo.

—Yo no os hice ningún mal, mi señor, solo os intenté curar.

—¿Riéndote de mi desgracia? —gritó muy enfadado, con la ira deformándole su hermosa cara. Pasó una mano por la mesa del salón y tiró todo lo que había sobre ella, consiguiendo que las dos chicas gritasen de terror.

—¡Nunca me he reído de vos! —se defendió, agarrándose con fuerza a Christen, que temblaba de miedo.

—¡Eres una maldita embustera! —la acusó—. Pero ahora que te he encontrado voy a hacértelo pagar, igual que a tus amigos los vagabundos.

—¡No sé de lo que habláis, por favor, idos! —comentó con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—¿No lo sabes? —Rio y frunció los labios en una mueca terrible—. Eres la mismísima hija de Satán y pronto vas a pagar por tus pecados.

Tras decir aquello, la cargó de un hombro y caminó hacia la puerta.

Ginebra intentaba escaparse de los brazos de Logan, pero era tan fuerte que le fue incapaz incluso el menor movimiento. Solo podía gritar y llorar.

—¡Ginebra! —chilló Christen, que pegaba al hombre para que soltase a su hermana—. ¡Soltadla, soltadla!

Logan, cansado de los golpes de la otra jovencita, la empujó y la tiró al suelo.

—¡Ginebra! —lloró esta, al ver que se llevaba a su hermana sin que nada pudiese hacer para impedirlo.

—¡Christen! —chilló a su vez notando que el corazón se le salía del pecho.

La llevó en peso hasta el caballo y la colocó sobre él para atarla. Ginebra peleaba con todas sus fuerzas contra él. No podía creer que, después de todos sus cuidados, se lo pagase de aquella forma. ¡Debió de haberlo dejado morir! Debió de haber hecho caso a su sentido común y no haberlo ayudado.

En un descuido, le dio un bocado en el brazo y pudo saltar del caballo y echar a correr. Sin embargo, la volvió a coger de inmediato. La rodeó por la cintura y la zarandeó.

—¡No te muevas, bruja! —le dijo con enfado—. Ahora también pagarás por el mordisco.

—¡Dejadme en paz y marchaos! —gritó desesperada, con las lágrimas sin dejar de correr por sus mejillas—. No os he hecho ningún mal, os lo aseguro. ¡Soltadme!

Logan, cansado de tanto parloteo, acercó la boca a su oído y le susurró

con tranquilidad.

—Más vale que te calles, mujer, o mataré también a la otra joven.

El mundo se le cayó encima al escuchar aquello. Miró a Christen, que corría para alcanzarlos, sin dejar de llorar. Paró de moverse y se dejó atar. No iba a consentir que le sucediese nada a su hermana. Ella era su vida y no permitiría que aquel bárbaro le hiciese daño.

Al terminar de atarla, montó él mismo en el corcel y espoleó al animal para que emprendiese el galope.

Al verlos alejarse, Christen se dejó caer al suelo de rodillas.

—¡Ginebra!

Dio un grito, presa del dolor, y lloró sin consuelo, a sabiendas de que era imposible que los alcanzase a pie.

Ese bruto se había llevado a su hermana. Alzó la cara hacia el cielo y gritó todo lo que sus cuerdas vocales le permitieron.

Iver MacLean, observaba el bello paisaje desde el salón. Cada vez le gustaba más aquella aldea en la que su progenitora había decidido vivir. Siempre había residido junto al castillo Duart. Sin embargo, su madre, al hacerse mayor, decidió marcharse con su hermana.

Iver tenía casa propia cerca del castillo, pero fue a pasar una temporada con ella. Estaba débil de salud y se preocupaba por su seguridad, a pesar de que allí tenía a su tía, que podía ocuparse de ella.

Su padre murió diez años atrás, en una de las guerras contra el rey inglés, y al ser su único hijo, se había quedado sin nadie que se ocupase de su bienestar, pues él tenía obligaciones que cumplir. En principio todo fue bien, aunque los años se habían cebado con la anciana y apenas podía caminar sin ayuda.

Sabía que en su nuevo hogar no iba a sucederle nada, pues el poblado en el que habitaba era del clan Mackinnon, un aliado de los MacLean, sin embargo, estaba asentado más al norte de la isla, y no podía visitarla tan a menudo como le hubiese gustado. Así que, cerró su propia morada y se fue junto a ella, para asegurarse de que estuviese a salvo.

Salió al exterior de la casa e inspiró con fuerza. Observó a su alrededor y fijó la vista en el camino que llevaba hacia el bosque.

Sonrió.

Qué sorpresa se llevó al encontrarse con aquella joven en el lago. Era una chica preciosa y muy misteriosa. Christen.

Recordó el miedo en sus ojos cuando se lo encontró frente a ella. Iver no comprendía cómo su familia le permitía adentrarse en aquel lugar en solitario. Era un terreno tan peligroso que, incluso los guerreros más curtidos de las Tierras Altas, respetaban por lo escarpado del terreno.

Desde que la vio, había vuelto al bosque todos los días siguientes, pero no volvió a encontrarla. Sin embargo, estaba decidido a hallarla de nuevo. Era una joven muy bonita y quería saber más sobre ella.

CAPÍTULO 5

Ginebra no dejó de llorar desde que partieron y dejaron atrás la cabaña. Aun así, Logan no se detuvo, ni le dio unas palabras de aliento. Esa mujer era una arpía, había disfrutado con su desgracia, le robó y rio estando él moribundo. Todavía tenía que dar gracias porque no la hubiese matado en el mismo instante en que la vio en su casa.

Apartó la mirada del camino y fijó sus ojos en ella, que se encontrada recostada sobre el caballo delante de él, de modo que su cabeza y sus piernas colgaban hacia el suelo.

Contempló su espalda, fina y bonita, su cabello negro, que ondeaba por el viento, y su trasero, que se movía al compás del galope de Rhyddid. El vestido que llevaba, se había subido por la fuerza de los movimientos del caballo, dejando a la vista unas piernas largas y bien formadas. La miró con detenimiento, recordando con rabia lo que aquella mujer le había hecho.

Se regañó él mismo por disfrutar de su cuerpo. Esa sierva de Satanás no merecía nada de él. Lo único que debía esperar de Logan, era un futuro aterrador. Le daba igual lo hermosa que fuese y sus penetrantes ojos negros. Era una bruja malnacida e iba a pagar por todos sus actos.

Continuaron el camino hasta que fue cayendo la noche. Cuando la oscuridad hizo imposible su viaje, Logan desmontó del caballo y bajó a Ginebra de un tirón, haciendo que cayese al suelo y se golpease el brazo.

Hizo una mueca de dolor, no obstante, no pudo calmarse la zona pues tenía las manos atadas. El llanto se hizo más intenso y se acurrucó hecha un ovillo.

—Mi señor, por favor, soltadme. Yo no os he hecho nada malo —le suplicó.

—¡Cállate! Me molesta oír tu voz perversa.

Ginebra abrió la boca al escucharlo, alzó la cabeza y lo miró directamente a los ojos, con la mirada bañada en lágrimas.

—Tengo que regresar con mi hermana, no podrá vivir mucho tiempo sin mí.

Él entrecerró los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tú ya no tienes hermana —comentó con voz glacial—. Lo único que vas a tener a partir de ahora, va a ser una vida miserable y llena de torturas. Yo mismo me voy a encargar de ello.

—¡No! —Agachó la cabeza y sollozó. ¿Por qué le estaba pasando aquello? No lo lastimó en ningún momento, lo cuidó y cambió el vendaje a diario. Sin embargo, ese bruto pensaba someterla a toda clase de horrores. Clavó sus ojos en él, dispuesta a que todo aquello terminase—. ¿Es así como me agradecéis el querer ayudaros? Os lo suplico, creedme, jamás os he dañado.

—Cuando te torture, dirás la verdad —comentó con frescura, sin ni siquiera mirarla a la cara.

—¿Tortura? —Se le secó la voz al escuchar sus palabras—. ¡No, no, tened piedad! Por todos los santos, eso no, antes prefiero la muerte.

Logan rio.

—Ni lo sueñes. La muerte sería algo demasiado benévolo para ti. ¡Y no vas a tener esa suerte! Te quiero viva. Quiero verte llorar todos y cada uno de los días que te quedan en este mundo. ¡Me encargaré de que jamás vuelvas a reír de la misma forma en que lo hiciste!

—Yo nunca me he reído en vuestra presencia —susurró, sin fuerzas para seguir discutiendo. Era inútil hacerlo. Ese hombre quería hacerle daño, y por mucho que se esforzase, no iba a conseguir nada.

Al verlo alejarse y ocuparse del caballo, Ginebra volvió a hacerse un ovillo en el suelo. Se quedó allí, con los ojos secos de lágrimas y la mirada fija en el bosque. Apenas tenía diecinueve años y su vida había terminado.

Logan acabó de darle de comer a Rhyddid y lo ató al tronco de un árbol. Soltó las pieles y las echó al suelo. Se recostó sobre ellas, dejando a Ginebra fuera, y agarró la cuerda con la que estaba atada, para asegurarse de que no escapaba. Antes de cerrar los ojos, la miró de nuevo.

Estaba dormida. Su rostro se encontraba sereno y calmado. El llanto había debido de agotarla. Logan entrecerró los ojos al contemplar su piel de porcelana. Le costaba aceptar que aquella belleza tuviese un alma tan negra. Era una mujer preciosa, de las que eran capaces de conseguir lo que se propusiesen con un par de sonrisas, y de hacer perder la cabeza de un hombre por conseguir sus favores. Sin embargo, había sido testigo de la clase de bruja que era y jamás le permitiría cautivarlo con sus encantos. Como buen guerrero, tenía mucho control sobre sí mismo. Los años de entrenamiento lo habían enseñado a ignorar los placeres de la carne por el deber. Y su deber era

hacerla pagar por sus acciones, al igual que a los asesinos de Aloys.

Los ojos de Ginebra se abrieron unas horas después. Era completamente de noche y había una oscuridad casi absoluta. La única fuente de luz era la luna, que alumbraba a malas penas la vegetación que la rodeaba.

Giró la cabeza y vio a su raptor dormir. Se notaba que se encontraba en un sueño profundo, pues emitía suaves ronquidos.

Ginebra se incorporó un poco y observó sus ataduras. Eran fuertes y no podría soltarlas por sí misma. Miró a su alrededor, buscando algo puntiagudo, pero lo único que encontró fueron piedras inservibles.

Casi volvió a darse por vencida, hasta que vio algo brillar en el tobillo del guerrero. ¡Un puñal! Sonrió, con la esperanza de poder soltarse.

Se arrastró con suavidad por el suelo, para que no la escuchase, y llevó las manos hacia el arma con mucho cuidado. Era complicado, pues al estar atada la dificultad era doble, aunque estaba dispuesta a intentarlo.

Deslizó el puñal hacia afuera. Cuando lo consiguió, tuvo que reprimir un grito de júbilo.

Con el corazón latiendo a marchas forzadas, y tras varios intentos, cortó las cuerdas.

Al verse libre, se levantó del suelo. Se guardó el arma, por si la necesitaba más adelante, y caminó hacia el caballo. Sin embargo, al acercarse, y viendo que el animal se ponía nervioso con su presencia, desechó la idea y se marchó corriendo hacia la espesura del bosque.

Tras cinco minutos de huida, rio aliviada. ¡Había escapado! ¡Lo había conseguido! Ginebra había logrado salvarse de aquel hombre. ¡Estaba eufórica!

No conocía el camino de regreso a casa, pero no le importaba, lo encontraría como fuera y volvería junto a Christen.

Sin embargo, su buena suerte duró poco. El sonido de los cascos de un caballo se escuchó con fuerza. Miró hacia atrás y lo descubrió sobre el corcel. Cabalgaba todo lo rápido que le permitía el animal. Su rostro estaba desfigurado por el odio y eso asustó a Ginebra, que apretó todavía más su carrera.

Logan desmontó de un salto y echó a correr tras ella hasta que la alcanzó. Al cogerla, perdieron el equilibrio y cayeron al suelo.

Se levantó con rapidez y sacó el puñal, apuntándolo con él. Logan, al verla, rio.

—No sé cómo pude ser tan confiado. Jamás debí dormirme y perderte de vista. —dio un paso en su dirección, amenazante.

Ginebra alzó todavía más el arma y lo miró con miedo.

—¡No os acerquéis!

—Mujer del demonio. —Soltó una carcajada—. ¿Crees que eso me asusta? —Desenfundó la espada y, sin que apenas ella se diese cuenta, pegó el filo a su cuello—. Podría matarte ahora mismo, y tu cabeza descansaría junto a la de tus demás compañeros.

—No conozco a ninguna de las personas que nombráis —declaró, sin bajar el puñal, tragando saliva al notar el frío metal de la espada contra su garganta.

—No te preocupes, puedo refrescarte la memoria de bruja que tienes —rio. Alargó la mano hasta la bolsa que descansaba en la parte trasera de Rhyddid y sacó algo de ella.

Ginebra observó lo que le mostraba y, al reconocerlo, se tambaleó un poco. ¡Era una cabeza humana! ¡La cabeza de un hombre!

Dio un grito de terror y se tapó la boca con una mano, temblorosa.

Logan, aprovechando su debilidad, dio un golpe a su brazo y le arrebató el puñal. La agarró por las manos y se las retorció hasta que la inmovilizó.

Acercó la boca a su oído y le susurró:

—Cuando me canse de ti, correrás la misma suerte que estos ladrones.

—¡Yo no os he hecho nada, estúpido patán! —gritó cansada de sus amenazas.

Propinó a Logan una patada en la espinilla y lo empujó para desequilibrarlo. Al verse libre, volvió a correr. No podía dejar que la cogiera.

Pero no llegó muy lejos. Los brazos de él la rodearon por la cintura y la alzaron del suelo. Su risa se escuchaba por todo el bosque.

—Eres una arpía pendenciera y belicosa. Me va a encantar robarte ese ímpetu y esas ganas de luchar por tu vida —dijo con voz helada—. Porque cuando acabe contigo, te sentirás como si no existieses. Serás como un alma vacía, sin pasión por nada, sin alegrías ni tristezas. Te convertiré en un alma en pena, pero no te mataré, ¡no, señor! Mi satisfacción será el verte sufrir el resto de tu vida.

Christen abrió los ojos y fijó la vista en el techo de su casa. Contuvo un sollozo y se tapó la boca con las manos. No podía creer lo ocurrido. Todavía le costaba hacerse a la idea de que Ginebra no estaba.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas y escondió la cara entre los brazos. ¡Su hermana! Aquel loco se la había llevado y ella no había podido hacer nada para impedirlo.

Se levantó, incapaz de seguir ni un minuto más en la casa, y corrió por el bosque hasta llegar al lago. Sentía que le costaba respirar, y no debido a la carrera. El saber que, probablemente, no iba a volver a ver a Ginebra la atormentaba por dentro. ¡Su pobre hermana! La persona más buena y gentil del mundo, raptada por un bárbaro.

Había pasado toda la noche rezando para que estuviese bien, pidiéndoles a los santos un milagro que le ayudase a encontrarla. Se durmió agotada y con un enorme dolor de cabeza.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Qué podía hacer? ¡No tenía ni idea de la identidad del hombre que se la había llevado! ¡No sabía hacia dónde ir para buscarla!

Desesperada, lloró. Lloró sin consuelo, por su hermana. Pidió al cielo que estuviese bien, que no le hubiese hecho daño.

—Si estuviese en mi mano la posibilidad de evitar vuestras lágrimas, lo haría sin pensarlo —habló una voz a su espalda.

Christen dio un grito, asustada, y enfrentó al hombre que se encontraba tras ella.

Al reconocerlo, se limpió las mejillas. Era el tipo del pasado día. Iver, si no recordaba mal.

Sin confiar en él, dio un paso hacia atrás, alejándose.

—No quiero haceros daño —comentó para calmarla—. Me parecéis una mujer preciosa y sería un honor para mí poder acompañaros durante un rato.

—No quiero vuestra compañía, mi señor. Tengo cosas más urgentes de las que ocuparme.

Iver se quedó en silencio, observando el rostro de Christen. Tenía ojeras y se notaba que no había descansado lo suficiente.

—No entiendo muy bien el cerebro de las mujeres, pero si puedo seros de ayuda en vuestros problemas...

Alzó la vista, al escuchar aquello. ¿Qué se pensaba aquel tonto? ¿Que se encontraba así por haber roto un vestido? ¿O perdido un zapato?

—Mis problemas poco tienen que ver con las estupideces propias de las damas mimadas. —Una lágrima cayó por su mejilla y su rostro se contrajo por la angustia—. Nadie puede ayudarme.

Iver cruzó los brazos sobre el pecho y dio un paso hacia ella. Al ver que la joven no retrocedía, se acercó más.

—Si no me contáis lo que os pasa, seguro que no podré hacer nada.

Christen se dejó caer contra un árbol, apoyando la espalda sobre él. Cerró los ojos con fuerza y lloró. Aquello estaba siendo muy duro. Su corazón se rompía por momentos al recordar a aquel escocés llevándose a Ginebra.

Fijó su mirada vidriosa en Iver, que esperaba paciente, y tragó saliva para aclarar su garganta.

—Ayer, un hombre se llevó a mi hermana.

—¿Quién fue?

—¡No lo sé! Si lo supiese, no estaría aquí sin hacer nada.

—¿Vuestros parientes no hicieron nada para impedirlo?

—No tenemos parientes. Vivimos solas en una casita en el bosque.

Iver abrió los ojos, asombrado, al conocer aquella noticia. Dos mujeres solas, sin nadie al que acudir para que las ayudase. Sin parientes ni familia. Inaudito.

—¿Qué ocurrió para que ese hombre se llevase a vuestra hermana?

—¡Nada! Ginebra no hizo nada.

—Pero... —No conseguía entender—. ¿Estaban prometidos? ¿Tenían algún tipo de relación?

—No lo conocíamos de nada. Ginebra lo encontró en medio del bosque, moribundo, con un golpe en la cabeza. Lo llevamos a casa y lo cuidamos. — Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordarlo—. Un día, vinieron a buscarlo otros hombres y se lo llevaron.

—¿Os vieron?

—No, nos escondimos en el bosque hasta que se marcharon con él. —Dio un golpe en el suelo con el puño y apretó los dientes—. ¡Nos confiamos! ¡Pensamos que no regresarían! ¡No imaginamos jamás que, ese mismo hombre, volvería y haría lo que hizo!

—La verdad es que es ilógico cargar contra la persona que te ayudó — comentó él, pensativo—. A menos que se hubiese enamorado de vuestra hermana y hubiese vuelto para llevársela a sus tierras.

—Apenas estuvo consciente unos minutos. ¿Cómo se iba a enamorar de esa forma?

Iver sonrió y miró a Christen.

—Si es tan hermosa como vos, no hay nada imposible.

La amargura le impidió disfrutar de aquella galantería.

—Tengo que encontrarla.

Iver se apoyó en el mismo árbol que ella, muy cerca. Al ver que Christen no se apartaba, sonrió. Era la joven más bonita que hubiese visto jamás. Pero la tristeza que tenía plasmada en el rostro, la hacía parecer muy vulnerable.

—¿Había algo en ese hombre que os llamase la atención?

Se quedó pensativa.

—Llevaba un kilt.

—¿Recordáis el color del tartán? —la interrogó interesado—. Se puede saber de qué clan proviene según sus colores.

—Llevaba rojo y verde.

—Hay muchos tartanes rojos y verdes. Debía tener más colores.

—No me acuerdo —se lamentó—. No me fijé demasiado. Estaba tan nerviosa que...

—Entonces, va a ser complicado encontrar a vuestra hermana.

Christen, al escuchar sus palabras, se dejó caer al suelo y escondió la cara entre las manos. Rompió a sollozar, desesperada.

Iver, culpable por haberla hecho llorar. La rodeó por los hombros y la acercó a su cuerpo.

—No todo está perdido, Christen —le susurró—. Esta clase de noticias vuela. No es muy común que un hombre retenga a una mujer sin que se entere nadie.

—No tengo forma de saber si hay noticias de ese tipo.

—Pero yo sí. Soy un MacLean. Las tierras que ocupa mi clan son muy extensas, todo llega a nuestros oídos. Si vuestra hermana ha sido capturada por un hombre de las Tierras Altas, lo sabré.

CAPÍTULO 6

El castillo Duart se alzaba sobre un acantilado situado junto a un extenso lago, que proveía de agua a toda la aldea y los aprovisionaba de pescado.

Ginebra, agotada por el viaje, y sin fuerzas, miró aquella edificación con un nudo en la garganta. Era gigantesco e infranqueable. Si alguna vez tuvo la esperanza de poder escapar, en esos momentos la realidad la golpeó como si de una pedrada en la cara se tratase. Aquel castillo sería su propio infierno, su tumba. Y, aunque a ratos se tratase de animar a sí misma pensando en que sortearía a aquel bárbaro y podría regresar junto a Christen, al ver dicha fortaleza todas sus esperanzas acabaron tiradas por el suelo.

Logan bajó del caballo y arrastró a Ginebra con él. Cayó de rodillas y lanzó un grito de dolor al apoyar sus piernas, dormidas por las horas de viaje.

No tuvo tiempo de reponerse, pues él, enseguida, echó a andar tirando de la cuerda a la que estaba atada.

El caminar de Ginebra era lento, sus piernas no terminaban de responder.

—Vamos, bruja —soltó Logan, mirándola con desprecio—. Estoy deseando comenzar con tu tortura.

Al escuchar aquello, Ginebra frenó en seco. No iba a entrar, no permitiría que la maltratase sin tener culpa de nada. Él tiró un poco de la cuerda, y al ver que no se movía, rio.

—No empieces una guerra que no puedes ganar. ¡Camina!

—No —dijo, con desesperación y miles de lágrimas rodando por las mejillas—. Os lo suplico.

—¿Me suplicas? —preguntó con desdén—. ¡A mí nadie me preguntó nada cuando me robasteis! ¡Yo no obtuve compasión!

—¡Mi señor, os equivocáis de persona!

—Ahora te arrepientes, ¿verdad, arpía? —rio. Dio un fuerte tirón a la cuerda y la hizo trastabillar—. Vamos.

Sin embargo, Ginebra no dio ni un paso. ¡No! No lo haría. ¡No estaba dispuesta a pasar por ese suplicio! ¡Era inocente, su única culpa fue querer ayudar a un desconocido!

—¡No lo voy a volver a repetir, mujer del demonio! ¡Camina!

Ginebra negó con la cabeza, sin dejar de llorar. Al verla, Logan comenzó a andar, tirando de la cuerda con fuerza. Cayó al suelo y fue arrastrando varios metros detrás de él.

Se estaba lastimando. El suelo era pedregoso y le rompía el vestido. Se sintió insignificante. Sintió que su vida no valía nada, que estaba a merced de aquel bruto dispuesto a hacerle pasar un infierno. No peleó por levantarse, ni siquiera lo intentó. Nada podía hacer para salvarse de lo que le esperaba. Ese hombre tenía el triple de fuerza que ella, podría retorcerle el cuello sin esforzarse demasiado.

Logan miró hacia atrás y la observó. Tenía sangre en los brazos por las piedras con las que se raspaba. Su vestido se estaba rompiendo y el cabello le tapaba casi la totalidad de su rostro.

Dejó de caminar y fue a su lado. La cogió por la cintura y se la echó al hombro. Ginebra se dejó hacer, pues sentía que no valía la pena nada. Quería hacerle daño y lo haría.

Por lo poco que vio, entraron a una gran sala, en la que había decenas de personas sentadas alrededor de varias mesas, junto a una gran chimenea.

Logan se puso en medio del salón y dejó a Ginebra en el suelo. Le alzó la cabeza con una mano, para que todos pudiesen verla a la perfección.

—Esta mujer —comenzó a decir en voz alta—, es una de las culpables de lo que nos hicieron a Aloys y a mí.

—¡Mátala! —gritó un hombre que había sentado al fondo.

—No. De ahora en adelante, la convierto en mi prisionera —aclaró Logan—. Su vida va a transcurrir en el calabozo, del que solamente saldrá para ser torturada por mí.

—No —susurró Ginebra llevándose las manos a la cara.

Logan se acercó a su oído y habló con burla.

—¿Por qué no te ríes ahora, bruja?

Todo el salón comenzó a insultarla, a escupirle y a aplaudir a Logan. Miró a toda esa gente y la sala giró a su alrededor. Su respiración se aceleró, los latidos de su corazón también se desbocaron. Poco más tarde, cayó al suelo, inconsciente.

Él la cogió en peso y se la volvió a echar al hombro. Cruzó el salón y tomó las escaleras que bajaban hacia los calabozos. Abrió una celda, dejó a Ginebra recostada en el suelo y se machó, abandonándola en aquel oscuro lugar.

Un fuerte olor a orina se coló por sus fosas nasales.

Ginebra abrió los ojos y lo único que pudo ver fue oscuridad. Se incorporó con cuidado, pues no sabía si sobre ella había algo con lo que golpearse. Poco a poco, pudo reconocer el lugar en el que estaba. Era una prisión.

Se tapó la boca con las manos y se echó a llorar.

¿Por qué le estaba pasando todo eso? ¡No era justo! Tenía una vida tranquila junto a Christen, jamás habían dañado a nadie.

Se acarició la muñeca, notando cómo un agudo dolor la traspasaba. Las cuerdas con las que fue atada, la habían lastimado. Pero ya no las llevaba. Aquel bárbaro se las debió de quitar.

Se levantó del suelo y se acercó a los barrotes. Los zarandeo para comprobar su dureza. Eran irrompibles. Una presión en el pecho la hizo respirar entre jadeos. Solo con imaginar toda una vida en aquel lugar, le hacía ver la muerte como algo benévolo a lo que aspirar. Las mejillas se le llenaron de lágrimas y sus sollozos se escucharon por todo el calabozo. Desesperada, sacudió los barrotes.

—¡Dejadme salir! —gritó con todas las fuerzas que le quedaban—. ¡Abrid la puerta, por favor! ¡Tened piedad!

Sus zarandeos eran más desesperados a cada segundo que pasaba en aquella prisión. Solo con pensar en las amenazas de aquel bruto se ponía enferma.

—¡Yo no he hecho nada! —chilló entre lágrimas.

—Ninguno de los prisioneros que estamos aquí somos culpables —la interrumpió una fuerte voz masculina.

Ginebra dejó de gritar y frenó en seco sus forcejeos. La voz provenía de la celda que se encontraba enfrente. Pegó la cara a los barrotes y entrecerró los ojos para intentar ver de quién se trataba.

Era un hombre mayor. Ginebra calculó que, por su apariencia, debía de tener unos sesenta años. Vestía con la ropa hecha girones y la piel tiznada por la suciedad.

—¿Quién sois vos? —preguntó mirándolo con fijeza.

—Soy Richard Peterson, llegué a Escocia desde Carlisle.

—¿Sois inglés?

—En efecto.

—¿Por qué estáis aquí?

—Yo no hice nada malo, joven —comentó el hombre con la voz clara.

—Yo tampoco. Por lo visto, esos bárbaros van apresando a cualquiera. —
Se le quebró la voz al terminar la frase.

—¡Esos sucios escoceses! —gritó Richard—. ¡Deben morir todos! ¡Yo me estaba encargando de matarlos, era mi misión!

—¿Qué?

—¡Sí! Todos esos cerdos deben ir al infierno, Dios me lo encomendó personalmente. Les retorcí el cuello a todos los que pude —El hombre se dio un cabezazo contra los barrotes, asustándola—. ¡Me faltaba muy poco para lograr mi objetivo! Quería matar al jefe de su clan. Pero me apresaron antes de que lo lograra.

Ginebra jadeó, horrorizada.

—Entonces, vos...

—¡Los escoceses deben morir! —Una risa histérica llenó toda la prisión—. Yo me encargaré de ello. —Y tras decir aquella frase, el hombre se sentó en el suelo y comenzó a mecerse, con la mirada perdida—. Los voy a matar. Los mataré a todos, sí.

Ginebra se llevó una mano al pecho, para intentar contener a su corazón desbocado.

Dio la vuelta y se sentó en el suelo, con la espalda pegada a la pared. Richard estaba loco. Tenía como compañero a un loco.

¿Habría enloquecido al estar tanto tiempo en la prisión?

Juntó las manos y cerró los ojos con fuerza. ¿Enloquecería ella también? ¿Se convertiría en una perturbada en aquel lugar?

Rezó en silencio y le pidió a Dios y a los santos que la ayudasen.

—Fàilte dhut a Mhoire, tha thu lan de na gràsan. —Recitó en gaélico todas las oraciones que sabía y apoyó la cabeza contra la pedregosa pared.

Se secó las lágrimas y se quedó mirando al vacío. ¿Qué sería de su vida a partir de entonces? Aquel escocés le había prometido torturas. ¿Podría soportar el maltrato o acabaría muerta por las heridas?

Escondió la cara entre las manos, pero no lloró. Ya no podía hacerlo. Se sentía hueca por dentro. Su vida había terminado. Era imposible escapar de allí, esa celda era infranqueable.

Unos pasos le hicieron alzar la cabeza. Un hombre se acercó a su celda portando una cesta con hogazas de pan. Lanzó una dentro y cayó sobre un pequeño charco, humedeciéndose. Ginebra la cogió y se llevó el trozo de pan

a la nariz. Olía a orina. Ese charco era la excreción de otra persona y su comida había caído dentro. La tiró al suelo, con una expresión de repulsión en el rostro y se recostó sobre el suelo, cubriéndose la cabeza con los brazos.

Sus esperanzas se estaban esfumando con demasiada rapidez. Estaba segura de que aquello era el final.

Los gemidos de Maisie se escuchaban por todo el pasillo de la planta superior del castillo, logrando que los sirvientes sonriesen al saber lo que estaba ocurriendo en los aposentos del hijo del laird.

No era raro que Logan tuviese a una mujer calentando su cama. Por todos era sabido, que las féminas adoraban a aquel guerrero de cabellos largos y mirada fría. Se dejaban la piel por agraderle y conseguir que se sintiese a gusto con ellas. Soñaban con ser la mujer que eligiese para desposarse y pasar la vida junto a él. Pero Logan no estaba por la labor. Todavía no había encontrado a la que despertase esos sentimientos en él. Las que pasaban por su cama eran divertidas y complacientes, pero nada más. Nunca sintió la necesidad de pasar más de un par de veladas a su lado. Disfrutaba del sexo que estas estaban dispuestas a darle y, cuando acababa, las despedía con cortesía pero sin ningún tipo de emoción.

Agarró las caderas de Maisie y la penetró con fuerza, haciéndola cerrar los ojos por el intenso placer que aquello le producía.

Para él, Maisie era otra más en su lista de conquistas. Era verdad que sus encuentros se alargaban más que con el resto, pero no había una razón romántica para aquello. Logan se divertía con Maisie. Era una mujer muy sensual y segura de sí misma, a la que no le asustaba nada. Le ponía las cosas muy fáciles y no se negaba a practicar el sexo dónde, cómo y cuando él lo proponía. Sabía que, al igual que el resto, Maisie quería ser su mujer, pero eso no pasaría jamás.

Entrelazó los brazos alrededor del cuello y lo empujó hacia abajo. Él atrapó uno de sus pezones con la boca. Lo succionó y lamió, mientras sus caderas continuaban con su imparable ritmo.

—¡Ah, Logan! —gimió Maisie, con los ojos cerrados—. Me encanta todo lo que me hacéis.

Él sonrió, a sabiendas de que así era y aceleró sus embestidas.

—Pues esto solo acaba de empezar.

Los gritos de Maisie se tornaron más fuertes, cosa que encendió todavía más al escocés. El cabezal de la cama golpeaba contra la pared y las pieles que la cubrían cayeron al suelo.

Tan concentrado estaba en las acometidas, que no escuchó el sonido de la puerta de su dormitorio. Alguien estaba golpeando desde fuera.

No fue sino varios minutos después que el sonido lo hizo mirar en su dirección.

—¿Quién es? —preguntó con seriedad, sin dejar de bombear en el interior de Maisie.

—Mi señor —comenzó a decir uno de sus criados—. Tengo algo que decirnos.

—¡Fuera de aquí! ¿No ves que estoy ocupado?

Se concentró de nuevo en la mujer con la que estaba y la besó en los labios con ardor. No obstante, no duró mucho su concentración, pues los golpes en la puerta volvieron a desconcentrarlo.

Logan paró de penetrarla y giró la cabeza por segunda vez.

—¡Ya te he dicho que te vayas! ¡Luego podrás decirme eso tan importante! —gritó.

Un carraspeo nervioso se escuchó desde el otro lado de la puerta.

—Pero, mi señor, es sobre la mujer a la que trajisteis presa.

Los dientes de Logan rechinaron al escucharlo. ¡Esa bruja! Lo estaban molestando por algo sobre la maldita arpía que le robó.

—¿Qué pasa con ella?

—No responde, mi señor.

Logan se separó un poco de Maisie.

—¿Cómo que no responde?

—Lleva varios días sin comer y, esta mañana, la encontramos desvanecida en su celda.

—Pues dadle pan —respondió él sin concederle demasiada importancia.

—Lo hemos intentado, pero no hay forma de que coma nada. No se despierta. Creemos está a punto de morir.

Al escuchar aquello, Logan se levantó el lecho, dejando a Maisie sola.

—¿Adónde vais?

—A ver a mi prisionera.

—Esa mujer no se merece nada, casi morís por su culpa. Es justo que ella tampoco reciba vuestra atención —comentó Maisie intentando convencerlo de que volviese a la cama.

Sin embargo, él no le hizo caso. Se vistió y salió de la habitación, dejándola desnuda en el lecho.

Acompañó al sirviente hasta los calabozos y llegaron a la celda donde se encontraba ella. Abrió el cerrojo y se dirigió hasta Ginebra, que estaba tirada en el suelo, en el mismo lugar en el que la acostó días atrás. Miró a su alrededor y vio todas las hogazas de pan cerca de un charco de agua.

La incorporó un poco y la golpeó en la mejilla, para intentar que recuperase la consciencia. Pero no lo hizo.

Se concentró en su respiración, lenta y débil, y entrecerró los ojos.

—Trae agua —le ordenó al criado.

Mientras esperaba a que el sirviente hiciese lo ordenado, se concentró en el rostro de la mujer.

Tenía una piel tan fina y perfecta que parecía irreal. Sus pestañas, largas y espesas, llegaban hasta el comienzo del pómulo y sus labios, resecaos por la falta de agua y alimento, estaban perdiendo el color rosado que los caracterizaba.

Logan observó su cuerpo, delgado y armonioso. ¿Cómo era posible que una mujer tan hermosa pudiese ser un demonio de la peor calaña?

El criado llevó agua y Logan le entreabrió la boca para que bebiese. Le dio unas cuantas palmadas en las mejillas para que reaccionase y la zarandó con suavidad, pero no hubo respuesta por parte de Ginebra.

Volvió a darle otro poco de agua.

—¿Por qué nadie me informó de que mi prisionera no comía?

—No lo sé, mi señor, no recibimos ninguna orden de que debiésemos hacerlo —se excusó el criado.

Logan fue a contestar, para reprenderlo, pero no lo hizo al notar un movimiento en el cuerpo de Ginebra.

Abrió los ojos, sin enfocar del todo, separó sus labios para decir algo, pero no lo hizo, pues la flojedad pudo con ella y se volvió a desmayar.

Se quedó mirándola fijamente. Estaba muy débil, si la dejaba en aquel lugar acabaría muerta en unos días. Una idea pasó por su cabeza, sin embargo, la desechó por ser demasiado descabellada. Aunque, si lo pensaba con detenimiento...

Decidido, la cogió en brazos y la sacó de la celda.

El criado lo observó con la boca abierta, sin creer lo que veían sus ojos.

—Mi señor, ¿qué pretendéis?

—Me la llevo de aquí.

—Pe... pero, ¿adónde?

—Lleva a mis aposentos varias pieles y un plato de comida —le ordenó sin dejar de caminar con Ginebra en brazos.

—S... sí, ahora mismo —contestó el sirviente, confundido.

CAPÍTULO 7

Christen terminó de lavar su ropa en el lago y la escurrió a conciencia.

Llevaba casi seis días sin saber nada sobre su hermana y las esperanzas iban abandonándola. La desesperación no desaparecía, pero tenía que ser fuerte. Se decía a sí misma que la encontraría y la llevaría de vuelta a casa.

Ginebra siempre había sido la más madura. Era una joven muy fuerte y decidida. A veces, envidiaba el carácter de su hermana, pues ella era de personalidad débil y asustadiza.

Fue la que ocupó el lugar de su madre cuando esta murió. Christen pasó varias semanas sin querer levantarse de la cama. Habían perdido a la única familia que tenían y se sentía destrozada.

Ginebra era la fuerte, la decidida y la que siempre veía una salida para todo. Así que, ahora que ella no estaba, se encontraba perdida.

Sin embargo, algo tenía claro. No pensaba fallarle. La encontraría, aunque fuese lo último que hiciese. No imaginaba una vida sin su hermana y pensaba traerla de vuelta a casa.

Acabó de escurrir la ropa y se levantó del suelo. Se secó las lágrimas, pues cada vez que se acordaba de ella, estas hacían acto de presencia. Cuando había dado tan solo unos pasos, un hombre se cruzó en su camino. Al reconocerlo, corrió hacia él.

—¡Iver! —Se colocó a su lado, con esperanza en el rostro.

Él, al verla algo más relajada en su compañía que las primeras veces, sonrió. Christen estaba preciosa ese día. A pesar de sus ojeras, su bonito pelo moreno y sus ojos oscuros la hacían parecer una diosa.

Había pasado varios días fuera del poblado de su madre, pues recibió órdenes de su laird, pero ya estaba de vuelta y, nada más llegar, corrió al lago.

—Me alegro de volver a encontraros —le sonrió y la tomó por las manos.

—¿Habéis conseguido averiguar algo sobre Ginebra? —preguntó, muy interesada, pues él era la única fuente de información con la que contaba.

—Todavía nada. —Vio como el rostro de la joven se entristecía y le dio una suave palmada en el hombro—. Hey, no quiero veros así.

—Necesito encontrarla, Iver. Mi hermana tiene que estar sufriendo

tanto... —habló con desesperación. Otra lágrima rodó por su mejilla.

Él se la limpió y le sonrió dándole ánimos.

—No me gusta ver esa preciosa cara compungida por el dolor.

—No lo puedo evitar. Ese... bruto que se la llevó...

—Vamos, dejad de pensar en ello. Así solo vais a lograr desesperaros más. —Comenzaron a caminar por el bosque, en silencio—. Ayer les dije a varios de mis parientes que me informasen si escuchaban algo al respecto.

Christen le agradeció su gesto.

Después de pasear casi quince minutos, la pequeña casa de madera apareció ante sus ojos. Iver la miró, impresionado, pues nunca imaginó que en medio de aquel bosque tan salvaje pudiese existir tal edificación.

—¿Vivís aquí?

—Sí. —Christen lo miró a los ojos, con seriedad—. Tenéis que prometerme que jamás hablaréis con nadie sobre esta casa.

—Nunca lo haría —le aseguró de inmediato. Se quedó contemplando la casa y entrecerró los ojos—. ¿Siempre habéis vivido aquí?

—Desde que nacimos.

—¿Dónde está vuestra familia?

—Nuestros padres murieron hace ya algunos años.

—¿No pertenecéis a ningún clan? —dijo con interés. Apenas sabía nada de la mujer por la que su corazón saltaba.

Christen recordó al clan de su madre. Esas personas la rechazaron al saber que estaba enamorada de un inglés, y juraron matarlos si los encontraban. ¡Su propio abuelo renegó de su hija!

Fue a contestar pero calló. Él también era escocés, pertenecía a los MacLean, y, como tal, odiaría a los ingleses de igual modo que el clan de su madre. No podía confiarle su procedencia. No podía confiar en nadie.

—No soy de ningún clan —dijo finalmente.

—¿Cómo puede ser posible? En Escocia todas las personas pertenecen a uno.

Christen se quedó pensando en qué contestar. Odiaba mentirle, y todavía más sabiendo que Iver quería ayudarla. Sin embargo, no podía arriesgarse a que supiese la verdad y decidiese llevarla ante los Ferguson para que se hiciese justicia.

Debía mentir.

—Mis padres llegaron a Escocia huyendo de la peste negra que azotaba el reino de Aragón —mintió.

—¿Vinieron de las Españas? —la interrogó Iver, asombrado.

Christen asintió, rezando para que no preguntase nada más. Apenas sabía nada de aquellas tierras, lo poco que conocía de ellas era por las misivas de un pariente de su padre, las cuales dejaron de llegar de forma repentina.

Dio un par de pasos hacia su vivienda, alejándose de él. Abrió la puerta y giró para mirarlo.

—Espero que la próxima vez que nos veamos me podáis dar noticias sobre Ginebra.

Iver suspiró comprendiendo que Christen no iba a invitarlo a entrar. Había pasado muchos días con unas ganas locas de verla, y ahora, tras apenas veinte minutos en su compañía, se despedía de él.

—Eso espero yo también.

—Adiós. —Le sonrió y comenzó a cerrar la puerta.

—¡Esperad un momento! —exclamó antes de que la joven desapareciese dentro de la vivienda—. ¿Os parecería mal si vuelvo mañana?

Christen lo miró como si no comprendiese nada.

—¿Para qué?

—Quiero volver a veros.

—¿A mí?

—Sí —Iver rio.

—¿Por qué?

—Porque me parecéis la mujer más bonita que he visto en mi vida, y me gusta estar en vuestra compañía.

Notó cómo los colores subían a sus mejillas y se tapó la boca.

Iver era un hombre muy apuesto, lo tenía que reconocer. Era alto, de cabello castaño y con una sonrisa muy bonita. Por otro lado... era escocés, y eso era un peligro que no debía correr. Ginebra siempre se lo advertía. Sin embargo, ¡iba a ayudarla! Y... ella también quería volver a verlo.

Cada vez que se encontraban, el corazón se le aceleraba un poco. No sabía el porqué de aquello, pero pensaba que no era algo malo.

—Podéis regresar mañana.

Ginebra consiguió abrir los ojos unas horas más tarde.

Se sentía cansada y con la sensación de haber recibido una paliza. Pero bien sabía que no había sido así. La falta de alimento golpeaba su organismo

de una manera brutal, y necesitaba algo de comida.

Enfocó la mirada todo lo que pudo y se sorprendió al encontrar la celda con tanta iluminación. Desde el día en que la encerraron, jamás había tenido tanta luz a su alrededor. Sin embargo, pronto cayó en la cuenta de que no estaba en aquel frío calabozo. La estancia en la que se encontraba estaba caliente y olía agradablemente a jabón. Se apoyó sobre un codo, intentando incorporarse, y apretó los dientes al sentir que se mareaba al hacerlo.

Era un lugar amplio. Las piedras de las paredes estaban limpias, no como las de su celda, recubiertas de porquería y moho.

Quedando sentada sobre el suelo, contempló aquella estancia.

Frente a ella había una gran chimenea, en la que las ascuas todavía crepitaban a pesar de que las llamas se habían extinguido. Cerca, un sillón orejero cubiertos de pieles, junto a una mesilla auxiliar fabricada con madera de roble. Al otro lado de la habitación, un gran armario ocupaba casi la totalidad de la pared, y en la pared colindante, justo al lado de donde se encontraba ella en el suelo, una monstruosa cama, en la que podrían dormir sin dificultad media docena de personas. A los pies de esta, un arcón de madera, cerrado a cal y canto.

Ginebra entrecerró los ojos intentado recordar cómo había llegado hasta aquel lugar, pues desde que aquel bárbaro la encerró en el calabozo, no le habían permitido moverse de allí. Algo mareada, y desorientada, apenas se dio cuenta de que la puerta de la habitación se abría.

Logan la miró desde la entrada de sus aposentos y apretó los dientes. Caminó con decisión hasta su lado y sonrió al verla pegar un salto al percatarse de su presencia.

Dejó caer un par de bollos al suelo, cerca de sus piernas, y los señaló.

—Cómetelos.

Ginebra los ojeó sin mucho interés, pues su estómago estaba completamente cerrado.

—No tengo hambre.

—¡He dicho que los comas! —gritó sin una pizca de paciencia.

—No tengo hambre, mi señor —repitió con un hilo de voz.

Logan se agachó a su lado, la cogió por los hombros y la zarandeó.

—¡No voy a permitir que se me desobedezca, mujer! ¡Te vas a comer esos bollos!

Ginebra sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

—Tengo el estómago cerrado.

—¡Cómetelos! —Al ver que no cogía el alimento, lo hizo él y se lo metió en la boca—. Traga.

Las lágrimas de ella corrieron por sus mejillas. Hizo lo que le pedía, pero notando que su estómago no le permitiría demasiada comida. Después de varios días sin comer, no debía forzarse.

—No vas a morir de inanición, bruja —escupió Logan, mirándola con desprecio—. Ese placer me lo reservo para mí. Yo mismo te quitaré la vida cuando me canse de jugar contigo.

Ginebra no dijo nada. No le quedaban fuerzas para contestar, ni para luchar. Estaba claro que no iba a salir de allí, lo que debía esperar era martirio y sufrimiento. No quería dejar a Christen sola. Necesitaba ver a su hermana y abrazarla, quería despertar de ese horrible sueño y comprobar que todo seguía como siempre, en su casa del bosque, con su vida apacible y, a veces, aburrida.

Logan cruzó los brazos sobre el pecho y la observó con atención. Parecía hundida. Pero en vez de sentir lástima por ella, el único sentimiento que experimentó fue el de la rabia.

—¿No contestas? —preguntó con desprecio—. ¿Por qué no te ríes ahora, maldita mujer?

—Nunca me he reído en vuestra presencia —dijo Ginebra casi sin voz, dándose por vencida.

Logan la obligó a abrir la boca de nuevo e introdujo el otro bollo en ella, a la fuerza.

—Eres una arpía mentirosa y manipuladora —la insultó—, y no voy a parar hasta que no confieses.

—Por favor —gimió, intentando tragar la totalidad del bollo, pero el nudo de la garganta se lo impedía—. No he hecho nada.

Se llevó una mano al estómago, pues sentía náuseas. Había comido muy rápido.

—Y cuando acabe contigo —continuó él—, iré a por la otra joven, esa con la que te encontré.

Ginebra abrió los ojos al escuchar aquello. Juntó las manos a modo de oración y lloró con todas sus fuerzas.

—¡No, a ella no! ¡Mi hermana no os ha hecho nada! —A cada segundo que pasaba, sentía que la comida daba vueltas por su estómago—. Me tenéis a mí, castigadme a mí, pero no le hagáis nada a Christen, os lo suplico.

Logan rio con burla

—Es más, creo que a ella la mataré en el acto. A la que voy a disfrutar torturando es a ti.

Sin poder aguantar más, Ginebra vomitó sobre el suelo de la habitación, depositando sobre él los dos bollos que acababa de comerse.

Logan arrugó la nariz por el asco y llamó a una criada para que limpiase aquel desastre.

Mientras la sirvienta hacía lo que se le había ordenado, Ginebra se limpió la boca como pudo y se tumbó en el suelo, sin fuerzas.

Al volver a quedarse a solas, Logan la cogió por las muñecas y la arrastró hasta los pies de su cama. Sacó una cuerda de uno de los cajones del armario y se volvió a acercarse a ella.

—¿Qué vais a hacer con la cuerda? —preguntó, asustada por si decidía ahogarla.

—Atarte.

—Dentro del calabozo no puedo escaparme, ¿para qué me queréis atar?

Él la fulminó con la mirada y procedió a amarrarla con fuerza por las muñecas.

—No vas a volver al calabozo, te quedas aquí.

A Ginebra se le secó la boca al escucharlo.

—Pe... pero, ¿por qué?

—No voy a consentir que mueras de hambre, bruja, no vas a encontrar la paz en la muerte. Aquí te voy a vigilar día y noche, podré hacerte la vida imposible cuando me plazca, sin moverme de mis aposentos. Vivirás y dormirás a mis pies, para que nunca se te olvide lo que eres.

Al terminar de hablar, ató el otro extremo de la cuerda a la pata de la cama y obligó a Ginebra a tumbarse en el suelo.

Hizo lo que se le ordenó sin rechistar. No le quedaba energía. Apoyando la mejilla en la fría piedra del suelo, cerró los ojos y deseó desaparecer.

El cielo estaba estrellado y no se apreciaba el mínimo rastro de nubes en él. Hacía una noche fría pero tranquila, la lluvia le estaba dando un respiro a la isla de Mull y sus habitantes lo agradecían.

A esas horas de la madrugada, no quedaba nadie fuera de sus viviendas, todos dormían. Todos, a excepción de una persona que caminaba con rapidez desde su cabaña, que se encontraba cerca del castillo de Duart, hasta otra

vivienda situada en las proximidades de la misma.

Su cuerpo liviano, cubierto por una gruesa capa, cruzaba el poblado con rapidez, deseando llegar a su destino para resguardarse de aquel horrible frío.

Dejó de caminar al llegar a la casa en cuestión. Aporreó la puerta un par de veces y esperó a que se abriese desde el interior.

Al hacerlo, se encontró cara a cara con Graham MacLean, el dueño de aquella edificación y hermano pequeño del laird. El hombre abrió los ojos, al ver a esas horas de la noche a esa persona. La hizo pasar y cerró la puerta a su vez.

Se colocó frente a ella y la ayudó a quitarse la capa.

—Maisie, ¿qué estás haciendo aquí a estas horas? Podrían descubrirnos.

La amante de Logan, se echó en los brazos de Graham y lo besó con ardor, consiguiendo que el hombre respondiese de la misma forma.

—Tenía muchas ganas de verte, mi amor.

Llevaba varios días echándola de menos, pues acababa de llegar a casa después de casi tres días cumpliendo las órdenes del laird.

—¿Te has asegurado de que nadie te haya visto llegar hasta aquí?

—No hay ni un alma en las calles.

Graham la agarró por la cintura y la acompañó a un sillón frente al fuego de la chimenea. La hizo sentarse en él y tomó asiento a su lado.

—Es muy peligroso que salgas sola.

Maisie lo abrazó con fuerza y escondió la cara en el hueco donde se juntaba su cuello con el hombro.

—No te puedes ni imaginar lo duro que está siendo todo esto para mí.

—Ya te he dicho que no tienes por qué hacerlo —la animó él, para intentar convencerla.

—Lo hago por los dos —respondió Maisie sonriente—. Solo me falta convencer a Logan de que se case conmigo. Nuestras dificultades acabarán.

—Mi amor, si te casas con él, apenas podremos vernos.

—¡No, no! Todo seguirá como hasta ahora. Cuando sea su esposa, conseguiré su dinero y nos desharemos de él.

—¿Deshacernos de Logan?

—Exacto —sonrió Maisie—. No me será difícil conseguir veneno.

Graham se quedó pensativo. Llevó una mano a su mentón y lo rascó.

—No sé. No soy capaz de hacer algo así.

Maisie lo agarró por las mejillas para que la mirase a los ojos.

—Escúchame, Graham. Esto es algo que nos merecemos los dos.

Merecemos ser felices y vivir con toda clase de comodidades. Mataremos al viejo Lachlan, me casaré con Logan, me convertiré en la señora del castillo Duart y, cuando eso ocurra, nos desharemos también de él. —Maisie rio—. Entonces, nos desposaremos, amor, y tú serás el nuevo laird. Cuando ellos no estén, todo será nuestro.

—Son mi hermano y su hijo, Maisie. —La cogió por la barbilla—. ¡Vayámonos ya, no necesitamos dinero, ni poder!

—Sí lo necesitamos —insistió. Lo besó con pasión y juntó sus frentes—. Vamos a ser muy felices, mi vida, solo nos queda esperar un poco. Hazme caso, Graham, todo va a salir bien. Solo necesito tiempo.

Él bajó la mirada al suelo y suspiró. No le gustaba la idea de que Maisie continuase compartiendo cama con Logan. El pensar que otro hombre la estaba poseyendo y tocando... lo ponía furioso.

—Temo que al final te enamores de él.

—¿De ese hombre tan serio e impenetrable? —Negó con energía—. Jamás.

—Todas las mujeres del clan se desviven por él.

—Yo no —se apresuró a aclarar—. Es guapo, he de admitirlo, no obstante, no podría vivir con un hombre con ese carácter tan volátil. Por todos es sabido que Logan tiene el mismo genio del laird.

—Es cierto.

—No es agresivo. A pesar de su carácter, siempre me ha tratado bien, pero no me gustaría tener que pasarme la vida aguantando su forma de ser. Yo soy una persona con una personalidad suave. Conozco a los hombres como él. Terminaría siendo un títere en sus manos. —Acarició la mejilla de Graham y lo volvió a besar en los labios—. No debes temer nada, mi amor. Es a ti a quien amo. Continuaremos con nuestro plan y cuando nos deshagamos de él y de su padre, tendremos todo lo que deseamos.

—Nada me gustaría más que pasar el resto de mi vida contigo, pero... matarlos... No, no puedo. —Hizo una mueca de pesar con la boca.

Maisie, viendo que la situación se le escapaba de las manos, se colocó sobre él. Profundizó el beso y le quitó los pantalones. Fue bajando por su estómago y tomó en su mano el pene de Graham. Se lo introdujo en la boca y lo lamió.

—Vamos, Graham, mi amor, si no lo hacemos, jamás podremos ser felices. Solos tú y yo... mi laird. ¿No te gusta cómo suena el título? Todo el mundo te llamará así —Lo besó en los labios y sonrió—. Yo me ocuparé de

ellos, por eso no te preocupes. —Lamió el glande y masajeó los testículos para darle más placer—. Cuando podamos estar juntos, nuestra vida siempre será así de placentera. —Se introdujo el pene en la boca y lo excitó con su lengua—. ¿Qué contestas? ¿Seguimos con el plan?

Graham se encontraba tan encendido que apenas podía pensar en nada que no fuese Maisie. Agarró a la joven por el cabello para que profundizara con su boca en su miembro.

—Haremos lo que quieras —jadeó cuando lo recorrió el orgasmo.

CAPÍTULO 8

Iver caminaba por el bosque que llevaba hasta el lago donde conoció a Christen, pero, en vez de detenerse allí, prosiguió andando en dirección a su cabaña. Ahora que sabía dónde encontrarla, no quería pasar ni un día sin verla.

Había algo en esa joven que lo atraía mucho. No tenía claro si se trataba de su bonito rostro, de su aparente debilidad o de su carácter retraído y vergonzoso. Lo único que tenía claro era que, desde el mismo momento en que sus miradas se cruzaron por primera vez, cuando la sorprendió en el lago, no había podido sacársela de la cabeza. Jamás imaginó que pudiese experimentar tales sentimientos por una mujer que apenas conocía, sin embargo, tenía que admitir que estaba muy interesado en Christen. Era un enigma para él, y estaba empeñado en descubrir todos sus secretos.

Al llegar a la casa de la joven, aporreó la puerta. Esperó a que le abriese, sin embargo, nadie lo hizo. Llamó otra vez con el puño, algo más fuerte, por si no lo hubiese escuchado. Sin embargo, tampoco obtuvo respuesta.

Extrañado, miró a su alrededor. ¿Habría ido al bosque a por comida?

Se rascó el mentón y pasó una mano por su cabello.

—¿Christen? —la llamó—. ¿Estáis ahí? —Golpeó de nuevo la puerta—. Soy Iver.

Del interior de la vivienda se escucharon pisadas. La puerta se abrió en cuestión de segundos y por ella apareció Christen, con la desconfianza dibujada en el semblante. Miró hacia todos lados para asegurarse de que estuviese solo.

—¿Tenéis noticias sobre mi hermana?

Iver negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—He venido a veros.

—¿Para qué? —lo interrogó con el corazón acelerado por sus palabras y sin aguantar una débil sonrisa.

—Porque tenía ganas de estar con vos.

Christen se quedó en silencio, procesando aquella información. Un suave rubor cubrió sus mejillas, se humedeció los labios y tragó saliva, sin saber qué

contestar.

—Todavía no he decidido si puedo confiar en vuestra palabra plenamente.

—¿Por qué decís eso? Yo nunca os he hecho daño, ni pienso hacerlo — comentó él mirándola a los ojos, esos ojos oscuros, tan bonitos, que lo llevaban loco.

—Mis padres siempre nos decían que no debíamos confiar en nadie, y a vos apenas os conozco.

—¿Qué les pasó a ellos?

Christen se quedó en silencio, sopesando la opción de contarle su trágica historia. Pero algo le advirtió que no lo hiciese. Quizás fue el espíritu de supervivencia con el que habían crecido Ginebra y ella. Sentía que no debía abrirse a nadie. Él era escocés.

—Creo que es mejor que os vayáis. No es una buena idea que estéis en mi casa.

Empujó la puerta para cerrarla, pero él la cogió antes de que lo lograra.

—Christen —Dijo su nombre con seriedad, mirándola a los ojos, dándole a entender que no estaba de acuerdo con su negativa—. Sabéis que soy de fiar. Ayer me distéis permiso para visitaros, parecía incluso que os gustaba la idea de volver a verme. ¿Qué ha cambiado?

—Ayer no debí haberlo permitido. No sé ni siquiera por qué os mostré dónde vivo.

—Porque, en el fondo, sabéis que voy a ayudaros y que no quiero lastimaros.

—Yo no sé nada. —Se llevó una mano a la frente y la masajeó—. Lo único que tengo claro es que un hombre se llevó a mi hermana, y tengo que encontrarla. —Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Iver empujó un poco la puerta para volver a abrirla. Se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Aquel abrazo reconfortó a la joven. Le gustaba estar cerca de él. Era muy apuesto, amable y gentil.

—Christen. —Se miraron a los ojos—. Podéis confiar en mí.

Dejó de lado su reticencia. Había algo en él que le hacía relajarse. Tenía que estar completamente loca, pero ese guerrero era la única ayuda que iba a tener jamás.

—Lo siento. —Hizo una mueca con la boca—. Siento desconfiar de vos. Sé que decís la verdad, lo noto en vuestra forma de hablar, en vuestros ojos. Pero mi hermana y yo hemos vivido solas muchos años.

—Ya no lo estáis. Yo cuidaré de vosotras.

Abrió la puerta del todo y se puso a un lado para dejarlo pasar. Cuando lo hizo, cerró tras de sí y lo condujo hacia el pequeño salón dónde se encontraba la chimenea.

Tomaron asiento en sendos sillones y le sirvió un té para que bebiese.

Iver no podía dejar de observarla mientras se movía por aquella estancia. Su cabeza no paraba de dar vueltas. ¿Por qué una preciosa joven vivía tan apartada de la civilización? ¿A qué temía? El pasado día estuvo tan relajada con él...

Había algo muy raro en toda aquella historia. Escondía algo. No tenía ni idea de lo que podía ser, no obstante, no era normal que dos jovencitas viviesen solas en medio del bosque, sin parientes, ni familia, a los que acudir para que las protegiesen.

Sin embargo, había algo de lo que estaba completamente seguro. Le encantaba esa mujer y no iba a permitir que nada malo le sucediese.

Logan terminó de cenar en el salón del castillo, donde se encontraba la mayoría de los guerreros del clan MacLean.

El ambiente era jovial a esas horas de la noche, pues llevaban más de tres cuencos de whisky por cabeza. Incluso el laird estaba bastante animado, cosa que incomodaba a su esposa, pues no dudaba en pellizcar su trasero a la mínima ocasión.

El estruendo del salón se podía escuchar por todo el castillo, sin embargo, a sus habitantes no parecía importarles en absoluto.

—¡Eh, Logan! —lo llamó Adrien, uno de sus parientes, sentado a su derecha. Los demás comensales prestaron atención—. ¿Has matado ya a esa mujer?

Él se quedó en silencio unos instantes, mirando fijamente al que preguntaba. Dio un trago a su whisky y negó con lentitud.

—Todavía no. A esa bruja le espera algo mucho peor que la muerte —comentó como si nada.

Sloan, su primo menor, que estaba a su otro lado, le dio un codazo y comenzó a reír a carcajadas.

—Primero quieres probar la tierna carne de sus muslos, ¿verdad?

—No —respondió mirándolo con mucha seriedad.

—Según tengo entendido, la has acomodado en tus aposentos —continuó

este.

—¡Qué oyen mis oídos! —gritó Adrien sin poder contener otra carcajada—. ¡Eres un bribón, primo! ¡Quieres compartir lecho con ella y disfrutar de esa belleza! —le dio otro codazo y bebió de su vaso—. ¡Y no te culpo! Si fuera mi prisionera ya la habría abierto de piernas en más de una ocasión.

Todos los demás comensales de la mesa comenzaron a reír y a entrechocar sus cuencos. Sin embargo, a Logan no le hacían nada de gracia aquellas estupideces. Cuando se cansó de escuchar decenas de comentarios al respecto, dio un golpe seco en la mesa y el gentío se quedó en silencio. Los miró a todos con mucha seriedad y apretó los dientes.

—Esa mujer es mi prisionera, y una de las culpables de la muerte de Aloys. Por nada del mundo osaría tocarla. ¡Antes me corto las manos! —Los fulminó a todos con la mirada—. La única razón por la que está en mis aposentos, es para poder hacerle pagar por todo lo que nos ha hecho, y no voy a permitir que nadie se atreva a relacionarme con semejante arpía. ¿Queda claro? —gritó.

La sala seguía en silencio. Incluso Lachlan, su padre, no dijo ni una palabra. A su lado, Adrien tragó saliva y dio un pequeño sorbo a su licor. Apoyó el brazo sobre el hombro de Logan e intentó quitarle hierro al asunto.

—Vamos, hombre, estábamos bromeando.

—Este no es un tema con el cual bromear.

Y tras decir aquello, se incorporó de su asiento y abandonó la sala, dejándolos a todos boquiabiertos.

Subió las escaleras hasta su habitación y abrió la puerta de un golpe. Al hacerlo, pudo ver que Ginebra dio un sobresalto.

La chica se acurrucó hecha un ovillo contra la pared, y una expresión de miedo en el rostro. Si por ella hubiese sido, habría corrido fuera de su vista, pero la cuerda que la mantenía atada a los pies de la cama, se lo impedía.

Logan la miró con desprecio. Cogió una de las pieles que descansaban sobre un sillón orejero y se la lanzó, cayendo esta sobre sus piernas.

—¡Duerme, mujer! —le ordenó, sin ganas ni de mirarla.

Ginebra observó la piel y sus ojos regresaron al hombre, pues no comprendía el por qué le daba aquello.

—¿Esta piel es para mí?

Al escuchar su voz, Logan golpeó una de las paredes de la habitación y apretó la mandíbula.

—¿Prefieres dormir sin ella? —chilló fuera de sí—. Por mí no hay

problema, ¡muérete de frío!

Ginebra tragó saliva y tendió la piel sobre su cuerpo. No respondió al comentario, pues sabía, por su carácter osco, que no era posible conversar con él.

Tapó su cuerpo con ella y se acurrucó a los pies de la cama.

Logan se quitó los zapatos y se acostó sin desvestirse. De un soplo, apagó la luz del candil que había cerca de su lecho y la habitación quedó en penumbra.

Media hora después, Ginebra escuchó unos débiles ronquidos. Se había quedado dormido. Algo más tranquila, cerró los ojos. Pero en vez de dormir, pensó en el porqué de aquello. No entendía que le hubiese dado las pieles. Era algo que no cuadraba con esa sed de venganza que se veía en sus ojos.

Recordó a su hermana. La echaba muchísimo de menos y temía por su seguridad. ¿Seguiría en la cabaña? Rezaba porque así fuese. No quería ni imaginar que se hubiera aventurado a salir y le hubiese ocurrido algo malo.

Se acurrucó todavía más contra la piel. Hubiese dado cualquier cosa por poder verla por última vez, por asegurarse de que estaba bien.

Se sentía triste. No tenía ganas de pelear por su vida, pues sabía que no le iba a valer de nada. Aquel bárbaro tenía el triple de fuerza que ella. Sin apenas quererlo, y más cansada de lo que le hubiese gustado estar, se rindió al sueño.

Logan despertó a mitad de la noche al escuchar el sonido de un trueno. Se levantó de la cama y caminó hacia la ventana para mirar a través de ella. Caía una fina llovizna que parecía aumentar de intensidad por momentos. Inspiró con fuerza, llenando sus fosas nasales con el olor de la tierra mojada, y cerró los ojos.

Cada relámpago iluminaba su cara y dibujaba sus facciones fuertes y varoniles. Era un espectáculo digno de ver. Muchas de las mujeres de la aldea hubiesen pagado lo que fuera por contemplar a aquel magnífico espécimen en ese momento tan íntimo y privado.

Tras varios minutos junto a la ventana, dio media vuelta y caminó hacia su lecho. Pero a mitad de camino, su mirada voló hacia Ginebra, dormida a los pies de la cama. La joven descansaba apaciblemente sobre las pieles. Su respiración era tranquila y sus facciones estaban relajadas. Logan se acercó

más a ella y no pudo evitar contemplar su cara. Era tan bonita...

A veces, no comprendía cómo una chica como ella tenía el corazón tan negro. Si no hubiese ocurrido aquel incidente en el bosque, incluso la hubiera confundido con un ángel. Su cabello oscuro descansaba sobre una de sus mejillas. Desde su posición se podía adivinar lo suave que sería su piel y lo mullido de sus labios. Las pestañas, apoyadas sobre sus pómulos, creaban sombras sobre ellos, por su largaríe. Y su nariz, recta y delicada, parecía haber sido dibujada por el mejor de los artistas.

Sintió algo extraño en su interior al contemplarla con atención y una rara excitación en su estómago. Sus ojos bajaron por el cuello delicado y recorrieron su cuerpo, fino y espigado, con las curvas perfectas para enloquecer a cualquier hombre, y se detuvieron en sus muslos. Estos estaban al descubierto, pues el vestido se le había ido subiendo a lo largo de la noche y las pieles que le dio solo cubrían sus pies, dejando a la vista unas piernas muy apetecibles.

Tenía que reconocer que era la joven más hermosa que hubiese visto nunca.

Sintió el impulso de acercarse más y acariciarla. Al pensar en sus manos sobre el cuerpo de Ginebra, la sangre de las venas se le aceleró y su miembro se irguió. Pensó en lo placentero que sería llenarla, e imaginaba cómo se retorcería entre sus brazos.

Sin embargo, recordó el por qué estaba allí. Había sido cómplice de la muerte de Aloys, les había robado y disfrutado de su sufrimiento. Su risa de bruja no salía de su cabeza.

Enfadado consigo mismo por desear a aquella arpía, apretó los puños y maldijo en silencio. ¡Esa mujer no merecía ni uno de sus pensamientos! ¡Tenía que pagar por sus actos! E iba a empezar a torturarla en aquel preciso instante.

Recorrió los escasos metros que los separaban y con un pie la zarandó para que se despertase. Ginebra notó que algo la tocaba y abrió los ojos. En un principio, y mientras se acostumbraban a la semi oscuridad, se sintió desorientada. Sin embargo, un movimiento a su derecha la hizo ponerse en guardia e incorporarse de un salto, quedando sentada sobre las pieles.

Alzó la mirada y descubrió a Logan estudiándola con seriedad, cosa que la alteró.

—Levanta —le ordenó él mientras soltaba la cuerda que la ataba a la cama.

—¿Para qué?

—¡Te he dicho que te levantes! En ningún momento te he dado permiso para que preguntes nada. —Sin dejar que ella contestase, tiró de la cuerda y la levantó en peso, haciéndola trastabillar y que perdiese el equilibrio.

Se apoyó en la cama para no caer y miró a Logan con el miedo clavado en el rostro.

—¿Adónde me lleváis?

—¡Te vuelvo a repetir que no voy a contestar a tus preguntas, bruja del demonio! —Tiró por segunda vez de la cuerda y Ginebra dio varios pasos en su dirección—. Pero si tanta curiosidad tienes por saberlo... Es hora de empezar con tu castigo.

Ella lo observó con el rostro desfigurado por el miedo, sintiendo cómo la boca se le secaba.

—¡No, por favor! —le rogó.

—Basta de súplicas, no te van a servir de nada.

El cuerpo de Ginebra empezó a temblar, incluso sentía sus dientes castañetear, y no a causa del frío. Tragó saliva de forma convulsiva y una lágrima escapó de sus ojos.

—¿Qué me vais a hacer? —consiguió preguntar a través del nudo que tenía en la garganta.

—Quítate la ropa —le ordenó.

—¿Cómo?

—¡No te lo voy a repetir, mujer! ¡Desnúdate!

El llanto de Ginebra se hizo más abundante. Las lágrimas bañaban sus mejillas y el corazón le latía a una velocidad imposible. ¡Aquel hombre quería abusar de ella y robarle su virtud!

Siempre pensó que sería el hombre con quien se desposara el primero en tocarla, pero Logan le estaba arrebatando incluso eso.

Cuando él le habló de tortura, asumió que se refería a castigo físico. Incluso se creía capaz de aguantar el dolor con dignidad. Pero esto...

Quería humillarla, destrozarla y vejarla mediante la dominación.

—Os lo ruego, mi señor, cualquier cosa menos esta —le suplicó juntando las manos y cayendo al suelo de rodillas. Las lágrimas no la dejaban ver con claridad.

Logan tiró otra vez de la cuerda y la volvió a levantar en peso.

—Quítate la ropa, prisionera. —Esperó a que obedeciera, pero al no hacerlo, él mismo le desgarró el vestido y lo hizo caer al suelo hecho girones.

Ginebra se tapó el pecho, horrorizada, sin dejar de llorar.

—Sácate las calzas. Te quiero totalmente desnuda. ¡Y no hagas que sea yo el que te las quite también, o te quedarás sin ellas, al igual que el vestido.

Ella lo observó, suplicante, pero hizo lo que le pedía. Se las sacó con cuidado de no romperlas y las dejó en el suelo.

Al terminar, volvió a cubrirse el pecho con los brazos y bajó la mirada, pues se sentía avergonzada por su desnudez.

—Aparta los brazos de tus senos, quiero verte.

Logan la recorrió con la mirada cuando estuvo desnuda por completo. Su cuerpo era seductor y su piel parecía de porcelana, no había nada en ella que fuese mejorable. Senos pequeños pero hermosos, cintura estrecha, caderas redondeadas y piernas largas y bien formadas. Era perfecta. Estaba hecha para el amor, para ser disfrutada con plenitud.

Un sollozo lo hizo volver a mirarla a los ojos. Se notaba que lo estaba pasando mal. Por un instante, Logan titubeó. Él siempre había complacido a las mujeres, jamás las había hecho sufrir de ningún modo, y verla así, deshecha y vencida, lo incomodaba mucho. Sin embargo, esa sensación pasó en cuestión de segundos. ¡Esa bruja había sido cómplice de cosas horribles!

Quitándose su llanto de la mente, dio un tirón más a la cuerda, para que caminase.

—Muévete, ¡vamos, anda!

—¿Hacia dónde me lleváis? —preguntó casi sin voz—. Yo creía que...

Logan alzó una ceja y sonrió con malicia.

—¿Qué pensabas? ¿Que te iba a poseer? —Una carcajada salió de su boca, pero su semblante serio regresó de inmediato—. ¡Prefiero que me castren antes de tocarte, bruja del demonio!

Si no quería violarla... ¿para qué hacía todo aquello?

Logan caminó hacia la puerta de sus aposentos arrastrando a Ginebra tras él.

—Vamos a dar un paseo por el castillo. Quiero que todos los miembros del clan vean a mi prisionera.

—¡Pero estoy desnuda! —gritó desesperada.

—Por supuesto. Y no sabes lo que van a disfrutar contemplándote —comentó, con una sonrisa ladeada en los labios.

Salió de la habitación, arrastrándola. El pasillo estaba desierto, pues a esas horas de la noche la mayoría de sus habitantes dormía.

Ginebra no podía dejar de llorar, se sentía humillada y rota. No comprendía por qué Dios le estaba haciendo aquello. Ella jamás había dañado

a nadie. Su vida, hasta la fecha, había consistido en sobrevivir junto a Christen.

Otro tirón de la cuerda la hizo trastabillar. Alzó la cabeza y miró a su captor, que se dirigía hacia las escaleras. Quería avergonzarla, castigarla delante de todos sus parientes por algo que no había hecho. ¡Ella era inocente! ¡El único pecado que cometió fue el de ayudar a un moribundo! ¡Y se lo estaba pagando así!

Sus pies se clavaron en el suelo y dejó de caminar. No pensaba dar ni un paso más. ¡No iba a permitirlo! Si tenía que pelear, pelearía, y si tenía que morir a causa de eso, lo haría. Sin embargo, una cosa tenía clara, no iba a dejar que volviese a jugar con ella.

Logan tiró de la cuerda, pero su prisionera no se movió. Apretó la mandíbula y la fulminó con la mirada.

—¡No te he dicho que dejes de caminar, esclava!

—No voy a bajar por esas escaleras —dijo con la voz todavía temblorosa, pero notando que la fuerza volvía a ella.

—¡Muévete! —le exigió.

—No.

Logan abrió la boca al escuchar su negativa. Aquello no se lo esperaba. Su prisionera siempre había sido una persona débil y maleable, movida por el miedo.

—No me hagas enfadar, mujer. Puedo hacerte mucho daño con tan solo un golpe —le recordó.

—Pues hacedlo, me da igual. Si tengo que morir en vuestras manos, lo haré. Pero por nada del mundo voy a bajar por mi propio pie.

Logan tiró de la cuerda y la hizo dar un paso hacia delante.

—¡Camina!

—¡He dicho que no! —gritó ella, notando que la rabia se instalaba en su pecho—. ¡No os he hecho ningún mal! ¡No tenéis ningún derecho a tratarme de la forma en la que lo hacéis! ¡Cuidé de vos, maldita bestia! Y no sabéis lo que me arrepiento. —Clavó sus preciosos ojos negros en Logan y apretó los labios—. Ojalá os hubiese dejado morir.

—¡Se acabó! —chilló—. Eres una embustera. Por tu culpa, y la de tus amigos los vagabundos, mi primo está muerto.

—¡No conozco a esos hombres de los que habláis!

—¡Mientes! —Logan dio un golpe a una de las paredes del pasillo. Su respiración era acelerada y miraba a Ginebra con los ojos centelleantes por la

rabia. ¡Esa mujer era una embaucadora! Pero no se dejaría engañar tan fácilmente—. Ya está bien de tonterías. Vas a bajar al salón, aunque tenga que llevarte yo mismo cargada al hombro.

Y tras decir aquello la agarró por los brazos y la alzó para colocársela cual saco. Pero ella opuso resistencia. Comenzó a dar patadas cada vez que veía la oportunidad, a insultarlo y a intentar liberar sus brazos.

—¡Estate quieta, arpía!

—¡Idos al infierno! —gritó Ginebra con un nudo de rabia atracado en la garganta—. ¡Estúpido, patán!

Lanzó una carcajada al escucharla. Le dio una palmada en las nalgas, lo que provocó que ella se enfadase todavía más. En un descuido de Logan, le propinó un mordisco en el brazo, consiguiendo que la soltase y cayese al suelo de bruces.

—¡Maldita mujer! —se quejó, comprobando el lugar dónde le había mordido.

Ginebra, a pesar del golpe, se recobró con rapidez y se levantó. Dio varios pasos hacia atrás y cogió algo de distancia. Estaba preparada para atacarle si osaba acercarse a ella.

—¿Vas a luchar contra mí? —se carcajeó al verla levantar los puños—. Sabes que no tienes ninguna posibilidad.

—Lo intentaré al menos.

Una sonrisa ladeada apareció en los labios de Logan. Le encantaban las mujeres con carácter.

—¿Sabes una cosa? —dijo él acercándose lentamente—. Voy a disfrutar dominando ese genio que tienes. Cuando termine contigo, serás mansa como un perro viejo.

Sin darle tiempo a que reaccionase, se abalanzó sobre ella y la agarró por los brazos. Ginebra se intentó defender como pudo, pero era demasiado fuerte. Dio patadas y mordiscos, pero no sirvió de mucho.

A punto de ser alzada en peso otra vez, consiguió desestabilizarlo y cayó al suelo arrastrándola con él. Logan se quedó acostado con la espalda contra la fría piedra y Ginebra sobre él. Casi sin darle tiempo a reaccionar, dio la vuelta y la aprisionó entre el suelo y su cuerpo.

—¡Quitaos de encima! —gritó ella intentando moverse.

Sin embargo, no pudo hacerlo. Pesaba demasiado.

Alzó los brazos para arañarle la cara, pero él se los amarró y los colocó pegados al suelo, sobre su cabeza. Logan se quedó quieto, intentando

normalizar su respiración, mientras Ginebra se retorció bajo su cuerpo para poder escapar. Maldecía y lo fulminaba con la mirada para intentar que la dejase libre.

Todas aquellas sacudidas le recordaron que estaba desnuda bajo de él. Su pequeño cuerpo se retorció contra el suyo. Quería escapar, pero consiguió algo que ninguno de los dos se hubiese esperado.

La sangre de Logan comenzó a bullir por todo su organismo. Recordó sus senos pequeños y turgentes, su estómago firme, sus caderas redondeadas y bonitas...

La miró a los ojos con intensidad, notando cómo su pene se erguía y presionaba contra el estómago de ella.

Ginebra también lo notó, dejó de moverse y lo miró alucinada. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Ese hombre le había asegurado que prefería la muerte a tener que tocarla. Entonces, ¿por qué esa reacción de su pene?

Logan acercó la nariz a su cuello y lo olió. Su vello se erizó y sintió miles de punzadas por todo el cuerpo. Jamás ningún hombre había estado tan cerca, nunca había estado desnuda frente a uno.

Una de sus manos soltó a Ginebra y bajó hasta su cadera. La rozó con delicadeza y fue subiendo hasta uno de sus senos. Ella fue incapaz de pronunciar palabra. Estaba tan sorprendida por la reacción de Logan, que no pudo reaccionar.

Notó sus dedos acariciando unos de sus pechos y un jadeo escapó de su garganta.

—¿Qué hacéis? —preguntó, casi sin voz, pues aquellas sensaciones la dejaban sin aliento.

Él no contestó, sino que continuó excitando su pezón mientras que su mirada estaba fija en la cara de Ginebra, estudiando todas sus reacciones.

Logan estaba ardiendo. No se había sentido tan encendido en su vida. Aquella mujer tenía algo que le hacía perder el norte. En ese momento, no podía pensar en otra cosa que no fuese en perderse en su cuerpo y en el placer que eso le proporcionaría.

Acercó su nariz a la de ella y la acarició, mientras su mano abandonaba su pecho y bajaba por su estómago. Cuando sus labios estuvieron a punto de rozarse, el sonido de una puerta hizo levantar la cabeza a Logan.

Con rapidez, cubrió a Ginebra para que la persona que salía de su habitación no pudiese reconocerla, ni ver su desnudez. Frente a ellos apareció Seelie, su hermana menor. La joven se echó a reír y puso los brazos en jarra.

—Vaya, hermano, cada vez buscas lugares más exóticos para divertirme con tus amantes —bromeó ella.

Logan frunció el ceño y la miró a los ojos.

—¿Y tú qué haces despierta a estas horas?

—Tengo hambre. Iba a las cocinas a por un trozo de liebre de la que ha sobrado de la cena.

Caminó hacia las escaleras y le guiñó un ojo. Desapareció de su vista y dejaron de escuchar sus pisadas.

Al quedarse de nuevo a solas, Logan pensó en lo que había estado a punto de hacer con su prisionera. Aquello no estaba bien, era impensable que se hubiese sentido excitado por esa bruja. Era una persona malvada, ¡no se merecía nada bueno por su parte! ¡Solo castigo! Entonces, ¿por qué su cuerpo lo había traicionado?

Su enfado aumentaba, estaba furioso con él mismo. ¿Qué le había pasado?

La miró con rabia y apretó la mandíbula.

—Levántate del suelo —le ordenó.

Ella, tan confundida como él por su reacción, obedeció sin rechistar. Se volvió a tapar el pecho con los brazos, pues sentía mucha vergüenza. Sus ojos se clavaron en sus propios pies.

—¿Qué habéis...?

—¡Cállate! —gritó—. No quiero que hables sobre esto, ¿está claro?

Cogió la cuerda con la que seguía amarrada y la condujo de nuevo hacia la habitación.

La ató a los pies de la cama y la obligó a tumbarse sobre las pieles. Ginebra se tapó con ellas, para ocultar su desnudez, y miró a Logan desde el suelo, pues no confiaba en él. No sabía cuáles eran sus intenciones para esa noche. Quizás, su castigo no hubiese acabado todavía. Sin embargo, el guerrero apagó la luz y se tumbó en su cama, sin prestarle más atención.

Logan se sentía muy confundido. No lograba comprender por qué su cuerpo había reaccionado de esa forma. ¡La odiaba! ¡Quería que sufriese por todo el daño que les había causado! Pero, entonces, ¿por qué se había excitado teniendo su delicado cuerpo bajo de él? ¿Por qué le encantó tocarla y recrearse en sus reacciones? ¿Por qué su lívido se inflamó cuando la escuchó gemir?

Después de un rato sin poder dejar de darle vueltas, se sintió culpable. ¡Aquello no debía repetirse! Esa mujer estaba allí para ser castigada. Se lo debía a Aloys.

CAPÍTULO 9

Maisie observaba a Logan desde la distancia, mientras este comía en una de las mesas. El gran salón del castillo Duart estaba a reventar. Los guerreros del clan armaban siempre un enorme alboroto con sus anécdotas sobre las luchas entre clanes, que acababan en un estallido de risas.

Esa mañana todo parecía normal. Las sirvientas repartían fuentes de comida por las mesas, las esposas de los hombres se reunían para hablar sobre las hazañas de sus hijos, y los guerreros bebían whisky y cerveza mientras comentaban los pasos a seguir cuando abandonasen el castillo, para intervenir en una reyerta entre clanes vecinos.

Ella se encontraba con las mujeres, sentada en su mesa, como de costumbre. No obstante, no prestaba atención a su conversación. Estaba preocupada. Desde hacía casi tres días, el hijo del laird no la había buscado para que compartiese su cama. Era algo inusual que eso ocurriese. Logan no había pasado una noche sin ella desde la primera vez que fornicaron, y Maisie estaba empezando a impacientarse.

La pasada madrugada, al visitar a Graham, le comentó lo que ocurría, pero este le restó importancia. Sin embargo, olía que algo raro pasaba.

Todo el mundo hablaba sobre la prisionera. Era de dominio público que Logan la había acomodado en sus aposentos. Y si bien él aseguraba que jamás se le ocurriría tocarla, Maisie la culpaba a ella por la falta de interés del hijo del laird.

Era una joven preciosa, morena, alta y con un cuerpo bonito y cimbreante. No le costaría mucho seducirlo, y eso era algo que no podía permitir que ocurriese.

Si Logan perdía el interés en ella, su plan acabaría yéndose por la borda. ¡Y no iba a dejar que eso sucediese! Era Maisie la que merecía vivir cómodamente con los lujos que otorgaba el castillo Duart. Tenía que conseguir que Logan se casase con ella para poder desplumarlo. Acabaría con la vida de él y con la del viejo laird. Y solo podría hacerlo si continuaba a su lado. Si Logan decidía prescindir de ella y cambiarla por esa mujerzuela todo se complicaría, pues le sería imposible acceder a su comida para envenenarlo, y acabar a su vez con Lachlan. Su plan era perfecto, nada podía fallar, ¿quién

sería capaz de imaginar que aquella desdichada y triste viuda había sido la culpable de su muerte? Todos la compadecerían por haber perdido a dos maridos en tan poco tiempo y se alegrarían cuando volviese a desposarse con Graham, ya convertido en el nuevo laird de los MacLean. Había estado allanando el terreno todo ese tiempo, había invertido muchas horas seduciendo a Logan, intentando que confiase en ella, como para que ahora llegase una cualquiera, con una cara bonita, y se lo arrebatase.

¡No! No lo permitiría, ¡jamás!

Tenía que quitar de en medio a esa estúpida. Era la única solución para que Logan volviese a desear su compañía por las noches y todo regresase a la normalidad.

Él era suyo, lo necesitaba para poder conseguir la vida que siempre quiso. Y eliminaría de su camino a quien hiciera falta.

Christen caminaba por el sendero que llevaba al lago acompañada por Iver. Desde que dejaron la pequeña cabaña, no pronunciaron ni una palabra, caminaban en silencio, disfrutando de los sonidos del bosque y del crujir de las ramas a su paso.

Esa mañana, el guerrero la sorprendió mientras cogía leña cerca de un árbol caído, a varios metros de su casa. Llevaba dos días sin verla y las ganas le pudieron. No sabía qué le pasaba con esa joven, pero le era imposible sacársela de la cabeza. Quizás fuese ese aire vulnerable, esa delicadeza y timidez que la caracterizaba, su sonrisilla tímida, que solo mostraba en contadas ocasiones o, quizás, fuesen esas ganas de luchar y vivir a pesar de los golpes que le estaba propinando la vida. Christen era especial y muy misteriosa, y esa mezcla lo llamaba como el polen a las abejas.

Giró la cabeza y estudió su perfil. Era tan bonita y delicada que a veces parecía que no fuese real. Si por él hubiese sido, se la habría llevado a la aldea más cercana y la hubiese convertido en su esposa. Sin embargo, todavía no sabía de qué forma funcionaba la cabeza de aquella joven, ni tampoco si sus sentimientos eran correspondidos.

Christen, al descubrir que la miraba, se sonrojó. Se pasó una mano por el cabello y observó a Iver con interés.

—¿Qué ocurre?

—Nada, ¿por qué? —preguntó él, sin dejar de sonreír.

—Porque me miráis muy fijamente.

—Me es imposible dejar de hacerlo. Sois una mujer muy bella —la alabó.

Christen se humedeció los labios, incómoda por sus palabras, pero sintiendo que su estómago saltaba y su corazón se desbocaba. Le gustaba. Sin embargo, debía ser muy cauta, pues no lo conocía, ni sabía si sus intenciones eran tan buenas como él aseguraba.

Dispuesta a cambiar de tema, fijó sus ojos en el horizonte.

—No recuerdo si me dijisteis a qué clan pertenecíais.

—Soy un MacLean. Y, sí, os lo dije hace varios días —le recordó.

—Lo siento. Estaba demasiado alterada como para acordarme de nada.

—Supongo que lo de vuestra hermana fue un golpe bastante duro.

—Lo peor que he tenido que pasar en mi vida —dijo conteniendo las lágrimas—. Solo sé rezar para que Ginebra esté a salvo y que ese miserable no la haya lastimado.

Iver estiró el brazo y tomó su mano, dándole aliento.

—La vamos a encontrar, os lo aseguro, Christen. Las noticias no tardarán en llegar e iremos en su busca.

Ella le sonrió con agradecimiento, pero apartó su mano de inmediato. Le producía una sensación extraña. Era como si la tocara por todo el cuerpo. Algo nerviosa, carraspeó.

—¿Tuvisteis que regresar con los miembros de vuestro clan?

—¿Yo? —preguntó él, extrañado—. ¿Por qué lo decís?

—Hacía dos días que no veníais al bosque. Pensé que habíais tenido que cumplir con vuestro deber de guerrero.

Iver sonrió, contento de que ella lo hubiese echado de menos.

—He estado atendiendo a mi madre.

—¿Está enferma?

—Apenas puede caminar. —Se llevó una mano al cabello y lo mesó—. Mi deseo es permanecer en su poblado para asegurarme de que está cómoda y atendida. Sin embargo, a veces echo de menos la vida cerca del castillo Duart.

—¿Os gusta más vivir en ese lugar?

—Allí tengo a todos mis parientes.

—¿Y no añoraréis esta tranquilidad cuando regreséis? —lo interrogó, pues ella jamás había vivido en otro lugar y no imaginaba cómo debía de ser.

—Cerca del castillo hay también mucha vegetación y un enorme lago. Voy muy a menudo a sentarme en su orilla —La miró con detenimiento y sonrió—.

Pero, ahora sí que hay algo que voy a echar en falta de este lugar.

Christen lo observó, interesada por sus palabras.

—¿Sí? ¿El qué?

—A vos. —Frenó en seco sus pasos y la miró de frente—. Vos sois lo que más voy a añorar del bosque de Mull.

Ginebra se acurrucó contra las pieles que la cubrían y contempló el techo de la habitación. No descansaba bien por las noches. Saber que ese bruto dormía a su lado la ponía nerviosa. Solo conseguía descansar cuando él no estaba en sus aposentos.

Lo odiaba. Jamás había sentido aquello por nadie, y no le gustaba la sensación, pero era verlo y querer estrangularlo. Era un hombre odioso y déspota. La había sacado de su hogar y separado de su hermana, acusándola de algo que no había hecho; la encerró en un calabozo sucio y oscuro matándola por inanición, y la retenía allí, atada a la pata de su cama.

Desde la pasada noche en la que le rompió el vestido, Ginebra solo se cubría con las pieles en las que dormía. No tenía ropa. ¡No tenía nada!

Y todo por intentar salvarle la vida.

Apretó los dientes al recordar el episodio de las escaleras. Ese indeseable quería humillarla delante de su clan. La hubiese expuesto desnuda, como a un animal. No quería ni pensar en todas las barbaridades que le hubieran hecho aquellos malnacidos. Daba gracias por haber podido burlar aquella situación.

Había peleado. Había luchado con todas sus fuerzas contra ese monstruo para evitar la vergüenza de caminar desnuda por el castillo. Y lo consiguió. Aunque no de la manera que ella hubiese esperado.

Había estado a punto de besarla. La había... acariciado.

Ginebra resopló al recordar lo ocurrido.

Recordó la mano de él sobre su pecho, lo suave de su caricia. Lo extraña que se sintió. Era una emoción nueva para ella. Nunca había experimentado nada parecido.

Su cuerpo duro y fuerte, sus ojos, que la miraban llenos de deseo, su boca a punto de rozar la suya... Por un momento, sintió que flotaba. La hizo estremecer y desear más de algo que no sabía que fuese posible.

Pero se alegraba de que los hubiesen descubierto. Si esa joven no hubiera

aparecido de repente, no quería ni imaginar hasta dónde hubiese llegado.

Estaba viviendo un martirio por su culpa y lo último que quería era convertirse en la mujerzuela que le calentase la cama.

Reconocía que era un hombre muy apuesto. Desde la primera vez que lo vio, moribundo en medio del bosque, no pudo apartar los ojos de él. Sin embargo, sus acciones le habían demostrado que lo bello que tenía por fuera, lo tenía de feo por dentro. Jamás volvería a ocurrir algo semejante. De hecho, planearía la forma de salir de allí y regresar junto a Christen. Aprovecharía cualquier descuido para escapar, su vida estaba en juego.

No obstante, esa seguridad tambaleó cuando la puerta de la habitación se comenzó a abrir. Ginebra se preparó para volver a ver al bárbaro, pero no fue él quien entró. Frente a ella apareció una mujer. Era joven y bonita. Tenía el cabello castaño, cuerpo voluptuoso y mirada de felino. Se colocó frente a ella y cruzó los brazos sobre el pecho. ¿Quién era esa joven y qué estaba haciendo allí? Sabía que no era una criada. No vestía como tal, ni actuaba en concordancia a su posición. La desconocida la observó con hostilidad mientras ella seguía cubriendo su cuerpo desnudo con las pieles.

—Así que Logan os ha convertido en su amante —dijo la recién llegada alzando una ceja.

—¿Perdón? —¿Logan? ¿Su captor se llamaba Logan?

—No os hagáis la boba, sé que compartís su cama.

—Os equivocáis, yo no compartiría nada con ese hombre —respondió Ginebra con desagrado en el rostro.

Maisie colocó los brazos en jarra.

—Conozco a los hombres. Ninguno podría pasar demasiado tiempo sin tocar a una mujer tan bella como vos. —La miró con desprecio—. ¿Por qué váis desnuda entonces?

—Fue... parte de su venganza contra mí.

Ella rio al escuchar sus palabras. Dio otro paso en su dirección y la cogió por el brazo, tirando de ella para que se levantase. Giró en torno a su cuerpo, observándola con detenimiento.

—Sois un trofeo que cualquier hombre querría guardar para él.

—Os vuelvo a decir que os equivocáis.

—¡No pretendáis engañarme! —Le dio una palmada en la mejilla, haciéndola gritar de dolor—. He vivido lo suficiente como para saber lo que ocurre entre un hombre y una mujer cuando están a solas.

Ginebra, con la mano todavía en la mejilla, fue a responder, sin embargo,

Maisie no se lo permitió. La agarró por el cuello y la aprisionó contra la pared.

—No voy a consentir que me quitéis todo aquello por lo que he luchado —le susurró al oído, con una calma aterradora—. Logan es mío. Yo voy a ser la futura señora del castillo Duart, y no pienso dejar que una mujerzuela con unos pechos turgentes y una carita de ángel me lo arrebate.

—No quiero hacer nada de eso —respondió casi sin aliento—. Solo quiero volver a casa.

Maisie se llevó la mano libre a su cinturón y de él sacó un puñal. Escuchó con satisfacción el grito ahogado de la prisionera al verlo. Le sonrió con maldad y se lo puso en el cuello, preparada para acabar con su vida.

—Lo siento mucho por vos. Parecéis una buena persona. Pero os habéis metido en una guerra que os queda demasiado grande. ¡Voy a ser la señora de este castillo y nadie va a poder evitarlo!

A Ginebra le faltaba el aire. Las lágrimas corrían por sus mejillas pues el miedo que sentía era terrible. Estaba loca, y no dudaría en acabar con ella para poder salirse con la suya. No había forma de convencerla de que no quería tener nada que ver con ese bruto.

Sintió cómo apretaba el puñal contra la fina piel de su cuello. Era su fin.

Sin embargo, el sonido de la puerta hizo que Maisie se apartase de ella. Ginebra cayó al suelo sin dejar de llorar, calmando el dolor de su cuello por la presión ejercida sobre él. A la habitación entró Logan, el cual entrecerró los ojos al ver allí a Maisie. La mujer, antes seria y despiadada, era todo sonrisas.

Él se acercó a la cama, donde se encontraban. Y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Maisie, ¿qué haces aquí?

—He venido a veros —comentó con coquetería—. Como lleváis tantos días sin llamarme...

—He estado ocupado con asuntos del clan —le restó importancia.

—No tardéis en volver a buscarme. Por las noches os añoro mucho.

Ginebra, con un nudo en la garganta que no la dejaba respirar, veía la escena. No podía consentir que esa loca se fuese tan contenta después de lo que acababa de ocurrir. ¡Había intentado acabar con su vida! Y, ¿quién le aseguraba que no volvería para terminar lo que había empezado?

—¡Esa mujer ha intentado matarme! —la acusó, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Yo? ¿Cómo osáis acusarme de algo semejante? —Miró a Logan como

si no comprendiese nada—. Solo he venido a veros a vos, no sé de lo que está hablando.

Ginebra quiso dar un paso hacia delante, pero no le fue posible al estar atada.

—Lleva un puñal escondido en el cinturón y me ha amenazado con él. Ha faltado muy poco para que me lo clavase en el cuello.

—¿Es eso cierto, Maisie?

—¡No, claro que no! Es verdad que llevo el puñal —admitió con fingida inocencia—, pero... toda mujer lo lleva para defenderse de cualquier peligro. —Le sonrió a Ginebra como si nada hubiese ocurrido—. Sin embargo, jamás le haría nada.

—¡Mentís! —gritó sin poder dejar de llorar.

Maisie tocó el hombro de él, para que la mirase a los ojos.

—Sabéis que yo no dañaría ni a una hormiga. No sé por qué me está acusando de algo tan grave. Además, ¿a quién vais a creer? ¿A una de las culpables de la muerte de Aloys o a mí, que siempre le he sido fiel al clan?

Logan observó unos instantes a Ginebra, que se limpiaba las lágrimas de las mejillas. Maisie tenía razón.

—A ti, por supuesto.

—¡No estoy mintiendo! —chilló Ginebra, desesperada.

—¡Cállate, bruja! —gritó él a su vez—. Nadie te ha dado permiso para hablar.

Ginebra se sentó sobre las pieles y cubrió su cabeza con los brazos. No quería ni mirarlos, ¿para qué?

Logan acompañó a su amante hasta la puerta, con la promesa de llamarla pronto. Cuando se quedaron a solas, el guerrero se sentó en uno de los sillones orejeros que se encontraba cerca de la chimenea, apagada en esos momentos. Desde allí, fijó sus ojos en Ginebra, que estaba hecha un ovillo contra la pared.

—No sé qué querías conseguir. Jamás voy a creer en tus palabras antes que las de un miembro de mi clan.

—Estoy diciendo la verdad —repitió ella con cansancio, sin descubrirse la cabeza.

—¡Ya basta! No voy a dejar que mientas más. —Se levantó y dio un par de pasos en su dirección—. Esto no se va a quedar así. Más tarde hablaremos sobre ello. Pero antes vas a darte un baño.

CAPÍTULO 10

Un baño. Iba a bañarse.

Había perdido la noción del tiempo, no tenía ni idea de los días que llevaba encerrada en aquel castillo. Pero todo ese tiempo había estado privada de una buena higiene. Le encantaba sumergirse en el agua, sentir su frescura, saberse limpia. Sin embargo, había algo que no le encajaba en todo aquello. ¿Por qué se le permitía bañarse? ¿Qué tramaba ese bruto para que se le concediese ese placer?

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Vais a permitir que me bañe? A los prisioneros no se le dan esos lujos —debatió Ginebra extrañada.

—¿No quieres lavarte? —preguntó él molesto.

—¡Sí, sí! Claro que quiero —se apresuró a asegurar—. Pero...

Logan dio un par de pasos por la habitación. Se colocó frente a las pieles con las que se tapaba Ginebra y cruzó los brazos sobre el pecho.

—La habitación apesta por tu olor. No voy a tolerar otra noche con semejante hedor a mi alrededor.

Ella apretó los labios al escuchar sus palabras. Miró hacia un punto fijo en la pared que tenía enfrente. Le daba vergüenza desprender mal olor. Siempre había sido muy metódica con su higiene. Se bañaba todos los días en el arroyo, ya fuese verano o invierno. En casa, había un barreño lleno de agua, que utilizaban tanto Christen como ella, los días que helaba y el frío era demasiado intenso como para salir al bosque. No era culpa suya oler de esa forma. Solo podía salir de la habitación para ir a las letrinas, siempre acompañada y vigilada muy de cerca por los sirvientes. La trataban igual que si fuese un animal, incluso con menos consideración.

El sonido de la puerta de la habitación al ser golpeada la sacó de sus pensamientos. Logan dio la orden de que pasasen y, al momento, aparecieron dos sirvientas portando una enorme bañera de madera que dejaron en medio de la estancia.

Las mujeres salieron por donde habían venido, pero regresaron varias

veces con cubos de agua caliente, que arrojaban dentro de la misma. Al terminar, dejaron sobre el lecho de Logan una muda nueva, junto con un sencillo vestido de lana.

Saludaron a Logan con un educado movimiento de cabeza y abandonaron los aposentos cerrando la puerta tras de sí.

Al quedarse a solas, el guerrero se aproximó a ella y se encogió por el miedo. Sonrió al ver su reacción. Le gustaba que esa mujer le temiese. Era lo que se merecía.

De un tirón levantó a Ginebra por las ataduras, y un gemido salió de su boca cuando la cuerda quemó la piel de sus muñecas. Se llevó una mano al cinturón y sacó una daga de él. Con maestría, cortó la cuerda y la prisionera quedó libre. Al sentir sus manos sin las ataduras, se cubrió con ellas. Estar desnuda ante Logan la incomodaba. Jamás había cruzado ni un par de palabras con un hombre, y ahora tenía que convivir con uno al que odiaba con todo su ser. Con uno que quería hacerle daño.

—Vamos, lávate —le ordenó mientras daba la vuelta y caminaba hacia la puerta.

Ginebra, al verlo alejarse, suspiró por el alivio. ¡Se iba! Podría tener un poco de intimidad. Necesitaba asearse. Tanto tiempo sin que le permitiese lavarse había sido horrible. Ojeó la bañera y vio el vapor elevarse. Tenía que estar deliciosa y estaba deseando que el agua abrazase su cuerpo. No obstante, un movimiento frente a ella la sacó de la ensoñación. Logan cerró con llave y se sentó otra vez en el sillón orejero.

—¿A qué esperas, mujer? ¡Lávate de una vez!

—Pe... pero, ¿no os ibais?

—¿Adónde me voy a ir? —preguntó con una sonrisa malvada en los labios—. Lo que más me apetece en este momento es ver a mi prisionera quitarse toda la mugre que lleva pegada.

—No voy a poder bañarme con vos mirando.

—Puedes y lo vas a hacer, a no ser que quieras que lo haga yo por ti.

—¿V... vos?

—Sí, claro. Dame el trapo de lino —le pidió con malicia.

—No.

—Yo puedo frotarte la espalda, bruja. —Dio un paso en su dirección—. Puedo lavar tu cabello. —Apretó los labios hasta que estos se convirtieron en una fina línea y la fulminó con la mirada—. Y también puedo meter tu cabeza en el agua hasta que dejes de respirar, ¿te gustaría?

—No —Gimió con un nudo en la garganta.

—¡Pues báñate de una maldita vez! —gritó apretando los puños. Volvió al sillón y se acomodó en él.

Ginebra cerró los ojos mientras rezaba a todos los santos para que la ayudasen. Apoyó las manos sobre el borde de la bañera y observó la cristalina y humeante agua. Quería darse un baño, sin embargo, no se creía capaz de hacerlo delante de él. El aseo personal era algo tan íntimo que jamás imaginó tener que compartirlo con nadie, y mucho menos con él.

—¡Estoy esperando, esclava! —la presionó para que comenzase de una vez por todas.

Ginebra tragó saliva, y con un nudo en la garganta que no la dejaba casi ni respirar, se introdujo dentro de la bañera. Nada más hacerlo sumergió todo su cuerpo en el agua, dejando a la vista únicamente la cabeza. Al menos, así, se sentía más protegida de él.

Estaba en su punto, caliente pero sin llegar a quemar. Hubiese sido un baño ideal, sin embargo, tener a su captor delante, contemplándola, no la dejaba pensar en nada más que en quedarse así para siempre.

—¿Cómo piensas enjabonarte dentro del agua? —preguntó Logan con sorna, disfrutando al ver su incomodidad.

—No lo sé.

—Levántate y coge el trapo de lino, tendrás que frotar fuerte si quieres desprenderte de toda esa mugre.

—Prefiero hacerlo así, bajo el agua.

—¡He dicho que te levantes! —gritó al mismo tiempo que daba un golpe sobre el reposabrazos del sillón.

Ginebra se incorporó de golpe, asustada. Su pecho subía y bajaba rápidamente por el nerviosismo. Cubrió de nuevo sus senos con las manos y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Logan, sin poder ocultar la sonrisa, le lanzó el trapo de lino, el cual cayó justo a su lado, salpicando su cara de agua.

—Vamos, bruja, quiero ver cómo frotas.

Ella lo cogió y se limpió las lágrimas con la otra mano. Bajo la atenta mirada de Logan, restregó su brazo, llevándose consigo la suciedad. Continuó con el otro, hombros y el cuello.

—Rasca bien en la cara, tienes tanta porquería en ella que te llevará un rato —ordenó mientras se levantaba del sillón y se dirigía hacia la bañera.

Ginebra, al verlo caminar hacia ella, dejó de lavarse. Clavó sus ojos

temerosos en él y se cubrió de nuevo el pecho con los brazos.

—En ningún momento te he dicho de pares. —Al ver su mirada desconfiada, soltó una carcajada—. He venido para ayudarte con la espalda.

—Yo puedo hacerlo —contestó de inmediato.

—¡Te quiero bien limpia! Y tú sola no vas a poder sacar la suciedad. Tus brazos no llegan.

—Sí lo hacen.

—Dame el trapo y vuélvete.

—N... no.

—¡Hazlo!

—A Mhathair Dé a Mhathair, Mhuirneach is a Ríon na ndúl...

—Tus plegarias no te servirán de nada, mujer del demonio —la interrumpió de inmediato. La cogió por un brazo y la hizo girar. Cuando frotó el trapo sobre la espalda de Ginebra, la escuchó contener el aliento y seguir rezando con voz susurrante.

Logan obvió sus rezos y continuó refregando su espalda. Le gustaba verla nerviosa y suplicante. Era lo que merecía después de lo que les hizo en el bosque.

Bajó un poco el trapo hasta llegar a media espalda y continuó por esa zona. Sus ojos contemplaron su trasero. Era tan delicioso, pálido y voluptuoso que su boca se secó mientras lo hacía. Esa bruja era un pecado. Era tan deseable como ninguna otra mujer. Sus hombros finos, su cintura estrecha y sus redondeadas caderas.

Notó cómo su miembro viril se endurecía. Dejó de frotar de inmediato y entrecerró los ojos.

—Date la vuelta —le mandó con voz sombría. Cuando Ginebra lo hizo, sus brazos volvían a cubrir sus senos. Lo miró con miedo en los ojos—. Termina de hacerlo tú por la parte delantera.

Le entregó el trapo de lino por segunda vez y esperó.

—¿No vais a sentaros en el sillón? —preguntó titubeante, pues la idea de tenerlo tan cerca mientras lavaba su cuerpo la ponía muy nerviosa.

—No, prefiero quedarme aquí y vigilar de cerca que lo haces bien.

—No necesito que...

—¡Lo que tú necesites, no es asunto mío! —gritó sobresaltándola.

Ginebra enjabonó el estómago. Lo hizo con movimientos nerviosos y veloces. Su corazón latía a un ritmo tan alto que estaba segura de que echaría a volar en cualquier momento. Los colores subieron a sus mejillas mientras

continuaba lavándose. No era capaz de acostumbrarse a que su cuerpo estuviese expuesto. No quería mirarlo a los ojos y ver la expresión de vencedor en su cara. No tenía posibilidades contra él. Era mucho más fuerte y diestro en el arte de la lucha, los brazaletes y nudos celtas de glasto que cubrían sus brazos lo demostraban. Ese bruto era un guerrero y podría acabar con ella en cuestión de segundos.

Sin embargo, algo la empujó a alzar la vista. Logan tenía los ojos puestos en su cuerpo; concretamente justo donde el trapo rozaba su piel. Cada movimiento que realizaba su mano era seguido de cerca por sus ojos. De hecho, la respiración del guerrero se había intensificado y su pecho subía y bajaba con rapidez. Se percibía la tensión en todo su fuerte cuerpo. Estaba excitado. El cuerpo cimbreado de esa mujer lo tenía embrujado, y ella también se percató.

Ginebra subió la mano, la que llevaba el trapo, desde su estómago, y rozó uno de sus senos, manchando la pequeña areola de espuma. Nada más hacerlo, Logan se humedeció los labios y dio un paso hacia ella.

Sonrojada por ser el blanco de su mirada, cerró los ojos con fuerza, pero continuó lavándose, tal y como él le ordenó. El trapo masajeó sus cremosos pechos y los humedeció de tal forma que parecían diamantes. Logan no podía pensar. El cuerpo lujurioso de Ginebra lo tenía tan excitado que incluso su pene se hinchó bajo su atuendo. Actuando bajo una fuerza tan poderosa como ancestral, alzó el brazo y acarició el estómago de la chica, haciéndola abrir mucho los ojos y que contuviese el aliento. Los dedos de Logan rozaron sus caderas y la piel de ella se le erizó. Tuvo que cerrar los ojos por aquel cúmulo de sensaciones que su contacto le despertaba. Ascendió lentamente por las costillas y rozó uno de sus senos. Sus dedos jugaron con el suave botón rosado y este se endureció. Apenas pudo contenerse cuando sintió que Ginebra jadeaba bajo su contacto. Con el otro brazo la rodeó por la espalda y la hizo aproximarse a él, sin importarle que pudiese mojarlo con su cuerpo. Acercó la cabeza a su cuerpo y lamió con su propia lengua el tierno pezón de la joven. Lo excitó con experimentada pasión, y acarició, mientras tanto, el estómago de ella, dirigiéndose hacia su pubis, donde los rebeldes y suaves rizos protegían su tesoro escondido. Acarició su sexo y creyó morir al hacerlo. Estaba tan excitado que solo podía pensar en quitarse la ropa y meterse dentro del agua con ella. Sus dedos estimulaban su clítoris trazando suaves círculos a su alrededor y sentía cómo el cuerpo de ella temblaba bajo su contacto.

Ginebra estaba confusa, mucho. ¿Qué era aquello que estaba sintiendo?

¿Qué eran esos estremecimientos que recorrían su columna y bajaban hasta su vientre? Apenas podía recapacitar acerca de lo que estaba ocurriendo, las manos de Logan no le dejaban hacerlo. Solo podía sentir. El miedo inicial había desaparecido, quedaba un potente anhelo que la animaba a continuar disfrutando de su boca sobre su pecho y la mano en su sexo.

—Ahh... —gimió cuando el placer subió de intensidad. Apoyó las manos sobre los hombros de su captor para que sus piernas siguiesen sosteniéndola.

Logan escuchó su gemido y cerró los ojos con fuerza. Su voz repleta de éxtasis y el roce de su piel lo estaban llevando al delirio. Estaba haciendo disfrutar a esa bella mujer y él también lo hacía. La prisionera a la que retenía en su dormitorio era fuego líquido.

Prisionera, era su prisionera.

La realidad se abrió potente como el sol entre las nubes. ¡Deseaba a la arpía que les robó y se rio de su sufrimiento! ¡Fue cómplice en el trágico final de Aloys!

Con una gran fuerza que nació de su interior, la empujó lejos de su cuerpo. Ginebra perdió el equilibrio y se sumergió en el agua por completo. Cuando emergió de ella, lo hizo tosiendo. Se apartó el cabello de los ojos y se volvió a cubrir los senos con los brazos, mirándolo con miedo, como si fuese un malvado ser oscuro.

Logan dio un par de pasos hacia atrás, con la culpabilidad, por lo que acababa de ocurrir, plasmada en el rostro. ¿Qué había hecho? ¿Qué había estado a punto de suceder? Miró a la mujer, que se protegía de él con todo el cuerpo sumergido de nuevo en el agua.

—¡Condenación! —exclamó con enfado. Apretó los labios y abandonó sus aposentos dando un portazo tras su salida, sintiendo una furia ciega que lo poseía, y con una confusión igual, o todavía mayor, por lo que sentía al tocar a esa bruja.

Al quedarse a solas, Ginebra se humedeció los labios y se apresuró en terminar de asearse. Se lavó el cabello y salió del barreño sintiendo un nerviosismo descomunal. Se colocó la muda que las criadas dejaron sobre la cama, comprobando que le estaba algo grande, y después se puso el vestido de lana. Era reconfortante llevar ropa sobre su cuerpo, aunque no fuese suya.

Al acabar, se percató de que su captor la había dejado libre por la habitación, en su prisa por escapar de allí. Sin pensárselo dos veces, corrió hacia la puerta y giró el pomo, pero estaba cerrada por fuera con llave.

Sin posibilidad de escapar, paseó por los aposentos de Logan y miró por

la ventana. Desde allí, se veía un gran bosque repleto de vegetación, y un lago.

Las lágrimas regresaron a sus ojos. Se acordaba de su hermana, siempre lo hacía, y estaba preocupada por su bienestar. Se culpaba por haber ayudado a ese bruto y se culpaba todavía más por haber experimentado todo eso cuando la acarició.

Al no saber qué hacer, se dirigió de nuevo hacia las pieles en las que dormía, que se encontraban junto a la cama de Logan. Pensó en recostarse sobre ellas, pero estaban sucias y ella acababa de asearse, no quería volver a oler mal. Las arrastró y dejó junto al barreño, para que las sirvientas se las llevaran. Se sentó sobre el suelo y se acurrucó encogida, apoyando la cabeza sobre sus rodillas.

Logan no regresó esa noche. Lo ocurrido con Ginebra lo descolocó tanto que bajó a la gran sala, donde sus parientes charlaban, y pidió un buen whisky tibio para intentar olvidar lo que había estado a punto de ocurrir en sus aposentos con su prisionera. Escuchaba las conversaciones del laird y sus parientes, asentía y prestaba atención a las anécdotas sobre la guerra contra Inglaterra, sin embargo, el recuerdo de Ginebra siempre regresaba a su cabeza. Y no podía permitirlo. Al día siguiente debía abandonar la isla de Mull y salir junto a algunos de sus parientes para comprar ganado. A pesar de que allí tenían cultivo, pescado y ovejas, necesitarían un mayor número de reses para alimentar a todo el clan. Tenían que aprovisionar el castillo Duart para el invierno y les esperaban varios días fuera de sus tierras negociando el precio de los animales que llenasen sus mesas y sus estómagos. Debía de concentrarse en su propósito, y la visión de esa mujer desnuda y a su merced no le ayudaba.

Después del cuarto whisky se impacientó, pues su miembro viril continuaba erguido y palpitante por ella. ¡Maldita bruja de Satán!, exclamó para sí al no poder sacar su imagen de su mente. Se levantó del banco de madera en el que descansaba junto a sus parientes y abandonó el salón, bajo la atenta mirada del laird, que no le dio mayor importancia al conocer el carácter volátil de su vástago.

Dejó atrás el castillo y se adentró en el pueblo, donde las pequeñas casas de sus aldeanos humeaban por la chimenea, intentando resguardarse del intenso frío. Recorrió sus diversas callejuelas a paso firme y sin descanso, y

se detuvo frente a una construcción humilde y bastante minúscula. Traqueó con insistencia sobre el portón de madera y, cuando se abrió, apareció en el interior la bonita cara de Maisie, que se hizo a un lado para dejarlo entrar.

—Logan, qué sorpresa más agradable la vuestra —dijo lanzándose hacia él—. Tenía tanta necesidad de estar entre vuestros fuertes brazos...

Él, sin decir nada al respecto, devoró sus labios. Tenía que desahogarse. Su prisionera lo había dejado tan excitado que ni siquiera el fuerte whisky escocés había podido hacer que la olvidase. Precisaba una distracción, y ella era la más idónea para proporcionársela. Era complaciente, audaz y sensual. Solo con Maisie podría olvidar a esa bruja de cabello moreno y cuerpo endiablado que lo tentaba a cometer el peor de los pecados.

Tan excitado como nunca, le arrancó las calzas y la penetró contra la pared con fuerza, pues solo de esa forma podría lograr que el recuerdo de la otra desapareciese.

CAPÍTULO 11

Iver dejó el hueso del capón en el plato y lo apartó un poco de su lado. Había dado buena cuenta de la sabrosa comida que preparó su tía, la cual se ocupaba de su madre cuando él se encontraba obedeciendo las órdenes de su laird.

El fuego de la chimenea crepitaba y daba calor al hogar, por lo que salir al exterior se convertía en una tarea indeseada. No obstante, se levantó, se recolocó el manto sobre el hombro y cogió su boina.

—¿Ya te marchas, muchacho? —preguntó su tía Leslie, todavía sentada junto a su madre, que comía con parsimonia.

—Tengo por delante varias horas de camino hasta llegar al castillo Duart, no debo demorarme.

—Te nombraremos en nuestras plegarias, hijo mío —añadió su madre, sonriéndole con cariño—. Los santos serán misericordiosos con vosotros y podréis encontrar animales con los que alimentarnos este invierno.

—Somos diestros negociando el precio en la compra de animales, madre, no necesitaremos ayuda divina.

—Inaudito, Margaret, pariste a un hijo hereje —comentó su tía poniendo los ojos en blanco.

—Iver, no debes hablar de ese modo —lo reprendió como si fuese un niño—. Tenemos que ser temerosos de la ira de Dios.

—¡Condenación! Ya no soy un infante como para que os preocupéis por mi alma.

—No blasfemes, bribón —le advirtió su tía fulminándolo con la mirada. Le dio un codazo a su hermana y prosiguió—. Tu hijo arderá en el infierno como siga por esos derroteros.

—Iver, por el alma de tu padre, no oses hablar de ese modo —le volvió a reprender.

Él puso los ojos en blanco. Amaba a esas dos mujeres, pero cuando estaba demasiado tiempo con ellas tenía que huir. El bosque era su escondrijo preferido, y le alegraba haber decidido acudir a menudo a él, pues de esa forma había conocido a Christen.

Sonrió al pensar en ella. Era la mujer más bonita de todas y tenía una dulzura y una delicadeza que la hacían parecer de otro mundo. Le encantaba pensar que sus dudas en cuanto a él habían desaparecido. Confiaba en su persona y parecía relajada en su compañía. Debía de sentirse muy sola sin su hermana, y ahora, él también tendría que partir durante unos días para reunirse con el laird y el resto de los hombres del clan; enviaron una misiva que le informaba de aquella misión.

Sin embargo, en cuanto regresase iría a verla y le llevaría provisiones. Eso haría, cazaría también para que a esa preciosa dama no le faltase nada.

—Margaret —La voz de su tía se coló por encima de sus pensamientos—. ¿Acaso el pobre Iver ha perdido su oído? Tu hijo no atiende a mis palabras.

—Iver, hijo, tu tía quiere hablarte.

—Disculpadme, estaba recordando algo.

—Últimamente pareces en las nubes, muchacho.

—Tengo la cabeza ocupada en las obligaciones pendientes.

—¿Y no estarás encaprichado de alguna jovencueta? Esos ojos soñadores no engañan.

Iver frunció el ceño. No les diría nada de Christen, conociéndolas, pasarían horas y horas preguntando acerca de ella.

—No hay ninguna mujer, tengo demasiado que hacer como para enredarme en esos menesteres.

—Algún día te enamorarás, hijo —añadió su madre sonriente.

Su tía Leslie arrugó los labios y se cruzó de brazos.

—Pero, no hagas lo mismo que el joven hijo de MacLean, debes prometerlo.

—¿El hijo de Lachlan MacLean? ¿Logan? —las interrogó sin comprender.

—El mismo.

—¿Qué ha hecho?

—Es un rumor que va circulando por el poblado.

Iver resopló y puso los ojos en blanco.

—Bien es sabido que hay que hacer oídos sordos a los rumores. La mayoría son bulos inventados por personas holgazanas y de mala fe.

—Conozco a Lachlan desde que era un niño, yo misma pertencí a los MacLean antes de desposarme con mi difunto esposo, y su hijo es igual a él —indicó su tía—. Así que, no me extraña nada que esta noticia sea cierta.

—Está bien, ¿qué noticia? —preguntó para poder acabar de una buena vez con su palabrería.

—Dicen... —Se puso una mano en la boca y comenzó a susurrar—: Dicen que ha raptado a una joven y la tiene retenida en sus aposentos.

—¿Qué osadía! —saltó su madre escandalizada—. Primero debería casarse con ella.

—¿Una mujer? ¿Retenida? —Algo se removió en su estómago y el rostro de Christen volvió a aparecer en su cabeza.

—Pero, no se queda ahí el asunto, no. Cuentan por el poblado que la tiene desnuda a los pies de la cama, atada, y no le permite ni ver la luz del sol.

Iver tragó saliva y entrecerró los ojos.

—¿Os... os han dicho por qué ha hecho eso? —¿Sería la hermana de su querida Christen? ¿Estaría retenida por el hijo del laird de su propio clan? ¿Su buen amigo Logan era el captor?

—Eso no lo sé. A las viejas nos cuentan tan pocas cosas... Además, son asuntos de un clan vecino y a los Mackinnon poco nos importan los detalles.

Poco después se despidió de su madre y su tía, y montó sobre su caballo. Mientras cabalgaba no podía dejar de pensar en lo que acababa de escuchar. ¿Sería cierto lo que decían sobre Logan? ¿Sería Ginebra esa pobre muchacha? Y, si era así... ¿qué iba a pensar Christen sobre él? De ser ciertos los rumores, su propio clan tenía retenida a su hermana.

Indagaría. Debía llegar hasta el final del asunto para poder quedarse tranquilo, y lo haría en cuanto llegase al castillo Duart.

Logan, el laird y los demás hombres, abandonaron la isla de Mull en varios birlinns movidos por remos. Al llegar a tierra firme, caminaron sin descanso hasta que llegaron al bosque de Aberfeldy, lugar cercano a su destino: el territorio de los MacDougal. Por delante les aguardaban varias jornadas de reuniones y negociaciones, hasta conseguir un precio moderado por los animales con los que alimentar las bocas del castillo y el poblado. Había sido un viaje ameno, pues las conversaciones se fueron dando durante todo el camino.

Al llegar a Aberfeldy, descansaron cerca de un gran lago. El laird y sus hombres charlaban relajados alrededor de un improvisado fuego, a la vez que daban buena cuenta de las provisiones de comida y de los barriles de whisky que trajeron para la misión.

Pero Logan estaba ausente. Los recuerdos de aquella bruja morena bañándose delante de él lo atormentaban constantemente. La visión de su hermoso cuerpo de piel nívea, sus turgentes senos mojados por el agua, los indomables rizos de su pubis y la adorable belleza de su rostro. Nunca se sintió de esa forma con ninguna otra mujer; no recordaba haber experimentado esas ganas enloquecedoras de posesión. Acariciar su cuerpo y lamer sus pechos había sido igual que una llamarada de fuego en sus bajos. Se olvidó de todo, se convirtió en el eje de sus pensamientos, incluso el sentido común lo abandonó.

Cuando la conciencia se coló en medio de aquella bruma, tuvo que marcharse. Huyó. Era una de las culpables del trágico final de Aloys, una arpía malvada que se divirtió con su sufrimiento. ¡No comprendía por qué su cuerpo reaccionaba de ese modo cuando la tenía delante! La aborrecía, la llevó al castillo para torturarla, y había acabado preso en un deseo que ni él mismo comprendía. Escuchar sus gemidos, el temblor de su cuerpo cuando sus manos bajaron desde su estómago a su sexo, había sido demasiado para él. Su rostro. Esa maldita mujer tenía la belleza de una reina y el corazón de una hechicera.

Ni siquiera Maisie pudo lograr que se olvidase de ella. La poseyó pensando en el cuerpo de la otra, en sus jadeos de pasión, y con la sensación de que sus perfectos senos seguían dentro de su boca.

Al alba, partió junto con la comitiva sin querer regresar a sus aposentos. Se sentía raro por su forma de actuar. De hecho, seguía notando esa inquietud en el estómago y apenas le apetecía participar en las conversaciones de sus parientes, ni dar opinión al respecto en el tema de las reses y su precio justo. Su actitud fue más fría y distante que de costumbre. La culpabilidad por haber disfrutado del roce de su piel le golpeaba.

—¡Logan, por San Gilberto, cuánto tiempo sin verte!

Al escuchar aquella exclamación, giró la cabeza y se encontró con Iver, un buen amigo y miembro del clan. Se saludaron con un fuerte abrazo y rieron por la alegría de reencontrarse. Ambos eran altos, fuertes, aunque de personalidades muy diferentes. Logan serio y reservado e Iver divertido y hablador.

—Pensé que esta vez no vendrías con nosotros.

—Me tocó viajar en el segundo birlinn, remando en la popa, por eso no me viste.

—¿Qué es de tu vida en el poblado de los Mackinnon? ¿Tu madre está

bien allí?

—Vive contenta junto a su hermana, soy yo el que tiene que aguantar las ganas de matarlas a cada segundo —bromeó pensando en las regañinas constantes de las dos mujeres hacia su persona.

—¿Te quedarás mucho tiempo allí o regresarás pronto con nosotros?

—Creo que seguiré una temporada más por ese lugar, me gusta pasear en solitario por el bosque que lo rodea.

—¿Por el bosque de Mull? —Logan torció el gesto y recordó todo lo ocurrido con los bandidos y la mujer presa en sus aposentos—. No me agrada ese lugar.

—Allí ocurrió lo de Aloys, ¿cierto?

—Exacto.

—Cuando me informaron sobre la noticia lo sentí mucho por su viuda.

—Fue un duro golpe para todos. —Logan apretó los labios y tragó saliva—. Pero, regresé y me ocupé de los culpables. Vengué su muerte, tal y como él hubiese deseado.

—También ha llegado a mis oídos una noticia algo insólita.

—¿Insólita? ¿De qué se trata?

—Las malas lenguas cuentan que tienes a una joven encerrada en tus aposentos. —Se acordó de Christen y su pecho saltó ante el recuerdo de aquella hermosa mujer.

—No es una joven, es una bruja de cabello oscuro y alma negra —escupió Logan, pues el enfado por su debilidad con Ginebra todavía le escocía.

—¿Cuál fue su pecado?

—Ella fue cómplice de...

—¡Cuidado, Logan, Iver! —Un grito proveniente de uno de sus parientes, seguido de un crujido, hizo que el guerrero dejase de hablar y se pusiese en guardia—. ¡Apartaos, precaución!

Un gran alboroto se formó a su alrededor antes de que ninguno de los dos pudiese reaccionar. El tronco de un árbol cayó sobre ellos, dejándolos inmobilizados. Tras aquel estruendo, varias vacas lanudas envistieron contra el resto de los hombres. El caos inundó aquel trozo de bosque hasta que algunos miembros del clan desenfundaron sus espadas y acabaron con la vida de los animales.

Iver empujó el gran tronco para liberar su pie, el cual apenas podía mover por el dolor. Cuando giró la mirada y se concentró en Logan, lo encontró

intentando apartar el tronco de su cadera con una mueca de dolor en el rostro. Estaba inmovilizado por la cintura. Lo apartó, reuniendo todas las fuerzas que le quedaban y, al hacerlo, comprobó que su amigo había sufrido una herida en el costado provocada por una rama puntiaguda. La sangre comenzó a emanar del corte y se esparció por el suelo de piedras. La mirada de Logan se fue tornando brumosa y cerró un poco los ojos a causa de la pérdida de sangre.

—¡Logan! ¡Logan! —lo zarandéó para que no se quedase dormido. Al no lograrlo y viendo que la herida no dejaba de sangrar, dio la voz de alarma—. ¡Ayuda, está mal herido! ¡Ayudadnos!

En ese preciso momento, mientras ayudaba a los hombres a tapan la herida de Logan, la imagen de Christen regresó a su mente. El rostro de esa preciosa joven de cabello oscuro, y, con ella, la seguridad de no querer volver a separarse de su lado.

Ginebra pasó los siguientes cuatro días sola en la habitación. Desde que Logan se marchó maldiciendo, después de que la obligase a bañarse delante de él, no había llegado a aparecer por allí. Y agradecía su ausencia. El estado de nerviosismo al que estuvo sometida durante tantos días se había atenuado bastante. Sin embargo, su mente no dejaba de darle vueltas a lo ocurrido en esa bañera. La había tocado, la había acariciado y probado con su boca. Todavía podía sentir su caliente lengua sobre su seno, y las sensaciones que le despertó con esa acción. Se sintió poseída por una neblina que le impidió moverse, de hecho, no quiso hacerlo. El placer que ese bárbaro le proporcionó con su boca y su mano, fue algo nuevo para ella. Pero, acabó de forma abrupta. Su captor parecía desconcertado, se marchó maldiciendo. Ginebra también lo estaba. No conseguía comprender por qué le gustó su contacto cuando lo odiaba con todas sus fuerzas. Ese hombre era el mismísimo demonio. Se alegraba de que no estuviese allí, amenazándola y aprovechándose de su fuerza para lograr que hiciese su voluntad.

Ahora conseguía dormir con tranquilidad la mayor parte de la noche, y solo lloraba cuando recordaba a su hermana. Aun así, sabía que tarde o temprano aquel cruel escocés regresaría y su martirio continuaría.

Se incorporó un poco del suelo y notó cómo la cuerda, que volvía a tener alrededor del tobillo, no la dejaba moverse demasiado. Si alguna vez pensó que podría andar suelta por la habitación, fue un fallo por su parte, pues

aunque él no estaba, sus sirvientas se encargaron de volver a amarrarla. Le llevaban comida, la sacaban a las letrinas cuando tenía que hacer sus necesidades y guardaban silencio cada vez que intentaba hablar con ellas. Aunque, claro, ¿qué iban a hacer esas mujeres? Eran miembros de su clan y guardaban lealtad a su señor. Lo poco que había podido oír salir de sus labios, fue algo sobre un viaje. No obstante, apenas les prestó atención. Le interesaba bien poco dónde estuviese esa bestia. Podía quedarse en aquel lugar toda su miserable vida.

Incómoda como estaba por la dureza de la piedra bajo su trasero, pensó en las deliciosas pieles del lecho. Desde que desechó las que tenía para resguardarse del frío cuando se bañó, nadie se había preocupado en traerle limpias, así que desde varios días atrás, dormía sobre el frío suelo. Y todavía podía dar gracias a los santos por tener la fortuna de ir vestida. Ese sencillo vestido de lana y las calzas que portaba debajo de él la resguardaban de las gélidas noches sin el calor de la chimenea.

Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos, sin embargo, un gran estruendo le hizo dar un salto y encogerse en la misma postura en la que se encontraba. Cuando alzó la vista, para comprobar de qué se trataba, la alcoba comenzó a llenarse de personas que no conocía. Actuaban con rapidez y daban señales a alguien de fuera para que entrase sin perder más tiempo. Un segundo más tarde, cruzaron el umbral tres hombres que cargaban a otro en brazos. Ginebra abrió los ojos asombrada al reconocer la identidad del susodicho: era Logan, su captor.

Lo dejaron sobre el lecho e inmediatamente a la habitación entró una señora con andares elegantes. Era bella y delgada, aunque en su rostro podía adivinarse que tenía más edad de la que en un principio aparentaba. En su cara estaba dibujada la preocupación. Miraba a Logan con los labios apretados y los ojos brillantes por las lágrimas, mientras un escocés muy parecido al enfermo, aunque ya entrado en años, se colocaba a su lado, con cara de preocupación. Adivinó que se trataba del laird del castillo.

La señora se acercó a la cama y se sentó junto a Logan, mientras le acariciaba la mejilla. Ginebra prestó atención al guerrero que la capturó, el cual seguía sin abrir los ojos. Su rostro estaba pálido y su frente perlada por el sudor.

—Logan, hijo mío —lo llamó la mujer sin recibir respuesta por su parte—. El curandero está a punto de llegar, aguanta un poco más.

Inmediatamente la presencia de otro hombre les hizo apartarse a todos.

Era un anciano de largas barbas blancas que portaba consigo un sporrán de piel de animal, amarrado de la cintura, del que sacó un trozo de cristal de forma oval que se colocó muy cerca del ojo derecho antes de examinar a Logan. Ginebra lo observó con atención pues nunca había visto nada parecido, ni sabía para qué se utilizaba.

—¿Qué ha ocurrido, mi señora Ellora? —preguntó el anciano sin dejar de mirar al guerrero inconsciente.

—Una manada de vacas embravecidas envistió contra ellos y derribaron un árbol que cayó sobre mi hijo y otro joven.

—¿Vacas? —El anciano abrió los ojos asombrado—. Normalmente son animales tranquilos.

—Se acercaron demasiado, sin pretenderlo, a una manada donde había crías, y los animales intentaron protegerlas atacando a los intrusos. Logan tuvo la mala suerte de que una rama del árbol atravesase el costado.

—Comprendo. —El anciano quitó los botones del chaleco de Logan y rasgó la camisa, cubierta de sangre. Examinó la cintura del enfermo y chasqueó la lengua, pensativo—. ¿Ha estado lúcido desde entonces?

—Solo los primeros días. Balbucea y se queja por el dolor.

El curandero abrió de nuevo su sporrán, del que sacó unguento.

—Limpiaré la herida y la taparé con un vendaje cubierto de agrimonia. Conseguirá que deje de sangrar y cicatrice con rapidez. —Sacó un trozo de tela de lino y la untó del mejunje a base de hierbas. Se lo colocó contra la herida, previamente lavaba con agua caliente, y presionó sobre ella—. Vendré al alba para ver cómo sigue. Dadle mucha agua y caldo de ave. Veréis que la curación es rápida.

—El Señor misericordioso te oiga.

El curandero abandonó la habitación, y con él la mayoría de los presentes. Solo quedaron con el enfermo su madre y una sirvienta, que recogía los trozos de la camisa de Logan que el curandero tiró al suelo.

Ginebra, desde su posición, no podía dejar de observarlos. Se notaba que era una señora de gran carácter y entereza, pues a pesar del dolor que debía sentir por el estado de su hijo, no lo demostró en ningún momento. Continuó sentada junto a él, acariciando su rostro con amor y una serenidad envidiable.

Pasados unos minutos, Ellora alzó la vista y la posó sobre Ginebra, como si en todo ese tiempo no se hubiese percatado de su presencia. Entrecerró los ojos y alzó la cabeza en señal de orgullo. No le dijo ni una palabra. Se limitó a ignorarla y hacerle compañía a Logan.

Por su parte, Ginebra contemplaba la imagen con indiferencia. Comprendía que todos en el castillo estuviesen preocupados por él, sin embargo, le traía sin cuidado. Ese hombre era el cruel bárbaro que la separó de Christen y había convertido sus días en un infierno. Si por ella fuese, podía quedarse postrado en la cama el resto de su vida. De ese modo, no sería víctima de la ira infundada hacia su persona.

CAPÍTULO 12

La previsión del curandero sobre la mejoría de Logan, no se cumplió. Dos días después de su regreso al castillo, su aspecto empeoró notablemente. Aparecieron unas oscuras ojeras bajo la pálida piel de sus ojos, la fiebre no desaparecía y apenas se mantenía consciente unos minutos al día; y cuando lo hacía, el dolor que sentía por la herida lo hacía gemir y delirar tensando todo su cuerpo.

Su madre no se separaba de su lado. Limpiaba su sudor y le acariciaba con amor, susurrándole palabras tranquilizadoras. Pero ella misma era presa de un gran nerviosismo. Ellora, esa mujer tan recta y fuerte, lloró como una niña, abrazada a su esposo, por la impotencia de no poder ayudar a su único hijo varón.

—Ya no puedo hacer más —les dijo el curandero, que miraba a Logan sin comprender el mal que lo aquejaba—. Limpié la herida y la cubrí con emplasto. Su salud debería haber mejorado.

—¿Qué más se puede hacer por él?

—Me temo que yo nada, mi señora. Mi conocimiento sobre ese tipo de heridas es muy básico. —Introdujo en su sporrán la botella con el unguento y lo cerró al acabar—. Quizás, podríais mandar una misiva a fray Duns McGregor pidiéndole que venga a visitar a vuestro hijo. Es un buen curandero y ha llegado a mis oídos la noticia de que es diestro en estos temas.

Lachlan se cruzó de brazos y miró a su hijo, inconsciente en la cama.

—Suponiendo que decidiésemos enviar la misiva, se demoraría como mínimo dos días en llegar a la isla de Mull. —El laird fijó sus serios ojos en el curandero—. ¿Soportaría mi hijo tal espera?

—No podría asegurároslo, mi laird. Debemos rezar a los santos para que tengan misericordia.

Ellora se llevó una mano a los ojos, cubriéndoselos. Su esposo volvió a abrazarla, tan afligido como lo estaba ella. Se limpió una lágrima y suspiro, mientras asentía.

—Mandadle la carta y expresadle mi deseo de que venga lo antes posible.

Al quedarse de nuevo a solas en la habitación, Ellora tomó asiento junto

al cuerpo de su hijo, como había hecho los últimos dos días. Rezó por la curación de su herida y lloró junto con los parientes que venían a visitar a Logan. La soledad la hacía débil, sin embargo, agradecía que las demás personas se hubiesen retirado y la recámara se hubiera quedado en silencio.

Ginebra permaneció esos dos días en silencio. La indiferencia inicial fue mutando a la pena por verlo marchitarse de esa forma, y por esa señora que velaba a su hijo incansablemente. Se notaba que el cuerpo de Logan se apagaba. Apenas se quejaba del dolor, y cuando lo hacía, la voz apenas salía de su garganta. La piel del guerrero se comenzó a tornar cenicienta y sus labios acabaron agrietándose por la falta de agua y alimento.

Esa noche fue larga. Los temblores recorrían el cuerpo de su captor y el sudor humedecía su cuerpo. Apenas pudo dormir. Sentía que la culpabilidad la castigaba. Creía poder ayudarlo, no obstante, la aversión que sentía hacia él le hacía callar.

Al alba, Logan balbuceó algo incomprensible. La fiebre lo hacía delirar y quejarse por el dolor de la herida de su costado. Su madre no dejaba de llorar y de acariciar su mejilla.

—Aguanta, hijo mío, pronto llegará fray Dums y te pondrás bien. —Sin embargo, sus lágrimas mojaban sus mejillas como si ella misma supiese que aquello no sucedería.

—Mi señora —susurró Ginebra desde el suelo. No podía aguantar más viendo tanto sufrimiento—. Mi señora —repitió más fuerte. La madre de Logan alzó la cabeza y fijó sus ojos en la prisionera de su hijo. Apretó la mandíbula y la miró con desprecio. Aunque Ginebra no se dejó impresionar por aquella muestra de hostilidad—. Quizás yo pueda ayudar.

—¿Tú? —preguntó con frialdad—. Nadie te ha dado permiso para hablar.

—Creo que podría detener el sufrimiento de vuestro hijo.

Entonces se levantó de la cama y rodeó el lecho hasta que quedó frente a Ginebra, que la miraba desde el suelo, hecha un ovillo.

—¿Piensas que voy a confiar en ti? ¿En una de las personas que casi lo mata?

—Yo no hice tal cosa.

—¡Mientes!

—Soy diestra en el uso de las plantas, me enseñaron a sanar la mayoría de heridas —añadió obviando la acusación de la mujer—. Podría intentar que su sufrimiento sea menor.

—¿Por qué ibas a querer ayudar a Logan? Te mantiene encerrada en el

castillo.

—No aguanto que las personas sufran, y él ya lo ha hecho suficiente.

—¿Crees que posees un mayor conocimiento que nuestro curandero?

—Solo he dicho que quizás pueda hacer algo —repitió.

Entonces entrecerró los ojos y miró a su hijo, que se removía en el lecho y apretaba los dientes por el dolor.

—¿Y cómo se supone que voy a saber que no dañarás más a Logan?

—Tendréis que confiar en mí.

La esposa del laird se quedó en silencio. De inmediato se agachó y cortó la cuerda que amarraba a Ginebra a la cama. Cuando la joven pudo levantarse, entonces se acercó mucho a ella y alzó el dedo índice, a modo de advertencia.

—Si mi hijo muere, tú morirás con él.

Al escuchar su amenaza, se le secó la boca, sin embargo, asintió de todas formas. Sin perder tiempo, rodeó el lecho y se acercó a su captor para observarlo con detenimiento, vigilada muy de cerca por su madre.

Colocó la mano sobre su frente y comprobó que la fiebre era alta. Quitó la tela donde el curandero puso el emplasto y dejó la herida al descubierto. Nada más hacerlo, tragó saliva. Supuraba.

—Está infectada.

—¿Cómo es posible? El curandero la limpió —comentó ella frunciendo el ceño.

—Voy a necesitar paños limpios, agua tibia, hojas de agrimonia, adormidera, semillas de lúpulo y un cuenco para mezclarlas —pidió, sin contestar a su pregunta.

Entonces salió a toda prisa de la habitación y ordenó a las sirvientas lo que Ginebra pidió. Cuando regresó, la joven subía las mangas de su vestido blanco y miraba la herida de Logan con concentración.

Las sirvientas trajeron todo lo que se les ordenó y Ginebra mezcló algunas hojas de agrimonia con el agua tibia. La reservó.

Palpó la piel alrededor de la herida calibrando la hinchazón.

—Quizás se queje con lo que voy a hacerle —la avisó—. Necesito asegurarme de que la herida está totalmente limpia.

—¿Qué debo hacer yo?

—Poneos a su lado, limpiadle el sudor de su frente y susurradle palabras tranquilizadoras. —Tomó asiento en la cama y fijó la mirada en la herida.

—¿Dónde aprendiste el arte de la curandería?

—Aprendí gracias a mi madre.

—¿Quién era tu madre? ¿Cuál es tu apellido, muchacha? —la interrogó Ellora con el ceño fruncido.

Ginebra apartó sus manos de Logan y pensó en lo que contestar.

—Madre era campesina —respondió con una mentira. Jamás confesaría que fue la hija del laird de los Ferguson. Ese hombre prometió matar a sus padres y estaba segura que haría lo mismo con ella si se enteraba de su existencia. Sin querer seguir con el tema, prosiguió contemplando la herida de Logan—. Apartad la mirada, puede que esto no sea agradable.

Introdujo varios dedos dentro de la herida, provocando que el hombre gimiese y se moviese, y estuvo palpando en ella. Cuando uno de sus dedos rozó algo duro, abrió mucho los ojos.

—Aquí hay algo. —Cogió aquello que había clavado en la carne del hombre y tiró de él, intentando hacerlo con toda la delicadeza que pudo. Al sacar la mano, esta estaba repleta de sangre, pero sonrió—. Ya está.

—¿Qué es? —preguntó Ellora llevándose una mano a los labios.

—Una astilla, la tenía clavada dentro de la herida. —Era pequeña, no tendría ni el tamaño de medio dedo, aun así, estaba causando un mal enorme en el cuerpo del guerrero. La dejó en el suelo y apretó el costado de Logan, para que sangrase todavía más. Al ver la cara de Ellora, prosiguió a explicarse—: Necesito que fluya sangre nueva, sangre limpia para asegurarme de que no quedan impurezas en su cuerpo.

Cuando acabó, cogió un paño y lo mojó en el agua templada. Lavó la herida y retiró los restos de sangre reseca de ella. La secó con otro de los paños y cubrió con el mejunje que preparó a base de hojas de agrimonia. Con el último paño, tapó la herida, presionando sobre ella para que dejase de sangrar. Entre su madre y ella se lo ataron alrededor del torso.

Ginebra se lavó las manos en la palangana que había junto a la cama y mezcló la restante agua tibia del recipiente que trajo la criada, con la adormidera y el lúpulo.

—Necesitamos que beba. La adormidera lo ayudará a descansar y el lúpulo logrará que el dolor sea menos intenso.

—¿Y la fiebre?

—Si la herida está limpia del todo, la calentura bajará sola.

Ellora acarició el rostro de su hijo y fijó sus ojos en Ginebra.

—Más vale que así sea, muchacha. Tu vida depende ello.

Maisie se acurrucó contra el cuerpo de Graham y apoyó la cabeza sobre su pecho. Como casi todas las noches, acudió a verlo de madrugada. Se reunía con él a altas horas para que nadie pudiese descubrirla. Su engaño tenía que ser perfecto. Tenía que parecer a ojos de todos los miembros del clan que estaba enamorada hasta los huesos de Logan.

Desde que vino a este mundo, en el clan Davidson, su vida transcurrió entre la pobreza y el trabajo extenuante. Su familia era buena y querida por todos sus parientes. Tan honorables como honrados. ¡Una panda de estúpidos!, pensaba Maisie. Su madre enfermó de tanto trabajar en el campo, y su padre murió en la guerra contra el rey inglés. Ella y sus hermanos quedaron huérfanos cuando solo tenía diez años de edad. Así que, el día que llegaron a las tierras de los Davidson algunos guerreros MacLean para conversar con su señor, Maisie puso sus miras en uno de ellos. Pensó que, al ser un gran guerrero, la vida cómoda le estaba asegurada. Sin embargo, su difunto esposo resultó un pariente del clan sin demasiados bienes. No pasaban penurias y podían alimentarse todos los días, pero ella aspiraba a más. Por eso lo mató, porque puso nuevamente su mira en otro hombre: en Logan MacLean, el hijo del laid.

Necesitaba escalar de posición. No estaba hecha para el duro trabajo del cultivo de hortalizas. Merecía ser importante, tener todos los lujos que pudiese desear. Y lo conseguiría.

—Hace unas horas he ido a ver a tu sobrino —habló ella rompiendo el silencio.

—¿A Logan?

—Ajá. Todavía no hay mejoría. Qué mala suerte, ¿verdad?

—Sí, la verdad es que en tan poco tiempo dos accidentes de esa magnitud...

Maisie alzó la cabeza y miró a su hombre, dándole un empujón.

—¡Lo de la mala suerte, me refería a mí!

—¿Y eso por qué? —la interrogó Graham sin comprender.

—¡Si Logan muere mi plan no servirá para nada! —exclamó con cansancio—. Tiene que vivir para que me case con él y pueda disponer de sus riquezas. Muerto no me sirve.

—¿Tú no querías acabar con él?

—¡Después de vaciar el oro de sus arcas! —Soltó una carcajada—. Cuando lo consiga, seré yo misma la que lo mate. Y al viejo Lachlan. —Cogió

a Graham por la barba e hizo que la mirase a los ojos—. Entonces, nos casaremos y serás el laird, el señor de estas tierras.

Graham sonrió y miró al techo.

—El laird —repitió soñador. Sin embargo, enseguida torció el gesto—. Después de matar a mi hermano y a mi sobrino.

—Todo tiene su precio en esta vida, mi amor. Y el poder todavía más.

—No sé si seré capaz.

Maisie se incorporó del lecho y lo miró con seriedad.

—Graham, ¿acaso no me amas?

—¡Claro que lo hago!

—¿Y no te gustaría verme feliz? ¿Ser felices juntos sin tener que escondernos?

—No hay motivo para que nos escondamos, podemos casarnos y...

—¿Y vivir una vida miserable trabajando de sol a sol? ¡Jamás! —Se cruzó de brazos—. Si es eso lo que quieres, lo mejor será que olvidemos nuestro amor.

—Pero, Maisie...

—¡No, Graham! ¡Voy a conseguir lo que me he propuesto! —Le sonrió de forma provocadora y acarició su pecho—. ¿Es que no te gustaría verme como la señora del castillo Duart?

—Por supuesto que sí, pero...

—¿Poder llamarme esposa y verme parir a tus hijos?

—Más que nada en el mundo.

Maisie lo besó con ardor y mordió su labio inferior, provocadora.

—Entonces, no hay nada más que hablar. Cuando tu sobrino sane, seguiré con mi plan; y tú vas a ayudarme.

En los días siguientes, la mejoría de Logan se hizo palpable. La fiebre fue bajando hasta que desapareció y la inflamación de la herida disminuyendo. Todavía no había vuelto a la consciencia, pero se debía a que los efectos de la adormidera lo mantenían sedado. Necesitaba descansar y dejar que la herida mejorase.

Desde que Ellora cortó la cuerda que la ataba a la cama, no habían vuelto a amarrarla. Caminaba por la habitación con total libertad y atendía al enfermo cada poco tiempo. Cada vez que a la recámara llegaban sus parientes para

verlo, Ginebra se retiraba a su rincón e intentaba no alzar la vista demasiado, pues todavía seguían mirándola como a un parásito indeseable. No obstante, la esposa del laird suavizó su trato con ella. Cuando comprobó que los cuidados de Ginebra surtían efecto en el cuerpo de su hijo, dejó de amenazarla con la muerte. Hablaba con ella en tono cortés, incluso llegó a sonreírle en alguna ocasión.

Fray Duns McGregor llegó al castillo tres días después. Examinó a Logan y le hizo llegar al laird sus quejas, airado de que lo hubiesen llamado con tanta urgencia cuando la herida de su hijo estaba curando perfectamente. Partió de inmediato entre improperios y miradas altivas, a pesar de que al señor del castillo y a su esposa poco les importó. Estaban felices de que Logan estuviese respondiendo tan bien a los cuidados de aquella prisionera.

Ginebra no pensaba de la misma forma. No quería la enemistad de un hombre que dedicaba su vida a la oración, a la curación y las plegarias. Apenas sostuvo la mirada de fray Duns para no toparse con sus ojos furiosos. Se limitó a quedarse en su rincón, encogida y con la cabeza gacha hasta que se marchó acompañado por el resto de personas que visitaban a Logan. No fue hasta entonces cuando se levantó de las pieles en las que dormía y se acercó a la cama del enfermo. Tomó asiento a su lado, como acostumbraba a hacer. Destapó la herida y la ojeó para asegurarse de que seguía bien, y así fue. Su costado iba sanando y el color de su piel dejó de tener esa tonalidad grisácea.

A pesar de que estaba algo más delgado, por todos esos días en los que apenas había probado bocado, su buena apostura todavía era visible. A veces, se sorprendía al no poder dejar de mirarlo. Era tan apuesto... Ya le ocurrió la primera vez que lo encontró tirado en el bosque con aquel tremendo golpe en el cráneo.

Sabía que la odiaba, que pensaba que era la responsable de todos sus males y de la muerte de su primo, sin embargo, ni los insultos habían logrado que Ginebra dejase de admirar la fuerza de sus facciones, ni su belleza masculina. No comprendía por qué sentía esa inquietud en el estómago cada vez que recordaba lo que le hizo en aquella bañera. El rubor cubría sus mejillas cuando las imágenes regresaban a su mente. La había tocado donde nadie lo hizo nunca, besó sus pechos, la abrasó con su lengua y la apretó contra él, mientras que la recorría un torbellino tan poderoso que apenas pudo articular palabra.

Logan MacLean era el peor bárbaro de las Tierras Altas, la había encerrado por algo que no había hecho, la había separado de Christen y

condenado a una vida de torturas y humillaciones. Miles de veces intentó escapar mientras el guerrero continuaba inconsciente, aunque la puerta estaba atrancada desde fuera y era imposible abrirla. En otras ocasiones, cuando la habitación se quedaba en silencio y nadie velaba por él, se sentaba a su lado, como esa vez, y recorría sus facciones con ojos curiosos, olvidando quién era él y lo mucho que lo aborrecía.

El sonido chirriante de la puerta al abrirse le hizo girar la cabeza. A la habitación llegó Ellora, que cruzó la estancia con andares elegantes y se colocó al lado de ella, junto a la cama de su hijo.

—¿Todavía no ha despertado?

—El efecto de la adormidera es fuerte —informó apartando la mirada del enfermo—. Casi no ha comido nada desde el accidente, así que su poder se multiplica.

—¿Cuándo crees que despertará?

—No lo sé a ciencia cierta, pero no creo que pase demasiado tiempo, pues esta mañana dejé de administrársela.

—Nuestro curandero me ha dicho que la herida tiene buen aspecto —comentó Ellora sin quitarle los ojos de encima—. Ha alabado tu trabajo.

—¿Podréis interceder por mí para que me deje libre cuando despierte? —preguntó Ginebra con un brillo de esperanza en la mirada.

—¿Por qué crees que haría algo así, muchacha?

—He ayudado a que mejore su salud.

—Pero también fuiste cómplice de la emboscada que les tendieron en el bosque.

—¡No! Tenéis que creerme, mi señora —suplicó juntando las manos como en oración—. Solo intenté ayudar a vuestro hijo.

—No tengo forma de saber si dices la verdad.

—¿Cuándo lo trajeron al castillo traía un paño cubriendo su cabeza?

—Lo traía.

—¡Yo se lo puse! —exclamó con ahínco—. Encontré a vuestro hijo en el suelo, junto con otro guerrero que corrió peor suerte que él. Lo trasladé a mi casa y lo cuidé. ¡Os juro por todos los santos que yo no tuve nada que ver con su accidente!

—¿Viste también a Aloys, a mi sobrino? —la interrogó prestando todavía más atención a las palabras, llevándose la mano al pecho.

—Entre mi hermana y yo le dimos sepultura y rezamos por su alma.

Ellora se apoyó en la pared de la habitación y tragó saliva, notando cómo

los nervios mordían su estómago.

—¿Dónde está?

—En... en el bosque, cerca de un claro pedregoso a varios metros de donde los encontramos.

—¡Señor glorioso! Los hombres de nuestro clan estuvieron buscando su cuerpo y no lo hallaron.

—Podéis enviar a que comprueben mi información. Os daréis cuenta de que no miento.

—Desde luego que lo haremos —añadió entrecerrando los ojos—. Y más vale que tu lengua de bruja no me haya engañado, muchacha.

Dio media vuelta para salir de la habitación. Cuando se quedó de nuevo a solas, suspiró y se levantó del lecho. Caminó hasta la ventana y ojeó por ella el paisaje verde, además del gran lago que había cerca del castillo. Sus esperanzas todavía no habían desaparecido. Cuando comprobasen que no mentía la dejarían libre y podría regresar junto a Christen. Seguiría con su vida como si nada de aquello hubiese ocurrido. Como si nunca hubiese visto a ese horrible hombre que la trataba peor que a una alimaña; el que había convertido su vida en un terrible martirio.

CAPÍTULO 13

La noche fue tranquila. Ellora apenas fue a visitar a su hijo un par de veces, pues la seguridad de que su salud estaba mejorando la tranquilizaba sobremanera.

Ginebra continuó con sus atenciones al enfermo: le cambió una vez más la venda, la cubrió de emplasto e intentó que bebiese algo de agua.

Antes de acostarse en su diminuto lecho de pieles, en el suelo, volvió a mirar por la ventana de la habitación.

En aquel castillo era una indeseada. La llamaban bruja, arpía, sierva de Satán... Evitaba alzar la mirada cuando los parientes de Logan iban a visitarlo. No podía soportar ver sus ojos acusadores apuntando hacia ella, pues su único pecado fue el querer ayudar en todo momento.

El día siguiente amaneció claro y soleado, aunque el frío se colaba por hasta el más pequeño rincón. Agradecía que la chimenea estuviese encendida en los aposentos de su captor. Las criadas se aseguraban de que no se quedase sin leña y acudían cada poco a echar un vistazo y para atizar la madera.

Después de dar buena cuenta de su comida a base de haggis y venado, se levantó de sus pieles. Estiró las piernas caminando en círculos por la habitación y se acercó al lecho para ver el aspecto de Logan esa mañana. Se sentó, como de costumbre, al lado de él en la cama. Apartó la tela que cubría su herida y sonrió al ver su gran mejoría. Volvió a dejarla tal y como estaba. Su aspecto era bueno, de hecho, se le veía muy bien. Un mechón de su cabello le cubría un ojo, presumiblemente por haberse movido durante la noche. Ginebra alzó una mano para apartárselo, pero antes de poder hacerlo, una mano le agarró el brazo y se lo apartó con brutalidad.

Logan abrió los ojos y la miró con una seriedad impenetrable mientras ella gemía por el dolor de sus dedos apretando su delicada piel.

—¿Qué estabas a punto de hacer? —gruñó él sin quitarle la vista de encima.

—Yo... solo iba a...

—¿Cómo te has soltado de tus ataduras? —la interrumpió con dureza.

—Vuestra madre lo hizo para que...

—¿Osas culpar a mi madre de eso? —gritó.

—¡Es la verdad! He estado cuidando de vos y sanando vuestra herida.

—¿Tú? ¿Pretendes que crea eso, bruja?

Ginebra apretó los labios y dio un tirón de su brazo para que la soltase.

—¡Ibais a morir y lo hubieseis hecho de no ser por mis cuidados!

—Mientes, soy un hombre fuerte, una simple herida no puede matarme.

—Habéis estado en cama casi una semana.

—Eso es una estupidez, llegué al castillo la pasada jornada.

—Llegasteis inconsciente hace seis días —insistió Ginebra con seriedad—. Vuestro curandero no fue capaz de sanar vuestro mal y yo me ofrecí para hacerlo.

Logan la fulminó con la mirada. Se intentó incorporar un poco, no obstante, se mareó un poco al hacerlo.

—El laird jamás permitiría que una asesina se ocupase de su único hijo varón.

—Vuestra madre estaba desesperada, podíais morir. —Se cruzó de brazos y lo miró a los ojos—. Y no soy una asesina. ¡Os he sanado dos veces!

Él abrió la boca para hablar, sin embargo, calló y tragó saliva.

—¿Y por qué me has ayudado, después de todo?

—Estabais sufriendo —dijo Ginebra sin más.

—¿Te importa mi sufrimiento, arpía? —la interrogó con una carcajada despectiva.

—Me enseñaron a sanar desde muy temprana edad. Si no comparto mi don con los que lo necesitan, ¿de qué me sirve tenerlo?

Logan se cruzó de brazos, en actitud retadora. Se encontraba débil, tenía que admitirlo, pero no pensaba demostrárselo a esa bruja.

—Cuando he abierto los ojos estabas a punto de tocarme.

—Solo quería apartaros el cabello del ojo. —Al sentir el peso de su atención, bajó la mirada al suelo y se retorció las manos—. Además, iba a alimentaros.

Ginebra señaló hacia la mesilla que se encontraba cerca de su cama y vio una bandeja con comida.

—No necesito que nadie me alimente —gruñó Logan.

—Hasta que despertasteis, sí.

—Dame la bandeja.

Ella hizo lo que le pedía y se la apoyó en el regazo. Logan se incorporó un poco más, sin embargo, tuvo que cerrar los ojos al hacerlo, pues el mareo

que sintió lo debilitó. Ginebra la apartó de nuevo y se la puso ella misma sobre sus piernas. Cogió una cuchara y la introdujo en el cuenco caliente de sopa de ave.

—Todavía estáis muy débil. —Le acercó el cubierto repleto de comida a los labios—. Abrid la boca, yo puedo ayudaros.

Logan apretó la boca. Sin embargo, hizo lo que le pidió.

Odiaba sentirse tan frágil. No le gustaba demostrar su debilidad ante nadie, y mucho menos ante aquella mujer. Aceptó su ayuda a regañadientes, sin siquiera paladear el delicioso caldo. Comió en silencio, fulminando con la mirada a aquella joven mientras esta le aproximaba la comida a los labios.

A Ginebra le temblaba la mano cada vez que tenía que aproximársela a la boca. No quería derramar ni una gota sobre su cuerpo, pues temía que su ira cayese de nuevo sobre ella. El estado de nerviosismo no la abandonaba. Los ojos serios de su captor no se despegaban de su rostro ni un segundo.

—Para ser un guerrero tan poderoso como aseguráis, os han herido dos veces en muy poco tiempo —dijo sin pensar demasiado en sus palabras. Necesitaba distraerse y no recordar que la miraba con enfado.

—Ninguna fue en batalla —respondió molesto.

—No, os atacó una vaca. —Ginebra apretó los labios para no reír y le dio otra cucharada de sopa de ave.

—¿Te parece gracioso, bruja?

Ella alzó la cabeza y al ver su semblante, las ganas de sonreír desaparecieron de golpe.

—No.

—En la isla de Mull no las tenemos sueltas. No estamos acostumbrados a que puedan sorprendernos mientras caminamos por el bosque. —Logan se quedó en silencio contemplando el bonito rostro de su prisionera. Odiaba pensar que era bella. De hecho, era la mujer más bella que hubiese visto nunca y... cada vez que recordaba su sensual cuerpo mojado y los gemidos que salían de su boca cuando la acarició tan íntimamente... ¿Cómo era posible que una muchacha tan hermosa fuese capaz de cometer semejantes atrocidades? ¿Por qué esa bruja del demonio lo estaba ayudando?—. Todavía no me has dicho qué te llevó a sanarme.

Ella alzó la vista y clavó sus ojos en los de él.

—Sentí pena por vos.

—¿Has actuado movida por la pena?

—Bueno... y... —Se humedeció los labios—. Pensaba que, después de

esto, me dejaríais libre. En señal de agradecimiento.

—¿Agradecimiento? —preguntó alzando una ceja—. ¿Agradecerte la muerte de Aloys? ¿El habernos robado cuando nos encontrábamos inconscientes? ¿Agradecerte tu risa al ver mi sufrimiento? —Se incorporó un poco de la cama y acercó su cara a la de Ginebra—. ¡Jamás!

—¡Yo no hice tal cosa! ¿Cuándo me creeréis?

—Nunca. ¡Eres una arpía falsa y mentirosa! Y seguirás cumpliendo condena por tus actos, ¡la tortura es lo único que mereces! —Le dio un empujón que la hizo levantarse del lecho, trastabillando. Logan alzó una pierna y la sacó fuera de las pieles, apoyándola en el suelo. Sintió que el mareo regresaba, pero se recompuso enseguida. Cuando pudo levantarse, dio unos pasos hacia su prisionera, que lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Os vais a hacer daño. No debéis levantaros todavía.

—¡Cierra la boca! Yo decido lo que hacer. ¡Y tú no vas a salir de este castillo hasta que mueras!

Ginebra apretó los puños y sintió que la rabia subía por su pecho y salía a través de la garganta.

—¿Es así como pagáis mi ayuda?

—¡No tengo que pagarte nada! —La cogió por el brazo y la zarandó.

—¡Soltadme, bruto! —gritó con enfado, peleando contra él, aunque sin poder deshacerse de su agarre—. ¡Os he sanado, he pasado noches en vela vigilando vuestra herida!

—¡Y ahora vas a volver a tu lugar! ¡A los pies de mi cama!

—¿Me volvéis a atar? —lo interrogó con incredulidad—. ¿Cómo osáis a tratarme así? ¡Sin mi ayuda estaríais muerto!

—Quizás la próxima vez pienses más antes de actuar —dijo con una sonrisa lobuna.

—¡Soltadme, no os atreváis a atarme de nuevo!

Peleó contra él para intentar desestabilizarlo, sin embargo, Logan la cogió por los dos brazos y la colocó de espaldas a él. Acercó la boca a su oído y apretó todavía más su agarre.

—Espero que hayas disfrutado de tus días sin ataduras, porque a partir de ahora volverás a vivir con ellas.

Con dificultad, la ató a la pata de su cama y la obligó a tumbarse en sus pieles. Cuando lo logró, regresó al lecho y se recostó en él, cerrando los ojos para descansar de aquel gran esfuerzo.

Christen abrió la puerta de su pequeña cabaña y se sentó sobre una piedra del exterior de esta. Necesitaba respirar algo de aire puro, pues llevaba dentro de la misma tres días. Miró a su alrededor y se limpió una lágrima que corría por su mejilla. Se sentía desesperada. La ausencia de Ginebra la tenía tan nerviosa como el primer día. Por las noches se derrumbaba y lloraba su pérdida. Maldecía al hombre que se la llevó y maldecía el carácter afable de su hermana por haber intentado ayudarlo.

Sin Ginebra estaba perdida. Hacía las tareas de casa para olvidar las penurias que la aquejaban. Se obligó a no pensar en las desdichas, no obstante, no lo conseguía durante demasiado tiempo.

No dejaba de imaginar si estaría bien, si sufriría a manos de su captor o... si todavía seguiría con vida. La desesperación que sentía al pensar en la muerte de su hermana la abatía de tal forma que nada podía sacarla de su estado de desdicha.

No sabía qué hacer.

Y todavía no había vuelto a ver a Iver.

Le dijo que regresaría pronto, que debía reunirse con los miembros de su clan y que en cuanto pudiese volvería a su lado para ayudarla con el asunto de Ginebra. Sin embargo, ya habían pasado dos semanas desde su marcha y hasta el momento no tenía noticias sobre él.

Al recordar su cara, sonrió. Era un hombre muy apuesto y amable. Cada vez que estaba en su compañía, sentía que su estómago saltaba. Y, por las palabras de Iver, él notaba lo mismo. En otras circunstancias, le hubiese gustado conocerlo más a fondo. Incluso en alguna ocasión se imaginó cogiéndolo de la mano mientras paseaban. Sin embargo, lo primero era Ginebra. Hasta que su hermana no estuviese a su lado, a salvo, todo lo demás no importaba.

Logan aguantó solo una jornada más en la cama. Con la ingesta de comida y los cuidados pertinentes en su herida, el malestar desapareció deprisa.

Apenas cruzó palabra con su prisionera, que dejó de atender su bienestar

y pasó a ocupar el lugar que le correspondía: en el suelo y atada por un pie a la pata de su cama. No quería ni mirarla. Odiaba que sus ojos cobrasen vida propia y la observasen con tanto ahínco. Era tan hermosa que a veces olvidaba qué mal había cometido. Sin embargo, no se permitiría caer en la tentación. Sabía que su cuerpo era tan seductor como ninguno, que el sabor de sus senos era como el de la gloria, y el tacto de su sexo enloquecedor. No iba a consentir otro error como el de la bañera. Era una bruja oscura, con cara de ángel, que utilizaba su belleza para tentarlo. Se limitaría a estar en su compañía para castigarla y humillarla, pues eso era lo que merecía.

Como todavía no podía hacer demasiadas cosas sin que su herida se resintiese, fue a las caballerizas a visitar a Rhyddid. Acarició a su corcel y entabló una breve conversación con el mozo que se ocupaba del bienestar de los animales.

Al acabar regresó al gran salón, donde varios miembros del clan charlaban y bebían whisky en compañía del laird, que le hizo una señal con el brazo para que los acompañase. Pero la figura de su madre interrumpió su marcha.

Ellora sonrió a su hijo y apreció su buen aspecto.

—Cuánto me alegra verte en pie. —Señaló su costado—. ¿Ya no te duele?

—Todavía siento un pequeño malestar, pero puedo moverme con soltura, y necesitaba salir de mis aposentos, no estoy acostumbrado a pasar tanto tiempo sin hacer nada.

—Tienes que curarte, es primordial que guardes reposo.

—A partir de hoy, retomaré mi compromiso con el clan. Esta herida no me va a impedir que mi vida siga como siempre.

Ellora asintió al ver la contundencia de las palabras de su hijo. No esperaba menos de él. Logan era un hombre muy ligado a las responsabilidades, al igual que el laird, había estado segura de que su hijo no tardaría demasiado en abandonar su habitación.

—¿Ha vuelto a lavar hoy Ginebra tu herida?

Logan observó a su madre con los ojos entrecerrados.

Ginebra. No lograba acostumbrarse a que la llamasen así. Era un nombre precioso para una joven malvada y cruel.

—No, ni lo volverá a hacer —respondió cortante.

—He visto que la has vuelto a atar. —En el rostro de su madre se dibujó algo parecido a la tristeza.

—Por supuesto, no se merece otra cosa que vivir en el suelo, como los

animales.

—Te ha salvado la vida.

—Me ayudó para conseguir su libertad. No busques actos altruistas donde no los hay.

—Es la segunda vez que lo hace, tu cabeza...

—¡Ella no me curó en el bosque, madre! ¡Nos robó a Aloys y a mí, se reía nuestra desgracia!

—Cuando te trajeron al castillo, llevabas un paño cubriendo tu cabeza. Si solo se hubiese dedicado a robarte... ¿para qué colocarte una venda? —Tocó el brazo de su hijo y lo miró a los ojos—. Te encontraron en su cabaña, Logan.

—¡Es culpable! —gritó enfadado y confuso al ver que su madre la defendía.

—Hemos hallado el cuerpo de tu primo. —Los ojos de Logan se abrieron al escuchar la noticia—. Estaba en el lugar en el que Ginebra aseguró que estaría.

—¡Así que esa bruja lo escondió! —rugió apretando la mandíbula.

—No, Logan. Le dio sepultura. Encontraron su tumba junto a la de otras dos personas.

—¿Quiénes eran los otros dos?

—No lo sabemos. Nuestros parientes no quisieron profanar su descanso.

—Entonces acarició el fuerte brazo de su hijo—. Logan, libera a esa chica.

—¿Qué? —chilló al escuchar sus palabras.

—No merece ser tu prisionera.

—¡Eso tendré que decidirlo yo! ¿No crees?

—¡Ginebra no te ha dañado nunca, estoy segura! Tiene buen corazón. El tiempo que pasé con ella me lo demostró.

—Ya basta, madre.

—¡Podría haberte dejado morir, pero no lo hizo!

—¡Porque le intereso vivo! Si yo hubiese muerto ella hubiera corrido la misma suerte a manos del laird. Está acusada de algo muy grave.

Entonces se cruzó de brazos y suspiró.

—Creo que cometes un error con respecto a ella.

—Eso es asunto mío.

Miró a su madre y se alejó de su compañía. Tomó asiento junto al laird y sus parientes, que continuaban hablando y bebiendo en el gran salón. Le dieron la bienvenida entre gritos y risas y le sirvieron una buena jarra de whisky.

Logan, a pesar de parecer inmerso en la conversación de los hombres, no

pudo dejar de darle vueltas a las palabras de Ellora. Estaba convencida de la inocencia de su prisionera.

Había enterrado a su primo, lo sanó en el bosque, y lo había vuelto a hacer en el castillo. Todo parecía estar a su favor. Sin embargo, ¿por qué recordaba su risa de bruja mientras él sufría el peor de los dolores? ¿Por qué le robó y disfrutó de su tormento? El rostro de Ginebra apareció en su mente y apretó los labios al recordar su preciosa cara y su cuerpo delgado y curvilíneo. El roce de su piel había sido tan placentero y abrumador que, a pesar de que fueron solo un par de minutos, el recuerdo persistía.

Tenía apariencia de ángel, pero... ¿de verdad lo era?

Cansado, pues no era capaz de llegar a ninguna conclusión, dio un nuevo sorbo a su jarra y prestó atención a sus parientes, que reían y recordaban la última cacería en la que participaron. No obstante, y para su completa frustración, el rostro de Ginebra no dejó aparecer por su mente y las cuestiones sobre su posible inocencia regresaban para atormentarlo.

CAPÍTULO 14

El sonido de la puerta al abrirse despertó a Ginebra. Llevaba buena parte de la tarde dormitando sobre sus pieles, después de haber pasado casi toda la mañana llorando al volver a verse atada a la cama de aquel indeseable. En momentos como esos, la imagen de su hermana la acompañaba, aunque en vez de alivio, las sensaciones de vacío y agobio eran las que la atormentaban.

Al incorporarse un poco, vio entrar a Logan. El escocés se dirigía hacia ella a paso seguro, hasta que se detuvo justo al borde de las pieles. Ginebra lo miró con seriedad.

Se cruzó de brazos y apartó los ojos enseguida.

—¿Por qué enterraste a mi primo cuando nos encontraste? —Ella lo observó de soslayo y apretó los labios en señal de rebeldía—. ¡Contesta! ¿Por qué lo hiciste?

Logan esperó a que dijese algo, pero aquello no sucedió. Ginebra continuaba con los labios sellados y sin siquiera mirarlo. El vestido de lana se le había subido más de la cuenta y sus bien formadas rodillas quedaban al descubierto, dejando que su imaginación volase. Tragó saliva y apartó la vista de ellas, enfadado por lo traicionero de sus pensamientos.

—¡Estoy hablando y te exijo que me contestes! —Al ver que Ginebra no rompía su silencio, apretó los puños—. ¡Habla! —chilló, y ella dio un brinco por la impresión.

—¿Para qué queréis que desperdicie palabras? —dijo ella al fin, mirándolo con indiferencia y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Porque es una orden.

—¿Otra orden? —Apartó los ojos de nuevo, centrando su mirada en la pared que tenía enfrente.

Logan abrió la boca al ver semejante audacia. Apretó la mandíbula, tan enfadado como nunca.

—¡Por todos los santos, mujer, vas a contestar a mi pregunta! ¿Qué te llevó a enterrar a mi primo? —gritó perdiendo los nervios por completo.

—¿Y de qué va a servir mi respuesta si de todas formas no me creéis?

—¡Eso tengo que decidirlo yo, estoy en todo mi derecho!

—Pues yo he decidido no contestar. Y también estoy en mi derecho.

—¡Tú no tienes derechos, aquí el que decide soy yo!

—¡Podéis golpearme si queréis, me es indiferente! —gritó ella a su vez, cansada del miedo que le provocaban sus amenazas—. ¡Siempre os he dicho la verdad, pero os empeñáis en hacerme culpable de algo que no he cometido! ¡Madre Santísima, os he curado en dos ocasiones y me pagáis encerrándome, alejándome de mi hermana!

Logan dio un paso hacia ella.

—¡Si no contestas recibirás el castigo apropiado!

—¡Matadme! ¿Qué más da? De todas formas acabaréis haciéndolo, ¿no?

—¡Esto es inaudito! —exclamó Logan lanzándose hacia ella.

Ginebra se cubrió la cabeza con las manos y cerró los ojos con fuerza mientras rezaba entre susurros. Sin embargo, no sintió golpes, sino que manipulaban su pie. Al volver a mirarlo lo vio desatar la cuerda que la mantenía unida a la cama.

Cuando terminó de hacerlo, tiró el cordel a un lado y la cogió por los brazos para alzarla. La apoyó en el suelo, a veinte centímetros de su cuerpo, y se cruzó de brazos, ante la miraba atónita de Ginebra.

—Me habéis soltado, ¿por qué?

—¿Desde cuándo haces tú las preguntas?

Ginebra lo miró a los ojos, sin comprender.

—¿Por qué lo habéis hecho?

—No lo sé —gruñó Logan—. Quiero que me respondas.

—Lo enterré porque debía de hacerlo.

—¿Por qué? —insistió.

—Nadie merece que su cuerpo sin vida termine a la intemperie, y sin oraciones por la salvación de su alma.

—¿Rezaste por Aloys?

—Mi hermana y yo rezamos por ese pobre hombre, de la misma forma en que lo hicimos por vos. Aunque he llegado a arrepentirme de lo último.

—¿Quiénes son las personas que estaban enterradas junto al cuerpo de mi primo?

—Mis padres —confesó bajando la vista al suelo.

—¿Qué les ocurrió?

—Enfermaron.

—¿Por qué motivo?

—No lo sabemos.

—¿A qué clan perteneces?

—A ninguno —mintió.

—¿Dos mujeres solas en medio del bosque? ¿No teníais parientes a los que acudir?

—No.

—¿Cómo llegasteis a la isla de Mull?

—Mi hermana y yo nacimos aquí.

—¿En el bosque? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Habéis estado viviendo en ese lugar toda vuestra vida?

—Sí.

—¿Quién os protegía de los peligros?

—Siempre permanecimos escondidas. No había peligros.

—Pues no os escondisteis muy bien, ¿no crees?

Ginebra cuadró los hombros y apretó los labios.

—Cometí el error de ayudar a la persona equivocada.

Logan dio la vuelta y sonrió sin que pudiese verlo. Le estaba plantando cara. Aquella situación, por alguna extraña razón, en vez de encolerizarlo, le divertía. Alcanzó el sillón orejero y tomó asiento en él, observando a la joven desde su posición. De pie y con la espalda erguida por el orgullo era un espectáculo para la vista. Ginebra poseía una belleza única y un porte aristocrático que haría postrarse a sus pies a quien ella quisiese.

—¿Me dejaréis marchar ahora? —dijo la joven rompiendo dicho silencio.

—No.

—¿Por qué? —En sus palabras se notó la decepción.

—Porque no sé si creo en ti.

—¿Os estoy diciendo la verdad!

—Eso lo decidiré yo —la cortó de inmediato. Escuchó el suspiro de Ginebra y la vio bajar la vista hacia el suelo. Logan se rascó el mentón y entrecerró los ojos mientras pensaba—. Te permitiré continuar sin ataduras, pero sigues siendo mi prisionera. No abandonarás mis aposentos a no ser que sea del todo necesario.

La criada la acompañó por el pasillo hasta que llegaron a la zona donde se encontraban las letrinas. El castillo Duart, a diferencia de la mayoría, poseía tres zonas de urinarios: una en los aposentos del laird, que utilizaba de

forma privada, otra para los demás moradores de la fortaleza y la última en la planta baja, disponibles para el servicio. El invierno era crudo y Lachlan mandó construir aquellos cubículos, varios años atrás, para mayor comodidad.

Mientras caminaba hacia ellos, seguida por la sirvienta que lo hacía siempre, su mirada iba de un lado a otro, descubriendo nuevos rincones de aquel enorme lugar. El castillo era tan grande que estaba segura de que podría perderse si no prestaba atención a sus pasos. Aunque lo que más le llamaba la atención era la austeridad que lo caracterizaba. Apenas había tapices por las paredes, ni alfombras. Era un sitio frío y bastante vacío. No obstante, quedaba reflejada la función de fortaleza que desempeñaba. Todo era necesario y funcional.

Tuvo que esperar, pues la letrina estaba ocupada. De ella salió una joven a la que había visto visitando a Logan, en un par de ocasiones, junto a Ellora. Era una chica de su misma altura, con el cabello del color del fuego y ojos verdes. Se notaba que era bastante joven, sin embargo, aquel descarado hoyuelo en la barbilla y su sonrisa deslumbrante, desviaban la atención de su evidente lozanía. Apenas cruzaron un par de miradas antes de que Ginebra atrancase la puerta del urinario.

Unos minutos después, se dispuso a regresar a los aposentos de Logan, acompañada por la criada. Sin embargo, esa misma joven esperaba apoyada en la pared.

Al verla salir le sonrió y dio un paso en su dirección.

—No nos han presentado —dijo la joven de repente. Ginebra entrecerró los ojos, pues, después de lo sucedido, ya no confiaba en nadie. No sabía qué intenciones tenía, y si estaba hablando con ella movida por algún propósito oculto—. Me llamo Seelie —continuó la chica sin dejar de sonreír—. Soy la hermana menor de Logan.

—¿Su... hermana?

—Sí. —Soltó una carcajada y se mesó su precioso cabello rojo—. Pero no te preocupes, estoy de tu parte.

—¿Vos? ¿De mi parte?

—Mi hermano es un bruto cuando se lo propone. No te habrá hecho daño, ¿verdad?

—N... no. —Y era verdad. Logan, aparte de sus amenazas y gritos, no la había lastimado en ningún momento. Notó el peso de su mirada sobre ella y se sintió incómoda. Esa chica era la hermana de Logan, lo más normal era que estuviese de su parte y la odiase, como hacía todo el mundo en ese castillo.

Seelie volvió a reírse y posó una mano sobre su brazo.

—No me mires como si fuese un ogro, querida. No te estoy mintiendo. Creo que eres inocente —aclaró con simpatía—. De hecho, mi madre y yo lo pensamos. ¿Por qué ibas a ayudar a mi hermano si no lo fueses?

Ginebra se humedeció los labios.

—Es que me parece extraño que siendo vuestro hermano...

—El mal de hígado solo lo heredan los varones MacLean —se burló—. Ellos pueden ser muy fuertes y guerreros, pero la inteligencia nos tocó a nosotras, las mujeres. —La hermana de Logan se volvió hacia la criada—. Elaine, puedes retirarte, yo acompañaré a... Ginebra, ¿verdad? ¿Es ese tu nombre? —preguntó sin dejar de sonreírle.

Seelie se dirigió de nuevo a la criada, que asintió ante la orden de la hija del laird, aunque sin estar del todo segura de deber hacerlo, pues Logan le ordenó llevarla de vuelta.

Cuando se quedaron a solas, la hermana del escocés, la cogió por el brazo y caminó con ella a su lado, por el largo pasillo.

—Te observé cuando mi hermano estuvo convaleciente y te agradezco que lo ayudases, aunque no se lo mereciese.

—Tenía que hacerlo, estaba sufriendo.

—Hablaré con Logan.

—¿Vos? —la interrogó abriendo mucho los ojos.

—Querida, no es necesaria tanta cortesía, puedes llamarme por mi nombre —la animó—. Y, sí, convenceré al bruto de Logan para que te suelte. Somos mujeres y tenemos que ayudarnos las unas a las otras en este mundo de hombres. Además, es justo: su vida por la tuya.

—¿Haríais eso por mí?

—Seelie, llámame Seelie —repitió.

—Seelie, ¿de verdad harías eso? —volvió a preguntar sin formalismos.

—Por supuesto. —Sonrió de forma abierta dejando sus bonitos dientes a la vista—. Aunque, me temo que tendré que apurarme. No me queda demasiado tiempo.

—¿Por qué? ¿Te encuentras bien? —se interesó Ginebra.

—¡Oh, sí, sí! —Rio y le quitó importancia—. Mi salud está perfecta, no te preocupes, querida. Es que en unas semanas me desposaré y tendré que irme a vivir lejos.

—Me alegro por ti, entonces.

Seelie palmeó la mano de Ginebra.

—Me temo que serías la única en alegrarte. Ni siquiera conozco a mi futuro esposo.

—Oh, vaya, es que... como estás tan relajada hablando sobre el tema... yo pensé que...

—Estoy relajada porque voy a conseguir que mi queridísimo marido acabe tan harto de mí, que me devuelva de nuevo con mi familia.

—¿Cómo harás eso?

—Le haré la vida imposible, deseará no haberme conocido, no haber escuchado jamás mi apellido. —Al acabar de hablar rio de nuevo y se encogió de hombros.

—¿Eso no será peligroso para ti? —preguntó Ginebra mirando a la joven con preocupación.

—No, el hijo de Murray no se atreverá a ponerme una mano encima o mi clan irá a por él y arrasará sus tierras —comentó con seguridad.

—¿Y si te gusta cuando lo veas?

—Imposible. Dicen mis parientes que el Dragón, que así lo llaman, no es agraciado, que tiene una cicatriz que le cruza la cara, y que hay rumores de que mató a su primera mujer. Aunque ella no tenía quien la protegiese, era una campesina.

—Santa María —comentó Ginebra llevándose una mano al cuello.

—¿Cómo voy a ser capaz de amar a un hombre así?

Cuando fueron a darse cuenta, habían llegado a la puerta de los aposentos de Logan. Seelie abrió y Ginebra pasó al interior. La hermana de Logan le dio un abrazo fugaz.

—Me ha encantado conversar un poco contigo, Ginebra. Y ahora estoy todavía más segura de tu inocencia. Eres una mujer de buen corazón, se nota. —Le sonrió de nuevo—. Si te parece bien, pasaré a verte de vez en cuando. Así podremos hablar.

—Me encantaría —admitió, pensando en las horas muertas y en la soledad que la acompañaba la mayor parte del día—. Y me alegro de que las mujeres MacLean no tengáis ese mal de que hígado.

Seelie rompió en carcajadas, despidiéndose de Ginebra con un movimiento de muñeca y cerrando la puerta tras su salida.

Logan paseó la mirada por el gran salón y, cuando encontró a la persona

que buscaba, se dirigió hacia ella sin dilación. El joven Kenneth sonrió al ver acercarse a su primo y le hizo un hueco a su lado para que tomase asiento.

—Primo, me alegro de verte recuperado de tu herida. Desde que ocurrió aquella desgracia en el bosque apenas hemos podido hablar.

Logan miró con fijeza al hermano pequeño de Aloys, que después de su muerte no había vuelto a ser el mismo chico dicharachero y descuidado de antes. Tras aquel incidente, Kenneth había madurado tanto que apenas parecía él. Hablaba con calma, entrenaba duro muchas horas al día y apenas montaba a caballo.

—Mi padre me dijo que también estuviste malherido y que te fuiste una temporada a Tobermory con mi tía.

—Así fue. Tras la pérdida de Aloys, madre me necesitaba más que nunca, y yo la tranquilidad del poblado.

—¿Cómo están ella y la viuda de tu hermano?

—Todavía no lo han superado, pero, al menos... tener su cuerpo enterrado cerca les da consuelo.

Al nombrar el cuerpo de su difunto primo, Logan recordó a Ginebra y todas las cosas que había dicho sobre su inocencia.

No sabía si podía creerla. Él mismo la escuchó reírse mientras le robaba. Esa risa, jamás podría olvidarla. Sin embargo, por otro lado, estaban sus acciones. Lo había curado de su herida del costado y, según ella, también del golpe en la cabeza. Negaba su implicación en la muerte de Aloys y en todo lo demás. Es más, insistía en no tener nada que ver en ella.

—Kenneth —dijo llamando su atención—. Sabes que tengo presa a una mujer implicada en la encerrona del bosque, ¿verdad?

—Llegó a mis oídos la noticia. Dicen que es una bruja tan bella que podría hechizarte sin necesidad de pócimas.

—Es cierto.

—¿Piensas matarla?

—Todavía no lo sé. Necesito saber la verdad. Ella insiste en su inocencia. —Apretó la mandíbula y centró su atención en su joven primo—. ¿Tú no... no viste nada cuando nos dejaron inconscientes?

Kenneth chasqueó la lengua contra los dientes.

—Me temo que no. Logré esconderme tras un árbol justo antes de desmayarme. Vi a los malhechores, pero a ninguna mujer.

CAPÍTULO 15

Ginebra miraba por la ventana de la habitación mientras apoyaba la barbilla sobre los antebrazos. No era capaz de calcular el tiempo que había pasado observando los verdes prados que cubrían toda la extensión del lago, que se encontraba cerca del castillo Duart. Había amanecido un día extrañamente soleado y echaba de menos ser bañada por el sol. Desde aquella ventana apenas podía disfrutar de él, a pesar de que su tamaño era considerable. Pero los aposentos de Logan estaban situados en el extremo opuesto y los únicos rayos que lograban darle eran los de la tarde, ya débiles y neblinosos. Recordó su bosque, los baños helados en el lago, el relajarse paseando por aquellas escarpadas tierras, la risa de Christen...

Logan la sorprendió sonriendo mientras miraba por la ventana y recordaba las largas charlas con su hermana. Desde su posición, el perfil de Ginebra se veía iluminado por la luz solar, y daba la sensación de que era un ser celestial, con su largo cabello negro cayendo en cascada por su fina espalda y aquel sencillo vestido blanco que se amoldaba a su bonita figura. Recorrió su espalda y posó los ojos en su trasero y sus piernas. Sabía que en el muslo derecho tenía una pequeña mancha de nacimiento, pues cuando la vio desnuda memorizó cada rincón de su anatomía. Suspiró excitado y se humedeció los labios, sintiendo que su pene se erguía como por arte de magia. Dio un paso en su dirección y ella se percató de su presencia, apartándose de golpe de la ventana y encarándolo con desconfianza.

Logan, al ver su reacción, se recompuso y apretó los labios, como de costumbre.

—¿Te gusta mirar por mi ventana?

—No hay nada más que pueda hacer aquí.

—¿Nada? ¿Y convencer a mi hermana para hablar en tu favor tampoco es nada?

Ginebra se puso tensa y alzó la cabeza.

—No hice tal cosa, Seelie fue la que vino a mí.

—Y tú aprovechaste para llenarle la cabeza de pájaros.

—Os equivocáis.

—Lleva todo el día repitiendo que eres inocente y que debo dejarte libre.

—Quizás debáis escucharla —añadió cruzando los brazos sobre su pecho.

Logan entrecerró los ojos y se acercó un poco más a ella.

—O, quizás, lo que deba hacer es ocupar tu tiempo en algo provechoso para que no intentes poner en mi contra a mi propia hermana.

—Os repito que yo no he hecho nada semejante.

—¿Y se supone que también debo creerte?

—Haced lo que os venga en gana —dijo dando media vuelta y caminando hacia las pieles.

Logan, al ver que lo obviaba, la cogió por un brazo y la hizo girarse con violencia, para que lo mirase de nuevo.

—¡No se te ocurra volver a darme la espalda nunca!

Ginebra forcejeó contra él.

—¡Soltadme! Sois un bruto y me hacéis daño.

Él aflojó su mano de inmediato y la miró con enfado.

—Tienes suerte de que no te retuerza el cuello, esclava.

—No lo haríais —añadió ella de inmediato.

—¿No? ¿Por qué estás tan segura?

—Nunca lo habéis hecho.

—¿Eso es lo que piensas?

—Prometisteis castigarme, convertir mi vida en un infierno, hacerme sufrir cada día de mi existencia, pero no habéis cumplido vuestras amenazas.

Logan alzó una ceja y siseó de forma amenazante.

—¿Y estás decepcionada por ello?

—No. Solo digo que sé que no me lastimaríais aunque vos lo aseguréis.

—Estás demasiado segura de creer saber cómo soy, quizás deba atar una cuerda a tu cuello y hacerte bajar conmigo al salón, para que te sientes en el suelo a mi lado y comas las sobras de mi comida.

—Tendríais que dejarme inconsciente para que eso sucediese. Lucharía, ¡lucharía contra vos con todas mis fuerzas! —le aseguró.

Logan curvó los labios en una sonrisa despiadada y la miró con suficiencia.

—¿Dónde ha quedado la bruja asustada?

—No va a volver nunca más. De ahora en adelante pelearé. —Alzó la cabeza y lo miró a los ojos—. Me sacasteis de mi casa a la fuerza, me separasteis de mi hermana y me tenéis encerrada en vuestra habitación

durmiendo en el suelo.

—¿No te gusta el suelo? ¿Prefieres compartir mi cama?

—No, prefiero volver a casa.

—¡Y yo prefiero que cierres el pico, mujer del demonio! ¡Estás acusada de algo muy grave!

—¡Estoy acusada de un crimen que no es mío!

—Por el momento, eres culpable.

—No tenéis derecho a retenerme aquí, ni tampoco el poder de decidir mi vida por mí.

Logan apretó los dientes y cogió a Ginebra por el cuello, aplastándola contra la pared. Sus respiraciones eran fuertes y sus ojos coléricos. Acercó su rostro al de ella y susurró con voz helada:

—Si apretase un poco más podría partírtelo.

—¿Y a qué esperáis? ¡Vamos, hacedlo! —gritó ella sintiendo que las lágrimas resbalaban por su mejilla y su cuerpo se convulsionaba por el llanto—. ¡Os odio, Logan MacLean, os odio con todo mi ser y espero que os pudráis en el infierno!

—¿Me odias? —Logan se humedeció los labios y clavó su verde mirada en el rostro lloroso de Ginebra—. ¿Eso es todo lo que vas a decirme? —Apretó la boca—. ¡Pues, te voy a dar otro motivo más para odiarme!

Y tras decir aquello, besó a Ginebra con una fuerza y un brío desconocidos hasta para él. Devoró su boca con ansias, con fuerza, apretando su cuerpo para que no se moviese, a pesar de que ella peleaba contra él para zafarse de su abrazo.

No obstante, su lucha duró poco. Ginebra se vio respondiendo al beso con tantas o más ganas que Logan. Enredó sus brazos alrededor de su cuello y degustó el salvaje sabor a hombre de su boca. El deseo creció entre ellos tan rápido como una marejada. Las manos de ambos acariciaban el cuerpo del otro, lo apretaban contra el suyo y se vieron envueltos en una espesa neblina que los catapultó a un estado de excitación indescriptible. Sus lenguas exploraban sendas bocas, jugaban con la del otro y peleaban por llevar el control de la situación.

Las manos de Logan masajearon el trasero de Ginebra. Subió una de sus piernas y la enredó alrededor de su cintura, de tal forma que su gruesa masculinidad rozaba íntimamente con su sexo. Los jadeos se hicieron audibles por la habitación y los suspiros, junto con sus pieles erizadas por el tacto de sus cuerpos, los elevaron tan alto que la pared en la que Ginebra estaba

apoyada se convirtió en el único punto de apoyo con el mundo que les rodeaba.

El sonido de la puerta al ser golpeada sacó a Logan de aquel letargo. Apartó los labios de los de Ginebra y apoyó la frente contra la suya, con los ojos todavía cerrados por la intensidad.

—¿Quién es? —rugió sin paciencia.

—Mi señor —dijo una de las criadas desde el exterior—. El laird me ha mandado llamaros. Os espera en el salón.

Al escuchar que su padre lo reclamaba, abrió los párpados y vio a Ginebra con las mejillas rojas por el sofoco, la respiración muy alterada y la vista fija en el suelo de piedra del dormitorio.

Sin poder creer lo que acababa de pasar, y tan excitado que creyó explotar, se separó de ella como si le quemase su contacto. ¿Qué había estado a punto de hacer? ¿Qué era aquello que le provocaba esa mujer para que actuase de esa forma? ¡Era su prisionera! ¡Era la única mujer en el mundo con la que no debía hacer aquello!

Apenas dijo nada antes de marcharse. Abandonó sus aposentos, tras mirar por última vez a Ginebra, y se dirigió escaleras abajo hacia el gran salón donde el laird lo reclamaba.

Cuando la habitación quedó en silencio y la puerta nuevamente atrancada, Ginebra se dejó caer al suelo y se llevó una mano al estómago, para intentar calmar aquello que le quemaba en él. Había respondido al beso de Logan MacLean. Se había sentido poderosa en sus brazos, llena de vida y de deseo. Su bajo vientre le pedía algo que no comprendía y su frustración hizo que volviese a echarse a llorar.

Si desde que vio por primera vez a ese hombre, en el bosque, se había sentido atraída por su apariencia y buen porte, en esos momentos lo que percibía era algo multiplicado por mil. Era un error. Era un error que debía corregir porque... no podía volver a suceder nada parecido. ¿Qué era eso que le pasaba cuando su captor la tocaba? ¿Por qué sentía su cuerpo arder bajo el roce de su piel?

Christen regresó a la cabaña, después de haber salido a recolectar cardos. Apenas se demoró en la tarea, pues, desde lo ocurrido con Ginebra temía vagar por el bosque en soledad. Alzó la cabeza hacia el cielo y en su mejilla

cayó una gota. El tiempo anunciaba lluvia, las nubes se amontonaban, y algunos relámpagos en el horizonte iluminaban el firmamento. Cuando se adentró en el sendero cubierto de matorral que llevaba hasta su casa, descubrió a alguien esperando en la puerta de esta. Se escondió detrás de un árbol y miró con cuidado para ver de quién se trataba.

Al reconocer a la persona, la sonrisa apareció en sus bonitos labios. Corrió, con cuidado de que los cardos no se saliesen de la cesta y llegó hacia donde estaba el visitante.

—¡Iver! —lo llamó cuando apenas quedaba unos metros para llegar a su altura.

Lo había echado de menos. Si sus cuentas no fallaban, había estado sin verlo casi treinta días.

Cuando estuvieron cara a cara, él le sonrió con ternura y le acarició la mejilla.

Su aspecto era bueno. Seguía tan guapo como siempre, sin embargo, se notaba que había perdido algo de peso.

—Christen —susurró sin poder dejar de sonreír y de mirarla—. Cuántas ganas tenía de volver a veros.

—Estaba preocupada por vos, pensé que algo malo os había ocurrido.

—Y así fue. Sufrí una herida en el pie, cuando viajamos para comprar ganado, y he tenido que guardar reposo durante varias semanas.

—¿Qué ocurrió? —lo interrogó con preocupación, y notando cómo su corazón latía alterado por su presencia.

—Nos acercamos demasiado a una manada de vacas lanudas y a sus crías. Envistieron contra nosotros y me cayó un tronco sobre el pie.

—¡Santa María! —Se llevó una mano a la boca pensando en lo doloroso que debió ser. Otra gota le mojó la mejilla y miró al cielo—. Entremos en la cabaña, parece que va a empezar a llover.

Ya en el interior, Christen hirvió agua y añadió algunas hierbas. La repartió en sendos cuencos y le dio uno de ellos a Iver, que bebió agradeciendo su amabilidad.

No podía dejar de mirarla. Christen era tan delicada, bonita y amable que desde que la conoció se quedó prendado de ella.

—Os he echado mucho de menos —admitió dejando el cuenco sobre la pequeña mesa.

Ella se sonrojó.

—Y yo a vos, Iver. Me resultaba extraño no pasear a vuestro lado por el

bosque.

—Estaba preocupado por vuestra seguridad.

—Estoy bien, no era necesario.

Iver la cogió por la mano y la apretó, sin ejercer demasiada fuerza.

—No es seguro que sigáis aquí sola. Este lugar es peligroso y las personas que lo transitan también.

—Este es mi hogar, no tengo otro sitio a donde ir.

—Pues venid conmigo —le propuso con una tímida sonrisa.

—¿Con... vos? —Ella tragó saliva e intentó que su corazón no saltase de esa forma—. Pero... ¿y Ginebra?

—Tengo noticias sobre ella. —Abarcó las mejillas de Christen con las dos manos y le sonrió—. Está viva.

—¡Dios mediante! —Se echó a llorar por el alivio y notó que él la abrazaba con fuerza—. Mi querida hermana.

—No lloréis, por favor.

—¡Está viva, Iver! ¡Ginebra está viva!

—Lo está, y por eso no quiero veros llorar más. —Apartó la vista y tragó saliva—. Además, hay algo más que debo deciros. —Christen centró su mirada en él. Iver la cogió por ambas manos y la miró a los ojos—. Quiero que os caséis conmigo, Christen.

El cuerpo de la joven se convulsionó internamente. Todas sus terminaciones nerviosas se activaron y su pecho pareció explotar por semejante proposición.

—Pero... Iver... yo...

—Sé que es precipitado. Sin embargo, el tiempo que he pasado sin veros me ha hecho darme cuenta de mis sentimientos. Lo supe en el mismo instante en el que aquel tronco cayó sobre mi pie.

—Mi hermana...

—Nuestro enlace no entorpecerá vuestros propósitos. Os lo aseguro.

Christen soltó sus manos de las de él. ¿Casarse? Apenas lo conocía.

Sí, admitía que era apuesto y que sus pensamientos siempre volvían a él, sin embargo... era una decisión tan seria e importante...

Iver, al verla dudar, la cogió de nuevo por las mejillas e hizo que lo mirase a los ojos.

—Prometo ser un buen esposo. Jamás os dañaría, Christen, os daría todo cuanto tengo.

—¿Y el amor?

—¡Os amo! —exclamó sonriente—. Bien saben los santos que os habéis metido bajo mi piel. No sé qué habéis hecho conmigo, Christen, pero necesito teneros cerca.

Sin previo aviso, acercó su boca y la besó.

Los labios de Iver eran suaves y complacientes. Fue un beso tierno, bonito y breve, que la dejó con unas extrañas ganas de que continuase. Suspiró y se relamió los labios, nerviosa.

—Christen, si me aceptáis, juro que intentaré haceros feliz por todos los medios —susurró contra su boca—. Sois la mujer más preciosa del mundo, con un gran corazón y con la que me encantaría pasar el resto de mi vida.

Ella suspiró, sintiendo una gran emoción dentro de su pecho. Su respiración era rápida y las palmas de las manos comenzaron a sudarle por los nervios. ¿Envejecer junto a Iver? ¿Ser su esposa y sentirse acompañada y protegida el resto de sus días? ¿Tener a sus hijos y vivir a su lado? ¿Ver todas las mañanas esa apuesta cara y divertirse con sus miles de conversaciones?

Christen tragó saliva y besó de nuevo al escocés, esta vez con una sonrisa tímida en los labios.

—Me casaré con vos.

Logan atrancó la puerta de la cabaña de Maisie y se quitó el manto de los hombros. En el interior de esta, el fuego calentaba el ambiente y no era necesaria la ropa de abrigo.

Afuera, la débil lluvia se había convertido en un fuerte aguacero y la gente estaba a salvo en sus casas. No estaba en sus planes visitar a su amante esa noche, pero después de lo ocurrido con Ginebra en sus aposentos, necesitaba un desahogo. Aquel beso había sido tan potente y enardecedor que pasó toda la tarde con el pene erguido y duro como una piedra. La imagen de Ginebra devolviéndole el beso y retorciéndose contra su cuerpo no lo dejaba tranquilo. Apenas prestó atención a las órdenes de su padre, su concentración era nula, pues las visiones de su cautiva lo tenían recordando cómo era el tacto de su piel, la finura de su cintura, la lozanía de sus muslos y la presión de sus pechos erguidos apretados contra su torso. Sus gemidos, ¡por los santos! ¿Cómo iba a ser capaz de olvidar eso? Estuvo todo el tiempo peleando contra sí para no regresar a su habitación y poseerla de la forma en la que le hubiese gustado. Sin embargo, no podía hacerlo. No estaba seguro de que dijese la

verdad; de su inocencia. No debía arriesgarse a poseer a una mujer que fuese cómplice de la muerte de su primo.

—Logan, me alegra tanto teneros aquí... —La melosa voz de Maisie lo sacó de sus pensamientos. Su amante lo rodeó con los brazos y le dio un beso en los labios. Había estado esperando ese momento. Necesitaba a Logan para cumplir con sus propósitos—. Os he echado tanto de menos... Apenas venís a verme, pensaba que os habíais cansado de mí.

Él, sin apenas hablar, la cogió en peso y se la llevó a la cama. Tenía que desahogarse, lo necesitaba. La dejó caer sobre el mullido lecho y se colocó encima, acariciando su cuerpo curvilíneo.

—He estado ocupado —dijo mientras bajaba las calzas que cubrían sus piernas.

—Echo de menos yacer con vos en vuestro dormitorio —ronroneó Maisie tocando su fuerte estómago—. El castillo tiene muchas más comodidades que mi casa.

—Mi dormitorio está ocupado —gruñó él sin poder quitarse de la cabeza la visión de Ginebra retorciéndose contra su cuerpo.

—Echad a esa mujer de allí. —Besó su cuello y continuó por su torso—. Matadla de una buena vez. Debéis pensar en Aloys.

Logan le arrancó el vestido, dejando su torneado cuerpo al descubierto.

—Haré lo que me plazca.

—Por supuesto —añadió Maisie poniendo los ojos en blanco. Lo rodeó por el cuello y lo besó por segunda vez—. Pero... no hablemos más sobre esa mujerzuela. Hacedme el amor, os necesito.

Él devoró sus labios y acarició sus senos. La besó con ahínco, intentando que la visión de Ginebra desapareciese, no obstante, la boca de Maisie no le complacía de la misma forma, ni su cuerpo, ni sus jadeos. Enfadado consigo mismo, atrapó uno de sus senos con los dientes y los excitó al tiempo que masajeaba su trasero generoso.

—¡Oh, Logan! Cómo me gusta todo lo que me hacéis.

Él cerró los ojos y la silueta de una muchacha morena mirando por la ventana se coló en sus pensamientos. Como también lo hicieron unos ojos negros y un cuerpo delgado y cimbreante que se amoldaba a la perfección al suyo. Unas manos finas de dedos largos que lo apretaban contra sí y una cara de ángel que jadeaba contra su boca y lo deshacía en brasas.

—Oh, sí, Ginebra... —susurró contra el pecho de Maisie. El cuerpo de su amante se paralizó al escuchar el nombre de la otra, como también lo hizo él al

darse cuenta de su error—. ¡Infierno y condenación!

El gruñido de Logan se escuchó por toda la cabaña. Se levantó del lecho y dejó a Maisie tumbada en él, sin poder creer lo que acababa de escuchar.

No podía ser. No podía estar pasando algo semejante. ¿Por qué no conseguía sacársela de la cabeza? Dio un golpe a una de las paredes y se colocó de nuevo el manto sobre los hombros.

—¡Logan! ¿Adónde váis? —preguntó Maisie corriendo detrás de él, desnuda—. No iréis a dejarme así, ¿verdad?

—Esta noche no puedo continuar —dijo en voz baja y con el semblante sombrío.

—¿Es por cómo me habéis llamado? ¡No me importa! ¡Llamadme como queráis! —exclamó ella desesperada por retenerlo a su lado.

Sin embargo, el portazo de Logan hizo temblar toda la edificación.

Al quedarse a solas, Maisie dio un grito de furia y se sentó sobre su lecho con la mirada fija en la pared de enfrente. ¿Qué estaba sucediendo?

Si esa mujer seguía en el castillo, su plan se iría al garete, ¡y eso no lo permitiría jamás! Debió de haberla matado cuando tuvo ocasión.

Tenía que conseguir casarse con él, ¡tenía que convertirse en la esposa de Logan MacLean! Y si tenía que apartar a otra persona de su camino, lo haría a cualquier precio.

Logan llegó al castillo calado hasta los huesos. La tromba de agua parecía no querer parar y los truenos retumbaban por doquier. Caminó hasta el salón, inusualmente vacío, y se sirvió una jarra con whisky, que bebió de un trago. Volvió a rellenar la jarra y se quedó con ella en la mano, sentado en uno de los bancos, mirando fijamente el ambarino licor.

¿Qué le estaba ocurriendo? Aquello no era normal en él. ¡No era normal que el recuerdo de una mujer lo atormentase de aquella manera! Y menos el de una traidora y embustera. Sentía que su cuerpo hervía por las ganas de desahogarse, sin embargo, acababa de comprobar que no le servía cualquier mujer. Solo la deseaba a ella.

Contrariado y más enfadado que nunca, acabó de nuevo con el contenido de su jarra, rellenándola por tercera vez en tan poco tiempo. Tenía que conseguir embriagar a su cabeza. Quizás, de esa forma la imagen de Ginebra desapareciese de una vez por todas.

CAPÍTULO 16

Los relámpagos iluminaban la habitación y hacían imposible que pudiese dormir. Acostada sobre sus pieles, Ginebra se cubrió casi toda la cabeza con ellas. Siempre le dieron miedo las tormentas; desde niña necesitaba a alguien a quien coger de la mano para tranquilizarse cuando el mal tiempo oscurecía el cielo. La lluvia era intensa, tanto que el sonido inundaba sus tímpanos y le daba algo de tranquilidad, hasta que otro trueno hacía que temblase de nuevo. Pensó en Christen y en lo sola que estaría en la cabaña, bajo aquel cielo enfurecido. Una lágrima escapó de sus ojos y recorrió la mejilla. En noches como esa, todavía la extrañaba más.

Alzó la vista hacia la gran cama y apretó los labios. Para una noche que necesitaba la compañía de ese bruto... y había decidido no aparecer. Aunque, lo prefería así. Logan parecía tener un especie de magia que surtía efecto cuando la tocaba. No entendía por qué le ocurría con él precisamente, pues lo odiaba. La había separado de todo lo que amaba y, aunque después del tiempo transcurrido allí estaba segura de que no le haría daño, la soledad a la que la había condenado era horrible. Pero su cuerpo parecía opinar de otra forma muy distinta. Se vio respondiendo a sus caricias, a sus besos y al roce de su mano por su cuerpo. Se sintió arder. Fue como si una lenta y potente llama se hubiese instalado en su bajo vientre, y nada, ni nadie, que no fuese él pudiese apagarla.

El estruendo de un trueno la hizo encogerse otra vez y cerrar los ojos con fuerza. Cuando los volvió a abrir, se dio cuenta de que la puerta de la estancia estaba abierta, y en el quicio él. Se apoyaba en la madera y miraba hacia donde Ginebra estaba tumbada. Entró en la habitación y cerró con un portazo.

Caminó a paso lento hacia ella y dejó de hacerlo al borde de las pieles. Ginebra se incorporó un poco y lo miró con extrañeza.

—Dime si me equivoco —habló Logan rompiendo el silencio—. Es cierto que eres una bruja y me has hechizado con tus conjuros, ¿verdad?

La joven entrecerró los ojos al escuchar aquello y se incorporó, pues en el suelo se sentía demasiado expuesta. Cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró a los ojos, que parecían estar vidriosos.

—No sé de qué me estáis hablando.

Logan se acercó a su cara y enseñó sus dientes en una mueca temible.

—Te he preguntado si eres una bruja de verdad.

Ella dio un paso hacia atrás y apartó un poco la cara.

—¿Habéis bebido?

—Sí.

—Oléis como una destilería, no deb...

—¡En estos momentos no estamos hablando de mí! —gritó dando un paso hacia ella, haciéndola retroceder—. ¡Responde a mi pregunta! ¿Qué conjuro has practicado conmigo?

—¿Conjuro? —Las palabras no salían de la boca de Ginebra. La estaba poniendo nerviosa, Logan parecía muy enfadado—. Creo que deberíais dormir.

—¡Lo que creas no me importa, mujer! —La señaló con el dedo índice—. Tú me has hecho algo, has hecho algo para que no pueda pensar en otra cosa.

—¿En... en qué cosa?

—¿De verdad te lo tengo que decir? —Rio con socarronería, cogió la tela de su vestido de lana y tiró de ella para que Ginebra se acercase más. Cuando los separaban unos centímetros, Logan le susurró contra su boca—. En ti. —La agarró por los brazos y la aprisionó de nuevo contra la pared, apoyando el peso de su cuerpo sobre ella para que no se moviese—. En tu cuerpo, en tus labios. —Sin darle tiempo para reaccionar la besó con brutalidad y apretó su cintura.

Ginebra comenzó a llorar y a intentar golpearle.

—¡Soltadme! ¡Me estáis haciendo daño!

—¡Me da igual! —chilló cogiendo su barbilla y alzando su cabeza para que lo mirase a los ojos—. Todo esto es por tu culpa. ¡Qué me has hecho!

Los brazos de Ginebra lo empujaban, le golpeaban e intentaban apartarlo de ella. Sin embargo, Logan, a pesar del alcohol ingerido, era mucho más fuerte que ella y no pudo hacer nada para que la soltase.

—Por favor, estáis ebrio —le suplicó con lágrimas en los ojos.

—Lo estoy.

—Yo... yo no os he hecho nada.

—Me estás volviendo loco. ¡Tú y tu maldito cuerpo lo hacéis!

Al escuchar aquellas palabras, Ginebra apretó los labios, furiosa.

—¡No me culpéis a mí de vuestra mente perversa! —Lo golpeó en el pecho y lo empujó de nuevo, sin importarle que sus ojos no quisiesen dejar de

lagrimear—. ¡Si tanto os incomodo, dejadme libre!

—¡Jamás! ¡Vas a darme lo que quiero! —comentó Logan apretando sus hombros.

—¡No! —gritó ella a su vez—. ¡Sois un sucio patán, pensáis que el mundo está a vuestros pies! ¡Tenéis cientos de mujeres con las que satisfacer vuestras asquerosas necesidades! ¡Id con ellas y dejadme tranquila!

—¡No puedo hacer eso, maldita sea! —respondió a voz de grito, intentando que Ginebra no se escapase de su agarre. Al darse cuenta de que ella estaba llorando, algo en su interior chirrió. La soltó de inmediato y se quedó mirándola con el semblante contraído y la respiración alterada.

Ginebra se limpió las lágrimas y se abrazó ella misma al ver que estaba libre. Fijó sus ojos en los de Logan, que parecía sufrir el dolor de una herida sangrante. Tragó saliva.

—Tenéis mujeres que estarían encantadas de hacer eso que pedís.

—¡Pero yo no quiero a ninguna de ellas! —exclamó reconociendo la verdad.

—¿Por... por qué?

—Porque te necesito a ti.

El corazón comenzó a latirle tan rápido que tuvo que colocar una mano sobre él, pues pensaba que saldría volando de un momento a otro. No comprendía nada.

—¿A mí? —Se humedeció los labios, repentinamente secos—. ¡Pero... si me odiáis!

—¡Eso es lo que debería hacer: odiarte! ¡Tendrías que darme asco, que tu visión me aborreciese! Sin embargo, no es así. —Logan bajó la mirada al suelo y dio un paso hacia ella—. No sé qué me has hecho, pero cada vez que te toco siento que no quiero apartarme de ti.

—Tú... no crees en mi inocencia —le recordó ella con voz temblorosa y tan nerviosa como nunca, tuteándolo sin apenas darse cuenta.

—No sé lo que creo —reconoció—. Contigo es todo demasiado complicado.

—Lo es —añadió, acercándose un poco a él.

—Te deseo, Ginebra. Te deseo con una fuerza que no puedo describir, y ni la bebida más fuerte ha podido hacerme cambiar de parecer.

Ginebra cerró los ojos con fuerza y apretó los labios, muy nerviosa por sus palabras.

Cuando los abrió, recorrió los escasos centímetros que los separaban y

juntó sus bocas en un delicado beso. Nada más hacerlo, Logan la rodeó con los brazos y la apretó contra sí, notando que todo su cuerpo vibraba con el contacto de sus labios. Lo que comenzó siendo un beso suave, acabó convirtiéndose en uno pasional e intenso.

Lo rodeó por el cuello y apretó su cuerpo contra el de él, notando que todo su ser se agitaba y gritaba por el deseo contenido hasta el momento. Las manos de Logan apretaron su trasero y un gemido escapó de la boca de ella. Sentía su grueso pene contra su estómago, advertía su calor y la fuerza de su pasión. Se saborearon con tal glotonería que ni la tormenta, que se encontraba en todo su apogeo, interrumpió aquella unión. Poseído por algo que todavía no lograba comprender, la agarró por la cintura y la alzó en volandas hasta que llegaron al lecho. Allí, se dejó caer, con Ginebra entre sus brazos y continuó disfrutando del calor que el cuerpo de ella le provocaba. Trazó círculos con sus caderas, rozando íntimamente su sexo, elevando el deseo todavía más y llevando sus cuerpos a un estado de total desenfreno.

Le quitó el vestido y lo tiró al suelo. Al examinar el cuerpo desnudo de Ginebra resopló. La besó por segunda vez, librándose mientras tanto de su propia ropa. Acarició los senos de ella y se introdujo uno en la boca, excitándolo. Los jadeos se intensificaron.

Las manos de Ginebra recorrían la anatomía de Logan. Desde su fuerte cuello, bajando por el bien formado torso y acabando en su duro trasero. Difícilmente podía pensar. La boca de Logan sobre su pecho la estaba llevando al delirio. Lo único que podía hacer era mover la cabeza hacia los lados y gemir por lo intenso del placer que le estaba proporcionando.

Logan abandonó los pechos de Ginebra y regresó a sus labios, donde degustó su sabor, ese tan especial que lo enloquecía. Se colocó entre sus piernas, rozando con una de sus manos el rizado vello que cubría su vagina.

—Logan —susurró Ginebra su nombre por primera vez. Bajó los ojos y se mordió el labio inferior antes de proseguir—. Yo nunca... jamás he...

—¿Nunca has yacido con un hombre?

—No.

Los labios de él se curvaron en una gran sonrisa y cerró los ojos, contento por la noticia, aunque sin comprender el porqué de su felicidad.

—No voy a hacerte daño.

—¿Estás seguro?

—Seré suave contigo —aseguró acariciando su mejilla y besando su nariz. Contempló su delicado rostro y pasó una mano desde su cuello hasta su

ombliigo—. Eres muy bella. La mujer más bella que haya visto jamás. —Juntó sus labios y la besó con ardor. Arqueó la espalda para notar el calor de su cuerpo pegado al de él—. Estás hecha para el placer, Ginebra. Déjame mostrarte lo que dos personas pueden lograr cuando se funden en uno.

Lo miró a los ojos y asintió con lentitud. No pensaba, su cerebro no funcionaba, su cuerpo había tomado el control de la situación, y este le exigía continuar.

Eufórico por su consentimiento, Logan fue bajando con la boca por sus pechos, descendiendo por su estómago y lamiendo su monte de venus hasta llegar al tierno botón que escondía su sexo. Lo tocó con la lengua y una palpitación lo hizo moverse, mientras Ginebra gritaba por lo que acababa de sentir. Se agarró al cabello de Logan y jadeó con fuerza cuando él se zambulló y comenzó a excitar con su lengua aquella parte tan sensible de su cuerpo.

—¡Oh, Logan! —gritó sin poder contenerse, notando que algo se concentraba en aquella zona y que explotaba de repente colmándola de un placer animal.

Cuando sintió su orgasmo, Logan se relamió los labios y gruñó, por la necesidad de introducirse en ella. Ascendió por su cuerpo y la besó con fuerza, contento de que Ginebra respondiese con igual o mayor ansia que él.

Con cuidado introdujo su pene por el estrecho canal de su vagina, advirtiéndole lo lubricada que estaba. Juntó sus frentes y le susurró antes de continuar:

—Puede que esto sea un poco incómodo, pero es necesario para poder proseguir. —Nada más acabar de hablar, embistió un poco más hacia adentro, rompiendo su himen y haciéndola jadear por el escozor. Esperó a que se recompusiese de aquello y, cuando estuvo seguro de que así era, bombeó en su interior, muriendo de gozo por lo estrecha que era.

La molestia inicial se transformó en placer. Se vio alzando las caderas al encuentro de Logan, besándolo con desenfreno y rompiéndose junto a él en mil pedazos cuando el orgasmo los barrió con su gigantesco deleite.

Iver y Christen esperaron en la pequeña capilla de la iglesia a que el párroco llegase.

A la mañana siguiente de su reencuentro, Iver la ayudó a coger parte de su ropa de la cabaña y se la llevó al poblado donde vivía su madre. Las ancianas, nada más enterarse de sus intenciones, acogieron a Christen como a una más de la familia y los acompañaron para hablar con el reverendo y conseguir que el enlace se celebrase cuanto antes. Las dos mujeres estaban tan contentas de que Iver hubiese decidido sentar la cabeza, que eran todo sonrisas con la joven que había escogido, pues, además de parecer decente y sencilla, era agradable, bella y dulce. Estaban seguras de que pariría niños fuertes, además de guapos.

Consiguieron para ella un vestido adecuado para la ocasión, y peinaron su largo cabello oscuro en un pulcro moño.

—Estás preciosa —le susurró Iver al oído, haciéndola sentir un estremecimiento en la espalda. Siempre lo notaba cuando lo tenía cerca.

—Sois muy amable —le agradeció con una tímida sonrisa.

—Christen, no tienes que hablar conmigo con tanta cortesía —dijo cogiéndola por las manos—. Vas a ser mi esposa, debemos tener confianza.

—Lo siento. —Bajó la vista al suelo—. Es que no estoy acostumbrada a... a la intimidad con nadie. La única persona con la que tenía algo parecido era mi hermana.

—No bajas la mirada, me gusta cuando me miras a los ojos —añadió alzándole la barbilla y haciéndola sonreír.

Christen se retorció las manos y se mordió el labio inferior en un gesto de preocupación.

—Temo no poder hacerte feliz.

—¿Por qué dices eso? —La besó con suavidad y después hizo lo mismo en su frente—. Desde que estás en mi vida ya me has hecho muy feliz. Solo con estar a mi lado lo consigues.

Christen se cruzó de brazos y suspiró.

—Es que hay algo que no sabes sobre mí y... no creo que te guste.

—¿Tan grave es? —la interrogó con algo más de seriedad.

—Para mí sí.

—¿Qué ocurre?

—Te mentí.

—¿Cuándo? —Entrecerró los ojos y fijó su mirada en ella.

—Cuando te dije que no tenía clan y que no tenía parientes.

—¿Los tienes? —Las cejas de Iver se alzaron—. ¿Quiénes son?

Christen tragó saliva y se preparó para revelar el secreto que había

estado toda la vida guardando, junto con su hermana.

—Mi abuelo es Nial Ferguson.

—¿Pertenece a la familia Ferguson? —repitió más para sí mismo que para que ella contestase.

Los Ferguson eran propietarios de un gran territorio del sur de Escocia. Eran temidos y respetados por sus vecinos, pues era sabido que el viejo Ferguson tenía un carácter volátil y beligerante. Como todas las familias pertenecientes a las Tierras Bajas escocesas, la relación con sus vecinos no era demasiado buena. De hecho, Iver recordaba que en más de una ocasión hubo guerras entre el clan MacLean y la familia Ferguson.

—Mi abuelo jamás llegó a conocernos a mi hermana y ni a mí.

—Así que sois las descendientes de su hija, la que desapareció con ese inglés.

Christen prestó atención al semblante de Iver, para intentar adivinar su opinión al respecto.

—Mis padres construyeron la cabaña y, tanto Ginebra como yo misma, nacimos allí. Protegidas de la ira de mi abuelo.

Iver se llevó una mano al mentón.

—¿Eso es todo o hay algo más que tengas que contarme?

—Eso es todo. Siento haberte mentido, pero... intentaba protegernos y... no te conocía tanto como para revelarte algo así.

Él la agarró por las mejillas y la besó con pasión, dejando a Christen alucinada por su reacción. Un remolino de sensaciones rodó por su vientre al notar el roce de sus labios contra los suyos.

—Me da igual quién sea tu familia, me voy a desposar contigo, no con ellos —le susurró contra su boca.

—¿Aunque sea una sassechach?

—No es algo que me afecte en absoluto —la tranquilizó—. Te amo, Christen, y tu apellido dejará de ser importante, porque en un rato tomarás el mío.

—Christen MacLean. —Sonrió—. Suena bien.

Rieron y volvieron a besarse. Iver la rodeó con el brazo por la cintura y desvió la cabeza. Cuando nadie lo vio, cambió el gesto. ¿Cómo iba a poder enfadarse con ella por ocultarle la verdad cuando él estaba haciendo lo mismo?

La pasada tarde, lo que le contó sobre su hermana no era del todo cierto. Le dijo que había llegado a sus oídos que estaba retenida por un clan cercano,

no obstante, obvió que era el hijo de su propio laird el que la tenía. No quiso hacerlo, no hasta que aceptase ser su esposa ante los ojos de Dios.

Si Christen se enteraba de la verdad, de que su clan tenía retenida a Ginebra, no querría ni verlo, pues lo culparía a él por algo que no había hecho. Así que, no le quedó más remedio que omitir dicha información, hasta que estuviese seguro de la forma en la que actuar, para que esa preciosa mujer quisiese seguir a su lado.

Maisie apretó los labios y dio un golpe sordo sobre la mesa, con el puño. Desde la pasada noche en la que Logan había abandonado la vivienda, dejándola sobre el lecho, desnuda, no había podido pegar ojo. Estaba tan enfadada... La había cambiado por otra, y no por otra cualquiera, por esa mujercuela que se encontró en el bosque, a la que tenía presa por ser una de las culpables de la muerte de su estúpido primo.

Entrecerró los ojos e inspiró con fuerza. Sin embargo, eso no se iba a quedar así. El plan que había trazado se llevaría a cabo, aunque tuviese que eliminar a todos lo que se cruzasen en su camino.

—No te pongas así, mi amor —le susurró Graham al oído, para que diese la vuelta y lo mirase a los ojos—. Nos tenemos el uno a otro, y con eso nos basta.

—No, Graham, a mí no me basta. Yo lo quiero todo. —Se mesó el cabello y dio unos pasos a su alrededor—. Esa mosquita muerta cree que puede robarme mis ilusiones, cree que va a llevarse a Logan. ¡Y eso sucederá por encima de mi cadáver!

—¡No necesitamos la fortuna de mi hermano, ni la de mi sobrino! — exclamó para intentar convencerla—. Mientras estemos juntos, todo saldrá bien.

Maisie obvió las palabras de su amante y se rascó la barbilla, pensativa.

—Tengo que encontrar la solución para que Logan vuelva a centrarse en mí. Necesito hallar la forma de casarme con él y apartar a esa cualquiera de su habitación, y del castillo Duart, para siempre.

—No irás a... hacerle daño, ¿verdad? —preguntó sin creer que fuese capaz de cumplir sus amenazas.

—Ya estuve muy cerca de ello hace unas semanas, pero Logan me sorprendió antes de que pudiese clavarle mi puñal. —Graham abrió mucho los

ojos, asombrado—. Haré lo que sea preciso. —Lo cogió por la camisa y lo acercó a ella, hasta que sus labios quedaron muy juntos—. Todo por lograr nuestro objetivo, mi amor.

CAPÍTULO 17

Ginebra despertó en un lecho mullido y cómodo. El fuego crepitaba en la chimenea y la estancia tenía una temperatura agradable. Tanto que apenas había pieles cubriendo su cuerpo desnudo.

Al recordar lo ocurrido con Logan, se incorporó a toda prisa. Estaba en su cama y habían pasado la noche haciendo el amor.

Sintió que los colores subían a sus mejillas al recordar las veces que fundieron sus cuerpos en uno. Y no habían sido pocas. Cada vez que ese hombre la tocaba, sentía arder todo su bajo vientre y entrar a un estado de vacío mental. Se llevó una mano a la boca y cerró los ojos con fuerza. A su cabeza no dejaban de llegarle recuerdos del placer que se proporcionaron. El fuerte cuerpo de Logan sobre el suyo, los besos enardecedores que se prodigaban, la explosión de gozo con la que culminaban, el sueño profundo en el que caían después de aquellos actos.

—Santa María —susurró mirando a su lado en la cama, en busca de Logan. Sin embargo, allí no había nadie. Estaba sola en sus aposentos.

Rememoró la pelea, los forcejeos... La ebriedad de Logan, la confesión de que la deseaba solo a ella. Después de una noche inolvidable, se despertaba con la incertidumbre de saber si él regresaría tan o más enfadado que el día anterior. Apenas hablaron las horas que pasaron juntos en esa cama, los únicos sonidos que salían de sus bocas eran los gemidos producidos por el deleite.

Se fijó en algo que le llamo la atención sobre el lecho. Eran manchas de sangre seca. Su propia sangre. Había entregado su inocencia a ese hombre que la culpaba de algo que no había hecho, que la había encerrado en aquel castillo y separado de su hermana, el que le hablaba con desprecio y trataba como a un animal.

¿Por qué tuvo que rendirse a él?

Ginebra no hacía más que repetirse esa pregunta. Se llevó una mano a los labios y mordió una uña. ¿Qué era eso que tenía Logan que conseguía hacerle olvidar todo el martirio por el que le había hecho pasar?

Era apuesto, siempre lo había admitido. Tenía un rostro fuerte y facciones duras y cuadradas, un cuerpo curtido por las horas de entrenamiento y luchas, con su sola presencia era capaz de llenar toda la habitación. La hacía sentirse pequeña, abrumada.

¿En eso consistía el deseo? ¿En esa locura que llevaba a su cuerpo a entregarse a su captor sin importarle que ambos se odiasen?

El sonido de la puerta la sacó de sus pensamientos. Por ella entró el hombre que tantos dolores de cabeza le estaba costando, con el semblante serio, como de costumbre.

Al verlo, Ginebra se levantó de la cama todo lo rápido que le permitieron sus piernas, cogiendo una de las pieles para cubrir su desnudez. No sabía de qué humor estaría esa mañana y no quería otro enfrentamiento. Bastante había tenido ya.

Cuando Logan la vio incorporarse tan rápido, alzó una ceja. Paseó la mirada por el lecho y, cuando sus ojos descubrieron las manchas de sangre seca, una sonrisa chulesca curvó sus labios. Caminó hacia ella y se detuvo cerca.

—¿Tanta prisa tienes por salir de la cama?

—Es vuestra, mi lugar no está sobre ella.

—¿Vuestra? —repitió frunciendo un poco el ceño—. ¿Vuelves a hablarme con cortesía? Anoche dejaste de hacerlo.

El sonrojo de Ginebra no se hizo de esperar, divirtiendo a Logan.

—Anoche hice demasiadas cosas que no debía.

—¿Cómo entregarme tu virginidad, por ejemplo? —Logan entrecerró los párpados—. ¿Te arrepientes?

—Me arrepiento.

—¿Por qué? —preguntó con voz fría.

Ginebra alzó las cejas. ¿De verdad le estaba preguntando aquello?

—¿Después de todo lo que me habéis hecho me preguntáis por qué? —Dio un paso en su dirección y se humedeció los labios—. Me tratáis mal, me llamáis bruja, arpía y cientos de cosas peores, me tenéis encerrada y separada de mi hermana, me humilláis cada vez que os place, ¡me encerrasteis en una sucia mazmorra y casi muero de inanición, me dejasteis casi cinco jornadas sin ropa y con unas pieles para cubrirme, me amenazasteis con hacerme pasear desnuda delante de vuestros parientes, me obligasteis a bañarme delante de vos! ¿Y todavía me preguntáis por qué me arrepiento? —dijo gritando y con los ojos de nuevo bañados en lágrimas.

—Y aun así compartiste mi lecho. —Él apoyó la cadera en la pared más cercana y se cruzó de brazos—. ¿Por qué motivo?

—¡No lo sé! —reconoció Ginebra frustrada—. Las palabras que me dijisteis ayer... yo... cuando me tocáis...

Logan curvó sus labios de nuevo y la miró a los ojos.

—Me deseas. —Al ver que ella bajaba la vista al suelo, prosiguió—. Me deseas de la misma forma que yo lo hago. He estado toda la maldita mañana preguntándome por qué me ocurre esto precisamente contigo, Ginebra. Y, ¿sabes? Sigo sin entenderlo. Debería odiarte, pero no lo hago. Por más que lo intento, no puedo. Y a ti te ocurre lo mismo.

—Sois un bárbaro. —Ginebra tragó saliva—. No sé por qué mi cuerpo actuó de ese modo. ¡Estuvisteis a punto de forzarme!

—Eso es algo de lo que me arrepiento. Jamás he forzado a una mujer para que compartiese mi lecho —reconoció. Se llevó una mano al mentón—. Te lo compensaré.

Ginebra alzó las cejas y lo miró asombrada.

—¿Compensarme?

—Pide lo que quieras y te lo daré. —Al ver la cara de ella, matizó—. Menos la libertad.

—¿Habláis en serio?

—¿Qué te gustaría tener? ¿Vestidos, joyas...?

Ginebra se quedó callada antes de hablar.

—Quiero un baño.

La cara de Logan reflejó su sorpresa.

—¿De todas las cosas que puedes tener, eliges un baño?

—Aquí no os aseáis muy a menudo.

—¿Una vez a la semana te parece poco, mujer?

—En el bosque, mi aseo era diario —contó con una sonrisa soñadora—. Entre Christen y yo recogíamos agua del lago y la llevábamos a casa. Sin embargo, lo que más me gustaba hacer era bañarme en él. Aunque sus aguas fuesen gélidas.

—¿Incluso en invierno?

—En invierno no. Pero me encantaba sentarme en su orilla y escuchar el canto de los pájaros.

Logan pensó un poco antes de hablar. ¿Qué clase de mujer pedía un baño cuando podía tener cosas bonitas y costosas? Recorrió de nuevo a Ginebra con los ojos y recordó la noche que habían pasado juntos. Seguía sin comprender

por qué actuaba de esa forma con ella, sin embargo, no estaba enfadado en absoluto, sino más bien sorprendido. ¿Qué le había hecho esa joven para que apenas le importase nada que no fuese perderse en ella? Era bella, la mujer más bella que hubiese visto jamás, con un cuerpo delicado y níveo, tan perfecto como la obra maestra del mejor pintor. Su carácter era todo un misterio para él. Lo mismo era temerosa que osada, igual gritaba que gemía contra sus labios. Tocarla era su perdición, y más todavía el no saber si era culpable de aquellos actos de los que se la acusaba.

—Tendrás tu baño.

—Privado —añadió Ginebra recordando su último baño, en el que Logan participó de forma activa—. Estaré sola en vuestros aposentos.

—Llamaré a las criadas para que lo dispongan todo.

Tal y como le prometió, pudo disfrutar de un relajante y caliente baño. Como la vez anterior, las criadas llevaron la bañera de madera que después llenaron con cubos de agua. Sobre el lecho dejaron la muda nueva y ropa para cambiarse, pero esa vez no era de simple lana. Ante ella había una hermosa camisa blanca, de mangas abullonadas y exquisitos botones dorados, junto a una falda con los colores del tartán de los MacLean. Y a los pies de la cama, unas botas de cuero de color negro.

—Yo no soy una MacLean —le comentó Ginebra a la sirvienta, que se limitó a encogerse de hombros.

—Es una orden de mi señor.

Tocó la ropa y se maravilló con su suavidad. ¿De quién sería? Parecía ser de su medida, y era un conjunto precioso.

Sin poder evitarlo, recordó a la amante de Logan. Esa odiosa mujer que la amenazó con un puñal y mintió para que no la creyese. ¿Serían suyas esas prendas? ¿Sería un regalo de Logan por las noches que pasaron juntos? Al pensar en ello, apretó los labios en una mueca. No quería imaginarlos juntos. Le molestaba.

Dejando esos pensamientos de lado, se introdujo en el barreño y lavó su cuerpo a conciencia. Tras secarse, se vistió con ellas. Le quedaban bien; quizás la camisa un poco apretada en el pecho, pero, por lo demás, era de su talla.

Mientras terminaba de peinar su largo cabello, la puerta se abrió y por

ella entró la sirvienta.

—Mi señor me ha ordenado llevaros al salón.

Ginebra dio un paso hacia atrás.

—¿A mí?

—Debéis reuniros allí con él.

—¿Por... por qué?

La criada se encogió de hombros y esperó a que acabase de peinarse, lo cual le llevó más tiempo de lo normal, con los nervios no acertaba a deshacer los nudos de su cabello.

¿Quería que se reuniese con él en el gran salón? ¿Con el resto de las personas de su clan? ¿Con esas personas que pidieron su muerte el día que llegó al castillo?

Una bola de ansiedad creció en su estómago. ¿Querría humillarla delante de todos? ¿La obligaría a sentarse en el suelo, tal y como él dijo, y haría que se comiese las sobras de su comida?

Acompañó a la sirvienta con mucha reticencia. No sabía a qué tendría que enfrentarse y eso era peor que todas las amenazas del mundo.

Una vez bajaron las escaleras y cruzaron el arco que conducía al mismo, lo encontró vacío, a excepción de Ellora que conversaba con otra mujer. La madre de Logan le sonrió y saludó con un movimiento de cabeza.

Una presencia a su derecha le hizo volver la cabeza. Hacia ella caminaba el escocés, con su habitual seriedad y su aire de gran guerrero.

La miró de arriba abajo, con aprobación.

—¿Has disfrutado de tu baño?

—Sí —contestó tan nerviosa que las palmas de las manos de sudaban—. ¿Por qué estoy aquí?

—¿No te alegra salir de mis aposentos?

—Sí, lo hace —respondió sin demasiada convicción.

Logan alzó una ceja y curvó los labios levemente.

—Vas a acompañarme a un lugar. —Al ver que ella asentía, caminó sin preocuparse de si lo seguía, pues el sonido de sus pequeñas botas le demostraban que lo hacía.

Ginebra apretó el paso para poder colocarse a su lado. Tan concentrada estaba en seguir su ritmo, que no se percató de su destino hasta que la luz cambió de intensidad.

El sol casi cegaba sus ojos y tuvo que entrecerrarlos para poder ver bien. Dejó de caminar, contempló las verdes praderas que rodeaban el castillo

Duart y respiró profundamente el agradable olor a tierra mojada. Lo había echado tanto de menos...

Giró la cabeza para mirar a Logan y lo sorprendió observándola.

—¿Para qué me habéis traído aquí?

—Todavía no hemos llegado, así que continua andando —ordenó cogiendo su mano entre la suya y tirando de ella hacia el lago.

Ginebra sentía un agradable cosquilleo en la palma, pues la mano de Logan la tocaba por ese lugar, y mandaba una intensa descarga eléctrica por todo su brazo.

Bordearon el lago y atravesaron una frondosa arboleda hasta que llegaron a una de las orillas, algo escondida. Desde ese lugar dudaba de que alguien pudiese verlos. Logan soltó su mano y la miró, esperando su reacción.

—Sigo sin comprender qué hacemos aquí.

—Hace un rato, me dijiste que te gustaba sentarte a la orilla del lago que está cerca de su cabaña.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Estamos aquí... porque me gusta hacer eso?

—¿Prefieres regresar a mi habitación? —dijo Logan entrecerrando los ojos.

—No —contentó de inmediato. Miró a su alrededor y se retorció las manos, con nerviosismo—. Es solo que... me pregunto... por qué este cambio. ¿Por qué ahora queréis complacerme?

Logan apartó la mirada y la fijó en el agua cristalina.

—Ni yo mismo lo sé.

—Es que...

—¿Puedes disfrutar sin más, sin estar preguntando a cada momento? ¿Serás capaz? —la interrumpió con sequedad.

—Sí.

Logan dio la vuelta y se alejó un poco de su lado. Al verlo apoyarse en el tronco de un árbol, Ginebra caminó por la orilla del lago. Miró dentro del agua y sonrió al ver peces nadando en ella. Se agachó e introdujo una mano. Estaba helada.

Tenía que reconocer que era una estampa preciosa. El lago era enorme, el castillo asomaba entre la arboleda y el canto de los pájaros aportaba la musicalidad necesaria para su disfrute. Algo más relajada, se sentó sobre la hierba y rodeó sus piernas con los brazos. Cerró los ojos y alzó el rostro hacia el cielo, para que los rayos de sol bañasen su piel.

Sintió que a su lado alguien tomaba asiento. El girar la cabeza descubrió a Logan. El escocés observaba el horizonte con su habitual seriedad.

Recorrió su perfil patricio y reconoció que era tan guapo que hubiese pasado horas sin dejar de contemplarlo. Su pelo largo ondeaba por el suave viento y su barba parecía más clara de lo que pensó en un principio.

—Gracias por traerme aquí, Logan —dijo con un hilo de voz.

—No hay de qué.

—Es un lugar precioso.

—Vendremos más a menudo, si te gusta.

—¿De verdad? —le preguntó abriendo mucho los ojos.

Él curvó los labios.

—Yo no miento.

—Y gracias por esta ropa tan bonita.

Logan se fijó en ella con más atención y sus ojos se posaron sobre su pecho, intentando no devorarla con los ojos.

—Te está un poco justa.

—No demasiado. —Se humedeció los labios—. ¿Quién es la dueña de la ropa?

—Es de Seelie.

—Seelie —repitió y sonrió al acordarse de la joven—. Vuestra hermana es muy amable.

Logan se recostó sobre la hierba, sin dejar de mirar a Ginebra, que se removió algo incómoda por su atención. Él alargó un brazo y cogió entre los dedos un suave mechón de su cabello negro, tirando de él para que Ginebra se acercase. Cuando su cara estuvo a varios centímetros de la suya, ella se tensó.

—Todavía no me has dado un beso de agradecimiento por el baño —le susurró sin dejar de mirarle los labios. Sintió que la joven se estremecía por sus palabras—. Aun te deseo, Ginebra.

La besó con pasión rodeando su cintura y atrayéndola contra él. Sus lenguas jugaron y exploraron la boca del otro, provocando oleadas de fuego líquido entre sus piernas. Ella no se resistió, no quería hacerlo. Tenía mucho en lo que pensar, de lo que arrepentirse, pero quiso disfrutar ese beso. Cuando Logan la tocaba era todo tan íntimo y embriagador...

—¿Y tú me deseas? —le preguntó él apartando un poco los labios de los suyos.

—Sí.

Se colocó sobre ella y acarició su cuerpo. Desde los senos hasta el

trasero. Sus manos eran llamas que la consumían, y lo mejor de todo era que ansiaba quemarse.

—Necesito tenerte de nuevo —susurró contra su boca—. Enterrarme en ti y perderme en tu calidez. Con una noche no fue suficiente. —Lamió sus labios y profundizó el beso—. Qué me estás haciendo, mujer. Qué estás haciendo con mi voluntad.

Ginebra gimió al sentir sus manos levantarle la falda y frotar su sexo por encima de las calzas.

—Oh, sí...

—No debemos hacerlo —prosiguió Logan tan excitado que su miembro palpitaba de la necesidad—. No debemos hacerlo pero ya no puedo parar. —Tiró de las calzas y se las sacó por las piernas, para dejar su jugosa vagina al descubierto. Con dos dedos la acarició. Ginebra arqueó la espalda por el goce, y gimió desesperada después de que los introdujese con cuidado en su estrecha abertura—. ¿Me necesitas tanto como yo a ti?

—Yo...

—Dilo —le ordenó jadeante.

—Te necesito, Logan.

—Me encanta cuando pronuncias mi nombre. —Aceleró el ritmo de su mano y ella alzó las caderas, con los ojos cerrados y la boca abierta, sin poder evitar gemir—. Eres tan bella, tan hermosa cuando te abandonas al placer... —La besó de forma fugaz—. Dime que no vas a arrepentirte después de que te haga mía.

—No lo sé —reconoció ella tan enardecida que su voz sonó como un susurró.

—No quiero que lo hagas, Ginebra. No habrá arrepentimiento, ¿me oyes?

Hicieron el amor sobre la hierba, escondidos en aquel claro. Sus gemidos eran silenciados por el canto de los pájaros y el correr del agua. El placer les sorprendió a la vez. El clímax fue tan intenso que Logan tuvo que esconder su cara contra la garganta de Ginebra, para no gritar.

Ya saciados, se quedaron en esa misma posición, sin querer moverse, ni hablar. Todavía unidos íntimamente, Logan acarició el costado de la joven y notó que su piel se erizaba. Cerró los ojos y sonrió. Hacía tanto tiempo que no se sentía tan relajado...

Varios minutos después, miró a Ginebra a los ojos, los cuales tenía entrecerrados.

—¿Te estoy aplastando?

—Es un peso agradable el vuestro.

Logan le cogió la barbilla para que lo mirase a los ojos.

—¿El vuestro? —Negó con la cabeza—. No quiero que sigas hablando conmigo como si fuese un desconocido.

—Es... la costumbre.

—Maldita costumbre la tuya —dijo con una mueca divertida, la primera que Ginebra descubría de él. Se quitó de encima y le devolvió las calzas—. Vístete, no quiero que cojas frío.

Hizo lo que le ordenó y, al acabar cubrió sus piernas con la falda. Logan se levantó del suelo y caminó hacia el lago, pues su bota se había manchado un poco de barro. Al meter un pie en el agua, el terreno cedió y acabó con los pies a remojo.

—¡Infierno y condenación, qué fría está! —exclamó saliendo de ella de un salto.

Al ver lo ocurrido, Ginebra no pudo contener la risa y rompió en carcajadas, cogiéndose el estómago de tanto reír. Logan la miró con el ceño fruncido y se cruzó de brazos.

—No te rías, mujer —la reprendió. Aunque al darse cuenta de algo, abrió mucho los ojos y fue a su lado a toda prisa—. ¡No, no, espera, vuelve a reír!

—¿Que vuelva a reír? —preguntó extrañada.

—Sí, ríe, igual que has hecho antes.

—No puedo forzar una carcajada.

Él se llevó una mano a la cabeza y entrecerró los ojos. Las carcajadas de Ginebra eran musicales y bonitas, no como la risa de bruja de la mujer que le robó.

—Es que... tu risa... no suena igual que la que recordaba.

—Eso se debe a que es la primera vez que río estando contigo.

—Pero, eso no puede ser —la contradujo con seriedad—. Tú te reíste cuando...

—Logan —lo interrumpió, mirándolo a los ojos—, yo jamás me he reído en tu presencia. Y mucho menos lo haría de alguien herido.

—¿Tú no...?

—No, no fui yo —dijo con serenidad.

La boca de Logan se secó por la impresión que la verdad le produjo. ¡No había sido ella! ¡Ginebra era inocente! ¡Por todos los santos, había estado castigando a una pobre mujer inocente! Parecía haberse quedado mudo. No, no podía ser verdad, aquello tenía que tener una explicación razonable. Sin

embargo, todo cuadraba. Era inocente, ella se apiadó de él y lo cuidó. ¡Y le había pagado privándola de su libertad! ¡Le había hecho cosas horribles que no merecía!

Sintiendo que una gran pesadez invadía su cuerpo, se dejó caer de rodillas en el suelo, a su lado. La agarró por los hombros y la miró a los ojos, sintiéndose el hombre más rastrero y malo del mundo.

—Ginebra... yo... ¡Dios Santo! ¿Cómo he podido...? —Sin poder terminar la frase la abrazó con fuerza y jadeó consciente de su error—. No sé cómo hacer para...

Ella lo miró a los ojos.

—¿Para disculparte?

Logan la agarró por las mejillas y acercó su boca a la de ella. La besó con fuerza.

—¡Demonios! ¿Qué es lo que te he hecho?

—No fui yo —repitió ella, aunque Logan no necesitaba más explicaciones.

—¡Lo siento! Santa María, ¡qué he hecho! —Tenía el rostro desfigurado, apenas era capaz de reaccionar. El feroz guerrero, el que tantas batallas había disputado, el temido hijo del laird... se había quedado mudo ante la certeza de su equivocación—. Sé que esto no va a arreglar nada, pero... dime qué quieres, ¡cualquier cosa que compense mi error! ¡Y te la daré, te lo aseguro! ¡Lo que sea!

Ella tragó saliva y lo miró a los ojos.

—Solo quiero volver a casa y ver a Christen.

Logan se quedó en silencio al escuchar su petición. La miró durante una eternidad, recorriendo su preciosa cara, su largo y sedoso cabello negro, sus labios mullidos y provocadores. Se levantó del suelo y dio un par de pasos a su alrededor.

—Cualquier cosa menos esa.

—¿Qué? —Ginebra creyó escuchar mal. Se levantó del suelo y lo encaró, con el ceño levemente fruncido—. ¿Qué has dicho?

—No vas a marcharte —repitió él categórico.

—¿Y puede saberse por qué? —le exigió con voz helada.

—Porque no.

Ella abrió la boca, tan asombrada y enfadada como nunca antes lo había estado.

—¿Es eso todo lo que tienes que decirme? ¡Estás reteniendo a una

persona inocente! —gritó—. ¡Te exijo que me liberes ahora mismo!

—No voy a hacer eso, Ginebra.

—¡Oh... demonios! —voceó dando un empujón a Logan—. ¡Eres un miserable, no tienes ningún derecho a tenerme encerrada en tu... asqueroso castillo! ¡Soy inocente y vas a dejar que me vaya con mi hermana!

—No, y no voy a volver a repetir mi decisión.

—¡Malditos MacLean y vuestro mal de hígado! —estalló mencionando las palabras de Seelie.

—¿Nuestro mal de qué? —preguntó sin comprender—. ¿De qué demonios hablas, mujer?

Ginebra apretó la mandíbula. Su respiración se tornó rápida y fuerte.

—¡Se acabó! ¡Me voy a casa! —declaró sin importarle la decisión de nadie—. ¡Y más vale que permitas que lo haga, porque no pienso regresar a tus aposentos!

Sin decir nada más, dio media vuelta y comenzó a caminar por el prado, el que llevaba a los límites del poblado. Logan la siguió y la cogió por el brazo, antes de que pudiese ir más lejos. Ginebra peleó contra él para que la soltase, pero él era mucho más fuerte.

—¡Suéltame, no quiero que me toques!

—Ya basta, Ginebra, vamos a regresar a casa —le advirtió con seriedad.

—¡No, voy a regresar a mi casa, no a la tuya! ¡Suéltame, estúpido bárbaro!

En vez de hacer lo que le pedía, la cogió por la cintura y se la cargó al hombro, ignorando los golpes y gritos que ella le propinaba.

—¡Maldito bruto! ¡Déjame libre! —Cerró los puños y le golpeó en la espalda. Sin embargo, Logan ni se inmutó—. ¡Te odio, te odio, Logan MacLean! ¡Y cuando me sueltes te cortaré los testículos! ¡Te castraré, malnacido!

CAPÍTULO 18

Tras la boda, Iver y Christen se instalaron en el poblado Mackinnon, junto a su madre y su tía. El guerrero no quiso llevarla a su propia morada, pues esta se encontraba cerca del castillo Duart y no tardaría en enterarse de que su hermana estaba presa en él por el hijo de su laird. Decidió quedarse una temporada en las tierras de los Mackinnon, pues, aunque los rumores sobre la captura llegaban hasta allí, pocas eran las personas que sabían a ciencia cierta de quién se trataba, y siendo Christen una joven novia, las conversaciones con ella giraban hacia otros derroteros.

Alzó la mirada y observó el cielo. Parecía que otra tormenta iba a cernirse sobre ellos. Sería una buena noche para abrazar a su mujer y volver a hacerle el amor.

Christen había resultado una ninfa pasional en el lecho, cuando derribó los reparos iniciales de cualquier novia pura. Estaba tan feliz con su esposa que se reprochó el no haberla llevado ante el párroco mucho antes. Con ella se sentía completo y feliz. Era cariñosa, sensible y habladora. Su belleza todavía conseguía hechizarlo y estaba seguro de que lo haría toda su vida.

El crujir de la madera hizo que girase la cabeza hacia atrás. Por el pequeño porche caminaba ella. Se dirigía a su lado, con una delicada sonrisa en los labios. Iver alzó el brazo y le cogió la mano, ayudándola a que se sentase a su lado.

Cuando lo hizo, pasó el brazo por sus hombros, pegándola a él.

—Si no entras pronto cogerás frío —comentó ella con suavidad.

Iver juntó sus labios y le dio un beso profundo y sensual, con el cual Christen tuvo que agarrarse a él. El escocés le sonrió con cariño y juntó sus frentes.

—Me gusta que mi mujer se preocupe por mi salud.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—¿No he resultado una decepción?

Iver alzó las cejas y la miró a la cara. Tenía rostro de hada, era dulce, complaciente y jamás le llevaba la contraria.

—¿Cómo se te ocurre preguntar eso?

—Es que... tengo muchas cosas por aprender. No se preparar haggis y el venado me queda duro. ¿Qué clase de mujer no sabe alimentar a su esposo?

Iver se echó a reír y la besó por segunda vez, apretando su cintura contra su costado. Acarició su mejilla y frotó su nariz de forma fugaz.

—Tu cuerpo me alimenta sobradamente.

—Es imposible vivir solo de eso —rió dándole un pequeño empujón.

—Eres perfecta, Christen MacLean, y no quiero que dudes más sobre ti.

Ella sonrió y lo besó. Le encantaba hacerlo. Su marido era tan apuesto y bueno... que todavía daba gracias a los santos por haber permitido que se hubiesen encontrado. En un principio, dudó sobre si aquella boda sería lo mejor, sin embargo, ahora sabía que no podía haber tomado una decisión más acertada. Ese hombre le despertaba sentimientos puros y fuertes. Estaba segura de que sus padres tuvieron que amarse de esa misma forma. Ser la esposa de Iver le había hecho ver qué clase de sentimientos eran esos que sus progenitores se profesaban. Unos tan fuertes que nadie había podido arrebatarlos, ni siquiera su abuelo, a pesar de intentarlo. Junto a Iver era feliz, se sentía protegida, acompañada y tendría más oportunidades para encontrar a Ginebra. Junto a él todo sería más fácil.

—¿Cuándo podremos saber algo más sobre mi hermana? —le preguntó cambiando su gesto—. Por ahora, lo único que sabemos es que el señor de un clan la tiene presa, pero... ¿quién? ¿Qué clan es ese?

Iver tragó saliva y suspiró, al saber que iba a tener que volver a mentirle.

—Pronto iré a buscar información.

—Yo viajaré contigo —dijo Christen con decisión.

—No.

El semblante de ella cambió.

—¿Por qué? Ginebra es mi hermana y...

—Es peligroso que vayas. Entre hombres nos entendemos mejor.

—Pero, siento que no estoy haciendo lo suficiente por ayudarla. ¿Y si está sufriendo?

—Seguro que está bien.

—No tienes forma de saberlo. ¡Debemos encontrarla cuanto antes, Iver! Aunque tenga que viajar por toda Escocia, lo haré. Lo más importante para mí, en este momento, es hallar a Ginebra.

Iver calló, comprendiendo sus sentimientos. Debía de echarla mucho de menos, y tenía que estar muy preocupada por ella. Ahora más que nunca se sentía un embustero. No quería perderla, y estaba seguro de que Christen se

marcharía cuando supiese que el hombre que tenía a su hermana era su propio amigo. Tenía que hacer algo para solucionar aquello él solo y poder conservar el amor de su esposa. Pero... ¿el qué?

Cuando un fognazo traspasó su cerebro, rio. ¡Ya lo tenía! Hablaría con Logan y lo convencería con una noticia que no esperaba. No tendría más remedio que dejar libre a su prisionera, quisiese o no.

Decidido, besó a su mujer y le sonrió.

—Aguarda unos días, mi bella Christen. Mañana mismo partiré hacia una aldea cercana en busca de noticias —mintió—. Si después de eso no averiguo nada sobre Ginebra, iremos a buscarla juntos a donde sea necesario.

Logan avivó el fuego para que la habitación permaneciese caliente durante toda la noche.

Desde que regresó al castillo, con Ginebra sobre sus hombros, no habían intercambiado ni una palabra. La introdujo a la fuerza en sus aposentos, bajo la mirada triste de Seelie y su madre, que le suplicaron que la dejase libre, hasta que el mismo laird las mandó callar.

Nada más cruzar el umbral, y que la dejase en el suelo, Ginebra peleó contra él intentando hacerle daño, cosa que no consiguió. Le insultó, golpeó y lloró, repitiendo que no tenía ningún derecho a encerrarla de nuevo. Y sabía que tenía razón.

No obstante, cuando se dio cuenta de la verdad, de su inocencia, no fue capaz de dejarla marchar.

Caminó por la habitación, pensativo, y se detuvo cerca de las pieles en las que dormía ella. Su rostro, ahora calmado, todavía conservaba la tristeza, pues había pasado la mayor parte de la tarde sin dejar de llorar, acurrucada en ese rincón.

Recorrió su rostro con la mirada y se humedeció los labios. Era preciosa. Y él había estado con infinidad de mujeres bellas, sin embargo, ninguna había conseguido hacerle sentir lo mismo que Ginebra. Lo enfadaba, peleaba contra él, lo ignoraba, pero, aun así... el roce de su piel era como un narcótico que se metía en sus venas. Ahora que había descubierto la pasión que podían experimentar juntos, no estaba dispuesto a dejarla ir. No quería hacerlo. Tenía algo que lo ataba. No entendía el qué, sin embargo, sabía que quería tenerla cerca.

El cuerpo de Ginebra se movió y poco después abrió los ojos. Al ver que la observaba, se incorporó y lo fulminó con la mirada, cubriéndose con las pieles a modo de escudo.

—No tienes por qué dormir en el suelo —dijo Logan al saberla despierta—. La cama es grande.

—Antes prefiero cortarme un brazo que dormir a tu lado.

—Ginebra...

—¡No! —gritó muy enfadada. Se levantó y lo encaró, mirándolo a los ojos—. ¡No quiero escuchar nada de lo que tengas que decirme, MacLean!

—Entonces también tendrás que cortarte las orejas —añadió apretando los labios y entrecerrando los ojos.

—¡Pues lo haré!

—¡Vas a calmarte, mujer! ¿Me oyes? —le advirtió alzando un poco más la voz.

—¡Tú no eres quién para decir lo que tengo que hacer! —añadió dando un paso hacia él, sin una pizca de temor.

—¡Lo soy, y me vas a obedecer!

—¡Quiero volver con mi hermana! —gritó apretando los puños.

—No.

—¡Ya sabes que no soy culpable de lo que me acusas! ¡No entiendo tu afán por seguir soportando mi presencia!

—¡Yo tampoco lo entiendo! —dijo con cansancio.

—¡Pues déjame ir!

—¡He dicho que no! —chilló haciéndole dar un pequeño salto por la sorpresa. La cogió por los hombros y la acercó un poco a su cuerpo—. Ginebra, vas a quedarte aquí, así que acostúmbrate.

Ella apretó los labios y se apartó de su contacto.

—¡Te odio! ¡Te odio con toda mi alma, y si piensas que voy a compartir esa cama contigo es que eres más simple de lo que imaginaba!

—Ya lo hiciste una vez —le recordó con una sonrisa chulesca.

—¡No se volverá a repetir, te lo puedo asegurar! ¡Si se te ocurre tocarme, me defenderé! ¡Si intentas besarme, te morderé! ¡Y si me hablas, te ignoraré!

—Haz lo que te venga en gana, mujer —indicó con voz fría—. Pero, no te vas a mover de aquí.

Ginebra sintió que los ojos se le volvían a llenar de lágrimas.

Dio media vuelta y se dejó caer sobre sus pieles, para taparse con ellas y llorar sin que Logan la viese.

Solo quería volver a ver a su hermana, saber si se encontraba bien, darle un gran beso y tranquilizarla. Christen estaría tan preocupada por ella...

¿Por qué no la dejaba marcharse? Sabía que no había tenido nada que ver con el hecho del que se la acusó. Era inocente y Logan ya no tenía dudas. Entonces, ¿para qué la necesitaba allí?

No quería mirarlo, no quería ver su apuesta cara, pues cuando lo hacía recordaba esos momentos en los que el deseo y la pasión la embargaron junto a él. Había sido débil en sus brazos. Logan MacLean tenía un gran poder sobre ella. Con solo tocarla la encendía y deseaba perderse entre sus brazos. Sin embargo, eso no volvería a pasar. Ya no dejaría que la debilidad por ese odioso hombre pudiese con ella. Lo aborrecía y nunca debió rendirse a él y entregarle su virginidad.

Desde su posición, Logan la escuchó llorar y no supo cómo actuar. Ginebra no quería que la consolase, lo único que buscaba era la libertad.

Observó su silueta, cubierta por las gruesas pieles, y apretó los labios. Hubiese dado cualquier cosa por poder abrazarla. Fundirse en su delicado cuerpo y arder bajo el fuego del deseo.

Sintiendo que su miembro se endurecía por sus pensamientos, maldijo en silencio y caminó hacia el otro extremo de la habitación. Se mesó el cabello y cerró los ojos con tanta fuerza que vio miles de estrellitas relampagueantes.

Por alguna razón que se le resistía, quería retener consigo a Ginebra, y por esa misma razón ella lo odiaba. ¿Qué podía hacer? ¿Debía soltarla tal y como le pedía?

Al imaginar la habitación sin ella, sintió que hacía lo correcto. Quería que aquella mujer continuase junto a él. Quizás no le hablase en unos días, pero Logan era un gran guerrero, un hombre experimentado y curtido. Lograría derribar sus muros y volver a meterla en su cama, que era donde debía estar.

El castillo Duart siempre le pareció impresionante. Las altas paredes de piedra, y la inmensidad de salas que poseía, dejaban a cualquier caminante asombrado.

Iver dejó a su caballo atado, junto con los de sus parientes, y atravesó el portón que daba a la gran sala donde se reunían todos a comer y charlar. Al verlo, los demás miembros del clan fueron a saludarlo y a interesarse por su pie, que ya apenas le dolía.

Mientras conversaba con ellos y bebía whisky, pensó en Christen. Tuvo que mentirle y decirle que iba a una aldea cercana, cuando en realidad estaba a horas del poblado Mackinnon, donde ella lo esperaba, junto con su madre y su tía. Pero era necesario que lo hiciese. Si todo salía bien, y Logan aceptaba dejar a Ginebra en libertad, su esposa estaría tan agradecida con él que podía ser que pasase por alto que no le dijese toda la verdad sobre su paradero.

—¡Iver, amigo! —La voz de Logan lo sorprendió mientras conversaba con uno de los guerreros MacLean. El hijo del laird se acercó a él y tendió una mano para estrechársela—. ¿Cómo sigues con la herida del pie?

Él abrazó a Logan y palmeó su espalda. A pesar de todo, siempre era agradable encontrarse con él. Desde muy temprana edad compartieron juegos y confidencias.

—De la herida ni me acuerdo, mi pie está perfecto. —Hizo un hueco para que tomase asiento junto a él y le pasó una jarra llena de whisky—. ¿Y tú? Llegaron a mis oídos la noticia de que tu costado empeoró.

—Así fue. Suerte que conté con una buena curandera que supo sanarme. —La imagen de Ginebra cruzó por su mente y sonrió de forma fugaz.

—Me alegro de veras. Esas vacas nos sorprendieron, ¡las hijas de Satán! —rio el otro dando un par de palmadas en el hombro al hijo del laird.

Logan dio un trago de su bebida.

—¿Has decidido regresar ya del poblado Mackinnon?

—Todavía no. Quiero quedarme una temporada más por allí.

—¿Tu madre sigue delicada?

—No demasiado. —Sonrió y prosiguió comentando—: Lo que ocurre es que... me desposé con una joven.

—¿Te casaste? —Las cejas de Logan se alzaron, sorprendido—. ¿Con una Mackinnon? —Soltó una risotada—. ¡Normal que quisieses pasar más tiempo en casa de tu madre, bribón! ¡Tenías las miras puestas en una muchacha!

—Sí, bueno... —No quiso corregirlo de su error.

—¿La traerás contigo cuando regreses?

—Esa es mi intención.

—Estoy deseando conocer a la mujer que ha robado tu corazón, amigo.

Iver sonrió al pensar en Christen.

—Es la joven más bella que pueda existir, dulce, tierna...

Logan alzó su jarra y sonrió.

—Pues, brindemos por ella. ¿Cuál es su nombre?

—Christen —contestó chocando su recipiente contra el de Logan. Ambos

dieron un trago y dejaron la bebida sobre la mesa. Iver se humedeció los labios y decidió que era un buen momento para hablar sobre lo que le preocupaba—. Y tú, amigo, ¿sigues teniendo presa a esa mujer del bosque?

—Sí. —La imagen de ella volvió a su mente y apretó los labios para no sonreír. No era normal que eso sucediese, pero, extrañamente, Ginebra provocaba que sus labios se curvasen demasiado a menudo—. Sigue conmigo.

—¿Le... le has hecho daño? ¿Ha... pagado por sus crímenes?

—Es inocente, erré en mis conclusiones.

—¿Entonces dejarás que se vaya? —preguntó con un atisbo de esperanza.

—No.

—¿No, por qué?

—Todavía quiero conservarla un poco más a mi lado.

—Pero si es inocente...

—Me divierte —dijo Logan, ocultando toda las demás cosas que sentía cuando estaba con Ginebra.

Iver se mordió el labio inferior y pensó que tenía que intentar convencerlo para que la soltase. Y, estaba seguro de cómo conseguirlo.

—Por el bien del clan, creo que es mejor que la dejes libre.

—¿Por el bien del clan? —repitió él sin comprender—. ¿Qué tiene que ver el clan con mi cautiva?

—Ha llegado a mis oídos información sobre esa muchacha.

—¿El qué? —lo interrogó, tan interesado como nunca. Ginebra era todo un misterio para él y saber más sobre ella era muy interesante.

—Esa joven es en realidad Ginebra Ferguson, la nieta del viejo Nial.

—Nial Ferguson no tiene nietas —lo contradijo Logan recordando que los hijos del viejo solo habían engendrado varones.

—Ella es hija de Shenna.

—¿Es hija de Shenna... y de ese inglés con el que se escapó? —La mente de Logan trabajaba a un ritmo desorbitado. Ahora entendía muchas cosas. Dos jóvenes en el bosque, sin contacto con las demás personas, como si se escondiesen de algo. ¿Se escondían de Nial Ferguson, de su propio abuelo!

—Sabes la enemistad que existe entre los Ferguson y los MacLean, si el viejo se entera de que retienes a su nieta, vendrá y nos declarará la guerra.

—Es una Ferguson —susurró para sí, sin prestar atención a las palabras de su amigo. Estaba en shock—. Ginebra Ferguson.

—Logan, ¿me estás escuchando? —Cuando centró su atención, Iver volvió a repetir—. Si no quieres que haya un conflicto por esa joven, debes

soltarla.

Sin embargo, Logan ya no escuchaba nada. Daba vueltas y vueltas a la información que acababa de regalarle Iver. Se levantó de la mesa y dio un último trago a su bebida, mientras el otro lo miraba sin saber cómo actuar.

—Gracias, amigo.

—Logan, ¿adónde vas? —le preguntó viendo que echaba a caminar fuera del gran salón.

—A hablar con el laird. Ya sé exactamente de qué forma proceder.

Y tras esa breve respuesta, desapareció, dejando a Iver con la boca abierta, sin saber a ciencia cierta si aquella información había ayudado a la hermana de Christen o, por el contrario, la dejaba en una situación mucho más comprometida.

Se llevó las manos a la cabeza y rezó a los santos para que no ocurriese una desgracia después de aquello.

CAPÍTULO 19

Durante la segunda mitad del día, varias criadas dejaron sobre el lecho de Logan una montaña de vestidos y demás complementos que harían las delicias de cualquier mujer.

Ginebra contemplaba la escena con indiferencia, desde las pieles del suelo. Poco le importaba qué se traía entre manos ese bruto, ni para qué necesitaba toda aquella ropa. Estaba tan enfadada que no se percató de los zapatos a juego, de las joyas, ni de los ricos mantos de lana con el tartán de los MacLean. Sus pensamientos giraban en bucle en la negativa del hijo del laird a dejarla marchar, y cada vez que lo hacía, el enfado subía un poco más de categoría.

A media tarde, Logan abrió la puerta y entró en su alcoba satisfecho al ver allí todo lo que había ordenado que trajesen. Caminó por la habitación y tomó asiento en el sillón orejero, encarado a las pieles donde se encontraba ella. Se la quedó mirando, consiguiendo que Ginebra girase la cabeza y apartase la mirada.

—¿Te gusta la ropa que hay sobre el lecho? —preguntó de repente rompiendo aquel incómodo silencio.

—¿Y por qué tendría que gustarme? —respondió ella con un gruñido.

—Porque es tuya.

Ginebra lo miró alzando las cejas y se cruzó de brazos.

—¿Para que necesito tanta ropa? Si de todos modos no puedo salir de aquí.

—Una dama escocesa debe vestir según su posición. —Se levantó del sillón y caminó hacia ella—. Y Ginebra Ferguson no puede ser menos que ninguna.

Al escuchar ese apellido, abrió mucho los ojos y se levantó de un salto, preparada para un ataque. Logan curvó los labios.

—Así que es cierto —susurró mirándola de arriba abajo—. ¿Por qué no me habías informado sobre cuál era tu clan?

—¡Porque no es de tu incumbencia! —exclamó sintiéndose acorralada.

—Oh, sí que lo es. —Se acercó a ella, sin que le importase nada en

absoluto pisar las pieles en las que dormía—. Un hombre tiene todo el derecho del mundo a conocer la procedencia de su esposa.

—¿De su qué? —dijo abriendo la boca.

—Vas a casarte conmigo, Ginebra.

—¡No! —gritó como si Logan hubiese perdido del todo la cabeza—. ¡Jamás!

—Lo vas a hacer y vas a elegir uno de esos bonitos vestidos para mañana. El párroco vendrá por la tarde y, después, habrá una fiesta en nuestro honor en el salón.

—¡No pienso casarme contigo! ¡Antes prefiero vivir colgada por los pulgares!

Él apretó la mandíbula y respiró con profundidad.

—¡Vas a convertirte en mi mujer!

—¿A qué viene todo esto? ¡Lo único que quiero es regresar a casa! ¡Tienes a muchas mujeres dispuestas a hacerlo! ¿Por qué a mí?

—Por la paz entre nuestros clanes —dijo, aunque obvió mencionar que también lo hacía para poder conseguir que se quedase. Aloys le había dado la clave, sin proponérselo.

—¿Una boda por conveniencia? ¡Eso es asqueroso! ¡No voy a prestarme para ello! —declaró con furia.

Logan la cogió por la barbilla y la hizo mirarlo a los ojos.

—Lo vas a hacer.

—¡No pienso aceptar una boda sin amor!

—Quizás no haya amor, pero tenemos otra cosa que nos une. —Al acabar de hablar, Logan apresó sus labios y la besó con furia.

Al principio peleó contra él, sin embargo, poco después se rindió y respondió de buena gana a su beso. Al sentir que Ginebra participaba de forma activa, la rodeó por la cintura y la aplastó contra la pared, notando cómo la pasión lograba inflamar su miembro. Estuvieron fundidos en aquel acalorado abrazo hasta que sus respiraciones se tornaron pesadas. Logan apartó los labios de los de ella, pues sabía que si continuaba, acabarían desnudos en el lecho y la volvería a hacer suya. Apoyó la frente contra la de la joven y aguardó a tener un poco de control sobre sus emociones.

—Nos deseamos, Ginebra. Tú me deseas tanto como yo a ti. Nuestro matrimonio no será falso, siempre tendremos esto —le susurró.

—Ni siquiera nos llevamos bien —dijo con la voz entrecortada—. Siempre estamos discutiendo y peleando. Queremos cosas muy diferentes.

—Podrás pasear por el castillo a tus anchas, nadie te vigilará, todo lo mío será también tuyo, no te volverá a faltar de nada en lo que te queda de vida.

—No puedo abandonar a mi hermana así como así y seguir tan tranquila.

—Después de la boda, mandaré a mis parientes a que vayan a por ella. — Al ver la sorpresa en su cara, Logan la besó de forma fugaz y sonrió—. ¿Te gustaría que viviese en el castillo?

—¿De verdad harías eso?

—Si aceptas ser mi esposa, lo haré. Será parte de nuestro clan y nadie se atreverá a molestarla —le aseguró—. Tienes mi palabra.

Ginebra tragó saliva y desvió la mirada hacia la pared. ¿Casarse con Logan? ¿Con su captor? ¿Con ese hombre por el que tanto sufrimiento había padecido? ¡Era una locura! No tenía corazón, apenas se toleraban y estaba segura de que tendría amantes en cada rincón de la fortaleza.

Por otro lado, era muy gallardo. Era tan apuesto, y la atraía tanto, que las noches a su lado serían muy placenteras, no tenía ninguna duda. Tenía algo especial que la cautivaba y lograba que temblase con tan solo el roce de sus labios. Era apasionado y su cuerpo se volvía loco cuando lo recorrían esos fuertes labios.

Viviría sin miedo de una vez por todas, sin esconderse, pues pocos eran tan valientes como para enfrentarse a él. Logan era un diestro guerrero. Lo había visto entrenar por la ventana de su habitación muchas veces. Y lo más importante: traería a Christen a su lado.

Al tomar la decisión, Ginebra lo miró a los ojos. En los del escocés, había incertidumbre y algo de nerviosismo.

—Acepto a convertirme en tu mujer, sin embargo, solo te voy a pedir una cosa.

—¿Cuál?

—Me serás fiel. No yacerás con ninguna otra mujer, abandonarás a tus amantes y tus atenciones solo serán para mí.

Logan arqueó las cejas y una lenta sonrisa se dibujó en sus labios. ¿Otras mujeres? ¿Le estaba pidiendo que no compartiese el lecho con otras mujeres? ¡Por todos los santos! Desde que llegó a su vida, no había tenido necesidad de buscar a ninguna, pues parecía haberlo hechizado. Veía su cara en los rostros de las demás y la deseaba con más intensidad de la que nunca pensó que fuese posible.

—Trato hecho —asintió de inmediato. ¿Cómo no hacerlo?

Maisie corrió hacia el castillo en cuanto oyó la noticia.

¡No podía ser cierto, tenía que ser un error!

Mientras paseaba por el poblado, escuchó a varias ancianas conversar sobre la inminente boda. Curiosa como era, se acercó a ellas para preguntar por la identidad de los novios. Que ella supiese, no había nadie en edad casadera entre sus vecinos, y el enlace entre Seelie y el hijo del viejo Murray no se celebraría hasta diez días después. Cuando las mujeres le informaron de que el que contraería matrimonio era Logan, todo su mundo se cayó a sus pies. Y todavía lo hizo más al enterarse de que esa sucia mujerzuela era la elegida para convertirse en su esposa.

¿Qué había podido ver en ella? Si bien era hermosa, no tenía nada que poder ofrecerle. No tenía tierras, ni dinero, ni un apellido al que acogerse. ¡Era una simple campesina que había tenido la suerte de cruzarse en su camino en un desagradable accidente!

No podía permitirlo. ¡No lo haría! Maisie había estado al lado de Logan, esos últimos meses, calentando su cama. Había aguantado su mal humor y sus miradas serias, su total falta de tacto y sus nulas palabras agradables. ¿Y todo eso para nada? ¡Jamás! ¡Iba a convertirse en la próxima señora del castillo Duart y haría lo que fuese para conseguirlo!

Cuando entró a la gran sala, estaba vacía. En ella solo se encontraban varias criadas recogiendo los restos de la comida. Apretando los dientes, tanto que creyó que se los partiría, miró por todos lados en busca de alguien a quien preguntar, sin embargo, aparte de esas mujeres del servicio, no vio a nadie.

—¡Malditos santos! —exclamó entre dientes.

El aire apenas entraba por sus pulmones. ¡Tenía que pensar en algo!

Algo mareada por la ira, tomó asiento en un banco de madera. Gracias a un pilar, su cuerpo quedaba oculto a la vista de las personas que pasasen por allí. Se llevó una mano al tobillo y sintió el tacto del puñal. Dirigió sus ojos hacia la gran escalera que llevaba hacia los dormitorios y pensó en colarse en la habitación de Logan y acabar con la vida de aquella pordiosera. Sin embargo, cuando lo pensó con calma decidió no hacerlo. Si la descubrían haciéndole daño, todo su plan acabaría tirado por tierra.

Se llevó las manos a la cara y cerró los ojos con fuerza.

Mientras pensaba, la voz de las sirvientas la hizo incorporarse un poco.

Las mujeres hablaban y reían mientras realizaban su tarea, y... entre su cháchara, Maisie pudo escuchar el nombre de la persona que le interesaba.

—Como te digo, Elaine, ese hombre está prendado de ella.

—No sé de dónde sacas esa información, —contestó la susodicha con cansancio—, llevó yendo a sus aposentos desde que ella está en el castillo y no he visto nada fuera de lo común.

—Pues, hazme caso y verás que no me equivoco.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Está mal que yo diga esto —comentó la sirvienta hablando a media voz, por lo que Maisie tuvo que aguzar el oído—. Pero... esta tarde Logan ha ido de nuevo a sus aposentos.

—¿Y qué tiene de interesante eso, Tracy?

—Que he escuchado su conversación.

—¿Que has hecho qué? —exclamó Elaine llevándose una mano al pecho—. ¡Puedes ganarte una zurra por eso!

—No, porque tú no vas a abrir el pico, ¿me oyes?

—¿Y qué es eso tan interesante que has escuchado?

—Logan ha tenido que convencer a esa joven para que se case con él.

—¿Convencerla? ¡Madre Santa, pero si cualquier mujer querría un enlace semejante hombre! —dijo la chica sin poder creérselo.

—Pero, lo mejor no ha sido eso. Cuando yo afirmo que Logan está prendado de ella es con fundamento.

—¿Qué más has oído? —la interrogó sin poder aguantar las ganas de saber lo ocurrido entre aquellos dos.

—Para que ella aceptase el desposorio, ha tenido que prometerle que jamás volvería a yacer con ninguna otra mujer.

—¡Dios mediante! ¿Y ha aceptado?

—Aceptó como un corderito.

Elaine abrió la boca y tragó saliva sin poder dejar de sonreír.

—Te doy la razón entonces, Tracy, ese hombre está encaprichado de su cautiva.

Las dos sirvientas abandonaron el salón con las manos repletas de la vajilla sucia y dejaron a solas a Maisie, que miraba hacia el suelo sin dejar de rascarse la barbilla. Se levantó del banco de madera y dio un par de pasos por el salón, vacío del todo.

Así que Logan le ha prometido fidelidad a aquella perra del demonio, pensó para sí. Una gran sonrisa se dibujó en su cara. ¡Ahí tenía la respuesta!

Lograría que el hijo del laird no cumplierse su trato y su querida Ginebra lo repudiara públicamente. Entonces sería todo suyo y su plan podría continuar. Logan se refugiaría en ella y podría convencerlo para que se casasen.

Abandonó el castillo con los ánimos por las nubes, sin ser vista, y caminó hacia la casa de Graham, pues tenía muchas cosas que contarle y muchos planes que urdir.

Faltaban quince minutos para que comenzase la ceremonia y Ginebra estaba tan nerviosa que sentía que le faltaba el aire. Las criadas ya se habían retirado de la alcoba, después de ayudarla vestirse y peinar su cabello.

Eligió un delicado vestido color azul celeste, de manga larga y acampanada, con escote en uve bordado en hilo de oro, y ajustado hasta la cintura, de la cual pendía un fino cinturón con motivos del tartán de los MacLean. Al ponérselo, una de las sirvientas tuvo que ajustar el largo del mismo, pues le arrastraba y tropezaba cada pocos pasos.

El cabello suelto, peinado en delicadas ondas que le llegaban hasta la cintura, adornado con pequeñas flores blancas repartidas por todo él, y como broche final, una preciosa tiara de oro, engastada con diminutas turquesas.

A solas en la recámara, pensó en si actuaba correctamente. Iba a casarse con un hombre que no la amaba y que quería unir su vida a la de ella para conseguir una alianza entre clanes. Tembló al pensar en la sola idea de que su abuelo se enterase de su existencia, y en la de su hermana.

La puerta se abrió y por ella apareció Ellora. La madre de Logan le sonrió al ver su aspecto y cogió su mano.

—Todos están esperando en la capilla. Es la hora de ir hacia allá.

Ginebra resopló, para intentar que los nervios abandonasen su cuerpo.

—Creo que esto es un error, Ellora. Esta boda no debería celebrarse.

—¿Por qué dices eso?

—Logan y yo no nos amamos.

La esposa del laird rio y apretó su mano, a modo de apoyo.

—¿Y piensas que alguna mujer se ha casado amando a su esposo?

—Mi madre lo hizo.

—¿Y qué precio pagó por ello? Shenna Ferguson tuvo que huir de la ira de tu abuelo, ser una fugitiva. Os condenó a ti y a tu hermana a una vida

solitaria.

—Éramos felices.

Ellora le sonrió, con compasión.

—La vida funciona de otro modo, Ginebra. Quizás, pienses que es un gran sacrificio, sin embargo, tu sacrificio puede salvar muchas vidas en el futuro.

—Enlazó su brazo y comenzó a caminar con ella hacia fuera de la habitación —. En el castillo Duart serás feliz. Mi hijo se preocupará de tu seguridad y tendrás todo lo que puedas desear al alcance de tu mano. El matrimonio es un juramento, pero no solo tuyo. Logan también se comprometerá a ser considerado contigo y a tratarte con respeto. Parirás a sus hijos y se te tratará como a una MacLean más.

Ginebra se mordió el labio al pensar en niños. Ese era un tema que ni se le había llegado a pasar por la cabeza. Al ver su gesto serio, Ellora la cogió por la barbilla y le alzó la cabeza.

—Es la hora. Sonríe, una novia no debe estar triste el día de su boda.

Llegaron hasta la capilla y Ginebra sintió que el corazón iba a salirse del pecho. La mujer del laird le dio un beso en la mejilla, deseándole buena suerte. Todos los presentes giraron la cabeza para verla caminar hacia el altar.

No era un lugar demasiado grande. Dentro había unas veinte personas. Entre ellas descubrió a Seelie, que la saludó con una deslumbrante sonrisa. Alzó la mirada y se topó con la de Logan, que se encontraba en el altar junto con el laird y el párroco.

El novio estaba tan guapo y vestía tan elegante que no pudo despegar los ojos de él. Llevaba una camisa blanca sobre la que colocó un chaleco azul oscuro, del que pendían varios broches dorados. Cruzado por encima de todo ello, un manto con el tartán del clan, cogido al hombro por otro broche algo más llamativo que los demás. El kilt, con los mismos motivos que el manto, le quedaba como un guante, y para preservar las piernas del frío, unas calcetas de rayas entretrojadas de colores semejantes a su vestimenta, complementado por unos zapatos negros de cuero, y una boina oscura que coronaba su cabeza.

Lo miró a los ojos en busca de algún gesto de complicidad, pero en ellos no había nada más que seriedad.

Llegó a su lado y Logan la agarró de la mano, sin dejar de mirarla.

Ver a Ginebra entrar en la capilla había sido todo un espectáculo para sus sentidos. Parecía un verdadero ángel enfundada en ese vestido azul, con su hermosa cabellera negra enmarcándole el rostro y ese rubor en las mejillas, que lo hacía desear meterse entre sus faldas y hacerla suya.

Temblaba. El cuerpo de Ginebra temblaba de forma descontrolada, pero no sabía si era a causa del frío o provocado por el miedo.

Fue una ceremonia breve. El sacerdote los declaró marido y mujer y, entre vítores, Logan besó a Ginebra, que se removió incómoda a causa del gentío. Seguidamente, pasaron al gran salón, en el que se sirvió venado asado, piernas de jabalí, capones y whisky tibio. Sus parientes corearon sus nombres y animaron la celebración.

Sentada junto a su recién estrenado esposo, apenas comía. Seguía tan nerviosa que el estómago no le permitía procesar demasiado alimento. A su lado, Logan reía con sus parientes y actuaba como si su enlace fuese un motivo real de celebración.

—Alegra esa cara, no estamos en un velatorio —dijo Logan en su oído, entre dientes—. Y, come algo, mujer.

—No tengo demasiada hambre.

—¿Por qué?

Ginebra se encogió de hombros y lo miró de forma fugaz.

—Estoy nerviosa, supongo.

—¿Y por qué ibas a estarlo? Ya no eres pura, no tienes el temor de lo que sucederá en la alcoba.

Ginebra se sonrojó de nuevo y apretó los labios.

—Quizás sea porque soy la esposa de un bruto que apenas tiene sensibilidad.

—¿Eso piensas sobre mí?

Al ver la mirada inescrutable de Logan, se puso todavía más nerviosa.

—A veces, sí.

Sin previo aviso la cogió por las mejillas y le dio un sensual beso, el cual provocó los vítores y gritos de los asistentes. Ginebra cerró los ojos y se agarró su brazo, pues sentía cómo el deseo se abría paso por delante del nerviosismo.

Al acabar, él la miró fijamente y curvó los labios de forma breve.

—Entonces, tendré que esforzarme para que mi mujer cambie de parecer en cuanto a mi forma de ser.

—¿Te esforzarás? —preguntó parpadeando con rapidez—. ¿Por mí?

—Ahora eres mi esposa, y debo cuidar de ti y de tu felicidad.

—¿Te preocupa que sea feliz? —En sus labios apareció una tímida sonrisa.

—Quiero que lo seas. —Acercó su boca a la oreja de ella y le dio un

suave mordisco—. Ya te dije que nuestro matrimonio sería real. —Logan cogió la jarra de Ginebra y la llenó con whisky—. Bebe un poco, calma los nervios y calienta el estómago.

Al sentir el fuerte licor bajar por su garganta, hizo un gesto de desagrado, haciéndolo reír.

—Quema.

—En un par de tragos tu garganta se acostumbrará. —Por debajo de la mesa acarició el muslo de su mujer y ella dio un pequeño salto por la sorpresa. Acercó de nuevo la boca a su oído y sopló en ella—. Pero, no bebas demasiado. Nos iremos pronto de aquí y quiero que tus sentidos no estén demasiado alterados.

—¿Irnos? ¿Adónde?

—A nuestra habitación. —La mano que tenía apoyada en su muslo ascendió hasta rozar su sexo. Ginebra jadeó, notando un agradable calor en él, y lo miró con los ojos muy abiertos—. Tengo la necesidad de poseer a mi esposa.

—¿Y toda esta gente?

—Se quedarán aquí, comiendo y bebiendo hasta altas horas de la noche.

Ella abrió los ojos y se humedeció los labios.

—Pero notarán nuestra ausencia.

—Comprenderán los motivos —dijo con una débil sonrisilla.

El rubor regresó a las mejillas de Ginebra y Logan acercó los labios a su boca. Por segunda vez, los comensales armaron un gran alboroto por el beso de los novios.

Logan sonrió y se separó de ella, aunque de inmediato pasó uno de sus brazos alrededor de su hombro, pegando su cuerpo al de él. Ginebra se fue relajando mientras escuchaba a Logan hablar con sus parientes. Era una conversación relajada y amena en la que él rio en varias ocasiones y participó de forma activa, eso sí, sin perder el contacto de su mujer ni un segundo.

Se sorprendió mirándolo mientras hablaba. Era algo superior a ella. Por mucho que apartase la vista, sus ojos regresaban a él.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Logan volviendo la cabeza de repente, con una débil sonrisa ladeada.

Pensó en apartar la mirada, o disimular, pero no lo hizo.

—Eres muy apuesto.

Logan se quedó callado, sin apartar la vista de ella, y de repente, se levantó de su asiento y tiró de su mano para que lo hiciese también. Salieron

del gran salón y, cuando estuvieron al pie de las escaleras, la cogió en brazos y subió con ella hacia la planta superior.

Al llegar, la dejó nuevamente en el suelo y la besó con ardor, apoyando su espalda contra la pared mientras la rodeaba por la cintura.

Sin dejar de besarse, alcanzaron sus aposentos. Logan cerró la puerta de una patada y la llevó al lado de la cama, donde la soltó y la rodeó hasta colocarse tras ella. Desde su espalda, lamio su cuello, dejando una estela de besos por él, llegando al lugar donde este se juntaba con los hombros.

—Eres tan hermosa... —susurró en su oído—. Estás hecha para el amor, Ginebra. Estás hecha para que me pierda en ti y enloquezca mientras nuestros cuerpos se unen.

Alcanzó sus senos y los amasó con sus fuertes manos. Ella gimió y apoyó la cabeza sobre su torso. Con diestros movimientos le quitó el vestido, dejándola desnuda, a excepción de las calzas.

La hizo girar y capturó uno de sus senos con la boca. Lo excitó y masajeó su trasero a la vez, mientras ella se agarraba con fuerza a sus hombros, pues sentía que las piernas le fallaban a causa del gozo.

—Ah, Logan...

—Eres tan dulce... —La besó en los labios—. Mi dulce Ginebra.

La tumbó en la cama y le sacó el resto de ropa que la cubría. Se tumbó sobre ella y devastó su boca con un beso abrasador. El deseo creció y notaron que la necesidad de convertirse en uno era apremiante.

—Logan, necesito... —Con una mano bajó por su torso, pasando por el estómago y acabó sobre el erguido miembro. Soltó un gemido desgarrador cuando notó la mano de su mujer sobre él—. Te necesito.

La penetró de una embestida y ambos gritaron a sentir la unión plena de sus cuerpos. Logan balanceó las caderas y el ritmo delirante de su envite los transportaron a un estado de ebriedad sensorial en el que nada más existía salvo ellos.

—Oh... Ginebra —jadeó—. Tu cuerpo me pertenece, ¿lo notas? —Lo abrazó, mientras alzaba las caderas para ir a su encuentro. Pues ambos sabían que el clímax los esperaba tan cerca que podían sentirlo en cada pequeño poro.

CAPÍTULO 20

Los días que siguieron al enlace fueron bastante tranquilos. Logan se levantaba temprano para cumplir con sus obligaciones con el clan. Apenas podían verse a lo largo del día, sin embargo, cuando él podía, se escapaba unos minutos para ir en su busca y robarle algún que otro beso. Por la noche, después de la cena, hacían el amor en su alcoba, y todas las veces sintieron que el deseo no dejaba de crecer entre ellos. Y algo parecido a una frágil confianza.

Cuando su esposo no estaba, Ginebra salía de la alcoba y paseaba por el castillo. Desde la boda, la puerta siempre permaneció abierta y era libre de deambular por donde le apeteciese, siempre que no traspasase los límites de la fortaleza.

Esa mañana, mientras caminaba hacia el gran salón, la voz de Seelie hizo que dejase de avanzar. La hermana de Logan se dirigió hacia ella y le sonrió abiertamente.

—Buenos días, Ginebra.

—Buenos días —le sonrió.

—Debo de decirte que el matrimonio te sienta de maravilla.

Ella rio y se encogió de hombros.

—Eso son los vestidos, todo el mérito es de ellos.

—No mientas —dijo sonriendo. Enlazó su brazo con el de Ginebra y prosiguieron la marcha—. ¿Debo suponer que todo va bien entre mi hermano y tú?

—Todo marcha bien.

—Me alegro de que así sea. Ahora tengo otra hermana y Logan no podría haber elegido a una mejor que tú.

—Logan me eligió por mi apellido. —Al decir aquello, su sonrisa se borró. A veces, la tristeza se apoderaba de ella cuando recordaba el motivo de su boda. Su esposo buscaba una alianza.

Seelie alzó una mano y le quitó importancia.

—¡Bah, tonterías! Conozco a mi hermano y sé que a él nadie le obliga a hacer algo que no desea. Ni siquiera un apellido, como dices.

—Él mismo me lo dijo. Esos fueron sus argumentos cuando me informó de que nos casaríamos.

—Los hombres son seres muy retorcidos, querida —sentenció sin tomar en cuenta sus palabras.

Llegaron al salón y tomaron asiento en un banco de madera, juntas. Ginebra miró con detenimiento a Seelie. Parecía feliz, relajada, cuando su enlace estaba a punto de celebrarse. Un enlace con un hombre que no conocía y que tenía una reputación horrible.

—¿Y tú no estás nerviosa?

—¿Por mis futuras nupcias? —preguntó alzando las cejas—. No.

—¿Ni un poco?

—Ni una pizca. —Se mesó el cabello y una cascada color caoba cayó por su espalda—. Soy una mujer inteligente y saldré victoriosa de las tierras de los Murray en menos que canta un gallo. Mi padre quiere una alianza, y la tendrá. Pero después, conseguiré que el hijo de Murray me aborrezca y me mande de vuelta al castillo Duart.

Christen untó con unguento las piernas de la madre de Iver. La anciana las tenía muy inflamadas. Preparó un emplasto especial a base de verbena y cúrcuma, para aliviar aquel malestar. Al acabar la besó en la mejilla y abandonó la estancia.

Desde que estaba en el poblado de los Mackinnon, se había dado cuenta de lo que le gustaba la compañía de otras personas. Allí no había silencio desde que amanecía hasta que rayaba la puesta de sol. En aquella casa, el parloteo de las ancianas la divertía y entretenía sobremanera. Eran unas mujeres entrañables, aunque su esposo fingiese temblar cuando se ponían a cuchichear.

Dejó el cuenco con el resto del unguento sobre la mesa y miró a través de la ventana, pues creyó oír los cascos de un caballo.

Al ver a Iver desmontar, su cara se iluminó y corrió hacia el exterior para recibirlo. Cuando sus miradas se cruzaron, su esposo se dirigió también hacia ella. Se fundieron en un tierno beso y un abrazo que casi les cortó la respiración. Llevaba sin verlo casi una semana, pues salió en busca de noticias de Ginebra a recorrer algunos pueblos cercanos.

—¡Qué alegría volver a verte! —exclamó ella escondiendo su cara en el

hueco entre su cuello y su hombro—. Te he extrañado.

—Y yo a ti, mi amor. —Iver besó su frente y la miró con atención. Jamás recordaba lo bella que era. Christen era tan bonita que, a veces, se sentía sobrecogido—. Tengo ganas de que sea esta noche para yacer con mi esposa.

Ella se sonrojó un poco y lo besó de nuevo.

—Pronto podremos resguardarnos en nuestra alcoba. —Iver la soltó y se dispuso a atar a su caballo y a darle de comer y beber. Mientras observaba con qué amor cuidaba al animal, pensó en si ese amor se lo prodigaría a sus futuros hijos.

—¿Cómo han estado mi madre y mi tía estos días? ¿Te han molestado mucho? —se interesó, pues sabía cuan insoportables podían ponerse.

—Son un encanto, me gusta su compañía.

Él alzó las cejas.

—Pues, entonces, presumo que el mal genio se lo reservan para mí.

Christen rio y le quitó importancia a sus palabras. Estaba deseosa de que le contase lo que había averiguado, si es que había conseguido algo.

—¿Tienes noticias sobre mi hermana?

—Sí.

—¡Dios mediante, gracias! —exclamó juntando las manos en forma de oración y cerrando los ojos con fuerza.

Al verla tan alegre, dudó si decirle aquello que sabía.

Iba a enfadarse con él. Iba a enfadarse mucho. Pero guardar ese enorme secreto era un peso que no quería seguir soportando. Odiaba haberla engañado.

Iver se acercó a ella y la cogió por las manos, mirándola fijamente. Tragó saliva.

—Christen, creo que lo que voy a contarte no va a gustarte.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha sucedido a Ginebra? —El miedo se reflejó en sus ojos.

—No te aflijas, ella está bien. No es un mal físico.

—¿Entonces, qué?

—Te mentí.

—¿Tú, a mí?

—Llevo ocultándote la verdad desde antes de nuestra boda.

—¿Qué verdad? —lo interrogó apartando sus manos de las de él.

—Siempre he sabido dónde estaba tu hermana. —Christen dio un paso hacia atrás y se tapó la boca con las manos—. El hombre que la capturó es el

hijo de nuestro laird: Logan MacLean. Tu hermana fue acusada de robo y de ser cómplice en la muerte del otro guerrero.

—¡No es cierto, dime que no lo es!

—Ahora no te miento, mi amor. —Al ver que ella retrocedía, la agarró por los hombros—. No estoy orgulloso de haberte ocultado la verdad.

—¡Me has engañado! ¡Me has mantenido alejada de Ginebra, sucio patán! —gritó intentando liberarse de sus brazos.

—Christen, lo hice por miedo.

—¿Miedo a qué? —preguntó tan enfadada como nunca antes lo había estado.

—A que no quisieses estar conmigo cuando supieses que mi propio clan tenía presa a tu hermana. Temí que me rechazases.

—¡Eres un... un...! ¡Suéltame!

—¡No, mi amor, por favor! —le suplicó—. Sé que merezco tu desprecio, entiendo cómo debes sentirte en estos momentos.

—¡Eras la única persona que pensaba que jamás me fallaría! ¡El hombre al que juré respetar ante Dios! ¡Te fui sincera siempre, te di mi confianza, me entregué a ti, maldito bastardo!

—Christen —insistió—. Debes comprender que actué por temor. ¿Te hubieses casado conmigo si hubieses sabido la verdad?

—¡Sí! —chilló con desprecio—. ¡Tú no eres el captor de mi hermana, no tienes nada que ver con él! ¡Siempre habías sido bueno conmigo! ¡Sois del mismo clan, pero los clanes están formados por personas de distinta sangre! ¡Tú no eres él, Iver MacLean! ¡Jamás te hubiese culpado por algo que no hiciste!

Iver bajó la vista al suelo y cerró los ojos, devastado. Había roto la confianza de su esposa por un temor infundado. Y no sabía si llegaría a perdonarle algún día.

—Dime qué puedo hacer para arreglar esto y lo haré. —Cogió sus mejillas entre las manos y juntó sus frentes—. Pero, por favor, no me abandones, mi vida. Cometí un error y lo asumo.

—¡Vas a llevarme con mi hermana ahora mismo! ¡Voy a ir a por ella y me la traeré conmigo!

—No creo que Logan permita eso.

—¿Y por qué no? Ginebra es inocente de los crímenes de los que se la acusan.

—Lo sabe. Sin embargo, no permitirá que se vaya del castillo Duart

porque... ahora es su esposa.

Logan sonrió cuando Ginebra dio la vuelta en el lecho y se abrazó a él. Su mujer buscaba el calor de su cuerpo cuando dormía, y le hacía experimentar una emoción extrañamente reconfortante. El olor de su cuerpo era suave, una mezcla de jabón y rosas que le hacía desear enterrar su nariz en él todo el día. Sus piernas, enredadas con la suyas le provocaban sensaciones electrizantes en su bajo vientre. Su piel, delicada, nívea y tersa, de senos turgentes y llenos, su estrecha cintura y redondeadas caderas.

Alzó un poco las pieles y le cubrió el pecho, pues la mañana había amanecido fría y el fuego de la chimenea se había consumido en algún momento de la noche. Al hacerlo la oyó suspirar. Fijó los ojos en su rostro, relajado, sin signo de nerviosismo ni vergüenza. Le gustaba mirarla mientras dormía, era algo que descubrió días atrás.

Era tan hermosa...

Ginebra poseía todo lo que alguna vez deseó que tuviese su mujer. Era bonita, delicada, con una educación intachable, inteligente, apasionada en el lecho y de carácter amable, pero con un punto de rebeldía que le gustaba y sacaba de quicio a partes iguales.

Había pasado más de una semana desde que se celebró su enlace y cada vez estaba más convencido de que había sido una decisión acertada elegirla a ella. Al margen de los beneficios que podría aportarle que fuese descendiente de los Ferguson, estaba descubriendo que estar casado con Ginebra era muy agradable. La pasión y el deseo que sentía no hacían más que crecer. Cada vez que le sonreía notaba un mazazo en el pecho. Era una sensación nueva para él y no le gustaba del todo, pues lo confundía. Para Logan, las mujeres siempre fueron un entretenimiento sin más pretensiones, y supuso que cuando se desposase seguiría siendo igual. No obstante, se estaba dando cuenta de que su esposa estaba hurgando en un lugar más recóndito de su cuerpo y su mente. Su dulce rostro y tierna sonrisa estaban ablandando al férreo guerrero que siempre fue.

Apoyó la palma de la mano sobre la mejilla de ella y la acarició. Era tan extraño que tales sentimientos fuesen posibles después de todo lo que había llegado a ocurrir desde que la trajese al castillo... Había unido su vida a la de la mujer a la que prometió torturar. ¡Por todos los santos! Jamás lo hubiese

creído posible, sin embargo, la vida se había encargado de demostrarle, una vez más, lo impredecible que era.

Un sobresalto en el cuerpo de Ginebra lo hizo fruncir el ceño. Ella abrió los ojos de repente y se llevó una mano al pecho, notando que sus pulsaciones subían. Respiraba entrecortadamente, incluso le costaba tragar saliva.

—¿Qué sucede? —preguntó Logan contemplando su rostro desencajado.

—He tenido un mal sueño —dijo intentando asimilar ella misma que solo había sido eso, una pesadilla.

—¿Qué has soñado?

Ginebra se separó un poco del cuerpo de su esposo, notando que él fruncía el ceño al darse cuenta de su gesto.

—He soñado que íbamos a por mi hermana... y ella ya no estaba en la cabaña. Que no había señal de Christen por ningún lugar. Que ya no volvía a saber de ella. —La presión que sintió en su garganta la obligó a no echarse a llorar. Miró a Logan con temor—. ¿Y si es cierto? ¿Y si mi hermana ya no se encuentra allí? ¿Y si le ha ocurrido algo malo?

—Tu hermana estará bien —la tranquilizó—. Las nupcias de Seelie se celebrarán en tres días. Entonces iremos a por ella, pues con los asuntos de la boda, el clan está demasiado ocupado como para movilizarlo e interrumpir sus muchos quehaceres.

—Ha pasado mucho tiempo sola, Logan. Yo tendría que haber estado a su lado.

—¿No confías en que se sepa cuidar?

—No, no es eso —se apresuró en aclarar—. Christen es muy capaz de valerse por ella misma, sin embargo... ¿y si ha salido a buscarme y la han visto? ¿Y si la tiene algún desalmado?

—Tu hermana no tiene ninguna pista sobre tu paradero, Ginebra. ¿Dónde va a buscarte? Sería dar pasos de ciego. Puedes estar segura de que seguirá allí.

—Pero, ¿y si...?

—Si la tiene alguien... la soltará en cuanto sepa a qué clan está emparentada.

—Los Ferguson no saben que estamos vivos.

—No me refiero a los Ferguson, sino a los MacLean —aclaró con una débil sonrisa—. Eres mi esposa, y tu hermana ya pertenece a nuestro clan. Si alguien se atreve a ponerle una mano encima, será un agravio hacia todos los nuestros.

—¿Crees que los miembros del clan van a pelear por mí y por mi hermana? —lo interrogó sin llegar a creérselo.

—Lo harán. Serás la señora del castillo Duart cuando me convierta en el laird. —Logan la rodeó por la cintura y acercó su cuerpo al de él—. Además, ¿no has visto cómo te miran?

Ginebra apoyó la cabeza sobre su hombro y se encogió de brazos.

—¿Cómo me miran?

—Te respetan, saben de tus buenas acciones hacia mi persona y saben de mi error al traerte al castillo como prisionera. Nuestros parientes darán la vida por ti, si es necesario. —Agarró sus mejillas y la hizo mirarlo a los ojos—. Y yo también.

Acercó sus labios a los de Ginebra y la besó con pasión, dejando claro que sus palabras eran ciertas y permitiendo que el anhelo se apoderase de sus cuerpos. Acarició la espalda de su esposa, que jadeó al sentir sus fuertes dedos rozando la piel de su columna. La apretó contra su torso y presionó las caderas contra las de ella, haciéndola ver que su pene estaba henchido por su cercanía.

Cuando abandonó sus labios, Logan apoyó la frente contra la de ella, y la miró fijamente. Alzó una de sus manos y atrapó uno de sus senos, trazando círculos con el pulgar sobre su pezón.

—Nunca llegué a disculparme contigo, como es debido, por todo lo que te hice —susurró contra su boca.

—Te disculpaste, sí lo hiciste —recordó. Ese día que la llevó al lago.

—Merecías otra clase de disculpa. Estaba tan impresionado al darme cuenta de la verdad que no supe reaccionar correctamente.

—Para ti siempre fui culpable.

—Lo eras, y quería que lo siguieses siendo, pues la atracción que sentía hacia ti, me enfadaba. No comprendía cómo podía estar encaprichado de una de las culpables de la emboscada que le costó la vida a mi primo.

Ginebra desvió un poco la vista hacia su clavícula.

—¿Por qué no me dejaste marchar cuando te lo pedí, si ya sabías que era inocente?

Porque no podía, porque te deseaba tanto que me dolía, porque no quería que salieses de mi vida, porque algo en mi interior me decía que eras la mujer más especial del mundo.

Estuvo a punto de confesarle todas esas emociones que su cabeza y corazón le gritaban, sin embargo, se las calló. No estaba preparado para decir

en voz alta todo lo que sentía, pues esos sentimientos llevaban implícitos otros tantos que no quería admitir. Logan MacLean era un gran guerrero, el hijo del laird del castillo Duart, el hombre frío e impenetrable que todos respetaban. Los afectos que profesaba hacia su mujer podían ablandarlo, y no quería que eso sucediese.

—No te dejé marchar porque quería seguir enterrándome entre tus piernas durante más tiempo —dijo, sin querer admitir sus sentimientos.

—Ah... —El rostro de Ginebra reveló el desencanto que le produjo aquello, pues ella estaba comenzando a sentir algo muy fuerte por su marido. Si siempre le pareció el hombre más apuesto de Escocia, y el más endiabladamente sensual, hacía varios días que sus sentimientos estaban mutando y su corazón le decía lo quería. Se estaba enamorando de su esposo. Del hombre que juró odiar, del que la separó de su hermana, del que la amenazó con los peores castigos.

Siempre soñó con un matrimonio lleno de amor. Una unión plena de cuerpo y corazón. Un esposo que la adorase y respetase.

Pero sabía que la realidad nunca llegaba a ser tan idílica, que los matrimonios solían ser propiciados por conveniencias y que el afecto entre ambos cónyuges, en el mayor de los casos, era inexistente.

Logan la deseaba, y eso le gustaba. Saber que despertaba tales pasiones en su esposo le daba esperanzas para pensar en que algún día llegase a amarla.

Miró con detenimiento el rostro de su marido. Sus intensos ojos verdes, a veces serios y amenazantes, su bonita nariz recta, y esa boca tan sensual, de labios finos y exigentes. Sus facciones cuadradas, afiladas, enmarcadas por la melena castaña. Su cuerpo largo, fuerte y curtido por las batallas.

Logan MacLean era todo lo que una mujer pudiese desear, y estaba decidida a conseguir que se enamorase de ella. Quería ser correspondida, escuchar de sus propios labios que la amaba, poder leerlo en su mirada.

Los días transcurridos desde que se celebrase su enlace, le habían demostrado que podía ser feliz a su lado. Logan había resultado ser un hombre más suave y atento de lo que jamás creyó. A pesar de que su habitual seriedad lo acompañase casi siempre, con ella estaba comenzando a mostrarse de forma diferente.

Lo rodeó por el cuello y juntó sus labios. Era tan grandioso aquello que ocurría cuando se rozaban... La razón se esfumaba y la pasión tomaba el control de sus mundos.

Logan la apretó contra su cuerpo y gimió al notar que ella profundizaba el

beso. Se colocó entre las piernas de Ginebra y comenzó a trazar círculos con sus caderas contra su sexo. Ella jadeó y alzó las caderas para que la fricción fuese todavía más fuerte. Sus lenguas peleaban y buscaban dar y recibir todo el placer posible. Sus manos acariciaban sus cuerpos y aumentaban la temperatura de estos.

—Mujer, ¿acaso quieres volverme loco? —susurró él contra su boca al sentir los dedos de Ginebra hurgar por debajo de su kilt.

—Quiero disfrutar del tiempo que paso con mi esposo. —Lo besó levemente y sonrió—. ¿Cuándo volverás a llevarme al lago?

—¿No quieres esperar a que las temperaturas sean más propicias?

—Ya no hace tanto frío y echo de menos bañarme rodeada de la naturaleza. —Alzó una mano y metió un mechón de cabello de su marido detrás de su oreja. Se besaron una vez más y se miraron a los ojos—. ¿Te bañarás conmigo?

—¿Quieres que lo haga?

—Sí.

—No me gusta demasiado el agua fría —dijo alzando las cejas—. En las batallas y misiones, cuando no me queda más remedio, me aseo en los lagos. Sin embargo, prefiero el agua caliente de la bañera.

—A mí me encanta sentir su frescura por mi cuerpo desnudo.

—No te gustaría tanto si tuvieses que hacerlo todo el tiempo, créeme —comentó sonriendo de forma ladeada.

—Supongo que no. —Ginebra se encogió de hombros y acarició su pecho—. Pero... me encantaría que me acompañases. —Lo besó y lamió su labio inferior—. Poder abrazarme a ti, y que me hagas el amor allí mismo, rodeados por la naturaleza.

Logan resopló al imaginar aquella escena de sus cuerpos fundidos dentro del agua.

—Iremos mañana mismo —declaró sintiendo el ardor en sus bajos.

Ginebra rompió a reír y lo besó de nuevo, apretándolo contra ella y enredando sus lenguas de forma sensual.

—No es necesario que sea tan pronto.

—Ahora soy yo el que no quiere esperar.

—Tenemos toda una vida juntos para poder hacerlo.

Logan se quedó callado, mirándola a los ojos. Toda una vida juntos. Toda una vida para disfrutar de Ginebra. Para abrazarla, despertar a su lado, para besarla a su antojo, para hacerle el amor todas las veces que quisiera. Toda

una vida disfrutando de su belleza, de su dulzura y delicadeza, de sus sonrisas, de sus caricias. Una vida entera junto a esa mujer que despertaba esas sensaciones tan potentes en él. Esas que lo enloquecían y revolucionaban todo su cuerpo.

Se sintió tan afortunado de poder ser él su esposo...

La besó con sensualidad, notando cómo ella se acomodaba bajo su cuerpo y respondía a aquel beso con ganas. Era perfecta. Parecía estar hecha a su medida, encajaban de tal manera que parecía imposible.

Su mujer. Un sentimiento de posesión lo sorprendió.

Había tenido decenas de amantes. Mujeres preciosas que calentaban su lecho cada vez que él las llamaba. Sin embargo, ninguna había despertado aquello en él.

¿Qué tenía Ginebra que conseguía ponerlo todo del revés? Estaba casado con ella pero apenas conocía a la mujer que tenía bajo su cuerpo.

Separó sus bocas y la miró con detenimiento.

—¿Quién eres, Ginebra MacLean? Quiero saberlo todo de ti.

Ella sonrió y tragó saliva.

—¿Por qué? Mi vida no ha sido interesante, no hay demasiadas cosas que contar.

—Quiero saberlo de todas formas.

—Pero... ya lo sabes. Mi madre se escapó con mi padre y huyeron de la ira de mi abuelo. Abandonaron las Tierras Bajas y llegaron a la isla de Mull. Construyeron una cabaña en medio del bosque, escondidos de todo el mundo y... nos tuvieron a mi hermana y a mí.

—¿Cómo eran tus padres?

—Las mejores personas del mundo —dijo con un nudo en la garganta—. Padre era gentil, bueno e inteligente. Nos quería sobre todas las cosas y nos enseñó todo lo que sabemos, a excepción de las artes curativas, que fueron enseñanza de mi madre.

—¿Y nunca abandonasteis aquel lugar? ¿Ni por un corto periodo de tiempo?

—Nunca. Madre nos dijo que nuestro abuelo la amenazó de muerte si seguía viendo a padre.

—Así que, os escondíais de él.

—Nial Ferguson siempre odió a los ingleses. Y nosotras también tenemos sangre inglesa, somos sassenachs. No quisieron arriesgarse a que nos encontrase.

Logan la miró con interés.

—Entonces, ¿por qué te aventuraste cuando me viste malherido?

—Ni siquiera pensé en que hubiese peligro —admitió—. Me dirigía al lago que había cerca de la cabaña y vi vuestros cuerpos en el suelo. —Se humedeció los labios—. Sentí lástima por vosotros y, con ayuda de Christen, enterramos a tu primo y a ti te llevamos a nuestra casa. —Lo besó y enredó sus manos en el cabello de Logan—. Estabas tan grave... Apenas me aparté de tu lado hasta que mi hermana vio a tus parientes acercarse a la cabaña.

—Así que... sentías pena por mí, aunque no me conocías de nada — repitió alzando una ceja.

—También pensaba que eras muy apuesto.

—¿Lo pensabas? —preguntó curvando sus labios en una sonrisa lobuna.

—El hombre más apuesto que hubiese visto jamás. Aunque, aparte de padre no había visto a ninguno. —Rieron tras sus palabras y Ginebra prosiguió—. Me gustaba sentarme a tu lado y contemplarte. Me gustaba imaginar cómo sería tu voz y el color de tus ojos. Pensaba en qué me dirías cuando despertases. Jamás adiviné que regresarías buscando venganza.

—Fue una terrible confusión la mía.

—Cuando te volví a ver en la puerta de casa y me acusaste de todas esas cosas tan horribles, y separándome de Christen, deseé haberte dejado en el bosque.

—Lo comprendo.

Ginebra lo miró a los ojos y sonrió, acariciando su mejilla.

—Aun así, había algo en ti que me seguía... llamando, que me atraía. Odiaba que fuese así, pues eras mi captor, el hombre que había prometido hacerme sufrir.

—A mí me pasaba lo mismo. No entendía por qué deseaba a la bruja que se rio de mi desgracia. Sin embargo, cada vez que veía tu cuerpo desnudo y tu bella cara... todo en mí ardía.

Ginebra se abrazó a Logan y sonrió.

—A pesar de nuestro horrible comienzo, me alegro de estar aquí; de ser... tu esposa.

—¡Oh... Ginebra! —Al escuchar aquello la besó con tantas ansias que creyó que sus bocas se fusionarían. Su pecho saltaba por lo que acababa de oír. ¡Se alegraba de estar casada con él! No entendía por qué se sentía tan pletórico, pero lo estaba. Esa hermosa mujer le hacía sentir tantas cosas nuevas para él...—. Mi dulce Ginebra. Estoy deseando ver tu vientre crecer y

saber que llevas a mi hijo en tu interior.

—¿Un bebé? —Aquello la dejó helada. Compartía la cama con él y tarde o temprano ocurriría, era de lógica.

Un niño. Un niño de Logan y de ella. Una criatura de ambos a la que querrían más que a sus vidas. Sonrió y miró a su marido maravillada. Un hijo al que querer de la misma forma en que estaba comenzando a amar a su padre.

Sin decir nada más, juntaron sus bocas en un nuevo beso. Un beso intenso, apasionado y tan urgente que acabaron jadeantes y ardiendo. Fundieron sus cuerpos en un acto impetuoso y pasional. De sus labios apenas salieron más que gemidos placenteros y palabras febriles que no llegaban a expresar sus verdaderos sentimientos, aunque sus cuerpos sí lo hacían en silencio, sin necesidad de romper aquella ardorosa unión, sin interrumpir aquel simple acto sexual que escondía más amor del que ninguno de los dos quiso admitir.

CAPÍTULO 21

Maisie se levantó del lecho dejando a Graham descansar. Después de toda una noche repleta de sexo, el hermano del laird estaba agotado, pues los años ya empezaban a pasar factura.

Se dirigió hacia el pequeño salón de su cabaña y tocó el sencillo vestido verde que luciría ese día. No le gustaba nada, de hecho, lo odiaba. Sin embargo, sabía que pronto no tendría que volver a vestirse con nada parecido. En el castillo, poseería una estancia solo para almacenar su ropa y compraría decenas de zapatos bonitos entre los que elegir. Miró los suyos propios, de cuero negro, sencillos, y sonrió.

Era el gran día.

El plan que había estado trazando durante semanas iba a ponerse en funcionamiento. Lo lograría. Conseguiría todo lo que se propuso y se convertiría en la mujer de Logan, y en la señora del castillo Duart.

Unas manos la abrazaron desde la espalda. Al notar el aroma de Graham, sonrió. Giró sobre su propio cuerpo y dio un beso a su amante, que respondió de buena gana.

—¿Qué haces levantada tan pronto?

—No podía dormir más. Es el día en el que lograremos todo lo que hemos estado soñando, mi amor —dijo ella con emoción en la voz.

—¿Hoy? ¿El día del enlace de mi sobrina Seelie?

—Sí, es perfecto —corroboró—. Gentío, alboroto y gritos. Es lo que necesito para que todo salga según lo planeado.

Graham la soltó y, mirándola con pesar, caminó hacia la ventana, dándole la espalda. Maisie, al verlo torcer el gesto, fue tras él.

—¿Qué te ocurre?

—¿Piensas llegar hasta el final? ¿De verdad va a ganar tu ambición?

—Nuestra ambición, querido —rectificó—. Tú también estás en esto, no lo olvides. Serás uno de los beneficiados con la muerte de tu hermano, y con la de Logan, cuando consiga casarme con él.

—No sé, Maisie...

Ella alzó la cabeza, con porte orgulloso, y puso los brazos en jarra.

—¡No, Graham, ni se te ocurra tener miedo ahora! ¡Nuestra felicidad está en juego! ¡Nos lo merecemos!

—Lo sé, pero...

—Basta, ni una sola palabra más —lo cortó de repente—. Seremos tan felices como nunca. Así que, vístete y vayamos a festejar las nupcias de tu sobrina con el hijo del viejo Murray.

Las criadas estaban terminando de vestir a Ginebra cuando Logan entró en la habitación. Observó a su mujer de arriba abajo y esta se sonrojó por su intensa mirada.

Estaba preciosa enfundada en aquel bonito vestido rosa, que contrastaba con la negrura de su cabello. Era bastante sencillo, con el escote redondo y las mangas abullonadas, decoradas con un fino bordado en hilo de plata. Desde el cinturón, salía el manto con el tartán del clan, el cual llevaba alrededor de los hombros, protegiendo su delicado cuello del frío. El cabello suelto, enmarcando sus bellas facciones, adornado con pequeñas cuentas brillantes esparcidas entre los mechones.

Logan se relamió deseoso de tocarla. Ginebra era todo un espectáculo para los sentidos y no podía esperar para ponerle las manos encima.

—Podéis retiraros —le ordenó a las criadas—. Yo me ocuparé de terminar de vestir a mi esposa.

Las criadas se miraron entre sí y asintieron en silencio, abandonando los aposentos sin emitir en mínimo ruido. Cuando se quedaron a solas, Ginebra le sonrió.

—¿Vas a terminar de vestirme tú?

—Exacto. —Se acercó a ella y rodeó cuerpo hasta colocarse a la altura de su espalda. Cogió los botones entre los dedos y prosiguió con la tarea que se había autoimpuesto. Mientras lo hacía, sus fosas nasales se llenaban con el dulce olor de Ginebra. Acercó su boca al cuello de su esposa y lo besó—. ¿Te había dicho ya lo hermosa que estás con ese vestido?

—No —gimió ella mientras Logan continuaba besando su cuello y alcanzando su oreja.

—Pues soy un pésimo esposo entonces —bromeó soltando los botones y enredando los brazos en su cintura. Hizo que girase la cabeza y capturó sus labios en un enardecedor beso—. Me gustaría poder tener tiempo para hacerte

el amor antes de la boda.

Ginebra curvó la boca en una sonrisa.

—¿Entonces has venido a vestirme o a desvestirme?

—¿Te gustaría que lo hiciese?

—Sí —admitió notando que el deseo se abría paso por su cuerpo. Dio media vuelta y lo encaró, mirándolo fijamente—. Me gusta que me toques.

—Maldición, Ginebra, y a mí me gusta tocarte —susurró contra sus labios—. Si pudiese, me pasaría el día tumbado en el lecho a tu lado. Te poseería una y otra vez, hasta que nuestros cuerpos acabasen exhaustos.

—¿Me deseas?

—Más que a nada en el mundo.

Ella bajó la vista al suelo y se humedeció los labios.

—¿Y... me amas?

Logan abrió la boca para contestar, sin embargo, no lo hizo. Tragó saliva.

—Tengo... sentimientos tiernos hacia ti.

—¿Y eso qué significa?

—Que te tengo cariño —añadió con el corazón bloqueado, pues su cabeza no le dejaba abrirlo. Deseaba a su mujer, le parecía la más hermosa del mundo, sentía cosas impresionantes con ella, pero... no sabía si podía llamarlo amor.

—A los caballos también se les tiene cariño —expresó con un deje triste en la voz.

—Jamás he amado a ninguna mujer, desconozco tales sentimientos.

Ella dio un paso hacia atrás y suspiró.

—¿Crees que podrás amarme algún día?

—¿Tan importante es eso para ti?

—Lo es.

—¿Por qué? —preguntó sin llegar a entenderlo.

—Porque yo sí que te amo.

Se apreció la sorpresa en sus facciones. Los labios comenzaron a curvarse y el corazón a latir a un ritmo imposible. Ginebra lo quería. Su esposa acababa de confesarle su amor y aquella declaración lo dejó con un sentimiento de plenitud y unas ganas locas de besarla.

Sin poder aguantar las ganas, la cogió por los brazos y la pegó a su torso. Juntó sus labios con los de ella y degustó su delicioso sabor de mujer. Ese sabor tan enloquecedor y familiar.

—¿Me amas, Ginebra?

—Sí.

La apretó todavía más contra él y rio, feliz.

—No dejes nunca de hacerlo, te lo prohíbo.

—Esas cosas no se pueden prohibir. Puedes querer a alguien, o no quererlo —dijo divertida.

Logan besó fugazmente a su mujer y le alzó la barbilla para que lo mirase a los ojos.

—Ginebra, jamás he amado de forma romántica. No sé qué clase de sentimientos son esos, pero... —Se humedeció los labios—... pero, sé que a la única mujer a la que podría llegar a amar de esa forma, es a ti, pues lo que provocas en mis entrañas nunca antes lo había sentido con nadie.

Después de otro beso apasionado, y promesas de regresar a su dormitorio en cuanto pudiesen, y la boda se lo permitiese, dejaron sus aposentos y bajaron por la gran escalera para reunirse con todo el mundo en la capilla del castillo, lugar en la que ellos mismos unieron sus vidas, y donde también lo haría Seelie con el hijo de Murray.

Al acomodarse, Ginebra miró hacia el altar, donde el novio esperaba la llegada de la hermana de Logan. Al fijarse en él, abrió mucho los ojos. El hijo de Murray no era un hombre horrible, ni desagradable a la vista. Ante ellos se encontraba un guerrero de cabello negro, largo y lacio, de piel aceitunada y cara de facciones apuestas y duras. Lo único en lo que llevaba razón su cuñada, era en la cicatriz que cruzaba su mejilla que, en vez de provocar sentimientos de repulsa, lo hacía parecer todavía más interesante.

Seelie apareció unos minutos después. Sonreía, segura de sí misma y de su plan de hacer que su esposo la devolviese al castillo tras la boda.

La ceremonia fue breve y bonita. Logan, sentado a su lado no pudo aguantar las ganas de besarla de vez en cuando, consiguiendo que Ginebra sonriese encantada.

Tras el rito tuvo lugar el banquete, que se dispuso en el gran salón, como era de esperar.

Los Murray bebían y charlaban con sus parientes, el ambiente era alegre y festivo. Logan caminaba por el salón, saludando a los invitados, acompañado por Ginebra, que les sonreía amablemente, dándoles la bienvenida, tal y como se esperaba de ella. Observaba a su marido desenvolverse con todo el mundo, con su característica seriedad, aunque con cortesía, y estuvo segura de que, cuando Lachlan faltase, iba a ser el mejor laird de todas las Tierras Altas.

Casi movida por un impulso, lo cogió de la mano y la apretó. Logan giró

la cabeza y la miró con una ceja alzada. Acercó su boca y la besó con pasión, sin importarle que los vieses, o que no fuese apropiado.

—¿He hecho algo bien para que me cojas de la mano?

Ella le sonrió y lo besó de forma rápida. Acercó su boca al oído de su marido y susurró:

—Es simplemente porque te amo y estoy orgullosa de ti, Logan MacLean.

Los festejos se alargaron y la tarde fue cayendo lentamente. Ginebra, exhausta, tomó asiento en uno de los bancos en los que se encontraba Ellora y alguna de las mujeres de los guerreros. Escuchaba su conversación mientras que, de vez en cuando, sus ojos volaban hacia Logan, que charlaba con sus parientes y con su padre. Había sido una boda bonita, aunque Seelie parecía más nerviosa que nunca, sentada junto a su ahora marido. Su seguridad había desaparecido. Ginebra sintió pena por ella, aunque tenía muy claro que la hermana menor de su marido conseguiría lo que se había propuesto.

Todos parecían pasarlo bien. El salón era un hervidero de gente; incluso los aldeanos llegaban al castillo para felicitar a los novios y desearles una vida próspera, pues las puertas se encontraban abiertas para todo el que quisiese sumarse a la celebración.

Miró a su alrededor y sonrió al ver a todo el mundo gritando y hablando. Parecían felices y conformes con el enlace.

Al girar la cabeza hacia uno de los pilares, vio a una mujer llorando. Al fijarse mejor en ella, se dio cuenta de que era Maisie, la antigua amante de su esposo. La mujer que la amenazó con un puñal cuando todavía se encontraba atada. Apretó los labios y la ignoró, ladeando la cabeza en señal de rechazo.

Pero, por el rabillo del ojo, vio que su llanto no cesaba. Parecía desesperada, como si su vida se hubiese desmoronado. Siguiendo un impulso, se levantó del banco y caminó hacia ella. Al verla, Maisie se tapó la cara y lloró con más fuerza.

—Idos de aquí, Ginebra, no merezco que sintáis pena por mí —le dijo con voz desconsolada.

Ella tragó saliva y se quedó mirando con atención a la mujer que le calentaba la cama a Logan en el pasado.

—Tenéis razón, no lo merecéis. Intentasteis matarme y lo negasteis todo delante de mi marido cuando os delaté.

—No lo entendéis —añadió Maisie sin dejar de llorar—. No lo entiende nadie.

—¿Qué hay que entender?

—Nada, no perdáis vuestro tiempo conmigo.

—¿Por qué estáis llorando?

Maisie se quitó la mano de la cara, dejando a la vista unos ojos hinchados por el llanto.

—No os preocupéis, no quiero importunaros con mis problemas. —Cogió su mano y la besó—. Siento lo que intenté hacer con vos, siento todos mis actos contra vuestra persona, pero... estaba desesperada, mi señora.

—¿Desesperada? ¿Qué he podido hacer yo para desesperaros?

—Amo a Logan, y pensaba que él me amaba también.

—¿Amáis a mi esposo? —preguntó frunciendo el ceño.

—Con todo mi corazón —aseguró Maisie con el rostro desolado. Se limpió las lágrimas y suspiró—. Pero... ahora ya no puedo hacer nada. Me retiraré y os dejaré ser felices.

—Gracias —dijo Ginebra ablandándose un poco. Era una mujer enamorada. A veces, el amor te hacía actuar como si hubieses perdido la razón.

—Cuidaré a mi bebé yo sola. Podré hacerlo.

—¿Vuestro... bebé?

—Estoy embarazada, mi señora. Un niño de vuestro esposo.

Ginebra tuvo que agarrarse al pilar, pues las piernas le fallaron al escuchar la noticia. Intentó tragar saliva pero no fue capaz. El corazón le latía tan rápido que pensó que se escaparía.

—¿Logan es el padre?

—Lo es —dijo, llorando de nuevo—. Me prometió que se casaría conmigo, que se haría cargo del niño y de mí. Pero... aparecisteis vos.

La respiración pareció abandonar a Ginebra. Maisie estaba embarazada y Logan la había abandonado por su culpa.

—¿Él... él no quiere al niño? —Cerró los ojos, mareada por el shock.

—No lo quiere porque os tiene a vos, dice que este bebé sería un estorbo para vuestro matrimonio —gimió la otra—. El otro día, cuando salió de mi cama me confirmó que no lo reconocería como suyo.

—¿El otro día? ¿Logan... salió de vuestra... cama?

—Sí, mi señora. No quiere al bebé, pero mi cuerpo sigue usándolo para su placer. No ha dejado de hacerlo nunca.

Ginebra sintió que la cabeza le daba mil vueltas. Logan le prometió fidelidad antes de la boda. Le dijo que no volvería a tocar a otras mujeres. Y le había engañado.

Bajó la mirada y observó el vientre de Maisie, en el que comenzaba a asomar una pequeña barriguita. Iba a tener un niño, con su amante. Logan sería padre de una criatura y la abandonaría porque estaba casado con ella.

El dolor que sintió en el alma casi la partió por la mitad. Visiones de Logan poseyendo a Maisie cuando le prometió que no lo volvería a hacer, visiones de un niño solo, pasando hambre y frío.

Se llevó una mano al cuello y sintió que la sala se le caía encima. Todo giraba a su alrededor. Todo daba vueltas en su cuerpo y su corazón le dolía como jamás lo hizo.

Necesitaba salir de allí, necesitaba aire.

Sin pronunciar ni una palabra más, salió corriendo del salón, hacia el jardín, dejando a la amante de Logan junto al pilar, con una sonrisa malvada dibujándose en su rostro.

Maisie se ocultó tras el pilar y sacó las pieles que había escondido en su estómago, para simular la barriga de embarazada.

Había conseguido desestabilizar a Ginebra. Sabía del carácter amable y bondadoso de ella, así que solo tenía que esperar. La buena de Ginebra jamás dejaría que aquello se quedase así.

Soltó una carcajada y buscó con la mirada a Lachlan. El laird charlaba relajadamente con sus parientes, ajeno a unos ojos calculadores y fríos posados sobre él. Había llegado su turno, y para él no habría buenas palabras, ni llantos falsos.

Solo tenía que esperar a que el viejo laird se quedase a solas y, cuando eso sucediese... acabaría con él.

Christen se apeó del caballo y miró hacia arriba, admirando el imponente castillo de piedra, situado cerca de aquel precioso lago. Duart era una fortaleza regia y majestuosa, la cual se le antojó infranqueable. Imaginó a Ginebra prisionera en ella, triste y desolada a manos de aquel bruto con el que la obligaron a casarse.

—Aguanta, hermana, ya vamos a por ti —susurró cerrando los ojos con fuerza.

Sabía que había pasado mucho tiempo desde que se separaron, y que Ginebra podía haber sufrido daños irreparables a manos de ese hombre.

Iver cogió las riendas de su caballo y lo ató junto al suyo, alrededor del tronco de un árbol. Lo miró de soslayo y se cruzó de brazos. Desde que se enteró de la verdad, no había consentido compartir su lecho. Le dolió tanto su engaño que evitaba cualquier acercamiento por su parte, cosa que los estaba destrozando a ambos, pues se amaban. Sin embargo, la vida de su hermana había peligrado y él no tuvo el valor de contarle la verdad, y eso era imperdonable para Christen.

—Si todo marcha como debe, las puertas del castillo seguirán abiertas.

—¿Por qué?

—Es tradición que, en las bodas, se abra el castillo para que todos los aldeanos pasen a felicitar a los cónyuges.

—¿Es por eso que me has hecho esperar hasta hoy para venir?

—Exacto. La boda de Seelie nos dará más tiempo e intimidad para que puedas hablar con tu hermana a solas, sin que nadie esté presente, pues no estarán al tanto de lo que ocurre a su alrededor.

Dio un paso hacia la gran fortaleza.

—Pues, vamos allá.

Iver la rodeó por la cintura y la pegó a su cuerpo. Acercó su cara a la de su esposa y susurró muy cerca de su boca.

—¿Después de que encontremos a Ginebra, me perdonarás?

—Suéltame, por favor —le pidió ella apartando la cara y mirando hacia otro lado, con dolor de corazón.

—Christen... —gimió él—. No sigas con esto, nos duele a los dos.

—Aparta tus manos de mí, Iver. —Agarró sus fuertes manos y las empujó para que se despegasen de su cintura—. No puedo hacer que mi cabeza olvide tu engaño. Me has mantenido alejada de mi hermana sabiendo que estaba sufriendo por ello.

—¡Ya sabes por qué lo hice! ¡Temía tu reacción!

Ella lo miró a los ojos, con el semblante inexpresivo.

—Ahora eso no importa. —Dio un paso hacia atrás y señaló hacia el castillo Duart—. Vayamos a por mi hermana.

Iver suspiró y cerró los ojos con fuerza. Tener a Christen tan cerca y no poder tocarla era el peor suplicio al que jamás tuvo que enfrentarse. Entendía que su esposa estuviese enfadada, sin embargo, esa situación entre ellos estaba durando demasiado. Si no arreglaban las cosas pronto, acabarían por

distanciarse del todo, y no quería que eso sucediese, pues amaba a su mujer con todo su corazón.

Caminaron en silencio por la pequeña ladera que llevaba desde el lago al castillo y cruzaron sus muros. El amplio jardín interior apenas tenía vegetación, salvo la inmensa alfombra de hierba que crecía en el suelo. A pesar de ser media tarde, el sol ya había caído y el exterior estaba iluminado por la tenue luz de los candeleros.

Christen caminaba a paso rápido. Saber que solo la separaban de Ginebra unos cuantos muros de piedra era desesperante. Del interior de la fortaleza se escuchaban gritos, cánticos y el estridente sonido de las gaitas. Cuando puso un pie en el escalón de piedra que cruzaba la enorme puerta de madera, Iver la cogió por el brazo, para que frenase.

Ella giró la cabeza y prestó atención de su marido.

—¿Qué ocurre?

—Mira. —Cuando su mirada fue hacia donde el brazo de él señalaba, todo su mundo dio un vuelco. Sentada en un pequeño banco de piedra, pegado a la muralla, se encontraba una mujer de cabello negro que lloraba desconsoladamente.

Christen expulsó el aire que llevaba reteniendo en los pulmones desde que llegaron y tragó saliva. Se llevó una mano al pecho y se apoyó un poco en él, pues las piernas le fallaban.

—¿Es...? ¿Es ella?

—Creo que sí.

CAPÍTULO 22

El llanto y la congoja eran tan intensos, que Ginebra apenas notaba el frío en su cuerpo. Sentada en uno de los bancos que había pegado a la muralla, lloraba sin parar. La conversación con Maisie la había roto. No era capaz de ponerse en pie y regresar al interior. ¿Con qué cara iba a mirar a su esposo después de conocer la verdad? No quería verlo, no quería saber nada más de él. La había engañado y ella se lo creyó como una auténtica tonta.

Logan no dejó de ver a su amante después de que se casasen, la promesa que le hizo no era cierta. Había estado compartiendo la cama de Maisie todo este tiempo, a la vez que lo hacía con ella. El asco y el disgusto le removieron el estómago. Imaginar a su marido tocando a esa mujer le desgarraba el alma. Saber que la besaba igual que a ella, que le susurraba esas palabras tan sensuales al oído, que se deshacía de placer sobre su cuerpo... Un sollozo escapó de su garganta, y las lágrimas bañaron la totalidad de sus mejillas. Se tapó la cara con las manos y su cuerpo se estremeció por el llanto.

Iba a ser padre. Logan iba a tener un hijo con su amante. Y, lo peor de todo, iba a abandonar a la madre y a esa criatura a su suerte. El dolor por la traición, y la culpa que sentía al saber que un niño estaría indefenso porque ella estaba casada con él, le punzaba el pecho de una forma tan lacerante que le costaba incluso respirar.

—Hermana.

Una voz muy familiar la sacó de su particular infierno. Ginebra frunció el ceño al reconocer dicha voz y alzó la cabeza, limpiándose las lágrimas del rostro. Cuando sus ojos enfocaron a la persona que tenía delante y reconocieron a Christen, su corazón se volvió loco. Se llevó las manos al pecho y gritó al tiempo que se levantaba del banco y se lanzaba a sus brazos.

—¡Christen! ¡Oh, Christen! —exclamó otra vez sumida en el llanto.

—Ya pasó, aquí estoy —comentó a su vez, sin poder evitar que los sollozos también agudizasen su voz.

—¡Mi querida hermana, mi Christen! Qué preocupada he estado por ti —gimió sin querer separarse de ella, apretándola contra su cuerpo.

—Era yo la que estaba preocupada, Ginebra. Ese bárbaro que te raptó...

¡Oh, Santos! —Tragó saliva y cerró los ojos con fuerza—. ¡Gracias a Dios que ya te tengo conmigo!

—Recé todas las noches para que estuvieses bien.

Christen se separó un poco de ella, aunque sin soltarle la mano, y la miró detenidamente. Ginebra llevaba un vestido precioso y estaba peinada con un gusto exquisito, sin embargo, estaba llorando cuando la encontraron.

—¿Ha sido muy malo contigo ese hombre? ¿Te ha hecho sufrir mucho? —le preguntó refiriéndose a Logan.

Al nombrarle a su marido, ella se echó a llorar de nuevo. Un llanto tan desesperado que Christen lo tomó como un sí. Sin embargo, Ginebra pensaba en las palabras de Maisie.

Se ahogaba. Su cuerpo estaba tan fracturado por la pena que casi ni podía mantenerse en pie.

—Vámonos de aquí, por favor —le suplicó a su hermana. No podía volver a ese castillo y mirar a Logan a los ojos. No quería volver a verlo. Lo único que necesitaba era marcharse y que ese dolor desapareciese—. Christen, sácame de aquí.

—¡Por supuesto que nos vamos! Tenemos los caballos cerca del lago.

Tiró de la mano de su hermana y comenzaron a caminar hacia las afueras de la fortaleza.

—Christen —La voz de su marido la hizo frenar. Cuando lo miró vio la duda dibujada en su cara—. Es la esposa del hijo de nuestro laird.

—¡Es mi hermana, Iver! ¡Y se viene conmigo!

—Lo entiendo, pero Logan...

Su mujer se cruzó de brazos.

—Ginebra ya ha sufrido bastante por el orgullo de los hombres de este clan, ¿no crees?

—Tienes razón. —Miró por última vez hacia el castillo Duart, donde la música y los gritos continuaban—. Vámonos.

Cuando llegaron a los caballos, Christen cogió el suyo e hizo que Ginebra montase en él.

—Yo montaré con ella.

Iver asintió, cada vez más triste por la frialdad de su mujer.

Ahora que Ginebra había regresado, ¿lo abandonaría? ¿Se irían de vuelta al bosque? Estaban casados. Christen era su esposa, pero ¿qué podía hacer si ella decidía que no quería seguir a su lado? ¿Sería capaz de obligarla? ¿Podría vivir sabiendo que la mujer a la que amaba estaba con él a la fuerza?

El camino de vuelta lo pasaron en el más absoluto silencio. Iver le daba vueltas a todo lo ocurrido. Estaba preocupado. De vez en cuando, giraba la cabeza para mirar a Christen, para intentar conseguir alguna mirada cómplice, pero aquello no ocurrió.

Por su parte, Ginebra no había dejado de llorar desde que montaron al caballo.

Había encontrado a su hermana. Debería estar feliz por ello, y lo estaba. Sin embargo... el recuerdo de Logan y todo lo sucedido podían con la alegría. Amaba a su marido y se alejaba de su lado porque él no la quería de igual modo. La había engañado con su amante e iba a tener un niño con ella. Debía quitarse de en medio, era ella la que sobraba.

—Ginebra —la voz de su hermana la hizo prestar atención—. No llores, me duele verte así.

—Se me pasará enseguida, no te preocupes —mintió para que se quedase más tranquila.

—Sé que habrá sido horrible para ti, pero ya estamos juntas, y todo volverá a ser como siempre, te lo aseguro.

Sonrió, aunque sabía que no sería así, al menos por un tiempo. Necesitaba olvidar que alguna vez conoció a Logan, olvidar su apuesta cara, las vivencias a su lado y todos los sentimientos que experimentaba cuando pensaba en él. Necesitaba sanar su corazón roto, no obstante, sabía que sería un largo camino.

Sin querer pensar más en su desgracia, posó su mirada en Iver.

El guerrero viajaba montado en su caballo junto a ellas. Estaba en silencio y su mirada se clavaba de vez en cuando en su hermana.

—Conozco a ese hombre —susurró en el oído de Christen—. Es pariente de mi esposo. Asistió a nuestra boda.

—Lo sé.

—¿Qué está haciendo aquí, contigo? ¿Por qué nos está ayudando a escapar?

—Porque es mi marido, Ginebra —le confesó a media voz.

—¿Te has casado con un hombre del clan? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—Así es. —Christen observó a Iver de soslayo y suspiró, sintiendo que la tristeza la invadía—. Ambas hemos sido el juguete de los MacLean.

Logan reía con sus parientes mientras brindaban con jarras repletas de whisky tibio. Los invitados de la boda, a pesar de las altas horas de la noche, seguían en el salón festejando el enlace.

Se disculpó con los demás hombres y giró sobre sí mismo para acercarse al lugar donde descansaba su esposa, la cual había decidido tomar asiento junto a su madre, pues había pasado demasiadas horas de pie saludando a los invitados.

Tenía ganas de llevarse a Ginebra a sus aposentos. Desde que la vio con aquel vestido rosa, a primera hora de la mañana, deseó arrancárselo y poseerla hasta que pidiera clemencia. El deseo que sentía hacia su esposa era tal que no había día que no se sorprendiese. Su cuerpo reaccionaba a su presencia, su pecho se henchía cada vez que la veía al final del día y su corazón enloquecía con el roce de su piel.

Cada día que pasaba, estaba más contento de haberla convertido en su mujer. Si al principio organizó la boda movido por un deseo y una atracción como nunca sintió, conforme pasaba el tiempo, ese sentimiento en vez de bajar de intensidad mutó a algo todavía más fuerte. Veía a Ginebra como a la mujer con la que estaba destinado a pasar la vida. Su bella sonrisa, su dulzura y su carácter amable y bondadoso habían logrado que Logan acabase loco por ella. Lo tenía todo. Era su amante, su compañera, una gran confidente y, estaba seguro, una gran señora para el castillo Duart, cuando él se convirtiese en el laird.

Dio un último trago a su jarra y la dejó en una de las mesas.

Al mirar hacia donde estaba Ellora, no vio a Ginebra. Se acercó hasta su madre y llamó su atención.

—¿Has visto a mi esposa?

—Pues... —Ellora alzó las cejas, asombrada—... estaba aquí hace un momento. Quizás haya salido a tomar el aire.

—Voy a ver.

Logan se dirigió hacia el gran portón, sonriendo y pensando en sorprenderla mientras ella descansaba del bullicio de la fiesta. Y maldijo por lo bajo al no haber sido más considerado con Ginebra y no haberla sacado de allí durante un rato.

Cuando salió al jardín, lo encontró vacío. No había rastro de su mujer.

—¡Ginebra! —la llamó, por si se encontraba dando un paseo por los alrededores—. ¡Ginebra!

Al no recibir respuesta, miró hacia dentro de nuevo. ¿Y si estaba en el salón y no se había dado cuenta?

A paso raudo volvió a la fiesta. Se dirigió a la mesa donde se encontraban los novios y tocó el hombro de Seelie, que se volvió enseguida con un sobresalto.

—¡Ah, Logan, me has asustado!

—¿Has visto a Ginebra?

—¿No estaba con madre, sentada?

—Hace un rato que no está allí.

Seelie se encogió de hombros.

—Pues, no sé, quizás ha subido a vuestra alcoba o ha ido a las letrinas.

Sin decir ni una palabra, cruzó el salón y subió las escaleras que llevaban hasta su dormitorio. No había nadie. Abrió todas las letrinas de la planta superior e hizo lo mismo con las situadas en el área de la servidumbre.

—¡Demonios y condenación, Ginebra! —exclamó muy alterado—. ¿Dónde te has metido?

Corrió por el salón de nuevo, caminando entre los invitados, asegurándose de que no estaba entre ellos. Al no lograr nada, sintió miedo. ¿Y si algo malo le había ocurrido? ¿Y si...?

—¿Dónde está mi esposa? —gritó en medio del gentío, que dejó de hablar y le prestó atención—. ¡Ginebra! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Ginebra!

Un nudo que lo ahogaba se instaló en su garganta. Todo su cuerpo estaba tenso, alterado. Su respiración era tan rápida y ruidosa que podía oírle hasta el último invitado.

—Cálmate, Logan, no puede haber ido muy lejos —intentó tranquilizarlo su madre.

—No, ella no se ausentaría sin avisarme antes, ella no lo...

No pudo acabar de hablar, pues un grito desgarrador rompió el silencio de la sala. Era una de las criadas, que se encontraba al pie de las escaleras que llevaban a una de las torres. A sus pies, un cuerpo.

Todos corrieron hacia allí y Logan se arrodilló en el suelo y cogió en brazos el cadáver de su padre. Los gritos y llores de Seelie y su madre le pusieron el vello de punta. Varios parientes se arrodillaron junto a él y examinaron a Lachlan, que yacía en los brazos de su hijo con el cuello partido y los ojos abiertos.

—Ha debido caerse por las escaleras —comentó uno observando las heridas del muerto.

Logan apretó la mandíbula y se obligó a mantenerse fuerte. Al apartar una mano de la espalda de su padre, vio que estaba llena de sangre.

—No ha sido un tropiezo. Lo han asesinado.

—Pero, ¿quién? —preguntó Ellora, que se apoyaba en Seelie y en su otra hija, la hermana mayor de Logan—. Todo el mundo quería a tu padre.

—Le han clavado un puñal por la espalda y le han empujado por las escaleras.

—¡No es posible! —exclamó Seelie cubriéndose la cara y llorando desconsolada.

—Logan —Aquella voz femenina hizo que todos girasen la cabeza y se fijasen en Maisie, que dio un paso hacia adelante—. Creo que sé quién ha podido hacerle esto a vuestro padre.

—Habla —le ordenó él ocultándose bajo su habitual seriedad e impasibilidad.

—He visto a vuestra esposa salir corriendo del salón. Se marchó al exterior con mucha prisa, como si quisiera esconderse de algo.

—¿Ginebra?

—Sí, mi señor —añadió Maisie, intentando que la euforia no se reflejase en su rostro.

—¡Ginebra jamás haría una cosa así! —saltó Seelie defendiendo a su cuñada.

—Es cierto, no lo haría —la apoyó Ellora.

—Mi esposa no tenía motivos para dañar a mi padre —las secundó Logan, con un dolor horrible en el corazón.

—Quizás tengáis razón, sin embargo, es la única persona que no está aquí —comentó Maisie con insistencia.

—¡Ginebra aparecerá y dará una buena explicación a su ausencia! —declaró él con seguridad, confiando plenamente en ella—. ¡Encontraremos al culpable de la muerte de mi padre y pagará por ello con su vida!

Los invitados abandonaron la estancia, tras haber dado sus condolencias a la familia. Los miembros del clan lloraron la muerte de su laird. Salieron partidas a caballo para buscar a Ginebra por los alrededores, mientras otros investigaban el asesinato de Lachlan.

Logan confiaba en su esposa. La conocía y sabía que tenía buen corazón, que jamás haría algo así, a pesar de lo que Maisie pudiese sospechar.

Sin embargo, el culpable de la muerte del laird no apareció; y Ginebra tampoco.

El poblado de los Mackinnon era un lugar tranquilo y apartado de las grandes aldeas que rodeaban los castillos señoriales. El bosque de Mull lo envolvía y conseguía darle una paz con la que pocos enclaves contaban.

Hacía dos días desde Ginebra huyese del castillo Duart, junto a su hermana, y se instalase en la casa que compartían con la madre y la tía de Iver. Desde su llegada, todo el mundo se preocupaba de que estuviese cómoda, tranquila y arropada. Las ancianas eran un encanto y el esposo de Christen un hombre amable y cortés.

Instalaron un colchón y varias pieles, en las que dormir, en una pequeña buhardilla que utilizaban para almacenar conservas. Sin embargo, estaba muy agradecida de que la hubiesen acogido con tan buena predisposición.

Desde su improvisado dormitorio, veía el bosque, ese con el que tan familiarizada estaba. Saber que su pequeña cabaña se encontraba solo a un par de horas de distancia, la tranquilizaba. Porque eso era lo que necesitaba en esos momentos: tranquilidad y tiempo para que su corazón se recuperase del golpe recibido.

El dolor por la noticia del engaño de Logan, y su próxima paternidad, no la dejaban descansar. Pasaba las noches en vela, llorando y deseando desaparecer de aquel oscuro mundo. Lo amaba tanto... que apenas podía probar bocado, pues su estómago no toleraba demasiada comida.

Tenía a su hermana y a su nueva familia, que le daban ánimos e intentaban hacerla sonreír, sin embargo, su cabeza no dejaba de dar vueltas. Echaba de menos a Logan. Extrañaba incluso su carácter osco. Aunque, lo que más añoraba era despertar a su lado, sus besos, sus palabras tiernas y su pasión. Echaba de menos su sonrisa ladeada y sus manos, que tan segura la hacían sentir.

Mientras caminaba junto a su hermana, apenas miraba por dónde lo hacía, tropezando cada poco con las innumerables piedras del camino. No le importaba hacerlo, ni le importaba caer al suelo. Su estado era de tal desdicha que ni el dolor la hacía reaccionar.

—Ginebra. —La voz de Christen le hizo girar la cabeza—. ¿Por qué no me cuentas lo que te ocurre? Desde que llegaste al poblado has estado taciturna.

—No quiero importunaros con mis tonterías.

Christen dejó de caminar y la cogió de las manos.

—Para mí, lo que te ocurra, jamás serán tonterías. —Le acarició las mejillas—. Has pasado por un calvario, lo sé. Es normal que estés triste y confusa, pero recuerda que siempre vas a poder contar conmigo. Te hiciera lo que te hiciese ese hombre... podrás superarlo, yo estaré a tu lado para ayudarte.

Ginebra miró a su hermana a los ojos. Era hermosa, dulce y buena. Jamás podría agradecer lo suficiente a los santos el poder tenerla a su lado.

Se humedeció los labios y suspiró.

—Amo a mi esposo, Christen.

—¿Lo amas? —la interrogó con los ojos muy abiertos—. ¿Amas al hombre que te secuestró?

—Sí.

Su hermana se llevó las manos a la cabeza y negó, sin poder creerse lo que escuchaba.

—Pero... ¿por qué?

—Logan no es un monstruo. Es bueno, él es... —Aguantó las ganas de llorar y suspiró—. A pesar de que prometió torturarme, nunca lo hizo. Como tampoco fue capaz de odiarme. Entre nosotros surgió...

—¿Qué? ¿Qué surgió? —preguntó Christen al ver que dejaba de hablar.

—Un sentimiento tan fuerte que... nos quemaba. Era... deseo, era... —Se apoyó contra un árbol y miró hacia el horizonte—. Me sentía confusa, no comprendía por qué me pasaba aquello justamente con el hombre al que debía aborrecer. —Se humedeció los labios—. Me casé con él creyendo que esa unión era el error más grande que cometería en la vida, pero pronto me di cuenta de que lo amaba. Logan era bueno conmigo, era tierno, apasionado, atento. Me hacía sentir cosas que nunca hubiese imaginado. El roce de su piel hacía que mi corazón creciese.

Christen se apoyó con ella en el árbol, intentando comprender todo lo que su hermana acababa de confesarle.

—Pero, Ginebra. Hay algo que no logro comprender.

—¿El qué?

—Si eras tan feliz con él... ¿por qué llorabas cuando te encontré? ¿Por qué parecías tan ansiosa por escapar?

—Porque su amante me dijo que estaba embarazada de un hijo suyo. Logan me prometió no tocar a otras mujeres después de la boda, y no lo cumplió. —Una lágrima recorrió su mejilla—. Si me hubiese quedado, el

futuro de ese bebé sería incierto.

Christen cogió la mano de su hermana y la hizo caminar de nuevo. Se adentraron todavía más en el bosque, pues Ginebra se empeñó en regresar a su vieja cabaña a coger algo de ropa y demás pertenencias.

Al llegar, abrieron la puerta y contempló el pequeño salón. Estaba tal y como lo recordaba, aunque con un poco más de polvo acumulado. A pesar de haber vivido en aquel lugar toda su vida, ya no lo sentía como su casa.

—Démonos prisa —la apremió su hermana—. Tu esposo sabe del paradero de esta casa, puede venir a buscarte.

Ginebra se asomó por la ventana y suspiró.

—A veces deseo que lo haga. Rezo para que venga a por mí y me diga que todo ha sido un mal sueño. Que me lleve de vuelta al castillo y me diga que la vida sin mí ha sido insoportable.

—Los hombres son mentirosos por naturaleza. Harás bien en no creer nada de lo que te digan —añadió Christen pensando en Iver. La situación con su esposo no había mejorado nada desde el regreso de Ginebra, y no porque él no hubiese puesto de su parte, sino porque Christen todavía estaba dolida. Delante de su hermana intentaba no sacar el tema, pues no quería sumarle más sufrimiento al que ya tenía, no obstante, ninguna de las dos lo estaba pasando bien, y la causa eran dos hombres a los que amaban y de los que no debieron confiar.

CAPÍTULO 23

Tras la muerte de Lachlan, Logan fue reconocido como el laird de los MacLean.

Los días que tuvieron lugar después de la sepultura de su padre, fueron muy intensos y agotadores. Demasiadas cosas por hacer y demasiados asuntos por zanjar.

Se decretaron tres días de duelo, por lo cual, el castillo estuvo cerrado a cal y canto, y solo los habitantes de él asistían a las comidas y reuniones en el gran salón, inusualmente vacío. El silencio lograba que aquella enorme fortaleza pareciese desierta, pues ni Ellora, ni Seelie, que decidió quedarse unos días más en Duart antes de partir hacia las tierras de los Murray, salieron de sus aposentos más tiempo del necesario.

Al terminar de atarse el cinturón, y tras echarse el manto sobre el hombro, Logan abandonó su alcoba. Desde la huida de Ginebra apenas pasaba tiempo allí. Le producía una tristeza arrolladora mirar hacia el lecho, en el que unos días atrás reían y retozaban. A pesar de lo que siempre creyó, los sentimientos que le profesaba a Ginebra eran más fuertes de lo que pensaba. Se sentía vacío sin ella, notaba un ardor en el pecho que no lo dejaba en paz. A veces, incluso creía que se ahogaría entre los recuerdos de su hermoso rostro.

Se había ido y lo había abandonado.

Estaba seguro de ello, pues sus hombres peinaron toda la zona y no encontraron ni rastro de ella.

Mientras bajaba por la escalera, dio un puñetazo a la pared. Todas sus palabras eran mentira. Lo había engañado con falsos te quiero para ganarse su confianza y poder escapar. La pena y la rabia estaban haciéndose una bola en su estómago y sabía que explotaría en cualquier momento.

La mujer buena y sincera que pensó que era lo había traicionado. Su dulce Ginebra había escapado porque no lo quería. Maisie la vio marcharse con sus propios ojos. La vio salir corriendo al jardín cuando todos disfrutaban de la fiesta.

Llegó al gran salón y tomó asiento en uno de los bancos, solo, en silencio. Contrariamente a las acusaciones contra ella por el asesinato de su padre, él

no lo creía. Quizás se había ido de su lado, pero no era una asesina. Su esposa no sería capaz de tales actos.

No obstante, y a pesar de las ganas de que regresase a su lado, no mandó a sus hombres a buscarla a su casita del bosque. Estaba dolido, y enfadado con ella por haberlo dejado. Si no lo quería, era libre de marcharse. No la retendría contra su voluntad. No podría hacerlo... porque quería que fuese feliz, aunque eso significase vivir lejos de él. Desde que la conoció, la había hecho sufrir demasiado, y no seguiría atormentándola con su presencia.

Quizás, el bajo estado de ánimo por el atentado contra su padre era el que le hacía actuar de esa manera, sin embargo, había dado la orden a sus parientes de dejar de peinar la zona para encontrarla. Estaba decidido a centrar toda su energía en hallar al asesino de Lachlan y hacerle pagar con su vida. Pudiese ser que, de esa forma, el recuerdo de su mujer se fuera borrando y la quemazón que sentía en el corazón desapareciese.

Lo peor de todo eran las noches. Le faltaba su cuerpo pegado al de él, sus tiernos labios respondiendo a sus besos, sus jadeos de pasión cuando la poseía.

Desde que Ginebra se fue, no había dejado de recibir invitaciones de Maisie para compartir su lecho. Sin embargo, las rechazó todas. No quería, ni podía, tocar a nadie más. Su deseo solo se inflamaba con una persona: con su mujer. Ninguna otra tenía todo lo que encontraba en Ginebra.

Un estruendo lo sacó de sus pensamientos. La puerta se abrió con un gran golpe y por ella entró corriendo una de las sirvientas, asustada.

—¡Mi laird, intenté detenerlo! ¡Lo juro!

—¿A quién? —preguntó Logan frunciendo el ceño.

—¿Dónde está? —gritó alguien desde la puerta—. ¡MacLean! ¿Dónde la tenéis? ¡Os exijo que traigáis a mi nieta ante mi presencia!

Nial Ferguson entró al salón a paso decidido, acompañado por uno de sus hijos.

A pesar de su avanzada edad, el viejo Ferguson caminaba con una vitalidad envidiable. De pelo cano y largo, cuerpo orondo, baja estatura, y una cara rolliza coronada por su inseparable ceño fruncido. Hacía varios años que no se veían, sin embargo, el abuelo de Ginebra no había cambiado lo más mínimo.

Cuando el anciano llegó a su lado, Logan se puso de pie y lo encaró, con aparente calma.

—¡Os he dado una orden, MacLean! Decidle a mi nieta que quiero verla.

—A mí nadie me da órdenes, viejo —dijo Logan con suficiencia—. Y, aunque así fuese, no puedo hacer lo que me pedís.

—¿Por qué no?

—Porque ella no está aquí.

—¡Eso es inaudito! —gritó Nial Ferguson alzando los brazos—. Recibí una misiva de vuestro padre, la semana anterior, informándome de vuestro enlace.

—Y ese enlace se celebró.

—¡No me hagáis perder el tiempo, MacLean! ¡Decidle a mi nieta que he venido a visitarla!

—Ginebra no está aquí —informó con un dolor sordo en el pecho.

—¿Y dónde se encuentra? Yo mismo iré a buscarla.

—Su paradero me es desconocido.

—¿Cómo es eso posible? —Nial Ferguson miró a su hijo, que permanecía callado a su derecha—. ¡Sois su esposo! ¡Debéis saber en todo momento qué hace vuestra mujer! Es vuestro deber.

—Mi mujer me abandonó el día que asesinaron a mi padre.

—¿Y qué hacéis que no estáis buscándola?

—Si vuestra nieta ha decidido marcharse, no seré yo quien se lo impida —dijo Logan, sintiendo que el dolor y el enfado crecían dentro de él.

—¿Qué clase de laird sois vos? —le atacó—. ¿Cómo van a respetaros vuestros hombres si ni siquiera sois capaz de controlar a vuestra esposa?

El semblante de Logan se ensombreció y dio un paso hacia adelante.

—¿Qué clase de laird sois vos, Nial Ferguson, que no fuisteis capaz de controlar ni a vuestra propia hija? —susurró con voz amenazante—. ¿Cómo osáis dirigiros a mí en ese tono cuando ni conocíais la existencia de vuestras nietas hasta que no os lo comunicamos los MacLean?

—¡No tenía forma de saberlo, joven! Ya sabéis lo ocurrido con Shenna —al nombrar a su hija, sus ojos se humedecieron.

Logan dio media vuelta y se sentó sobre el banco.

—Pues, os deseo buena suerte en vuestra empresa, si decidís buscar a Ginebra y a su hermana. Espero que tengáis suerte.

—¿Habláis en serio, MacLean, cuando decís que no pensáis mover un músculo por vuestra mujer?

Logan apretó los labios. ¿Ir a por ella? Ginebra no lo amaba, había huido de él. Su orgullo estaba herido.

—No —declaró con simpleza, intentado que el enfado no se reflejase en

su rostro.

—¡Malditos santos! ¿Qué clase de caballero sois vos?

—No os equivoquéis conmigo, Ferguson —le advirtió Logan—. Es mejor para vos que no busque a vuestra nieta. Hay personas que la acusan de ser la culpable de la muerte de mi padre.

—¡No creeréis esa patraña!

—¿Por qué no? —preguntó Logan dominado por el dolor—. Desapareció cuando lo asesinaron.

—¡Los Ferguson no somos unos asesinos!

—¿Habéis acabado ya con vuestro necio parloteo? Tengo obligaciones pendientes.

Nial Ferguson maldijo por lo bajo y dio un par de pasos hacia el marido de su nieta.

—Como gustéis, MacLean. Mi propia familia encontrará a mis nietas.

—Pues, que tengáis suerte. Os será casi imposible dar con su paradero.

—No estéis tan seguro, muchacho —expresó Nial con una débil sonrisa—. Cuando uno tiene oídos, todo es posible.

—¿Qué queréis decir? —se interesó Logan levantándose de nuevo del banco.

—Ha llegado a mi saber que Christen, mi otra nieta, se desposó con un hombre de vuestro clan. Un tal Iver MacLean.

—¡Patrañas! ¡Se casó con una Mackinnon! ¡Iver me lo hubiese dicho, no me hubiese engañado!

—¿Os lo hubiese dicho sabiendo que reteníais a la hermana de su esposa? —Nial Ferguson rio—. Me parece que el necio sois vos, Logan MacLean. —El abuelo de Ginebra hizo una señal con la cabeza a su hijo, que continuaba a su lado en silencio. Dieron unos pasos hacia atrás e hicieron una leve señal al laird del castillo antes de abandonar el gran salón—. Que tengáis un buen día.

Cuando se quedó a solas, Logan se masajeó la frente con las manos mientras su mirada se perdió en un punto de la pared. ¿Iver casado con la hermana de Ginebra? ¡Era imposible! Si una noticia de esa envergadura hubiese sucedido, los miembros del clan sabrían algo al respecto.

Minutos después desechó aquello de su cabeza. ¡No! Iver jamás le ocultaría algo así! ¡Eran amigos! El viejo Ferguson solo quería molestarlo.

Resopló con fuerza y nada más hacerlo, un hermoso rostro de ojos negros y cabello oscuro apareció en su mente. Su esposa le sonreía y besaba como siempre, se tumbaba en el lecho y le hacía una señal con el dedo para que se

acostase a su lado.

—¡Maldición! —exclamó entre dientes. Caminó por a través del salón y salió al exterior. Cruzó a zancadas el patio de armas hasta que llegó a las caballerizas, donde Rhyddid comía heno.

Necesitaba despejarse, cabalgar durante horas y olvidar a esa mujer. Quizás, a lomos de su fiel amigo pudiese dejar de pensar en Ginebra y en lo desdichado que era ahora que no estaba con él.

Christen acabó de frotarle las piernas a la madre de Iver con el emplasto que ella misma preparó. Se lavó las manos en la palangana y miró por la ventana el cielo tan nublado con el que había amanecido. Amenazaba tormenta y, por el color de las nubes, caería bastante lluvia.

La casa estaba en silencio. Las ancianas tejían, mientras el fuego del hogar crepitaba, y Ginebra dormía plácidamente en su improvisada habitación de la buhardilla. Su hermana estaba tan decaída y triste que era un suplicio para ella verla de ese modo. Nada de lo que le dijese cambiaba la expresión de su rostro. Echaba de menos a su esposo, pero había decidido quitarse de en medio para que este no repudiase a su propio hijo. Al pensar en ello, chasquéó la lengua. ¿Qué clase de hombre ignoraba a una criatura engendrada de su misma sangre? Quizás, estar lejos de él era lo mejor para Ginebra, pues sus actos no lo convertían en una buena persona. Y ella se merecía al mejor marido que existiese, y no a un bruto como Logan MacLean.

Se sentó en una vieja silla de madera y sintió frío. Hirvió unas hierbas y se preparó una infusión bien caliente. Mientras la bebía, pensó en todo lo que había ocurrido en tan poco tiempo. Ambas habían pasado de vivir alejadas del resto del mundo a estar casadas. Pero eso no significaba que su felicidad fuese completa. Ginebra parecía un alma errante y ella... ella misma tampoco era del todo feliz.

Amaba a Iver, lo amaba con todo su corazón, pero el orgullo no le permitía acercarse a él. El engaño era algo que Christen jamás había podido perdonar. Y, si encima venía de una persona a la que adoraba, el dolor por el desengaño era todavía más grande. Ojeó de nuevo por la ventana y fijó sus ojos en las caballerizas, donde Iver pasaba varias horas al día cuidando a los caballos y arreglando mobiliario de la casa que se comenzaba a romper.

Se fijó en su rostro, serio y concentrado en el trabajo.

Era tan apuesto... y le dolía tanto la frialdad que había entre los dos...

Su esposo lo intentaba. Todos los días intentaba sacarle una sonrisa, ver algún signo de cariño en ella. Pero Christen no le daba ni unas migajas. No era una mujer necia; sabía que tarde o temprano su esposo se cansaría de insistir y dejaría que su matrimonio fracasase. Nadie se quedaba en un lugar donde no se sentía querido. Y él acabaría por irse. Dejaría de amarla y buscaría una amante que le calentase la cama.

Un desagradable frío le recorrió la espalda. Imaginar a Iver con otra mujer era un suplicio. No quería perderlo. Sentía un miedo atroz cuando pensaba que su amor desaparecería. Sería capaz de cualquier cosa para conseguir que se quedase a su lado.

Miedo atroz, repitió para sí; capaz de cualquier cosa para que se quedase. Aquellos pensamientos la sobresaltaron.

¿Y si Iver sintió eso cuando pensó en que podría perderla? ¿Y si le ocultó la verdad sobre Ginebra movido por el miedo a su rechazo?

Christen se puso en pie de repente y se llevó las manos a la frente. ¿Y si había sido demasiado injusta con él? ¿Y si lo había tratado con demasiada dureza?

Su cabeza estaba hecha un lío.

Lo único que tenía claro era que no quería perder su amor. Amaba a su esposo con todo su corazón y... ¡Santa María! ¡Las personas cometían errores! Padre le repetía miles de veces que errar era humano. Todo el mundo merecía una segunda oportunidad, y más aún si demostraba arrepentimiento.

Movida por el deseo de acabar con aquella situación cuando antes, abandonó la casa y caminó por el pequeño jardín de hierba, hasta llegar a las caballerizas, de las cuales salía un ruido metálico.

Traspasó la entrada y anduvo en silencio hasta que pudo apoyarse en una pared, a la derecha de su marido.

Iver dejó de golpear el metal. Al ver a Christen allí, abrió mucho los ojos.

—Hola. —Se acercó a ella y la miró sin saber qué más decirle.

Ella bajó un poco la vista al suelo y se mordió el labio inferior.

—He pensado que... tal vez te gustaría pasear un poco conmigo —comentó algo más nerviosa de lo que imaginaba.

—Sí, claro, vayamos —aceptó de inmediato, esperanzado por el cambio de actitud de su mujer.

Salieron de las caballerizas y se adentraron en el bosque. Ninguno de los

dos dijo nada, se limitaron a caminar junto al otro.

Qué extraño era el amor y qué frágil la confianza. Jamás se pararon a pensar que para que el primero permaneciese, tenía que existir la otra. Que la desconfianza mataba hasta el sentimiento más puro y bonito, y que para conservar ambos había que dejar de lado el orgullo y la altivez aparcados a un lado.

Christen alargó la mano y la enlazó con la de su esposo, que cerró los ojos, sonriente, al notar aquella tregua entre ambos.

Iver dejó de caminar y giró su cuerpo para encararla de frente. Al posar sus ojos en los de ella vio comprensión. Su corazón se hinchó y creyó que explotaría dentro de su pecho.

—Christen, yo...

—Lo sé. —Se puso de puntillas y lo besó con ternura, sintiendo que Iver la rodeaba por la cintura y apretaba su cuerpo contra el de ella. Al separarse, sonrió—. Se acabaron las distancias entre nosotros. No quiero seguir enfadada contigo.

Iver la cogió por la barbilla y la hizo alzar la cabeza.

—Solo quiero que entiendas, mi amor, que jamás pretendí hacerte daño, ni provocárselo a tu hermana con mi silencio. Fui un cobarde. Debí confiar en ti.

—Sí, debiste hacerlo. —Christen le acarició la rasposa mejilla—. Prométeme que, de ahora en adelante, entre nosotros no habrá secretos. Soy tu mujer, la mitad de este matrimonio. Estaré a tu lado siempre, Iver. En eso consiste nuestro compromiso. Puede que vengan tiempo duros, o que no me guste todo lo que hagas; pero, mientras confiemos el uno en el otro, todo estará bien.

—Todo lo estará. Te amo, Christen MacLean. Eres el mejor regalo que el cielo ha podido hacerme.

—Y tú el mío, mi amor. Quería estar a tu lado, pero mi orgullo no me lo permitía.

—Ya pasó.

—Sí, ya pasó. —Se besaron por segunda vez, aunque con más pasión—. Ahora, deseo recuperar el tiempo perdido con mi esposo. Quiero que vuelvan las sonrisas, los susurros y las miradas cómplices. Quiero que vivamos plenamente y que lo hagamos juntos, hasta que el Señor decida que ha llegado nuestra hora de abandonar este mundo.

—Así será, mi vida.

Regresaron de vuelta a la casa y se dirigieron a su dormitorio. Allí, se demostraron todo el amor que tanto tiempo habían ignorado y se prometieron, entre susurros y besos, que el tiempo que les quedaba por vivir juntos estaría repleto de felicidad.

Maisie abrió la puerta de la cabaña de Graham y entró sin ni siquiera avisar de su presencia. Estaba muy enfadada. Las cosas no se estaban dando como ella había planeado. Había quitado de en medio a la lerda de Ginebra, y también al viejo Lachlan. Logan ya era laird, era la oportunidad que siempre estuvo esperando. Tenía que casarse con él cuanto antes. Sin embargo, lo que nunca imaginó fue que Logan la ignorase. ¡Y no entendía por qué! ¡Su esposa no estaba, él creía que lo había abandonado porque no lo amaba! Era libre de buscar a otra mujer, y Maisie se había estado paseando delante de él, y ofreciéndole su cuerpo, desde que se quedó solo. Pero, ¿qué había obtenido por respuesta? ¡La frialdad de su antiguo amante y su rechazo!

Cruzó la vivienda y buscó a Graham por las habitaciones. Lo encontró en el salón, sentado en una de las sillas, con la mirada puesta en la ventana. Al notar su presencia, el tío de Logan giró un poco la cabeza, pero apenas reaccionó, sino que la miró como si viese humo.

—¡Esto se nos está yendo de las manos, Graham! —exclamó Maisie nada más verlo—. ¡No logro que el estúpido de Logan se interese por mí! ¡Y no lo comprendo! ¡Antes se volvía loco por mi cuerpo! ¡Su esposa ya no está y me tiene a mí! ¿Por qué desdeña mis atenciones?

Graham la observó con fijeza y, en vez de hablar, se limitó a encogerse de hombros.

—¿Estás mudo? —inquirió ella frunciendo el ceño—. ¿Te has olvidado de hablar?

—No, Maisie, no me he olvidado.

—¡Genial, porque tienes que ayudarme con esto! ¡Necesito que me des ideas! ¡Estamos a punto de lograrlo y no podemos rendirnos ahora!

—Lo que tú digas.

Maisie se quedó mirándolo durante un tiempo y se cruzó de brazos, extrañada.

—¿Se puede saber qué diablos te ocurre?

Él apretó los labios.

—Has matado a mi hermano.

—¿Y qué hay de nuevo en esa noticia? ¡Sabías de mis intenciones desde hace meses! ¡Estaba dentro de nuestros planes!

—Nunca pensé que te atreverías a hacerlo, creía que solo eran...

—Que solo eran, ¿qué? —lo interrogó con seriedad.

—Me convencí de que no serías capaz de hacerlo cuando llegase la hora —le dijo con decepción en la voz.

Maisie rio y se sentó a su lado, en la silla de madera que quedaba libre. Lo cogió por las mejillas y lo hizo mirarla.

—Yo jamás vacilo en mis planes. Logré que Ginebra se marchase, maté a tu hermano y, cuando me case con Logan, él correrá la misma suerte. —Se acercó un poco a su cara y le susurró—. Ya nos queda poco, mi vida.

—No hables en plural. No quiero ser partícipe de otra muerte.

—¿Partícipe? —preguntó sin poder dejar de reír—. ¿En qué momento has participado en la muerte de tu hermano? ¡El mérito es solo mío! ¡Tú te has dedicado a lloriquear! ¡Tienes suerte de que te siga amando!

—¡Has matado a una persona, Maisie! —añadió para intentar que se diese cuenta de sus actos.

—¿A una? ¡Ja! ¿Y por qué crees que murió mi difunto esposo?

—¡No habrás sido capaz también de semejante atrocidad!

—¡Math solo fue un trampolín para poder escapar del clan Davidson! Y cuando lo conseguí, se convirtió en un estorbo para lograr mis objetivos.

Graham se levantó de la silla como si hubiese visto al mismísimo demonio. Se alejó de ella, mirándola como si no la conociese de nada, y, en cierto modo así era. Siempre la había idealizado, pensó que lo que decía eran simples ambiciones de mujer. No obstante, cuando asesinó a Lachlan, la venda se le cayó de los ojos.

—Maisie, sal de mi casa —la echó, con más calma de la que sentía por dentro.

—No estarás hablando en serio. ¡Tenemos planes que trazar!

—¡No voy a planear nada contigo que dañe a mi sobrino! ¡Has matado a su padre!

—¡Y mis actos te convertirán en laird! —exclamó para que recapacitase. A todo el mundo le gustaba el poder.

—¡No quiero ese título si eso significa conseguirlo con la sangre de mi familia!

—¡Maldito estúpido! —lo insultó fuera de sí—. ¡Pues, ojalá te pudras en

esta horrible casa y te mueras de hambre! ¡Yo seré la señora del castillo Duart y tú un simple súbdito que me besaré los pies! ¡Has perdido tu oportunidad, pensaba que eras un hombre más inteligente!

—Inteligente no es sinónimo de asesino.

Maisie se levantó de la silla hecha una furia y alzó una mano, señalándolo.

—Lleva cuidado, Graham, o puede que el próximo en caer seas tú. —Dio un golpe en la pared y gruñó—. ¡He llegado demasiado lejos para detenerme ahora! Mataré a quien sea necesario para llegar al poder, a Logan, a todos sus malditos parientes y a ti, si te interpones en mi camino. ¡No lo olvides!

Y, tras aquella amenaza, salió de la casa cerrando la puerta con un golpe violento. Al quedarse a solas, Graham se apoyó en una de las paredes y se dejó caer al suelo, sentado. Allí lloró. Lloró por su hermano, por el difunto marido de Maisie y por él mismo, porque se había dado cuenta de que el amor que ella le juró no era tal. Se derrumbó porque él sí la quería de veras, y porque aquella situación lo colocaba en una posición muy delicada.

CAPÍTULO 24

Los días pasaban en la aldea de los Mackinnon y el corazón de Ginebra seguía destrozado. Habían transcurridos más de tres semanas desde que escapase del castillo Duart y su ánimo no había mejorado nada. Lloraba muy a menudo, aunque se escondía para hacerlo, pues no quería que su hermana sufriese al verla.

Cada mañana, salía sola a caminar al bosque. Paseaba desde el poblado hasta su cabaña, y se quedaba en ella sentada en su salón, hasta que comprendía que Logan no iría a buscarla ese día tampoco. Vivía esperanzada en que fuese a por ella, en que todo lo vivido hubiese sido un mal sueño, sin embargo, cada jornada regresaba sola y más rota todavía al poblado. Sabía que lo mejor para su salud era olvidar a su marido, actuar como si nada hubiese pasado. Pero no podía. Su amor hacia él era tan grande que pasaba día y noche con su recuerdo en la mente.

Salió del bosque y pisó el poblado, al mismo tiempo que se enjugaba una lágrima. Debía aparentar que estaba bien.

Cuando llegó a la casa, en vez de entrar, tomó asiento en la entrada, en el suelo. Se descalzó y apoyó los pies sobre la húmeda hierba. Sentir el tacto frío y suave rozándola, le hacía comprender que seguía viva, que todavía permanecía en aquel mundo, aunque la mayor parte del tiempo su cabeza se despegase de él.

—¿Shenna? ¿Eres tú?

La voz de un hombre le hizo alzar la cabeza. Ante ella había dos desconocidos vestidos con un tartán que no reconocía. El que le habló era un anciano orondo y de pelo cano. Su rostro era serio y rojizo, y llevaba cubierta parte de las mejillas por una espesa barba.

—Creo que os equivocáis de persona, señor.

—Disculpadme, muchacha, es que vuestra cara es igual a la de una persona a la que conocí hace mucho tiempo.

—No os disculpéis —dijo Ginebra con una sonrisa—. Ha sido agradable escuchar el nombre de mi madre una vez más.

—¿Vuestra madre se llama Shenna? —La cara del anciano se iluminó.

—Así es.

—¿Shenna Ferguson? —Ginebra abrió mucho los ojos al escuchar el nombre completo de su madre. ¿Quién era ese hombre? Se puso en pie con movimientos rápidos dio un paso hacia atrás—. ¿Quién eres de las dos?

—¿Perdón? —¿De las dos? ¿A qué se refería?

—De sus dos hijas, ¿cuál eres de ellas?

—¿Cómo... sabéis que madre tuvo dos hijas? ¡Es imposible! —Estaba comenzando a asustarse. ¿Quién eran esos hombres? El secreto de su nacimiento era un asunto que sabían unas pocas personas—. ¿De qué conocéis a mi madre?

El anciano le sonrió y miró a su acompañante, asintiendo, seguro de haberla hallado.

—Soy Nial Ferguson, tu abuelo.

El mundo se derrumbó a los pies de Ginebra. ¿Su abuelo? ¿Él era el hombre del que habían estado huyendo desde que nacieron? ¿El hombre por el que sus padres no pudieron gritar su amor al resto del mundo y tuvieron que esconderse como unos criminales, cuando su único pecado fue quererse?

El miedo se apoderó del cuerpo de ella. Sus piernas comenzaron a temblar, aunque intentó que no se notase.

—¿Habéis... habéis venido a matarnos?

—¿A mataros? —Las carcajadas de Nial y su acompañante rompieron la quietud del poblado—. ¿De dónde sacas eso, muchacha?

La puerta de la casa se abrió y por ella apareció Christen, que frunció el ceño al ver a aquellos desconocidos.

—Ginebra, ¿ocurre algo?

Nial observó a la otra joven y sonrió más abiertamente.

—Y tú debes ser la otra hija de mi Shenna.

—¡Nial Ferguson! —exclamó Iver nada más poner un pie en el exterior. Puso su cuerpo delante del de su esposa, para protegerla de cualquier ataque.

—¿Quién? —exclamó Christen muerta de terror—. ¡Ginebra, apártate de él!

—Sosiego, muchachas —pidió su abuelo—. ¿Por qué creéis que voy a dañaros?

Ginebra dio otro paso hacia atrás y tragó saliva.

—¡Amenazasteis a madre con la muerte si seguía viendo a padre! ¡Jurasteis matarlos a ambos! ¡Los condenasteis a una vida encadenada a la soledad! ¡Y a nosotras también!

—Yo solo pretendía proteger a mi hija —se defendió su abuelo, con un deje triste en la voz.

—¿Protegerla? ¿Cómo? —se aventuró Christen, que empujó un poco a Iver y se reunió con su hermana, seguida por su esposo, que no confiaba en Nial Ferguson.

El anciano se acercó a sus nietas.

—Estábamos en guerra contra Inglaterra. Miles de escoceses habían muerto bajo manos inglesas. Quería que mi Shenna estuviese a salvo. Nunca imaginé que llegaría a escaparse con aquel hombre. —Tragó saliva y suspiró—. La amenacé convencido de que mis palabras conseguirían sacarla de su error, para que aceptase casarse con Dougald McDonald. ¡Bajo ningún concepto hubiese dañado a mi propia hija!

—¡Padre era un buen hombre! La mejor persona que jamás conocí —lo atacó Christen.

—¿Cómo iba a saberlo, muchacha? Escocia estaba furiosa con Inglaterra, y todos sus hijos eran una amenaza para nosotros. —Nial Ferguson ojeó de nuevo a sus nietas—. Le debo mis disculpas a vuestro padre. Esta reyerta ya ha durado bastante. Quiero recuperar a mi hija, y a mis nietas.

Ginebra apretó los labios.

—Eso no va a ser posible. Ellos murieron.

Vieron cómo los ojos de su abuelo se enrojecieron por la pena. Sacó un pañuelo de su chaleco y se lo pasó por la nariz.

—Mi pobre Shenna —se lamentó. El hombre que se encontraba a su lado, le puso un brazo en el hombro, a modo de apoyo—. Ya soy viejo, y moriré con la pena de no haber podido verla de nuevo.

A Ginebra y a Christen les conmovió el sentimiento que su abuelo demostró por el fallecimiento de su hija.

El hombre que acompañaba a Nial, dio un paso hacia adelante y les hizo un saludo con la cabeza. Era muy parecido a su abuelo, aunque con el cabello color zanahoria y la piel blanca como la nata.

—Mi nombre es Adrien Ferguson, soy el hermano menor de vuestra madre. —Ginebra y Christen hicieron una pequeña reverencia—. Desde que nos informaron de vuestra existencia, no hemos dejado de buscaros.

—¿Cómo nos habéis hallado? ¿Quién os ha hablado sobre nosotras? —preguntó Ginebra sin llegar a comprenderlo.

—Fue Lachlan MacLean. El día que te desposaste con su hijo, recibimos una misiva informando de que nuestras familias quedaban unidas por esa boda.

—Pero... ¿cómo estáis seguros de que somos nosotras y que esto no es un engaño? —preguntó Christen.

—Solo hay que miraros, muchacha. Sois la viva imagen de mi Shenna —añadió su abuelo—. Además, Lachlan MacLean siempre fue un maldito prepotente. Le encantaba fanfarronear con sus posesiones. Así que, no podía ser un bulo. Si la misiva hubiese venido de otro... quizás hubiéramos dudado, sin embargo, siendo Lachlan el remitente, nos pusimos en marcha nada más leer el comunicado.

Iver sonrió al escuchar la forma en la que se refirieron al padre de Logan. Siempre fue un buen hombre, sin embargo, tenía que reconocer que tenían razón.

—Tengo la intención de compensaros por el daño que causé a vuestra madre —continuó su abuelo—. Desde este momento, seréis reconocidas por toda la familia Ferguson como parte de mis herederos. Seréis tratadas con respeto y caballerosidad por todos. —Nial alzó un poco las manos—. Sé que es demasiado pronto para ello, pero... ¿seréis capaces de darle un abrazo a este viejo?

Ginebra y Christen se miraron, dubitativas. ¿Qué debían hacer? ¿Perdonar sin más a esas personas que tanto daño les habían hecho o, por el contrario, repudiarlos y seguir con sus vidas como si aquel encuentro no hubiese ocurrido jamás?

Ambas contemplaron con atención el rostro de su abuelo. Era un hombre muy mayor; cometió un grave error del que se arrepentía y arrepentiría hasta el fin de sus días. No había descansado hasta encontrarlas desde que conoció la noticia. Y, cuando lo había hecho, las había acogido en la familia sin dudarle, demostrándoles lo queridas que eran en ella.

Tras mirarse unos segundos y asentir, Ginebra y Christen se lanzaron a sus brazos, logrando que Nial llorase como un niño, apretándolas contra su orondo cuerpo.

Ginebra también lo hizo. Las lágrimas escaparon de sus ojos y bañaron su cara casi sin apenas darse cuenta. Pensó en su madre, en lo orgullosa que estaría de ellas por haber sido capaces de perdonar a la persona por la que tanto habían sufrido, pensó en su padre, siempre sonriente, amable y amoroso, y pensó en Logan, en la vida que jamás tendrían juntos y en lo desdichada que era sin él.

Logan apuró el contenido de su jarra y la dejó sobre la mesa.

A pesar de que el gran salón se encontraba lleno y las voces de sus parientes resonaban por doquier, él se sentía muy solo.

Había intentado no pensar demasiado en el tema, había intentado sacársela de su cabeza bebiendo tanto alcohol como su organismo aguantase. Pero el recuerdo de su esposa lo torturaba día y noche.

¿Qué le había hecho? ¿Qué había hecho con él esa condenada mujer para que no pudiese sacarla de su corazón?

No merecía que estuviese así. Ginebra no merecía todas esas molestias. Se había marchado. Lo dejó y se marchó huyendo como una delincuente. Logró que abriese su alma y después lo abandonó sin más.

De forma desapasionada, alzó la jarra para que la sirvienta se la volviese a llenar con whisky tibio. Llegaba la noche, necesitaría embotar sus sentidos para poder conciliar el sueño y no pensar en ella.

—Maldita —susurró con el rostro compungido por el dolor.

Con la jarra llena, se la llevó nuevamente a los labios y dio buena cuenta de ella. Era lo que necesitaba para olvidar el olor de su pelo, la finura de su cintura y lo mullido de sus labios. Era necesario para callar sus falsas palabras de amor y sus caricias forzadas.

—Hijo.

La voz de su madre lo sacó de su burbuja. Giró la cabeza y la miró. Ellora, tras la muerte de su esposo, había perdido peso y se la veía más envejecida.

Le acarició el brazo y lo miró con amor.

—No es bueno que bebas tanto.

—¿Y qué más da, madre? No va a pasarme nada.

—Me preocupa tu aspecto, Logan. —Apoyó una mano en su mejilla rasposa—. Desde que Ginebra se marchó estás muy desmejorado.

—Nada tiene que ver ella en mi aspecto —dijo de forma cortante.

—Todos la echamos de menos.

—¡Yo no! —gritó, y los presentes lo miraron, extrañados—. ¡Tendría que haberse ido antes! ¡No me importa!

—No necesitas fingir conmigo —señaló, con voz suave.

—¡Ya basta, madre! ¡Solo me casé con ella por su apellido! —mintió—. ¡Soy el laird, y tengo demasiadas cosas en las que pensar como para que la marcha de mi esposa me quite el sueño!

—La amas, ¿verdad?

—¡No! —prorrumpió enfadado—. Y no vas a volver a hablar sobre Ginebra nunca más, ¿me oyes?

Ellora ladeó la cabeza y se quedó observándolo con preocupación. Logan siempre había sido un joven tosco y serio, igual que su padre. Sin embargo, ese hombre amargado y triste que tenía delante, no se parecía nada a su hijo.

Se levantó de su lado.

—Como gustes, hijo. No volveré a importunarte con mis tonterías.

Cuando se quedó a solas, terminó el contenido de su jarra y se tapó la cara con las manos. Rechazó el trozo de capón que la sirvienta le ofreció, pues tenía el estómago cerrado, y se marchó del salón.

Necesitaba estar a solas, su mente precisaba un poco de paz.

Cuando comenzó a subir la escalera para llegar hasta sus aposentos, la voz de un hombre lo hizo frenar. Al darse la vuelta descubrió a Graham. El hermano de su padre tampoco tenía demasiado buen aspecto.

Su tío lo saludó y bajó la cabeza, pues la culpabilidad no lo había dejado vivir desde que ocurrió aquello con Lachlan.

—Necesito que hablemos, Logan.

—¿Puedes esperar hasta mañana? Esta noche he bebido demasiado whisky.

—Me temo que lo que tengo que contarte... es de suma importancia.

Logan entrecerró los ojos y regresó sobre sus pasos para colocarse frente a su tío. Desde la cercanía se dio cuenta de que Graham temblaba por el nerviosismo.

—Esto es muy gordo, es... muy gordo —habló mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¿El qué?

—Yo mismo soy culpable por haber callado durante tanto tiempo —lloró como un niño y se apoyó en su sobrino—. ¡Pensé que ella no sería capaz de hacerlo, lo juro!

—Ya basta, Graham, suéltalo de una maldita vez.

Su tío cerró los ojos con mucha fuerza y pidió a los santos que lo ayudasen a pasar aquel calvario. Merecía que lo castigasen por su silencio, merecía un castigo ejemplar.

—Sé quién es el culpable de la muerte de Lachlan, y también el motivo por el cual tu esposa se marchó.

Nial Ferguson y su hijo pasaron la noche en el poblado de los Mackinnon. Ahora que había encontrado a las hijas de su querida Shenna, no era capaz de dejarlas tan pronto.

Tras el encontronazo inicial, sus nietas habían resultado ser unas jóvenes cariñosas y buenas, que hicieron todo lo posible para que su estancia en aquella humilde casa fuese de su agrado.

Ginebra y Christen eran tan hermosas como su difunta hija, y el orgullo de que esas delicadas criaturas fuesen su descendencia, lo hacía derramar alguna que otra lagrimilla de vez en cuando. Su Shenna había hecho un buen trabajo con aquellas jóvenes. Eran educadas e inteligentes.

Cuando al día siguiente acabaron de comer, abuelo y nietas se quedaron alrededor de la mesa charlando tranquilamente. Nial no podía dejar de mirarlas, pues el orgullo que sentía en su pecho lo hacía hincharse y notar que su corazón volvía a latir como si de un jovenzuelo se tratase.

—Prometedme que vendréis a visitarme al castillo Kilkerran —les pidió con voz suplicante.

Ellas sonrieron y asintieron.

—Lo prometemos —dijo Ginebra sin dejar de sonreír.

—Debéis quedaros una temporada en las Tierras Bajas y conocer a toda nuestra familia. Es más... —Dio un par de saltitos cuando se le ocurrió la idea—. ¿Por qué no regresáis conmigo la próxima jornada? —les preguntó con una voz tan ilusionada que les hizo reír.

—Abuelo —lo llamó Christen torciendo un poco el gesto—. Me encantaría viajar con vos, sin embargo, mi esposo y yo no podemos dejar a su madre y a su tía solas tanto tiempo. Ellas nos necesitan.

Nial chasqueó la lengua.

—¿Y tú, Ginebra? ¿Por qué no vienes?

—¿Yo? —le preguntó sin tener claro lo que debía hacer.

—¡Claro, muchacha! —la animó el anciano—. Podrás quedarte con nosotros todo el tiempo que gustes, y cuando quieras regresar al poblado de los Mackinnon, nuestros parientes te acompañarán. Lo dispondré todo para que tus deseos se cumplan.

—Pues, no sé qué decir —dudó.

—Christen tiene obligaciones aquí, con Iver y la familia de este, sin embargo, tú eres libre para hacer lo que quieras.

—No soy libre, abuelo, también estoy...

—¿Casada? —bufó—. ¿Y dónde está tu esposo? ¡Ese MacLean no merece a mi nieta!

Ginebra se mordió el labio inferior. Su abuelo tenía razón. Su esposo no tenía el mínimo interés por ella, pues si lo hubiera tenido habría ido a buscarla y le hubiese pedido que regresase con él. Llevaban transcurridas más de cuatro semanas y todavía estaba rota de dolor por un hombre que no lo valía. ¿Por qué seguía esperándolo? Ya lo había hecho demasiado tiempo, muriéndose cada día que pasaba sin noticias de él, queriendo desaparecer cada vez que se daba cuenta de que solo había sido un juguete en sus manos. Una simple diversión.

—Acepto, abuelo, partiré mañana con vos —habló con confianza. Una confianza que no sentía en realidad.

—¡Benditos santos, muchacha! —aplaudió—. Nuestra familia va a estar pletórica cuando te conozca.

—Yo también deseo saber de ellos.

Nial aplaudió, más feliz de lo que lo había estado en años, y prosiguió.

—Y, ahora, mis queridas niñas, hablemos sobre vuestras asignaciones.

Ginebra y Christen se miraron con los ojos muy abiertos, sin comprender.

—Nuestras, ¿qué? —corearon.

—Asignaciones —repitió—. ¿O es que pensáis que Nial Ferguson va a permitir que sus nietas pasen necesidades?

CAPÍTULO 25

Logan espoleó a Rhyddid para que el semental aumentase el ritmo. Llevaban cabalgando más de dos horas seguidas a una marcha constante y sentía que el corazón se le saldría del pecho por la emoción.

Iba a buscar a su esposa y nada, ni nadie, lo detendría.

Se acabaron los días negros y las noches vacías. El amor que sentía por Ginebra era tal que había estado viviendo en una absoluta oscuridad. Sin embargo, la conversación con Graham le hizo comprender todo lo ocurrido. La ambición de Maisie los había separado. Su antigua amante había sembrado la desdicha en ellos y pagaría por ello. Cuando su tío le contó la verdad, ordenó a sus hombres que la encontrasen, pues debía solventar con su vida la muerte de su padre, y por verter calumnias sobre su persona.

Resopló al intentar imaginar la reacción de Ginebra cuando le dijo que tendría un hijo suyo, y que la engañaba con su amante. Cada vez que pensaba en el sufrimiento que esa mala mujer les había causado a todos, las ganas de ser él quien la mandase al infierno aumentaban.

A pesar de que su tío habló con él tres días atrás, no pudo salir antes a por ella, pues no tenía ni idea de dónde empezar a buscar. Hasta que recordó las palabras de Nial Ferguson. El abuelo de su esposa le había dado la clave. Iver.

Si su información era verídica, su amigo había unido su vida a la de Christen, por lo que Ginebra se hallaría con ellos en el poblado de los Mackinnon, donde la madre de este descansaba en compañía de su hermana. No le sería difícil encontrar la casa exacta. Los Mackinnon eran un clan amigo, y cooperarían con gusto.

Mientras cruzaba el bosque de Mull, pensaba en todo lo que le diría cuando la volviese a ver. La abrazaría y besaría como si nunca lo hubiese hecho. La montaría en su caballo y cabalgarían hacia el castillo Duart, pues ese era el lugar donde Ginebra debía estar. A su lado.

Era tan revitalizante saber que su mujer lo amaba de veras, que no había sido un engaño... ¡Por todos los santos, nunca se había sentido tan vivo! ¡Ansiaba tanto confesarle su amor...! ¡Había sido un tonto por no haberlo

hecho antes, cuando tuvo la oportunidad!

Tras otra hora sobre el caballo, el pequeño poblado se abrió paso a través del bosque. Apenas diez casas lo formaban y la calma, y el silencio, convertía aquel enclave en un lugar mágico.

Bajó de Rhyddid de un salto y preguntó a unas ancianas, que le indicaron cual era la casa que buscaba. Se dirigió hacia ella y, sin dilación, aporreó la puerta con insistencia.

Por ella apareció Iver, que soltó una exclamación al verlo.

—¡Logan! ¿Qué haces...?

Aunque no lo dejó continuar. Enfadado, le propinó un derechazo que lo dejó tambaleante.

—Hola, amigo —dijo él con los ojos entornados—. O quizás estoy equivocado llamándote de ese modo, porque un amigo no esconde información sobre la mujer del otro.

Iver, con las manos sobre la mejilla, y el gesto dolorido, alzó una mano a modo de rendición.

—Siento haberte mantenido al margen de esto, pero lo hice por...

—¡No me interesa por quién lo hicieras!

—¿Cómo osáis golpear a mi esposo?

Una voz femenina lo distrajo. Tras Iver apareció la hermana de Ginebra, que lo miraba con el semblante lleno de odio. La bonita cara de la joven, tan parecida a la de su amada estaba deformada por una mueca de aversión.

—Christen —la saludó con cortesía.

—Vaya, veo que os acordáis de mí —comentó con desprecio.

—Por supuesto que lo hago.

—Me alegro, porque voy a pedirlos que os marchéis de aquí.

—Me iré, pero cuando hagáis salir a mi esposa —dijo con calma, sintiendo un gran respeto por esa joven a la que había dañado sin merecerlo, al igual que hizo con Ginebra.

—¡Mi hermana no merece estar unida a un tirano como vos!

—Christen, mi amor —susurró Iver—. Es nuestro laird.

—¡Me trae sin cuidado quién sea este hombre! ¡Porque no puedo respetar a alguien como él!

—Entiendo que estéis enfadada por mis actos —la intentó calmar Logan. Era la hermana de su esposa, no quería que lo viese como a un monstruo.

Christen dio un paso hacia él y lo miró a los ojos.

—Os cuidamos, os llevamos a nuestra casa para que no murieseis en el

bosque. ¡Secuestrasteis a mi hermana acusándola de algo que no hizo, la separasteis de mí y la encerrasteis en un sucio calabozo, la humillasteis, la convencisteis para se casase con vos! —inquirió gritando—. ¡La engañasteis con vuestra amante y vais a tener un hijo con aquella mujerzuela! ¿Y todavía tenéis el valor de presentaros aquí para buscarla?

—La amo.

—¡Pues, podéis guardaros vuestro amor, Logan MacLean! —chilló—. Ginebra no está aquí y no pienso facilitaros su enclave. ¡Mi hermana ya ha sufrido bastante por vuestra culpa!

—No es cierto aquello que le contaron sobre mí —respondió—. La mujer que lo hizo está siendo buscada para que reciba su castigo. —Christen alzó las cejas y escuchó lo que Logan decía—. Amo a vuestra hermana, Christen, la amo con todo mi corazón, al igual que ella me ama a mí.

—No vinisteis a buscarla, la dejasteis sola y sufriendo durante cinco semanas —le dijo con dolor en el semblante.

—Pensaba que me había abandonado porque no me amaba. No sabía que Maisie había urdido un malvado plan para separarnos. —Logan se pasó una mano por su cabello y tragó saliva—. Christen, no es cierto que engañase Ginebra, ni voy a ser padre de un niño bastardo. He cometido muchos errores de los que me arrepiento, vuestra hermana sabe de mi error, y de mi arrepentimiento, por el daño que os hice cuando me cuidasteis. —Apretó los labios y continuó—. Hace tres días que me enteré de toda la verdad, y no me presenté en vuestra puerta antes porque no sabía dónde buscar.

—¿Es eso cierto? —preguntó ella llevándose una mano al pecho.

—Tan cierto como que todos los días amanece —aseguró sin dudar—. El amor que siento por vuestra hermana es tan grande que creí morir cuando se fue, y solo os pido que me digáis dónde se encuentra, porque necesito que sepa toda la verdad, y necesito confesarle mis sentimientos más sinceros.

El castillo Kilkerran se encontraba en un precioso valle del condado de Ayrshire, en las inmediaciones del poblado de Ayr. El día que pisó por primera vez las Tierras Bajas, Ginebra sintió inquietud. Esos lugares tan parecidos a la isla en la que había nacido, pero a la vez tan fértiles y trabajados, para la obtención de cultivos y la cría de ganado, eran preciosos. Sin embargo, no los sentía como su propio hogar. Y no fue porque la trataran

con descortesía. De hecho, su abuelo, y la demás familia Ferguson, la recibieron con los brazos abiertos. Las demostraciones de cariño y alegría por conocerla le caldeaban el corazón.

En Ayr era libre de pasear cuanto quisiese, y por dónde gustase. Todos le sonreían y dejaban sus quehaceres para conversar con ella. Era una gente maravillosa, y su abuelo un hombre bueno y en el que se podía confiar.

Estaba alojada en los aposentos que pertenecieron a su madre. Le encantó ver que de ellos nada se había cambiado. Las posesiones de Shenna Ferguson seguían intactas, tal y como ella las dejó.

Nial Ferguson llenó su armario con decenas de ricos vestidos, como también sus días de actividades y divertimentos. Se notaba que el anciano no deseaba que se marchase, y hacía todo lo posible para que Ginebra no pasase ni un minuto de brazos cruzados. Paseaba con sus parientes, asistía a reuniones familiares, le contaban historias de las diabluras de cuando su madre era una niña...

Los pocos días que iba a permanecer en el castillo Kilkerran se convirtieron en más de una semana, y si por su abuelo hubiese sido, toda su vida.

Ese día, Ginebra no salió a pasear. Rechazó la invitación, de las hijas de sus vecinos, de pasar la mañana en el lago que había a las afueras de Ayr. Se había levantado con una presión en el pecho tan grande que apenas aguantó las ganas de llorar. Habían sido días de descubrimientos, de conocer a familiares y amigos de los Ferguson, de fiestas y celebraciones por su regreso. Sin embargo, el dolor por el asunto con su marido, no desapareció. Era como una estaca clavada en su pecho que no le permitía respirar.

Pedía a los santos que la ayudasen, que lo sacasen de su recuerdo y que su vida volviese a ser feliz. Pero, parecían no querer escucharla, pues el rostro de Logan cada día estaba más presente en su cabeza, los recuerdos de sus días juntos más vívidos, y las sensaciones que le producía el roce de su piel todavía conseguían que su cuerpo se erizase.

Se cubrió la cara con las manos y lloró sobre el lecho. ¿Por qué? ¿Por qué no podía acabar con aquello y vivir sin más? ¿Por qué ese amor seguía latiendo con tanta potencia?

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos. A los pocos segundos, por ella entró Nial Ferguson, que le sonrió a su nieta con cariño. Su abuelo tomó asiento en la cama, a su lado, y apoyó una de sus arrugadas manos sobre su brazo.

—Mi querida niña, ¿por qué lloras? —Le apartó un mechón de cabello de su cara—. ¿Acaso no eres feliz aquí?

—Soy muy feliz en el castillo Kilkerran, abuelo, y con toda la familia.

—¿Echas de menos a Christen?

—La echo de menos.

—¿Y lloras por ella?

Ginebra bajó la cabeza y su cuerpo se estremeció con el llanto.

—Tengo el corazón roto, abuelo.

—¿Estás triste por Logan MacLean?

—Lo amo —se lamentó. Alzó la cabeza y miró al anciano a los ojos.

Nial la abrazó y acarició la cabeza, para calmar su dolor. Si él hubiese podido hacer algo para que ella no sufriese de ese modo, lo hubiera hecho a cualquier precio.

—No debes llorar por un hombre que no te merece.

—Lo sé, pero... es que no puedo remediarlo —gimió rota.

—Ese hombre no es digno de mi nieta. Y mucho menos después de escuchar sus palabras sobre ti.

Ginebra abrió los ojos, asombrada.

—¿Logan habló sobre mí?

—Cuando fui a su castillo, le pregunté el por qué no iba a buscarte. —Nial prosiguió—. Su respuesta fue que no buscaría a la sospechosa de la muerte de su padre.

El mundo de Ginebra comenzó a dar vueltas. No podía haber escuchado bien, tenía que ser un error. ¿Lachlan había muerto?

—¿Sospechosa de... qué? —El horror se dibujó en su cara.

—Lachlan MacLean fue asesinado la misma noche en la que te fuiste del castillo Duart.

—¡Dios mediante! —exclamó apenada. Alzó la cabeza fijó los ojos en el anciano—. ¡Soy inocente, abuelo, jamás podría hacer algo así!

—Lo sé. Lo supe antes de conocerte... y lo corroboro ahora que sé que tu alma es pura y delicada.

Ginebra se llevó una mano a la frente.

—¿Mi esposo piensa esa barbaridad sobre mí?

—Eso fue lo que me dijo.

Apretó los labios. Después de todo lo que había pasado por él, después de sanarlo en varias ocasiones, de conocerla a fondo, de haberle abierto su alma... ¡Logan pensaba que había matado a su padre! Una ira sorda subió por

su estómago y la hizo verlo todo de color rojo. ¡Ese malnacido sospechaba de ella después de todo el infierno por el que la había hecho pasar! ¡Maldito él y todo su clan!

Su respiración se tornó rápida, apretó los puños y sus ojos se convirtieron en finas líneas. ¡Se acabó! ¡Logan MacLean acababa de morir para ella! Había llorado, esperado a que fuese en su busca, rezado a los santos para que todo fuese un mal sueño, ¡y él la acusaba de asesina!

—¡Nial Ferguson!

Una voz gritó el nombre de su abuelo desde el prado que rodeaba el castillo Kilkerran. Ginebra y el anciano miraron hacia la ventana y se levantaron de la cama para ver quién era el culpable de semejante alboroto.

—¡Nial Ferguson! —Cuando Ginebra reconoció Logan, sus piernas temblaron—. ¡Quiero ver a mi mujer! ¡Sé que está aquí!

Ella se llevó una mano al pecho y notó que el nudo de su garganta se hacía todavía más grande. Logan estaba allí, y había venido a buscarla. En otro momento, su reacción hubiese sido de felicidad, sin embargo, después de la noticia que le había revelado su abuelo, las cosas cambiaban de forma radical.

—Es tu marido, Ginebra.

—Lo sé —dijo con la voz temblorosa.

—¿Qué le digo?

—No quiero verle.

Su abuelo la besó en la mejilla.

—Espera aquí, vuelvo enseguida.

El anciano abandonó la estancia y Ginebra se apoyó en la pared con los ojos cerrados. No quería mirar por la ventana de nuevo. No quería verlo. No podría soportarlo. Se limpió las lágrimas e inspiró, para coger fuerzas.

Cuando Nial salió del castillo, encontró al marido de su nieta esperándolo, acompañado por unas decenas de hombres de su clan. Los saludó, con un casi imperceptible movimiento de cabeza, y fijó su vista en el laird de los MacLean.

—Qué sorpresa veros por mis tierras, MacLean.

—¿Os sorprende de veras? —preguntó Logan alzando una ceja.

—Sí, después de nuestra conversación en vuestro castillo, reconozco que sí.

—Quiero ver a mi esposa —añadió con fuerza.

Nial se cruzó de brazos y ladeó un poco la cabeza.

—Pues es una pena, porque ella no quiere veros a vos.

—¡Obligadla a presentarse ante mí, entonces!

—Jamás le haría una cosa semejante a mi querida nieta —dijo con voz burlona.

—¡Es mi mujer! ¡No tenéis ningún derecho a mantenerla alejada de mí, Ferguson! —exclamó furioso.

—¿Vuestra mujer? ¿Qué clase de marido abandona a su esposa?

—¡Fue Ginebra la que me abandonó!

—Os compadezco —añadió con indiferencia.

Logan dio un paso hacia delante y se colocó muy cerca del abuelo de su mujer. Entrecerró los ojos y alzó una mano, señalándolo con uno de sus dedos.

—Os lo advierto, viejo, más os vale llamar a Ginebra ante mi presencia.

—¿O, qué? —lo interrogó Nial, sin dejarse intimidar.

—Os declararé la guerra.

El abuelo de Ginebra se echó a reír.

—¿Me vas a declarar la guerra vos y... esa decena de guerreros que tenéis detrás? —Bufó y sonrió con suficiencia—. Mis hombres arrasarían con todos antes de que parpadeéis.

Logan asintió, a sabiendas de que tenía razón.

—Que así sea.

CAPÍTULO 26

Logan observó cómo Nial Ferguson regresaba al interior de su castillo. Maldiciendo por lo bajo dio media vuelta y caminó hacia sus hombres.

Estaba cansado. Desde que Christen le confesó el paradero de su hermana, no había parado hasta llegar junto a Ginebra.

Tras agradecer a su cuñada la información, volvió al castillo Duart, pero solo para ordenar que preparasen los birlinns, pues navegarían desde Mull hasta Ayrshire de inmediato.

Había sido un viaje duro, pues el estado de la mar no había ayudado, no obstante, sus hombres eran guerreros preparados para ese tipo de contratiempos y remaron a contracorriente a pesar del oleaje.

Había esperado una negativa por parte de su esposa, lo que jamás hubiese imaginado es que aquello acabaría en reyerta entre ambos clanes. Sin embargo, no se marcharía hasta que ella aceptase recibirlo. Aunque eso significase su muerte.

Bajó la mano hasta el cinturón y acarició su claymore.

—¡Preparad las espadas! —ordenó, comprobando que sus hombres obedecían sin rechistar.

Se acercó a Rhyddid y sacó de las alforjas su barril con agua. Pero, mientras calmaba su sed, el portón del castillo Kilkerran volvió a abrirse. Cuando giró, para prepararse para un ataque, vio a una mujer cruzar el umbral.

Su corazón se detuvo al reconocer a Ginebra.

Su esposa estaba tan bella como siempre. Lucía un rico vestido de lana, teñido en color azul, y sobre el hombro un manto con el tartán de la familia Ferguson. Su rostro estaba sereno, aunque algo más pálido que de costumbre. Logan deseó abrazarla, besarla con todas sus fuerzas y demostrarle el amor que no le demostró en el pasado. Sin embargo, se limitó a acercarse a ella y a saludarla con un asentimiento de cabeza.

—Me alegro de que hayas recapacitado.

Ginebra alzó la barbilla, con orgullo.

Cuando escuchó que podría librarse una guerra por su persona, sintió que desfallecería. No podía permitir que hombres inocentes derramasen sangre por

su causa. Jamás se lo perdonaría.

Su abuelo intentó convencerla para que no aceptase las amenazas de Logan MacLean, pero ella insistió. No se libraría una guerra. Si su esposo quería hablar, hablarían.

Al tener a Logan tan cerca, su seguridad amenazó con salir volando. Seguía tan apuesto como siempre, con ese aire orgulloso que lo caracterizaba y ese porte tan varonil. Sus piernas temblaron bajo el vestido, y no fue por el frío de la mañana.

Sin embargo, debía recordar que ese fue el mismo hombre que la engañó con su amante, el que repudiaría a su hijo y el que la acusaba de la muerte de Lachlan MacLean. Aquellos hechos le dieron fuerzas para sobreponerse y no dejar que las lágrimas pudiesen con su entereza.

—Hablaré contigo, a solas —anunció ella—. Tus hombres se quedarán fuera del castillo.

—Acepto tus condiciones.

Ginebra dio media vuelta y regresó al interior de la fortaleza, seguida por Logan, que caminaba tras sus pasos en silencio. Lo hizo pasar a una sala amplia, en la que había una mesa oval y múltiples sillas a su alrededor. Escuchó cómo Logan atrancaba la puerta al entrar y continuaba su camino tras ella.

Al llegar al centro de la misma, Ginebra lo encaró. La barrera que había levantado en su corazón no la dejó titubear en su presencia. Se cruzó de brazos y alzó la barbilla de nuevo.

—Muy bien, ya puedes decirme eso tan importante por lo que estabas dispuesto a entrar en guerra contra mi abuelo.

Logan sonrió ladeando los labios y se acercó a ella a paso lento, mirándola con fijeza.

—Debería levantarte ese vestido y darte una buena azotaina en las posaderas por haberte ido del castillo Duart —dijo colocándose muy cerca de su cuerpo.

—¿Para eso estás aquí? ¿Para castigarme? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Y también debería hacerlo por ponerte ese tartán sobre tus hombros.

—Son los colores de mi familia, ¡mis colores!

—¡Tu familia somos los MacLean! ¡Eres mi mujer! —le recordó alzando la voz.

—¿Tu mujer? ¡Ja! —Negó con la cabeza y apretó los labios—. ¿Qué clase

de marido es ese que acusa a su esposa de asesinato?

—¡Yo no hice tal cosa!

—¡No mientas, Logan! ¡Mi propio abuelo me lo ha contado todo!

—¡A Nial Ferguson le dije que te habían señalado como tal, pero no le dije que yo lo creyese así!

—¡Pero lo insinuaste! —gritó enfadada y dolida con él.

—¡Sí, lo insinué!

—¿Y por qué hiciste tal cosa?

—¡Porque estaba dolido por tu abandono! —chilló, clavando sus ojos en la mirada de ella—. ¡Te fuiste y me abandonaste, Ginebra!

—¡Cómo te atreves a echarme eso en cara después de haber incumplido la promesa que me hiciste, maldito patán! —voceó, con el cuerpo muy tenso.

—¡En ningún momento he incumplido nada, mujer! He estado respetando esa estúpida promesa hasta el día de hoy!

—¡Seguías viendo a tu amante! ¡Seguías... compartiendo su cama después de nuestra boda! ¡Vas a ser el padre de su hijo! —lo culpó, sintiendo que las lágrimas se agolpaban en sus ojos—. ¡Ibas a abandonar a ese bebé! ¿Qué clase de persona hace una barbaridad así?

—¿De verdad piensas eso de mí? ¿Me crees capaz de algo semejante?

—¡Tu amante me lo dijo! ¡Maisie me lo contó todo, Logan! —Las lágrimas cayeron por sus mejillas y se las limpió con rabia—. ¿Cómo pudiste?

—Maisie te engañó —dijo sin más.

—¿Ahora tengo que creerte a ti?

—Ella mató a mi padre, Ginebra, y se encargó de quitarte de en medio, porque ambicionaba tu lugar en el castillo. —Vio como ella arrugaba la frente, en silencio—. Y su plan no quedaba ahí. La próxima víctima era yo.

—Eso que cuentas es... es...

—Es la verdad —le aseguró con voz serena. La intentó coger por la cintura pero ella se apartó—. Quiero que vuelvas conmigo al castillo.

—No puedo.

—Sí que puedes, Ginebra, vas a volver a casa.

—Pasé más de cinco semanas esperando a que vinieses a por mí. Llorando y sufriendo porque mi corazón se rompía cada vez que te recordaba.

—¡Creía que me habías dejado, mi orgullo estaba herido! ¡Pensé que todo lo que me habías dicho era mentira! Tus palabras de amor, tus demostraciones de cariño...

Ginebra bajó la mirada al suelo.

—Siempre has pensado lo peor de mí. Nunca has confiado en mi persona, a pesar de haberte demostrado cientos de veces que no sería capaz de dañar a nadie.

—¿Y tú? —contraatacó él—. ¿Confiaste en mí cuando Maisie habló contigo, Ginebra? ¿Acaso viniste a preguntar si aquello era cierto? —Dio una patada a la pata de una de las sillas—. ¡No, maldición! ¡No lo hiciste! ¡Lo primero en lo que pensaste fue en desaparecer! ¿Sabes lo preocupado que estuve cuando no logré encontrarte? ¿Puedes imaginar lo desesperado que me sentí?

Ginebra se tapó la cara y sollozó. Cuando miró a su marido, vio un brillo extraño en sus ojos. Logan tenía la mirada fija en el suelo y apretaba los labios con una mueca de dolor.

—No voy a regresar contigo —le comunicó con una presión insoportable en el pecho—. Nuestra historia siempre se repite. No hay confianza entre nosotros. —Cerró los ojos, pues le dolía la cabeza—. No sería capaz de soportar una vida así. Tú no me amas, Logan. Te casaste conmigo por mi apellido.

Él alzó la cabeza y la miró fijamente.

—¿Crees que si no te amase me habría tomado la molestia de venir a por ti?

—Para ti soy una posesión, es tu orgullo el que te ha hecho buscarme.

—¡No es verdad! —exclamó dando un paso hacia ella. La cogió por los brazos y la hizo prestar atención, a pesar de que ella intentase que la soltara—. Escúchame bien, Ginebra MacLean, te amo como nunca pensé que amaría a nadie.

—¡Ya basta, por favor, tus palabras me duelen! —le pidió llorando.

—Acepto que me di cuenta tarde de mis sentimientos, pero lo que siento por ti es tan puro y fuerte que nada se le puede comparar. ¡Te amo más que a mi vida! ¡Y te empecé a amar mucho antes de saberlo! Me hacías experimentar algo nuevo, ¡y mi mente lo rechazaba!

—No digas cosas que no sientes —le suplicó con las mejillas mojadas por las lágrimas.

Él la cogió por las mejillas y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¡Te amo, Ginebra! ¡Te amo y no voy a permitir que nuestras vidas se separen! ¡Si no quieres regresar conmigo seré yo el que traslade piedra a piedra el maldito castillo Duart hasta Ayrshire! No dejaré que te vayas de mi lado, porque he estado muriendo en vida desde que te marchaste.

—¡Oh, Logan!

Ginebra lo rodeó por el cuello y lo besó con ansias. Cuando sus bocas se juntaron, sus pechos explotaron por la emoción de volver a tocarse. Él la rodeó por la cintura y la alzó del suelo, para que estuviese a su altura. La pasión que nació fue tan inmediata que acabaron jadeantes en cuestión de segundos.

Se separaron poco después y Ginebra apoyó la mejilla sobre el pecho de su esposo, mientras se abrazaban.

—Te quiero con todo mi corazón, Logan MacLean. Te he echado mucho de menos. Este tiempo sin ti ha sido como vivir en un mal sueño.

—Y yo a ti, mi vida. Fui un tonto por haber permitido que estuviésemos separados tanto tiempo.

La emoción y la paz que sintieron en ese instante no se podían explicar. Los besos entre ambos fueron constantes. Los susurros llenaron aquella gran sala y los abrazos que se prodigaban alimentaban todavía más sus corazones.

Ginebra sonrió, aliviada ahora que todo aquel sufrimiento había acabado y miró a su marido con amor.

—¿Cómo supiste que estaba aquí, en Ayr, con mi abuelo?

—Tuve una pequeña ayuda por parte de mi querida cuñada. —Le sonrió.

—¿Christen te lo dijo? —Pudo leerse el asombro en su cara.

—Me lo dijo, aunque al principio sus intenciones eran sacarme los ojos.

Ella rio y pensó en su hermana, con cariño.

—Desde que regresé, está muy protectora conmigo.

—Y no es para menos, mi amor —comentó Logan con una sonrisa lobuna—. Te secuestre y te separé de ella.

—Espero que Christen llegue a aceptarte. A veces es un tanto orgullosa.

—Creo que ya lo hace —añadió Logan—. Sabe que te amo con todo mi corazón, y le prometí cuidarte y quererte hasta que llegase la hora de mi muerte.

—¿En serio le prometiste eso? —Hizo una mueca con los labios y lo miró con picardía—. ¡Pues, vas a tener que repetírmelo a mí para que te crea. Y me lo tendrás que demostrar muy a menudo, Logan MacLean!

—Te lo repetiré y demostraré tan a menudo que te cansarás de mí —le aseguró. Capturó su boca y la besó sin prisa, con glotonería, y con la alegría de saber que su amada lo había aceptado una vez más. Al separarse, Logan le acarició la mejilla, con amor—. ¿Querrás ahora venir conmigo a casa?

—Iré contigo donde quiera que vayas —le prometió. Sin embargo, torció

el gesto y se mordió el labio inferior—. Solo va a haber un pequeño inconveniente.

—¿Cuál?

—¿Quién se lo dice a mi abuelo?

Se quedaron callados y estallaron en carcajadas. Logan la abrazó con fuerza y pensó en lo afortunado que era por tenerla, y en lo mucho que iba a cuidar de ella.

Nial Ferguson no se tomó la noticia tan mal como hubiesen esperado. A pesar de sus diferencias con Logan, comprendía que lo que primaba era la felicidad de su nieta. Y si esta amaba al laird de los MacLean y deseaba regresar con él, no iba a entrometerse. Después de todo, estaban casados. Eso sí, le dejó claro que si a sus oídos llegaban noticias de que Ginebra era infeliz, se plantaría en el castillo Duart con todos sus hombres.

Partieron rumbo a la isla de Mull al día siguiente a su reconciliación. Hasta que llegasen al mar, les esperaba un intensa jornada a caballo, en la cual, Logan insistió en que su esposa montase con él, cosa que agradó a Ginebra, que no puso ningún inconveniente. Se habían extrañado tanto que atesoraban el tiempo que estaban juntos e intentaban alargarlo lo máximo posible.

Cuando divisaron la costa, montaron en los birlinns y navegaron sin tantos contratiempos como en la ida. El viaje en barco apenas duró un par de horas, no obstante, Ginebra estaba deseando pisar tierra. Había echado de menos la isla en la que nació. Sus llanuras, su vegetación salvaje, sus lagos y sus montañas escarpadas. Quería ver a Christen y contarle las maravillas que había descubierto en las Tierras Bajas. Y quería regresar a casa, al castillo Duart. Era extraño que un lugar en el que apenas había pasado un corto periodo de tiempo se hubiese convertido en su hogar. Sin embargo, conocía el porqué de aquel sentimiento. Era el sitio en el que viviría con Logan, y si de algo estaba totalmente segura era de que su lugar estaría donde permaneciese su esposo. Daba igual que fuese en un castillo, en una choza o en el borde de un acantilado.

Cuando divisaron el castillo, ya estaba bien entrada la noche.

Tras pasaron sus puertas y descubrieron el salón vacío.

Había echado de menos aquella fortificación. Su olor, sus altos techos, el

sonido de las pisadas en el suelo y su alcoba.

Nada más poner un pie en el interior, Logan la cogió en brazos y la llevó hacia las escaleras. Ginebra se dejó hacer, abrazándose a su cuello, feliz. Ascendieron en silencio, disfrutando de aquella intimidad que se creaba entre los dos. Durante el viaje, apenas habían tenido un segundo para estar a solas.

Logan abrió la puerta, sin soltar a su mujer, y cerró tras de sí con dificultad.

—Ya puedes bajarme al suelo, no podrás cerrar conmigo en brazos —dijo Ginebra riendo.

—¿Me estás retando? —Alzó las cejas y le sonrió ladeando los labios.

—No, por todos los santos, que el Señor nos asista si osase hacer eso —habló con gracia.

—No te rías de mí, mujer, o puede que acabe por darte esa azotaina que te prometí en Kilkerran —bromeó.

Dejó a Ginebra en el suelo y esta lo rodeó por el cuello, besándolo con pasión.

—Jamás me golpearías, Logan. Lo sé. Nunca me pegaste cuando pensabas que había motivos para hacerlo, y no lo harás ahora.

—Antes preferiría cortarme las manos, mi amor.

La besó de nuevo y la condujo hacia el lecho, que prometía ser tan cómodo como siempre. Sus manos acariciaron las caderas de Ginebra y subieron por su estómago hasta que llegaron a su pecho. Rozó uno de sus senos con los dedos y comprobó que el botón se endurecía por su toque.

—No te imaginas cuántas veces he soñado que volvía a poseerte en nuestra cama —le susurró él contra su boca—. Las noches frías en las que no te tenía y en las que pensaba que enloquecería sin ti.

Con manos expertas, quitó los botones de su vestido y este cayó al suelo. Al verla desnuda, se relamió. Su cuerpo era tan bello y perfecto como ella misma. Bajó sus labios por el cuello, sintiendo que se estremecía por sus caricias. Y capturó uno de sus pechos, excitándolo con su experta lengua.

—¡Ah, Logan! —gimió notando que perdía el control sobre su cuerpo.

—Cuánto te he extrañado, mi dulce Ginebra —susurró abrazado a su cuerpo, besando sus labios como si fuese el mejor elixir. La tumbó sobre las pieles y sonrió al echarse encima—. Te necesito, mi amor.

—Y yo a ti, necesito yacer con mi esposo, y que me haga olvidar el sufrimiento que tuvimos que pasar por culpa de nuestra desconfianza. —Le acarició la espalda, sintiendo que sus músculos se endurecían con el paso de

sus dedos y juntó sus labios de nuevo—. Te amo.

—Y yo te amo más, mi vida.

—Hazme tuya —le pidió con necesidad, alzando las caderas contra su miembro, que esperaba erguido y duro por el deseo que le provocaba la mujer que tenía debajo.

Hicieron el amor sin prisas. Sus cuerpos se fundieron a un ritmo constante y enloquecedor, que los fue elevando cada vez más hasta que el éxtasis les barrió como si fuese el huracán más potente.

Las palabras de amor resonaron por la alcoba, llenando sus oídos.

Acabaron jadeantes y abrazados. Logan pasó un brazo por detrás de la espalda de su mujer y la apretó contra su costado. Dormitaron unos segundos y sonrieron con felicidad al saberse juntos.

—Me hubiese gustado haber saludado a tu madre al llegar —dijo ella rompiendo el silencio—. Debo disculparme con ella por haber desaparecido de la forma en la que lo hice.

—Mi madre lo entenderá, sabe lo ocurrido con Maisie.

—No puedo creer que esa mujer fuese capaz de cometer aquella atrocidad.

—Yo tampoco lo creía, sin embargo, mi tío me lo confesó todo.

—¿Y cómo lo sabía él?

—Porque eran amantes. —Logan apoyó el mentón sobre la coronilla de su mujer—. Graham también ha pagado un precio por haber guardado silencio.

—¿Cuál? —lo interrogó abriendo mucho los ojos.

—Ha sido expulsado del poblado y de nuestro clan por una temporada. De esa forma podrá pensar en sus acciones.

Ginebra se quedó pensativa.

—¿Y Maisie? ¿Ha sido condenada? ¿Está... muerta?

—Escapó antes de que pudiésemos darle caza. Tenemos una partida de guerreros tras su pista, y hemos dado el aviso a los clanes vecinos, así que no tardará demasiado en caer. —Recordó a su padre, muerto a los pies de la escalera, y apretó los labios—. Su delito no tiene perdón, ha hecho daño a mucha gente y ha traicionado a nuestro clan.

Se quedaron en silencio y Ginebra pensó en la amante de Logan. Merecía el castigo que se le había impuesto. Era una asesina. Imaginó que hubiese sido su esposo la víctima y sintió un desagradable vacío en el estómago. Se abrazó a él más fuerte. No quería torturarse con aquello.

Sacó esa idea de su cabeza y pensó en cualquier otra cosa.

—Así que ahora eres el laird.

—Lo soy.

—¿Y cómo es el saber que tantas personas dependen de ti?

—A veces, sofocante. Sin embargo, mi padre lleva preparándose para ello desde el día de mi nacimiento.

—Estoy segura de que serás el jefe de los MacLean más justo, equitativo e inteligente de todos.

—Lo seré porque tengo a la mujer más bella, bondadosa y dulce a mi lado.

Se besaron y la felicidad que sintieron fue enorme. Nunca tenían suficiente el uno del otro.

Logan notó que Ginebra tiritaba. Estiró el brazo y la cubrió con las pieles del lecho, pues con las prisas y el deseo, no recordó encender la chimenea y la habitación estaba helada.

—¿Estás mejor ahora? —le preguntó al cubrir su cuerpo.

—No temblaba de frío —reconoció.

—¿Y por qué entonces?

—Tengo miedo, Logan. —Posó una mano sobre su pecho y escondió su cara en el hueco entre el hombro y el cuello de él—. Tengo miedo de que esto no sea real, de que mañana despierte sola y que solo haya sido un sueño hermoso.

—Estás conmigo, mi amor, no debes temer —la tranquilizó.

—Tengo miedo de que te arrepientas de haberme traído de vuelta, de que te canses de mí.

Logan giró la cabeza y la miró a los ojos. La besó con pasión y negó con la cabeza.

—¡Nunca, Ginebra, nunca! —exclamó—. ¿Me oyes? El día que deje de amarte, estaré muerto, y cuando eso suceda estoy seguro de que seguiré queriéndote en donde quiera que el Señor me mande. Eres mi alma, eres mi todo.

Degustó su boca y acarició su cintura. La pasión fue despertándose de nuevo en sus cuerpos y ya no pudieron parar de tocarse. Las pieles acabaron en el suelo y el frío de la habitación pasó a no importarles.

Ginebra se colocó a horcajadas sobre la cintura de él y lo besó desde arriba. Al separar un poco sus bocas, sonrió y frotó su nariz contra la de su esposo.

—Te quiero, Logan MacLean, y me siento la mujer más afortunada del

mundo porque desees envejecer a mi lado. —Lo besó una vez más y lo abrazó con fuerza—. No puedo ser más feliz.

EPÍLOGO

Los gritos retumbaban por el gran salón. La música, el whisky y la celebración se extendieron por todo el poblado, y los aldeanos se acercaban al castillo a felicitar a su laird, y a su preciosa esposa, por la buena nueva. Se decretaron tres días de fiesta en el clan, y no era para menos.

Eiric MacLean acababa de venir al mundo, y sus padres no podían estar más felices.

El pequeño era un niño rollizo y comilón, que dormía la mayor parte de la noche y que hacía las delicias de todo el que se acercaba a contemplarlo.

Sentada en uno de los bancos y sin dejar de sonreír, Ginebra miraba a su esposo, que paseaba a su pequeño de mesa en mesa, con el orgullo pintado en el rostro, y conversaba con sus parientes mientras estos daban buena cuenta a los manjares que se dispusieron repartidos por doquier.

En poco más de una hora, su hijo reclamaría su comida, y todos sabían que cuando Eiric tenía hambre, el mundo debía pararse para que él pudiese satisfacer su pequeño estómago.

—Deja de mirar a Logan como si te hubiese robado al niño —dijo Christen a su lado, dándole un suave codazo.

Ginebra giró la cabeza y rio.

—No puedo evitarlo, es tan pequeñito...

—Está con su padre, no creo que Logan deje que nada malo le ocurra a su primer hijo varón.

—¿Logan? —Rio—. Mataría a quien se atreviese a causarle algún mal. —Suspiró—. Sin embargo, no puedo evitarlo, siento la necesidad de tenerlo conmigo.

—Así somos las madres —comentó su hermana, que cogió la mano de Iver, el cual se encontraba a su lado oyéndolas hablar, en silencio—. Yo todavía no me hago a la idea de haber dejado a Ishbel con la madre y la tía de mi esposo.

—Nuestra hija no es tan pequeña como Eiric —le recordó este, sonriendo con cariño a su mujer.

—Lo sé, pero... nos costó tanto que el Señor nos bendijese con un bebé...

que me siento fatal dejándola allí mientras nosotros estamos en la fiesta de su primo.

Ginebra acarició el brazo de su hermana, comprendiendo a la perfección sus sentimientos.

—Solo serán unas horas, pronto podréis regresar con mi sobrina.

—Es demasiado pequeña como para soportar tantas horas a caballo, solo tiene dos años —añadió Iver apoyando a su cuñada.

Ginebra sonrió con tristeza y suspiró.

—Es una pena que el abuelo no haya podido venir.

—Está demasiado mayor como para hacer un camino tan largo.

—Lo entiendo, pero en las misivas que me manda se nota tanto la emoción que siente al saber que un nuevo nieto viene al mundo... —comentó Ginebra, sintiendo que la pena la poseía. Su abuelo estaba muy desmejorado, pues su edad era bastante avanzada. Aunque su ánimo jamás decayó. Todavía seguía discutiendo con su esposo, cosa que parecía divertirlos a ambos.

—¿Recuerdas cuando nacieron Aileen y Kylie? —le preguntó Christen con una sonrisa—. En cuanto se enteró de la nueva se presentó en el castillo Duart cargado de regalos.

Ginebra rememoró el nacimiento de sus dos hijas mayores. Fue una sorpresa enorme cuando, en el parto, en lugar de venir un bebé, nacieron dos. Ella lloraba y Logan reía. Fue tan bonito...

Levantó la cabeza y contempló a sus hijas, dos preciosas niñas de cabello negro y ojos verdes, de casi cinco años de edad, que jugaban en compañía de Ellora. Su abuela las mimaba y las consentía como si de princesas se tratasen.

Las pequeñas miraron a su madre y le sonrieron.

—Son tan iguales y tienen un vínculo tan especial... —prosiguió Ginebra con el amor reflejado en los ojos.

—Me recuerdan a nosotras —añadió Christen.

—Sí, no obstante, ellas no tendrán que esconderse de nadie. Serán unas niñas libres y queridas, al igual que mi pequeño Eiric.

Christen abrazó a su hermana y la besó en la mejilla.

—Me hubiese gustado que madre y padre estuviesen aquí y pudiesen ver a nuestros hijos.

—Los hubiesen amado tanto... —Los ojos de Ginebra se llenaron de lágrimas.

—Es tan injusto... —se quejó su hermana.

—Estoy segura de que los bendecirán desde el cielo, hermana.

Su conversación fue interrumpida por los gritos y un brindis de todos los presentes. Los MacLean alzaron sus copas por el recién nacido y entonaron varias canciones en su honor.

Sin poder dejar de sonreír, Ginebra vio a su esposo dirigirse hacia ella, con Eiric en brazos. Tomó asiento a su lado y le dio un suave beso en los labios. Le pasó al pequeño, que había comenzado a llorar.

—Tú hijo está berreando, mi amor.

Ginebra alzó una ceja y le dio un pequeño empujón.

—¿Cuándo llora es mi hijo y cuando no lo hace es el tuyo?

—Exacto, qué mujer más inteligente tengo —bromeó este.

—Eres un patán, Logan MacLean —rió al escuchar su contestación.

—Un patán casado con un ángel. —Acercó la boca a sus labios y los devoró con ansia.

Ginebra respondió a sus atenciones con ganas, olvidando que allí había más gente. Cuando lo recordó, se puso a reír y se apartó un poco de él.

—Haces que me olvide del bebé, y de los demás.

—Yo estoy deseando que lo hagas —le susurró al oído—. ¿Cuánto hay que esperar hasta que podamos...?

—Me temo que unas semanas, Eiric nació hace solo cuatro días —contestó con un suspiro.

—Infierno y condenación, mujer, me volveré loco. —Apoyó su raposa mejilla sobre el hombro de su esposa y cerró los ojos, disfrutando de su dulce olor.

Ella le acarició el cuello y sonrió, contenta de su demostración de cariño.

—Ya falta menos, mi vida, pronto podremos disfrutar de nuestra intimidad.

—Lo deseo más que nada —dijo abrazándola.

La celebración acabó bien entrada la noche. Sus parientes y amigos abandonaron el castillo con el estómago lleno de comida y whisky. Todos lo pasaron en grande, incluso los padres de la criatura, que observaban orgullosos cómo todo el mundo celebraba la vida de su pequeño.

Christen e Iver se despidieron de ellos antes que la mayoría. Su hermana estaba deseosa de regresar junto a su hija. Se abrazaron y se despidieron, pues aunque las aldeas estaban a una distancia entre ellas de tres horas a caballo, las respectivas obligaciones de sus esposos lograban que no pudiesen verse todo lo a menudo que les hubiera gustado. Pero se separaron contentas, pues sabían que ambas estaban felices y tranquilas en sus hogares.

Logan cogió a Ginebra por la cintura y la acompañó fuera del salón. En él solo quedaban las criadas limpiando y recogiendo toda la porquería acumulada sobre las mesas y el suelo.

Se besaron mientras caminaban por el vestíbulo y se abrazaron con fuerza. Sin embargo, algo hizo que Ginebra frunciese el ceño.

—Este no es el camino a nuestra alcoba.

—No vamos hacia ella —aclaró su esposo, con una sonrisa lobuna.

—Logan... pero... los niños... —Miró hacia las escaleras, consciente de que sus hijos los esperaban en sus aposentos.

—El ama de cría se está ocupando de ellos, no te preocupes.

—¿Adónde me llevas?

—A un lugar especial —se limitó a decir.

Ginebra sonrió, expectante. Se dejó guiar por el hombre al que amaba y se sorprendió cuando este cruzó el portón de entrada del castillo.

La noche era estrellada y luminosa. A pesar de estar en plena temporada estival, la temperatura era bastante baja, aunque no tanto como para que el paseo se convirtiese en algo desagradable. Cogidos de la mano, Logan condujo a Ginebra hacia el lago que se encontraba en las proximidades del castillo Duart. La hizo seguir su orilla serpenteante hasta que se introdujeron en aquel rincón oculto de cualquier mirada curiosa.

—Nuestro escondite —dijo ella al reconocer el lugar al que su esposo la llevó cuando todavía la tenía presa en la habitación.

—Siempre quisiste volver y nunca encontrábamos el momento.

—¿Te bañarás conmigo esta noche?

Logan la besó.

—Contigo haré lo que sea, si me lo pides.

Ginebra miró a su alrededor y suspiró al ver luciérnagas. Eran preciosas.

—¿Recuerdas la primera vez que vinimos aquí juntos?

—Lo recuerdo, fue el día que descubrí tu inocencia. Cuando comprendí que tu risa no era la que recordaba.

—No comprendía por qué no me permitías marcharme, pues ya sabías que me estabas castigando injustamente —rio echando la vista atrás.

—Yo tampoco lo comprendía. —Resopló—. Te amaba ya en ese entonces, Ginebra MacLean, y estaba tan obcecado que no quise verlo.

—A mí también me daba miedo lo que me hacías sentir. Eras mi captor, el hombre que me había separado de todo lo que amaba, y... odiaba todas las sensaciones que me hacías notar.

Logan se dejó caer sobre la hierba y su esposa se tumbó a su lado, apretada a su cuerpo. Se quedaron en silencio, disfrutando de la tranquilidad de la noche y del burbujeo del agua. Logan besó a su mujer y juntó sus frentes, rozando su nariz contra la de ella.

—Hemos cambiado mucho desde entonces, mi amor.

—Sí, hemos madurado juntos y hemos aprendido a confiar el uno del otro.

—Muchas veces, pienso que lo que nos ocurrió fue una prueba. Desde lo de mi emboscada en el bosque, hasta lo ocurrido con Maisie.

—Maisie fue una mala mujer, capaz de cualquier cosa para lograr sus objetivos. —Miró con fijeza a su esposo—. Cuando la encontraron sin vida en el fondo de un precipicio, pude respirar con tranquilidad. Ya no podrá dañar a nadie más. —Besó el cuello de Logan y escondió la cara en el hueco entre este y sus hombros—. ¿Piensas que la otra mujer seguirá con vida?

—¿Te refieres a esa que me robó cuando estaba malherido?

—Ajá.

—Supongo que lo estará, nunca fuimos capaces de encontrarla. El bosque es muy grande y los lugares para ocultarse infinitos. —Apretó el cuerpo de Ginebra y le sonrió de forma ladeada—. Sin embargo, ella es la que menos me preocupa de todos los maleantes que andan sueltos por ahí. Esa pobre diabla solo es una ladrona.

—Y, debido a ella... viniste a por mí —habló Ginebra con una débil sonrisa.

—Sí, tú fuiste la mejor confusión que he tenido jamás. —La besó con ardor—. Y, aunque esa mujer no hubiese existido... hubiera ido a buscarte de igual modo.

—¿En serio? —Arqueó las cejas, con incredulidad.

—Aun estando malherido, te vi a mi lado, y me pareciste la mujer más hermosa del mundo. —La abrazó y sonrió feliz—. Te hubiese raptado de igual modo y te hubiera obligado a casarte conmigo.

Ginebra emitió un grito de sorpresa y dio varios golpes en el hombro a su esposo.

—¡Logan MacLean, eres todo un bellaco! ¿Me hubieses hecho eso de verdad?

Él se carcajeó al ver su reacción. La cogió por las mejillas y acercó sus labios para susurrarle:

—Hubiese hecho cualquier cosa por ti, mi dulce Ginebra. Y ahora todavía más, pues sé que a tu lado mi existencia es plena y está llena de alegría. —La

besó—. Eres mi todo. Me has dado tres hijos preciosos. Y me has dado tu amor, que es el mejor regalo que un hombre pudiese soñar.

El beso fue intensificándose y sus cuerpos caldeándose. Todavía no eran capaces de comprender por qué su pasión se inflamaba tan rápidamente cuando se tocaban. Quizás fuese el amor, quizás la afinidad de sus almas o, quizás, cualquier otro motivo. Sin embargo, si de algo estaban completamente seguros era de que su lugar en el mundo era aquel: en los brazos del otro. Que no había nada que pudiese superar aquel amor tan especial y que sus vidas seguirían siendo plenas mientras permaneciesen juntos.

Ginebra sonrió y sintió que la emoción la sobrepasaba. Siempre le ocurría cuando se daba cuenta de la suerte que tenía de haber encontrado a su mitad.

—Te amo, Logan MacLean. Te quiero más que a mi propia vida, y los años venideros serán tan hermosos como los pasados, estoy segura.

—Lo serán, mi amor. Hemos conseguido pasar muchos inconvenientes, y seguiremos luchando para poder solventar los que queden por venir. —La besó en la frente y cerró los ojos con fuerza, sintiendo que su corazón estaba lleno de amor—. Te adoro, Ginebra, y no habrá nadie que nos separe, porque la vida contigo tiene color y porque nada puede comparársele al roce de tu piel.

OTROS TÍTULOS DE MITA MARCO

Puedes encontrar todas las novelas de Mita Marco en los mercados de Amazon, tanto en digital como en papel.

Tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

- Suite veintiuno (Amores de verano 1)
- Cuando me miras (Amores de verano 2)
- Reina de corazones
- Wing, ¿juego limpio?
- Las noches contigo
- Los besos que nos quedan
- Salvajes
- El nombre de Edrielle
- Mi lugar cerca del cielo
- Mil de amores
- El roce de tu piel